

EDUARDO ABAD GARCÍA
XAVIER MARÍA RAMOS DIEZ-ASTRAIN
(Editores)

DESENCANTO y DISIDENCIA

ESTUDIOS SOBRE LA CRISIS
DEL COMUNISMO EN ESPAÑA



ESTUDIOS Y DOCUMENTOS
Universidad de Valladolid

DESENCANTO Y DISIDENCIA
ESTUDIOS SOBRE LA CRISIS DEL COMUNISMO EN ESPAÑA

Serie: ESTUDIOS Y DOCUMENTOS, 75

Desencanto y disidencia : estudios sobre la crisis del comunismo en España / Eduardo Abad García, Xavier María Ramos Díez-Astrain (eds.) Abad García, Eduardo, ed. lit. Ramos Díez-Astrain, Xavier María, ed. lit. Universidad de Valladolid, ed. 2023

185 p. ; 24 cm. Estudios y documentos ; 75

ISBN 978-84-1320-241-9

1. Comunismo – España – Historia – 1991. I. Universidad de Valladolid, ed. II. Serie

141.82(460)"19"(091)

330.85(460)"19"(091)

EDUARDO ABAD GARCÍA
XAVIER MARÍA RAMOS DIEZ-ASTRAIN
(Editores)

DESENCANTO Y DISIDENCIA
ESTUDIOS SOBRE LA CRISIS
DEL COMUNISMO EN ESPAÑA



EDICIONES
Universidad
Valladolid^{de}

En conformidad con la política editorial de Ediciones Universidad de Valladolid (<http://www.publicaciones.uva.es/>), este libro ha superado una evaluación por pares de doble ciego realizada por revisores externos a la Universidad de Valladolid.



Reconocimiento–NoComercial–SinObraDerivada (CC BY-NC-ND)

Los Autores

EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Preimpresión: Ediciones Universidad de Valladolid

ISBN 978-84-1320-241-9

Diseño de cubierta: Ediciones Universidad de Valladolid

Motivo de cubierta cedido por Miguel Sánchez Gutiérrez.

ÍNDICE

PRÓLOGO. Carme Molinero	9
SIGLAS.....	11
INTRODUCCIÓN. Eduardo Abad García y Xavier María Ramos Diez-Astrain.....	15
CAPÍTULO 1. LA MEMORIA COMUNISTA DURANTE LA TRANSICIÓN POSFRANQUISTA Y LA CRISIS DEL PCE (1972-1982): CONFLICTOS, RUPTURAS Y CONTINUIDADES. Francisco Erice Sebares	21
1.1. INTRODUCCIÓN.....	21
1.2. LA ETAPA FINAL DEL FRANQUISMO: CONTINUIDAD DEL RELATO CANÓNICO.....	23
1.3. MODERACIÓN Y LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO.....	25
1.4. ANTE LA CRISIS. EL DESAFÍO DE LOS ORTODOXOS	28
1.5. POLÍTICAS DE MEMORIA PARA UN PCE EUROCOMUNISTA	31
1.6. ALGUNOS VECTORES DE MEMORIA. SU LIMITADA EFICACIA.....	37
CAPÍTULO 2. VÍCTIMA Y VERDUGO: «ASESINATO EN EL COMITÉ CENTRAL» (1981) Y LA CRISIS DE MILITANCIA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA. Laura C. Cruz Chamizo	39
2.1. SACERDOTES SIN DIOS: LA CRISIS DE FE DE LA MILITANCIA	42
2.2. VÍCTIMA Y VERDUGO: EL PCE CONTRA SÍ MISMO.....	46
2.3. EL PROBLEMA SIN RESOLVER: DESENCUENTROS EN LAS RELACIONES DE GÉNERO	49
2.4. CONCLUSIONES.....	53
CAPÍTULO 3. ENTRE EL DESENCANTO Y LA RADICALIZACIÓN. NOTAS INTERPRETATIVAS SOBRE LA CRISIS DEL PSUC EN LA TRANSICIÓN. Gaiame Pala.....	55
3.1. LA MILITANCIA DEL PSUC EN LOS AÑOS SETENTA	56
3.2. LA POLÍTICA NACIONAL, LA IDENTIDAD POLÍTICA Y EL CONTEXTO INTERNACIONAL.....	61
3.3. LA SACRALIZACIÓN DEL TÉRMINO «EUROCOMUNISMO» EN EL PSUC.....	67
CAPÍTULO 4. POR Y PARA LOS TRABAJADORES: EL PARTIT DELS COMUNISTES DE CATALUNYA Y EL MOVIMIENTO OBRERO, 1982-1989. Victor Peña González.....	71

4.1. LA RUPTURA DEL COMUNISMO CATALÁN	73
4.2. SOCIABILIDAD, VALORES Y PRÁCTICAS SIMBÓLICAS	78
4.3. DOCTRINA Y ACCIÓN POLÍTICA EN EL MOVIMIENTO OBRERO.....	81
4.4. CONCLUSIONES.....	85
CAPÍTULO 5. CCOO, ESE OSCURO OBJETO DEL DESEO. «CUESTIÓN INTERNA» Y CRISIS COMUNISTA DURANTE LA TRANSICIÓN.	
Joan Gimeno i Igual	87
5.1. LA DEMOCRACIA, ¿UN PAÍS EXTRAÑO?	87
5.2. «EUROCOMUNISMO NO ES UNA PALABRA, ES ROMPER HUELGAS»: TURBULENCIAS EN EL PARTIDO, ¿Y EN EL SINDICATO?	91
5.3. ¿CONGRESO DE GUANTE BLANCO?	95
5.4. AGRUPÉMONOS TODOS: HACIA EL DESASTRE FINAL	101
5.5. ALGUNAS NOTAS FINALES	109
CAPÍTULO 6. CRISIS ENTRECruzADAS. EL PCE Y EL COMUNISMO INTERNACIONAL A PRINCIPIOS DE LOS OCHENTA. Emanuele Treglia.....	111
6.1. DE AFGANISTÁN	113
6.2. ... A POLONIA	118
6.3. CONCLUSIONES.....	124
CAPÍTULO 7. RELACIONES ENTRE EL PCE Y LA URSS EN 1968-1982: DE COEXISTENCIA A RUPTURA. Xavier María Ramos Diez-Astrain y Eduardo Georgy Filatov	127
CAPÍTULO 8. LA RDA Y LA CRISIS DEL COMUNISMO ESPAÑOL: UNA MIRADA TRANSNACIONAL. Xavier María Ramos Diez-Astrain y Eduardo Abad García.....	143
8.1. INTRODUCCIÓN.....	143
8.2. DE LA CONCORDIA REAL A LA CORDIALIDAD FORMAL: LAS RELACIONES SED-PCE HASTA LA CRISIS DE 1982	146
8.3. LAS PRIMERAS REACCIONES DE LA SED ANTE LA DISIDENCIA ORTODOXA: CAUTELA, DISTANCIAMIENTO Y APOYO DISCRETO.....	151
8.4. RELACIONES EN PARALELO: DE LA RUPTURA A LA RECONCILIACIÓN	156
8.5. CONCLUSIONES.....	165
ARCHIVOS CONSULTADOS	167
FUENTES HEMEROGRÁFICAS.....	169
BIBLIOGRAFÍA.....	171

PRÓLOGO

En la última década, los estudios sobre el comunismo en España han aumentado de forma significativa, a diferencia de los que sucedió hasta iniciado el siglo XXI, cuando los comunistas no tenían quienes le escribieran. Resultaba paradójico. Las investigaciones sobre el periodo franquista y sobre los años de la transición de la dictadura a la democracia ampliaban las temáticas objeto de estudio de forma continuada, pero el partido que se había convertido en el eje de la oposición al franquismo continuaba sin captar la atención de la historiografía. A diferencia de otras temáticas, no se trataba de que el acceso a las fuentes fuera difícil. El Archivo del PCE siempre ha destacado por su buen funcionamiento y la accesibilidad a la documentación destaca en el panorama español. Por otro lado, ya estaba fuertemente consolidada la entrevista oral como fuente de información, al menos complementaria; ahora, muchos de los protagonistas de aquellos acontecimientos no pueden ofrecer sus testimonios.

Quizás el comunismo no era objeto de atención para los historiadores porque en las sociedades occidentales su papel político se había reducido a extremos insospechados tan solo veinte años antes; a la vez, la trayectoria de los comunistas todavía no despertaba el interés que hoy despierta en las nuevas generaciones de historiadores, particularmente en lo referente a su fragmentación política.

Eduardo Abad y Xavier María Ramos destacan en la introducción de este volumen que en la crisis que los comunistas experimentaron a finales de los años 70 pesaron más los elementos endógenos que los exógenos; ciertamente, aunque quizás convendría no desvincular unos de otros, incluso cuando la influencia externa no está determinada por la intervención extranjera, sino por decisiones propias basadas en espejismos. Por ejemplo, la aspiración obsesiva de Santiago Carrillo de acercarse en España al papel que el PCI tenía en la política italiana, un estatus que correspondía a una larga trayectoria de otro tiempo y de otro contexto, influyó de alguna manera en estrategias políticas que impuso el secretario general y que generaron notables tensiones. Consideraciones como esa al margen, parece indudable que la crisis comunista fue resultado de un proceso de autodestrucción, en el que no influyeron factores externos, sino, fundamentalmente, conflictos de poder en la dirección del partido, aunque provocados por la incertidumbre del contexto.

La incubación de la crisis, que está en el hilo conductor de este volumen, puede tener cronologías diversas dependiendo del foco de atención del analista. Algunos de

los llamados sectores *ortodoxos* cuestionaron las políticas del PCE desde el VIII Congreso de 1972, pero no así la mayor parte de las organizaciones y de los militantes de aquel momento. La mayoría de esos militantes comprobaban cotidianamente que su arraigo entre amplias franjas de la sociedad, particularmente en los movimientos sociales, no radicaba en la ideología sino en la confianza que generaba su actuación constante para “cambiar las cosas”.

Atender al contexto es fundamental. Lectoras y lectores encontrarán en una parte significativa de las páginas que siguen, una interpretación de la crisis en las que se priorizan factores ideológicos e identitarios, pero también factores políticos que pueden ayudar a explicar igualmente la percepción de pérdida de identidad resumida en las preguntas ¿para qué luchamos, qué pretendemos conseguir? Por ejemplo, las coordenadas de la acción política cambiaron radicalmente después de 1977. La necesidad de consolidar la democracia, compartida por un amplio espectro de la militancia, pero al mismo tiempo, los cambios organizativos que se impulsaron -véase agrupaciones territoriales- y la preminencia de la política institucional afectaron indudablemente a la confianza de muchos militantes sobre el camino que se estaba siguiendo. Hasta entonces, los debates ideológicos y políticos internos habían tenido en general unas consecuencias limitadas. Quizás pudiera ser de interés preguntarse si desde el momento en que sectores amplios de militantes percibieron que su capacidad de influir sobre los acontecimientos disminuía, los debates, que eran políticos pero que en muchas ocasiones se presentaban como ideológicos, adquirieron mayor importancia.

En ese sentido, la trayectoria de CCOO también puede ser ilustrativa. CCOO pudo surfear la crisis, no solo por el buen hacer de sus dirigentes -que, sin embargo, no pudieron evitar tensiones- sino porque para sus activistas los objetivos a alcanzar en el Sindicato aparecían en el horizonte como más precisos.

Por otro lado, este libro muestra la pluralidad de visiones existentes sobre lo que Eduardo Abad califica de comunismo *ortodoxo*, que coetáneamente e incluso después, otros autores y particularmente los medios de comunicación calificaron de *pro-soviéticos*, mayoritariamente con ánimo de descalificación. Ese término puede considerarse poco ajustado al fondo de la cuestión, que no era otra que el convencimiento de esos sectores de que las políticas que impulsaba la dirección encabezada por Santiago Carrillo estaban en contradicción con la voluntad transformadora que, tradicionalmente, latía en las estrategias comunistas. Otra cosa podrían ser las diversas ayudas que cada organización recibiera.

En definitiva, este volumen constituye una aportación del mayor interés al conocimiento de la crisis del espacio comunista, a través de un conjunto de organizaciones cuyos militantes buscaron cómo hacer frente a la pérdida de unos referentes que habían dado sentido a su vida. Su diversidad interna, tanto temática como metodológica, plasman la riqueza del debate historiográfico actual.

CARME MOLINERO

SIGLAS

APAR: Archivo Personal de Ángel Rendueles
AD93: Archives Départementales de Seine-Saint-Denis
AEECC: Asesinato en el Comité Central
AHCOC: Arxiu Històric de Comissions Obreres de Catalunya
AHGCB: Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona
AHPCE: Archivo Histórico del Partido Comunista de España
AHT: Archivo Historia del Trabajo
ANC: Arxiu Nacional de Catalunya
ANE: Acuerdo Nacional de Empleo
APEA: Archivo Personal de Eduardo Abad
ASCGIL: Archivio Storico CGIL
ASPCI: Archivio Storico del Partito Comunista Italiano
BC: Biblioteca de Catalunya
CCOO: Comisiones Obreras
CDGV: Centro Documental de la Gavilla Verde
CEE: Comunidad Económica Europea
CEOE: Confederación Española de Organizaciones Empresariales
CEUC: Comisión Estatal de Unidad Comunista
CGIL: Confederazione Generale Italiana del Lavoro
CIA-FOIA ERR: Central Intelligence Agency- Freedom of Information Act Electronic Reading Room
CONC: Comisión Obrera Nacional de Catalunya
CiU: Convergència i Unió
CSA: Corriente Socialista Autogestionaria
CSUT: Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores

DDD-UAB: Depòsit Digital de Documents de la Universitat Autònoma de Barcelona
EE: Euskadiko Ezkerra
EEUU: Estados Unidos
ELA: Eusko Langileen Alkartasuna
FIG: Fondazione Istituto Gramsci (desde mayo de 2016 Fondazione Gramsci onlus)
FIM: Fundación de Investigaciones Marxistas
FSM: Federación Sindical Mundial
IPC: Índice de Precios de Consumo
IU: Izquierda Unida
JSU: Juventudes Socialistas Unificadas
KGB: Komitet Gosudárstvennoy Bezopásnosti
KPD: Kommunistische Partei Deutschlands
MRPCE: Movimiento de Recuperación del PCE
MRUPC: Movimiento de Recuperación y Unificación del Partido Comunista
NA: Národní Archiv
NARA: National Archives and Records Administration
OPI: Oposición de Izquierdas
ORT: Organización Revolucionaria de Trabajadores
OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte
PAAA: Politisches Archiv des Auswärtigen Amts
PCA: Partido Comunista de Andalucía
PCC: Partit dels Comunistes de Catalunya
PCCh: Partido Comunista de Checoslovaquia
PCE: Partido Comunista de España
PCE-EPK: Partido Comunista de Euskadi-Euskadiko Partidu Komunista
PCEU: Partido Comunista de España Unificado
PCE (VIII Congreso): Partido Comunista de España (VIII Congreso)
PCE (VIII-IX Congresos): Partido Comunista de España (VIII-IX Congresos)
PCF: Partido Comunista Francés
PCI: Partido Comunista Italiano
PCOE: Partido Comunista Obrero Español
PCP: Partido Comunista Portugués
PCPE: Partido Comunista de los Pueblos de España
PRUC: Promotoras de Recuperación y Unificación Comunista
PCT: Partido Comunista de los Trabajadores

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética
POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista
POUP: Partido Obrero Unificado Polaco
PSC: Partit dels Socialistes de Catalunya
PSF: Partido Socialista Francés
PSOE: Partido Socialista Obrero Español
PSUA: Partido Socialista Unificado de Alemania [SED]
PSUC: Partit Socialista Unificat de Catalunya
PTE: Partido del Trabajo de España
PTE-UC: Partido de los Trabajadores de España-Unidad Comunista
RDA: República Democrática Alemana
RGANI: Rossiyskiy Gosudarstvennyy Arkhiv Noveyshey Istorii
SAPMO: Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR im Bundesarchiv
SED: Sozialistische Einheitspartei Deutschlands
SU: Sindicato Unitario
UCD: Unión de Centro Democrático
UGT: Unión General de Trabajadores
URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USMR: Unión Sindical de Madrid-Región de CCOO

INTRODUCCIÓN

Eduardo Abad García

Xavier María Ramos Diez-Astrain

«No tengo la más mínima intención de dimitir». Con estas directas palabras, el sempiterno secretario general del Partido Comunista de España (PCE), Santiago Carrillo, aparentaba atajar las dudas que pudieran existir sobre su continuidad al frente del partido. Era la organización política que más había destacado en la lucha contra el Franquismo y que, sin embargo, en 1982 atravesaba sus horas más bajas. De hecho, cuarenta y ocho horas después de estas declaraciones, el 5 de noviembre de 1982, Carrillo presentaba su dimisión «con carácter irrevocable» ante el Comité Ejecutivo del PCE con el ánimo —en sus palabras ante los medios— de «no ser nuevamente un motivo de conflicto para el partido».¹ La salida de Carrillo de la Secretaría General fue recibida sin excesivo entusiasmo, aunque esto se expresase de diversas maneras por parte del movimiento comunista. Por ejemplo, *Mundo Obrero*, el rotativo oficial del PCE, resaltaba la «talla de dirigente comunista» del líder caído, llamado a seguir «contribuyendo al éxito del Partido con su trabajo, su inteligencia y su experiencia», y animaba a la militancia a reunirse en torno a su sustituto, Gerardo Iglesias.² Bastante más crítico se mostraba el periódico del recientemente escindido Partit dels Comunistes de Catalunya

¹ Prades, Joaquina, «Carrillo dimite como secretario general del PCE y propone al dirigente asturiano Gerardo Iglesias como sucesor», *El País* (6 de noviembre de 1982). Disponible en https://elpais.com/diario/1982/11/07/espana/405471605_850215.html (fecha de consulta: 04/12/2022).

² «Editorial. El necesario respaldo al secretario general», *Mundo Obrero* (12-18 de noviembre de 1982).

(PCC), *Avant*. En sus páginas se hacía una valoración agrídulce donde se resaltaba el hecho de que el PCE se derrumbase sin que la nueva dirección pudiera asegurar «el remontamiento de las posiciones perdidas ni aún menos la recuperación del carácter comunista del partido».³ Un buen termómetro de la gravedad de la situación que atravesaba el comunismo español lo arrojaba la fría actitud de los partidos gobernantes en Europa del Este. La prensa soviética, en primera instancia, no concedió al hecho más que una tímida nota informativa,⁴ y en términos similares se manifestaron otros medios de los partidos del socialismo real, como el *Neues Deutschland*⁵ de la República Democrática Alemana (RDA) o el *Rudé právo* checoslovaco.⁶

La multiplicidad de formas utilizadas a la hora de tratar esta renuncia resulta un reflejo representativo de la grave situación por la que atravesaba el comunismo español, de la que la dimisión del viejo líder solo era un pequeño síntoma. El PCE llevaba, por entonces, más de una década sufriendo múltiples escisiones a cuenta de la evolución de su línea política y especialmente, su identidad. Lógicamente, esto también afectó a sus posicionamientos en la arena internacional, tomando distancia, en ocasiones en términos muy drásticos, respecto al socialismo real y sus partidos gobernantes. Hace cuatro décadas, 1982 se convertía en una «fecha bisagra» dentro de la crisis del partido que marcaba el fin de una época en la historia de la organización. Lo que podía parecer un problema puntual, era en realidad un «acontecimiento monstruo» dentro de una crisis estructural, que culminaría en 1991 con el derrumbe de la propia Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), una crisis que no afectaría solo al partido español, destacando de forma especial, por su cercanía e intensidad, el caso italiano (Magri, 2010).

Los orígenes de esta crisis pueden rastrearse años atrás. A partir de la segunda mitad de los setenta se había abierto un periodo convulso en el que se sentaron las bases de la configuración del mundo actual. Los partidos comunistas de Europa Occidental experimentaron transformaciones políticas, culturales e identitarias. Desaparecido el monolitismo anterior, surgieron nuevos imaginarios y se desarrollaron nuevas dinámicas en las relaciones internacionales. Los partidos comunistas, en particular, y las izquierdas, en general, tuvieron que hacer cuentas con sus señas de identidad y con sus postulados teóricos tradicionales, haciendo frente a distintos movimientos internos que desde la heterodoxia o la ortodoxia demandaban profundos cambios en la organización. El caso del PCE no fue ninguna excepción. Precisamente en 1982 se produjeron varios acontecimientos que llevaron a su punto álgido a la crisis que llevaba años definiendo sus contornos. La dimisión de Carrillo solo redondeaba un año complicado marcado por la fundación en abril del PCC, lo que suponía la aparición por vez primera de un

³ «Editorial. La vía de la recuperación comunista», *Avant* (23 de diciembre de 1982).

⁴ Bayón, Félix, «La dimisión de Santiago Carrillo, acogida sin comentarios por la Prensa de la Unión Soviética», *El País* (7 de noviembre de 1982). Disponible en https://elpais.com/diario/1982/11/08/espana/405558018_850215.html (fecha de consulta: 04/12/2022).

⁵ «Gerardo Iglesias zum neuen Generalsekretär der KP Spaniens gewählt», *Neues Deutschland* (8 de noviembre de 1982), p. 5.

⁶ Courton, Miroslav, «Demise S. Carrilla», *Rudé právo* (8 de noviembre de 1982), p. 1.

partido comunista alternativo con fuerza cualitativa y cuantitativa, y por el fracaso electoral en los comicios generales del 28 de octubre, cuando el PCE vio reducirse sus sufragios a un desastroso 4 %. Era un fracaso que discurría en paralelo a un desangramiento de militancia y a una pérdida de su presencia social en lo que antaño había conformado el antifranquismo (Andrade, 2021: 310). Precisamente, esta crisis interna supuso un salto cualitativo en las dinámicas fratricidas de la organización. El partido expulsaba a sus mejores cuadros y militantes, sin darse cuenta de que cada vez que tenía lugar un epifenómeno de esta crisis su presencia languidecía cada vez más.

Habiendo transcurrido cuatro decenios desde aquellos acontecimientos, se hace necesario realizar una aproximación historiográfica a las claves que los motivaron y también a las consecuencias que derivaron de los mismos, con una perspectiva amplia y rigurosa que valore el año 1982 no como un punto de partida o de llegada, sino de inflexión. Como se ha señalado, creemos que antes de 1982 ya existía una crisis en el partido que desde ese año adquirió una nueva dimensión sin precedentes. La mutación paulatina de la identidad y la praxis cotidiana del PCE tuvo importantes consecuencias para el grueso de su militancia. El proyecto eurocomunista no ofreció una alternativa sólida a largo plazo y se acabaría desmoronando como un castillo de naipes. El desencanto y la disidencia se convirtieron en las consecuencias lógicas de un contexto que no ofrecía demasiados argumentos para la esperanza. Sin embargo, el análisis de este fenómeno no puede circunscribirse tan solo a esos trescientos sesenta y cinco días, sino que exige una mirada global que sea consciente de su complejidad.

La reciente eclosión de numerosos estudios sobre el PCE y el comunismo en España se ha desarrollado en buena medida al calor del centenario de la fundación del partido. Sin embargo, es necesario resaltar que estos últimos trabajos se han realizado sobre la base de la influencia de nuevos paradigmas que llevan años apareciendo en la historiografía española e internacional, superadores de los estrechos marcos de la Guerra Fría. Todo esto nos proporciona un escenario inigualable para aproximarnos al tratamiento de esta crisis. Hablamos de trabajos como los de Juan Andrade (2015), Fernando Hernández Sánchez (2010; 2015; 2022), Carme Molinero y Pere Ysàs (2017), Carlos Fernández Rodríguez (2020), Enrique González de Andrés (2014; 2017), José Luis Martín Ramos (2021), José Carlos Rueda Laffond (2018) o Francisco Erice (2021; 2022). A esto habría que sumar la aparición de varias obras que han venido completando otras cuestiones más pegadas al terreno. Nos referimos a una gran cantidad de publicaciones centradas en historia de los comunistas en los territorios que forman parte del Estado español (Erice, 1996; Fuente Navarro y Cobo Romero, 2016; Ferrer, 2018) o el problema nacional (Díaz, 2019; Rodríguez-Flores, 2018), que con carácter desigual han ido cubriendo la historia de varias organizaciones del partido, aunque desgraciadamente aún existen algunas ausencias reseñables. Todos estos libros son fruto de investigaciones que han ampliado notablemente el conocimiento de la historia del PCE respecto a trabajos más clásicos como el recientemente reeditado de Gregorio Morán (2017). También ha aparecido recientemente el primer trabajo global y monográfico sobre una parte de las consecuencias de esta crisis anteriormente mencionada. Nos referimos a la aparición de una disidencia organizada a lo largo de tres olas

que tuvo como *leitmotiv* la reivindicación de la identidad comunista clásica (Abad, 2022a). Esta corriente del comunismo español, a quien Abad ha caracterizado como comunistas «ortodoxos», fue estereotipada durante años con la etiqueta de «prosoviéticos». En la actualidad algunos autores como Víctor Peña defienden la continuación de su uso por considerarla representativa (Peña, 2020b: 59-61). En este sentido, este libro muestra la pluralidad de visiones existentes hasta el momento sobre un mismo fenómeno.

Esta amplia bibliografía, de la que solamente hemos plasmado una pequeña selección, nos da el estado perfecto para aproximarnos a la crisis del movimiento comunista español en los años ochenta, toda vez que, aunque los estudios se han multiplicado, sigue habiendo un amplio espacio para profundizar en la etapa posterior al Franquismo (Ginard, 2022: 36) desde enfoques variados. Los tradicionales usos de la historia política son imprescindibles para cartografiar una época de divergencias ideológicas, multiplicación de actores, competencia por un mismo espacio político, etc. Pero la crisis del comunismo español no puede entenderse solo desde vectores estrictamente políticos, sino que nos su comprensión nos exige el recurso a metodologías propias de la Historia social y cultural que pongan el foco en elementos simbólicos, de identidad, de memoria e, incluso, emocionales (Bueno y Gálvez, 2009: 11-14; Erice, 2022: 7-9). Es decir, ópticas que sitúen el centro de su análisis no solo en los dirigentes y los documentos políticos, sino en la militancia, sus tradiciones, su percepción de la evolución del PCE, su trabajo en otros ámbitos, como el sindical, y, en definitiva, su toma de posición ante los cambios (Fernández Rodríguez, Valiente Ors, Vega Sombria, 2021). Asimismo, para comprender la situación del comunismo español en los ochenta debemos comprender el fenómeno en un marco transnacional, al que se ha adscrito históricamente el movimiento comunista por definición, como recalcan las más recientes tendencias historiográficas (Drachewych, 2019: 1-3). Otra de las hipótesis que defendemos es que en la crisis del comunismo español primaron los factores endógenos sobre los exógenos; que las raíces de la fractura están más en los aspectos propios de la política interna que en la realidad de un convulso movimiento comunista internacional, en el que el otrora centro único de Moscú tenía que pugnar por la primacía con otros centros, como Pekín, mientras parte de los partidos europeos (y también alguno de fuera del Viejo Continente) adoptaban una vía propia, lo que se ha conocido como «eurocomunismo» (Treglia, 2011; Pala, 2011b). En nuestra hipótesis, la configuración de una nueva política, que en numerosos aspectos rompía con tradiciones muy asentadas en la militancia comunista, fue el epicentro de una crisis entre distintas maneras de concebir la identidad comunista. Pero, lógicamente, sus consecuencias a medio plazo tendrían una repercusión mucho más amplia, con un alcance internacional. Es necesario resaltar el hecho de que esta política se definía en contraposición con el modelo del socialismo real y que este, asimismo, renovaba en buena medida su carácter como referencia ante la militancia crítica con el nuevo camino. De esta manera, parece claro que no pueden excluirse del análisis los factores transnacionales de la crisis.

Este libro abordará, en consecuencia, los aspectos endógenos y exógenos de la crisis del comunismo español a través de ocho capítulos. Los diferentes textos se encuentran agrupados en dos bloques. En el primero se analizan las cuestiones relativas más al ámbito interno (militancia, memoria, sindicalismo, cultura política, etc.), mientras que el segundo bloque se adentra en aspectos susceptibles de ser considerados como de ámbito externo (miradas transnacionales, política internacional, relaciones con otros partidos, etc.) En conjunto, se trata de un equipo de solventes historiadores/as; algunos atesorando una larga trayectoria, otros investigadores emergentes. Un colectivo sólido para reconstruir el periodo en el que el comunismo español pareció devorarse a sí mismo.

Aunque ninguna presentación podría sustituir a la lectura detallada de cada investigación, resulta adecuado explicar brevemente el sentido y las intenciones de los ocho capítulos que componen el presente volumen. El primer bloque comienza con el trabajo del catedrático Francisco Erice Sebares (Universidad de Oviedo), quien esboza las principales líneas de inflexión que se articularon en torno a las políticas memorialísticas del comunismo español a lo largo de los años setenta y principios de los ochenta. El capítulo supone una contribución muy notable en el estudio de la memoria colectiva del comunismo español durante la crisis posterior a la Transición, un contexto de renovación eurocomunista y de resistencia ortodoxa, donde la memoria tuvo un papel muy importante. El segundo capítulo es obra de Laura C. Cruz Chamizo, investigadora vinculada a la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. En este estudio, a todas luces muy sugerente, la autora analiza desde los parámetros de la historia cultural, de las emociones y la perspectiva de género, la crisis de militancia sufrida en el PCE. Para ello se basa en una lectura crítica de la clásica novela *Asesinato en el Comité Central* (AEECC). En el mismo bloque, el profesor Giaime Pala (Universitat de Girona), disecciona con maestría las principales claves de la crisis del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) durante los años finales de la Transición. En su opinión, un conflicto muy marcado por los giros en la política interna del partido. El siguiente capítulo es obra de Víctor Peña González, joven investigador de la Universidad de Cádiz, quien se adentra en las claves que rodearon la formación del PCC, centrándose de forma especial en los elementos que conformarían su cultura política durante sus primeros años de existencia. Para finalizar el bloque, Joan Gimeno i Igual miembro del Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies (CEDID-UAB) escribe sobre cómo se trasladó al sindicato Comisiones Obreras (CCOO) la crisis que arrastraba el PCE-PSUC durante los años ochenta. A través de un pormenorizado análisis, el historiador desentraña las principales claves de este complejo fenómeno.

El segundo bloque recoge, mediante tres textos, distintas aproximaciones a las dimensiones de esta crisis en clave transnacional. El primero de ellos viene firmado por el profesor de la Universidad Complutense de Madrid Emanuele Treglia. En sus páginas, este investigador disecciona con acierto la situación del PCE en el panorama internacional durante los años finales de la Transición. Unos años marcados por fuertes tensiones en el movimiento comunista internacional debido a conflictos como la invasión

de Afganistán o la crisis en Polonia. A continuación, Georgy Filatov (Instituto de Historia Universal de la Academia de Ciencias de Rusia) estudia las relaciones del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) con el PCE durante las décadas de los años setenta y ochenta. Su enfoque resulta especialmente interesante al ser la primera vez que se parte de la visión que tenían los soviéticos de esta crisis gracias a la consulta de una buena selección de fuentes rusas. El libro finaliza con el texto de Xavier María Ramos Diez-Astrain (Universidad Complutense de Madrid) y Eduardo Abad García (Universidad Autónoma de Barcelona), quienes analizan el papel de la RDA y la Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (SED) en el fenómeno de la disidencia ortodoxa. Para ello se utiliza una perspectiva transnacional que permite extraer novedosas conclusiones mediante el cruzamiento de fuentes locales y otras provenientes de los antiguos archivos germano-orientales.

CAPÍTULO 1

LA MEMORIA COMUNISTA DURANTE LA TRANSICIÓN POSFRANQUISTA Y LA CRISIS DEL PCE (1972-1982): CONFLICTOS, RUPTURAS Y CONTINUIDADES

Francisco Erice Sebares

1.1. INTRODUCCIÓN

Pese al carácter amplio y genérico del título que lo encabeza, el presente texto ofrece únicamente algunas consideraciones, que deben ser avaladas por futuras investigaciones, sobre un campo todavía insuficientemente desbrozado. Entre otras cosas, porque, así como la memoria comunista ha sido estudiada en nuestro país de manera relativamente sistemática para la etapa que se extiende hasta el final del Franquismo por José Carlos Rueda Laffond, los trabajos del mismo autor para el período de la Transición no pasan de ser meras aproximaciones parciales, aunque llenas de ideas y sugerencias útiles (Rueda, 2013, 2015, 2016, 2018, 2020, 2022). En cambio las contribuciones de quienes conocen mejor esta etapa histórica del comunismo español (Carme Molinero, Pere Ysàs, Juan Andrade, Emanuel Treglia, Fernando Hernández, Xavier Domènech y otros), salvo alguna incursión de investigadores jóvenes siempre inserta en análisis de carácter más general (caso, por ejemplo, de Eduardo Abad), no se aproximan de manera específica a estas cuestiones, si bien nos ofrecen, en contrapartida, interpretaciones generales o reconstrucciones contextuales imprescindibles.

No procede, obviamente, adentrarse ahora en el necesario debate sobre la aplicación a este campo temático de conceptos y nociones que, muy a menudo, se solapan entre sí o cuyo alcance, sencillamente, se da por supuesto, generando a veces cierta confusión: memoria, conciencia histórica, cultura política, *habitus*, ideología... Sin mayores precisiones, me centraré, en definitiva, en la memoria colectiva en sus acepciones conocidas o convencionales de «pasados presentes», «usos políticos del pasado» o

«apropiaciones sociales del pasado» (Rousso, 1998: 11-47; Robin, 1990: 73; Erice, 2009). Obviamente, con denotaciones tan generales abrimos un campo que requiere nuevas precisiones y cuyos diversos sentidos Marie-Claude Lavabre o el mismo José Carlos Rueda se han esforzado en matizar para el caso, que aquí nos interesa, de los comunistas (Lavabre, 1994; Erice, 2014). Rueda delimita perfectamente las cuestiones que en estas líneas vamos a abordar, que no se corresponden con la totalidad de asuntos integrables dentro de la categoría, ciertamente poliédrica, de memoria comunista / de los comunistas y que, como comprobaremos, encajan bien en lo que puede definirse como *discurso patrimonial y memoria pública oficial*. El primero, «suma articulada de ideas, capaz de incorporar señas de identificación, valores inclusivos o mecánicas de reconocimiento», tiene su expresión lógica en las narrativas orgánicas del partido, en relación con afirmaciones, percepciones, estrategias de coyuntura, evocaciones del pasado y expectativas de futuro. La segunda aludiría a los recuerdos institucionalizados, derivados sobre todo de los cuadros dirigentes y proyectados desde arriba hacia la militancia con fines de actuar como instrumentos de socialización y fomentar la identidad colectiva (Rueda, 2013: 13-14).

La aproximación que vamos a realizar, pues, como podrá comprobarse, nos ofrece más preguntas que respuestas y más hipótesis que tesis acabadas, entre otras cosas porque utiliza fuentes limitadas. Particularmente, no ahonda en las visiones *desde abajo* o elementos experienciales de la propia militancia. Trata, pero no profundiza en ellas, de cuestiones tales como los cambios y continuidades en las políticas conmemorativas en general, las actividades de formación, el papel de las fiestas del PCE, los contenidos *históricos* de la prensa y publicaciones comunistas en su diversidad, etc. Y, por supuesto, incide más en la emisión de mensajes entendidos como parte de políticas de memoria que en la siempre más difícil valoración de sus efectos prácticos.

En todo caso, las preguntas que subyacen en el planteamiento de este trabajo atañen especialmente a dos cuestiones interrelacionadas: ¿se producen cambios o existe una continuidad básica entre los relatos acerca del pasado del partido en el período de *transición* entre lo que podríamos llamar *comunismo clásico* y lo que pretendió llegar a ser el eurocomunismo? ¿Qué relación puede establecerse, si la hubiera, entre estos posibles cambios —o continuidades— y la crisis y rupturas vividas en el PCE a lo largo de estos años?

Sea como fuere, anticipo que estas reflexiones parten del rechazo de dos hipótesis particularmente difundidas. La primera es la visión de la memoria de los comunistas españoles como simple impostura, ejemplo de memoria falsaria *per se*. Quien más nítidamente la ha formulado es, quizás, Jorge Semprún en su *Autobiografía de Federico Sánchez*, particular ajuste de cuentas con su propio pasado militante. Según Semprún, la memoria de los dirigentes comunistas «funciona pragmáticamente, de acuerdo con los intereses y los objetivos políticos del momento»; «no es una memoria histórica, testimonial, es una memoria ideológica» donde, por ejemplo, los que han abandonado al partido desaparecen en las evocaciones del pasado (Semprún, 1977: 241-242). Las defensas partidarias frente a la virulenta diatriba de *Federico Sánchez* oscilaron entre

la reivindicación enfática del orgullo herido de algunos militantes, las acusaciones de exageración y desmesura o —en el caso de Carrillo— la remisión al papel de los historiadores que —anunciaba— pronto dispondrían de los archivos abiertos del partido (Equipo de Club Planeta, 1978). En realidad, Semprún parece desconocer que estos mecanismos selectivos son propios de cualquier memoria colectiva, y aun suponiendo que las acusaciones concretas de olvido culposo e intencionado que él maneja sean ciertas, podemos admitir con Lavabre que la memoria comunista «no es particular más que en sus contenidos, mientras que sus mecanismos iluminan el funcionamiento de toda memoria política»; y ello, aunque tampoco perdamos de vista la notable capacidad de un partido comunista para actuar como punto de referencia para sus militantes o *comunidad de memoria* (Lavabre, 1994: 23-24).

La segunda idea cuestionable es la de la *amnesia* del PCE en la Transición, en cuanto que ausencia deliberada de referencias históricas o acerca del pasado. Semejante tesis puede ilustrarse con las acusaciones de los disidentes ortodoxos a la dirección *carrillista*, a las que luego nos referiremos, o en las críticas genéricas a los distintos grupos políticos que participaron del consenso de la Transición (por tanto, también al PCE) de convertir a España en «reino de los desmemoriados», tal como se afirma en un conocido texto de combate de Gregorio Morán (Morán, 1991). Más atinadas y puestas en razón me parecen las observaciones de Rueda Laffond, quien, aun reconociendo que determinados episodios incómodos del pasado del partido en general (la represión sobre el Partido Obrero de Unificación Marxista —POUM— o el pacto germano-soviético) o que lo eran para la imagen pacífica y conciliadora que se pretendía exhibir en la Transición (por ejemplo la guerrilla) fueron soslayados o escasamente invocados; pero eso no significa que no se generaran relatos de memoria identitarios o legitimadores, o que no se pusieran en práctica políticas de memoria, cuyo alcance y consecuencias tendremos ocasión de valorar (Rueda, 2022 y otros).

1.2. LA ETAPA FINAL DEL FRANQUISMO: CONTINUIDAD DEL RELATO CANÓNICO

En los años finales de la dictadura, parece claro que el relato *canónico* y reiterado a cada ocasión acerca de la historia del partido, modulaciones ocasionales aparte, era el que se había elaborado en torno al giro de la Reconciliación Nacional, el que estaba presente en la *Historia* oficial y textos coetáneos, con rasgos que resultan bien conocidos y estudiados (Erice, 2014; Rueda, 2018). Cabe destacar, para abordar con coherencia las elusiones intencionadas ligadas a la legalización del partido y su inserción en la vida política tras la recién estrenada democracia, que el relato de la Reconciliación no cuestionaba la centralidad de la Guerra civil en el discurso histórico-identitario del PCE, afectando en todo caso a otros episodios menores, como la guerrilla. El esquema interpretativo mencionado puede encontrarse en textos fundamentales o significativos de este periodo, como el informe de Carrillo «Hacia el posfranquismo» (1974), la entrevista del secretario general en *Mañana España* o el *Manifiesto-Programa* de 1975.

En «Hacia el posfranquismo», informe realizado por Carrillo poco antes de la revolución portuguesa, las perspectivas de futuro concebidas para el inmediato posfranquismo se contemplaban con referencias y paralelismos al compromiso y consenso antifascista de Francia o Italia en 1944-1947 y, sobre todo, al frente popular español, aunque dejando clara la no deseabilidad del desenlace militar que aquella coyuntura tuvo en nuestro país (Rueda, 2020: 173-174) El *Manifiesto-Programa* sintetizaba la *lectura* histórica oficial (incluyendo la matriz fundacional de 1917 o el *fracaso* de la revolución democrático-burguesa y su frustración con la República), dentro de la ambiciosa perspectiva de cambio rupturista o en dos fases diseñada en los años anteriores y que no tardaría sino unos pocos meses en ser abandonada (Rueda, 2018: 112; PCE, 1975).

En cuanto a la entrevista de Carrillo con Gallo y Debray (Carrillo, 1976a), inicialmente publicada en francés en 1974, seguía las mismas pautas en la visión del pasado, entreverando en la parte del relato histórico recuerdos personales del secretario general, que además desplegaba sus opiniones sobre las dos grandes figuras históricas del partido: Dolores Ibárruri y José Díaz. Dolores, objeto de homenajes en cada cumpleaños, lo sería especialmente con motivo de su 80.º aniversario (diciembre de 1975); significativamente, Pasionaria era glosada en las publicaciones del partido no solo como personaje histórico, sino como «dirigente político de hoy» y por tanto corresponsable de la línea del PCE, que de esta manera enraizaba su presencia en la propia historia, que Dolores emblematicaba de manera particular.¹ Pepe Díaz era presentado por Carrillo como persona de «gran intuición política de clase» y, sobre todo, identificado como «quien se puso a la cabeza de la lucha contra el sectarismo y quien logró logra sólidamente el partido a las masas».

Es de resaltar que el antiguo secretario general del PCE era objeto de amplio consenso entre los distintos grupos disidentes que aspiraban a recoger la memoria del viejo comunismo español, dando, obviamente, a su figura, connotaciones directamente relacionadas con la orientación de cada partido, y siempre poniéndolo en sintonía con la crítica al *carrillismo*. Para Líster y el Partido Comunista Obrero Español (PCOE), José Díaz se caracterizaba por su amor a la Unión Soviética y por haber encabezado en 1932 la erradicación de la dirección sectaria en la que, por cierto, participaba Dolores, como se hacía constar con intención crítica nada sutil.² Según la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), José Díaz había sido dirigente máximo de un partido glorioso que protagonizó las grandes batallas de la República y la Guerra Nacional Revolucionaria, y cuya crisis y dispersión condujo, tras la guerra, a la infiltración de la

¹ Melchor, F., «El 80 aniversario de Dolores Ibárruri. Una vida para un pueblo, para un combate y un ideal», *Nuestra Bandera* (1 de enero de 1976), n.º 83, pp. 38-42.

² Líster, Enrique, «En el 29 aniversario de la muerte de José Díaz», *Mundo Obrero* (PCOE) (primera quincena de marzo de 1971), n.º 64.

burguesía y la degeneración política, de la mano de Santiago Carrillo.³ Para el PCE (internacional), Díaz era particularmente el dirigente que había asumido valientemente la responsabilidad por la insurrección de octubre de 1934, defensor del marxismo-leninismo y solidario con la URSS que dirigía «el gran Stalin».⁴ Convertido ya en Partido del Trabajo de España (PTE), este último grupo calificaba a José Díaz de gran dirigente comunista, defensor del marxismo-leninismo y el frente popular, personalidad del comunismo que debía ser recordado «en estos momentos en que existen gentes que ocultan y silencian su nombre y su obra».⁵

Los primeros cambios —en la medida en que se explicitan— parecen remontarse a la segunda mitad de 1976, cuando el esquema articulado para la Transición en los años anteriores se hunde estrepitosamente y se desencadenan los reajustes que estrechan claramente y modulan de manera pragmática las expectativas futuras del PCE acerca del desenlace de la dictadura y la implantación de la nueva democracia (Erice, 2017: 131-142). Algunos puntos de inflexión comienzan a vislumbrarse en las publicaciones comunistas de ese año crucial, y especialmente en torno a determinados episodios, como la celebración abierta del Comité Central en Roma, a finales del mes de julio.⁶ Lo que, poco a poco, empieza a hacerse habitual es una cierta autocritica que pretende mejorar una imagen que los dirigentes del PCE —especialmente Carrillo— consideran perjudicial para las expectativas político-electorales del partido e incluso, previamente, para su mismo reconocimiento legal. A modo de ejemplo, en el folleto del otoño de 1976 *¿Qué es la ruptura democrática?*, a propósito de las *Memorias de Azaña*, Carrillo subrayaba la necesidad de superar errores históricos como el viejo anticlericalismo o la inconveniencia de exigir responsabilidades por los crímenes o las violencias del pasado (Rueda, 2016: 256-257; Carrillo, 1976b).

1.3. MODERACIÓN Y LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO

Los análisis históricos o las evocaciones del pasado que aparecen en los primeros años del posfranquismo están especialmente condicionados por algunos factores particulares del momento, como son las concesiones simbólicas para la legalización y la respuesta a las fuertes campañas anticomunistas que la acompañaron, así como al deseo de contrarrestar los supuestos efectos que la propaganda del Franquismo había generado en la imagen del partido, factor al que se atribuye una especial influencia de los

³ «La clase obrera necesita un partido revolucionario marxista-leninista», *En Lucha* (15 de octubre de 1976), n.º 119.

⁴ «Fragmento de un discurso de José Díaz» y «En el 30 aniversario de la muerte de José Díaz», *Mundo Obrero Rojo* del PCE(i) (noviembre de 1971 y suplemento de abril de 1972).

⁵ «José Díaz, gran dirigente comunista», *El Correo del Pueblo* (3 de abril de 1976), n.º 36.

⁶ Referencias a diferentes intervenciones, por ejemplo, en *Mundo Obrero* (1 de septiembre de 1976), n.º 30 (Extra Comité Central).

discretos resultados electorales. En particular, preocupaban mucho las campañas identificando a Carrillo con los sucesos de Paracuellos o hechos similares. Además de los correspondientes desmentidos y del espíritu conciliador que quería transmitir, el PCE se mostró, por entonces, muy cauto en evocar recuerdos de la guerra en temas asociados con la forma de Estado, la cuestión religiosa, la violencia callejera, etc., aunque nunca renegó de su papel en el conflicto bélico y de su tradición luchadora, que —se dice— servía ahora para defender la vía pacífica en la construcción de la democracia (Aguilar, 1996: 328-335). Sin solución de continuidad, a finales de 1977, se difundían los ataques a la imagen del partido y sus dirigentes de Jorge Semprún, en su *Autobiografía de Federico Sánchez*, que hablaban más de la clandestinidad que de la guerra, pero que suponían un duro ataque en la línea de flotación de la imagen ética y heroica del partido (Claudín, 1983: 284-285; Equipo de Club Planeta, 1978).

En general, los años 76-78 configuran una etapa en la que los informes y documentos del PCE hablan poco del pasado, como ha señalado Carme Molinero, centrándose casi exclusivamente en los problemas inmediatos del presente (Molinero, 2007: 221-222). La búsqueda de la respetabilidad y la defensa de la utilidad política del partido en la nueva situación priman claramente sobre el cuidado de los anclajes identitarios. Un repaso a la prensa comunista entre 1975 y 1977 evidencia escasez de referencias a la República o la Guerra Civil, salvo algunas necrológicas, observaciones ocasionales en el ya citado homenaje a Pasionaria por su 80.º cumpleaños o el dossier sobre el 40.º aniversario del PSUC, que incluye una entrevista a López Raimundo, en julio de 1976. La idea que se pretende difundir, según apuntaba Carrillo a propósito de la matanza de Atocha, es que la Guerra Civil «es ya historia», es decir, hay que dejarla a un lado para construir el futuro. En la campaña electoral de 1977, si se exceptúan las intervenciones de Dolores Ibárruri, apenas se habla de la Guerra (Rueda, 2016: 254-259). Es cierto que el PCE portaba una memoria del conflicto bélico de delicado manejo (o con elevados costes electorales potenciales) en estos momentos iniciales del proceso democrático: los comunistas habían sostenido la resistencia hasta el final y, además, figuras fundamentales de su dirección presente habían vivido activamente el período (Andrade, 2021: 262-270).

Como ya señalamos, algunos temas especialmente conflictivos o que contrastaban con la deseada imagen de moderación fueron, cuando menos, táctica y discretamente orillados. Fue también entonces, en el momento en que la dirección comunista priorizó de manera absoluta la legalización y la aceptación del nuevo sistema político, cuando las concesiones simbólicas, en términos de identidad y memoria, alcanzaron sus máximos límites, más allá incluso de lo exigible en virtud de la correlación de fuerzas existente; lo cual afectó especialmente a la sensibilidad de la militancia, generando efectos deletéreos de la propia estabilidad de la organización, como distintos historiadores han subrayado. Andrade ha enfatizado la verdadera obsesión de la dirección del PCE por escenificar unos cambios adaptativos que generaban tensiones en la militancia o hipotecaban la libertad del partido, sin por ello suavizar las críticas de la prensa hostil anti-comunista (Andrade, 2017: 229-230). Según recuerda Ferrán Gallego, las renunciaciones implicaban no solo el silencio sobre la Guerra, sino también acerca de la experiencia

democrática a la que se achacaba su origen, es decir, la Segunda República, con lo cual se rompían los nexos entre las movilizaciones antifranquistas «y una cultura sofocada por la derrota y las condiciones de la posguerra»; lo que algunos ensalzaron, por entonces, como un ejercicio de *responsabilidad*, puede también entenderse «como una falta de respeto a la propia tradición» (Gallego, 2008: 704-705). Asumir la monarquía y sus símbolos suponía, en el caso de los comunistas, renunciar al imaginario nacional republicano y federal por el que habían luchado en la dictadura. El esfuerzo de pedagogía de cara a la militancia que lo justificara más allá del reconocimiento de una claudicación «no entraba en las prioridades de una dirección centrada en gestionar un día a día en el que parecía jugarse el ser o no ser de la democracia en cada quiebro de los acontecimientos», y, por tanto, se recurrió, sin más requisitos, a invocar la vieja disciplina de partido (Hernández, 2022: 294).

El esfuerzo de camuflaje o edulcoración del pasado aparece con especial nitidez cuando se trata de difundir mensajes en tono divulgativo sobre el pasado y el presente del partido. Si analizamos un breve folleto informativo-propagandístico fechado en octubre de 1977 («¿Quiénes somos, qué nos proponemos?»), dirigido por tanto a un público externo a la organización, vemos cómo se recoge de manera muy compendiada el esquema clásico ya acuñado por el PCE de su propia historia, pero, significativamente, no aparece mención alguna a Octubre de 1934, se subraya que el golpe de julio de 1936 fue parado por los obreros y «la mayoría de los militares» (*sic*), y la potencial imagen violenta de la guerrilla es neutralizada, al subrayar lo que se considera su principal efecto práctico: evitar que España entrara en la guerra mundial.⁷

Aunque de manera algo más sutil, dado que se trata de un texto fundamentalmente para militantes, el informe de Carrillo al Noveno Congreso (abril de 1978) retoma, asimismo, muy brevemente, el esquema histórico canónico, con peculiares adjetivaciones y explicaciones de los episodios violentos, resaltando su historia densa («este partido no es una improvisación»), su capacidad para «desembarazarse del sectarismo» y para la «renovación antidogmática», así como su indomable voluntad de lucha, manifestada en 1936, cuando los comunistas se vieron abocados, en una guerra no deseada, a batallar «durante treinta y dos meses en defensa de la democracia y la libertad»; luego, después de 1939, la dureza de la represión «obligó a los comunistas a defenderse en la guerrilla», pasando finalmente a la lucha de masas. En suma, el informe del secretario general ofrecía la imagen de un partido que «se ha renovado sin dejar de ser la continuidad de ese pasado glorioso». En todo caso, la atención dedicada al pasado era mínima y casi protocolaria, con insistencia sobre todo en mirar hacia el presente y el futuro: «aun apegados a nuestra historia nos preocupa *sobre todo el presente y el porvenir*» (PCE, 1978).

Tal es, en definitiva, el tono de las escasas evocaciones de la historia en el período de preparación y desarrollo del Noveno Congreso. Por ejemplo, cuando se recuerda el

⁷ En Archivo Histórico del PCE (AHPCE), Documentos PCE, carpeta 58, 1977.

último congreso comunista celebrado en la legalidad (1932), se pone de relieve la confusión de ideas del partido en su primera etapa y los cambios positivos desde entonces.⁸ Las fotos que el periódico comunista publicaba de un mitin celebrado tras el Noveno Congreso estaban encabezadas por un título elocuente: «Un partido nuevo que conserva su historia».⁹ Pero ese pasado no debía en modo alguno convertirse en motivo de litigio. Cuando, poco después, se estrenaba por fin en España el conocido documental sobre la guerra *Morir en Madrid*, *Mundo Obrero* se sentía obligado a precisar que ello no debía «interpretarse como una revancha, sino como una aportación indispensable para recuperar una tradición».¹⁰

1.4. ANTE LA CRISIS. EL DESAFÍO DE LOS ORTODOXOS

Sin embargo, una vez pasados los primeros años del nuevo régimen y la perentoria necesidad de exhibir determinadas renunciaciones como patente de honorabilidad democrática, la dirección del PCE parece haber comprendido la necesidad de retomar con más fuerza algunos de los hilos identitarios que habían ido perdiéndose o difuminándose. El crecimiento de las disidencias y los problemas internos, junto al recrudecimiento del desafío de los sectores *ortodoxos*, redundaban en la misma dirección: la revitalización —aunque incorporara nuevas claves de lectura— de su relato histórico-identitario, así como una voluntad homogeneizadora de la *cultura* del partido, que Carrillo definía como superación crítica de la *cultura comunista tradicional* y generación de una cultura *eurocomunista*. Cuestión distinta es el grado de eficacia que esas políticas de memoria llegaron a tener y la capacidad de desarrollar este proceso unificador superando o no priorizando los métodos estrictamente burocráticos y disciplinarios.

El principal desafío identitario, que recurría frecuentemente a la historia y la memoria, es el que procedía de los sectores *ortodoxos*, que no solo desarrollaban con ello sus propios mecanismos de construcción de identidad, sino que también podían hacer mella en la vieja militancia de un PCE que no renunciaba mayoritariamente a las viejas lealtades con respecto a la dirección, pero sí resultaba especialmente sensible no solo a críticas a la política del presente, sino también a determinadas invocaciones al pasado. Los ataques procedentes de los grupos ortodoxos escindidos del PCE solían insistir en que el partido *carrillista* había traicionado una historia gloriosa y heroica, que las organizaciones y sectores disidentes reivindicaban de manera particularmente enfática. A veces esta reivindicación alcanzaba niveles tan burdos como los que exhiben los libros de Líster (*Basta, Así destruyó Carrillo el PCE...*), plagados además de manidas y terribles acusaciones personales contra la figura de Carrillo. Líster se preguntaba retóricamente incluso, a propósito de la anunciada apertura del Archivo Histórico del PCE, qué

⁸ «Hace 46 años. El último Congreso legal del PCE», *Mundo Obrero* (20 de abril de 1978), n.º 16.

⁹ En *Mundo Obrero* (27 de abril-3 de mayo de 1978), suplemento al n.º 18.

¹⁰ «Llega “Morir en Madrid”», *Mundo Obrero* (11-17 de mayo de 1978), n.º 20.

documentos podría Carrillo enseñar: los de los procesos y sentencias contra camaradas entre 1945 y 1951, o —añadía sibilina— los *fabricados* por Domingo Malagón (el falsificador de documentos de identidad para los clandestinos) (Lister, 1977, 1978, 1983).

Más sutiles y medidas son las observaciones de libros como *Por qué somos comunistas* (1981), de Francisco García Salve (*el cura Paco*), donde se esbozaba una historia y una descripción de las señas de identidad del PCE que coincide con la *oficial* hasta 1956, aunque el giro de este año se interpreta prácticamente como el origen del eurocomunismo, si bien se reconoce que la política de Reconciliación Nacional tenía otras posibles *lecturas*. Arremetía luego García Salve contra el uso del episodio de Checoslovaquia con fines antisoviéticos, y contra el abandono del leninismo. En todo caso, se esforzaba por no ofrecer una imagen demasiado *izquierdista*, admitiendo la necesidad de las reivindicaciones parciales y concretas, pero no para desviarse de la revolución sino, como decía José Díaz, para avanzar hacia ella (García Salve, 1981).

Es bastante notable la insistencia de los ortodoxos en el uso de la memoria y la simbología tradicional del PCE. Puede comprobarse en *Mundo obrero (rojo)*, el órgano del PCE (VIII-IX congresos), o en *Unidad y Lucha*, el periódico del PCOE, donde la memoria de los comunistas y el realce de la figura de José Díaz, e incluso de las conmemoraciones republicanas, aparecen con notable frecuencia. El grupo de Eduardo García (el PCE VIII-IX) destaca claramente en ese sentido. Fue, sin duda, el que, con mayor intensidad, cultivó la «memoria cosmopolita comunista» y la identificación con la URSS, a partir de la traumática crisis de Checoslovaquia, cuando la «memoria orgánica» del PCE y la memoria viva de muchos de sus militantes chocaron abruptamente (Abad, 2022: 73). A modo de ejemplo, podemos leer en *Mundo Obrero (rojo)* artículos de Juan Ambou evocando el Octubre asturiano y a Aída Lafuente como ejemplos para los jóvenes del día, aprovechando para recordar que estas lecciones históricas (noviembre de 1977) eran despreciadas por el oportunismo *carrillista*, que llevaba —afirma— veintidós años destruyendo al partido. También aparecen reiteradas glosas de la figura de José Díaz o, de una sola tacada, en el número de abril de 1978, el recuerdo de múltiples aniversarios, republicanos, comunistas españoles y del comunismo internacional: el 14 de abril de 1931 (aniversario de la República), el 20 del mismo mes de 1920 (creación del PC español, el de los *mil niños*), el 20 de abril de 1963 (asesinato de Grimaud), el 22 de abril de 1870 (nacimiento de Lenin) o el 25 de abril de 1974 (revolución portuguesa).¹¹ La idea de continuidad del comunismo español, traicionada por la dirección *carrillista*, ya la expresaban a la perfección, en 1971, los miembros de una célula de Euskadi, que veían al partido en el momento más difícil de su historia: «Nuestros caídos nos vigilan desde la tumba y nos están juzgando porque ellos son parte integrante de la gran obra revolucionaria y a nosotros nos legaron seguirla como nosotros se la legaremos a otros para culminarla».¹²

¹¹ *Mundo Obrero* (cabecera roja) (noviembre de 1977; abril, mayo y octubre de 1978).

¹² *Mundo obrero* (cabecera roja) (primera quincena de octubre de 1971). Citado en Abad, 2022: 102-103.

En el caso del PCOE, la figura de Lister como «hombre memoria» y la propia denominación del partido (el segundo de los grupos comunistas constituidos en España, en este caso en 1921 por escisión del Partido Socialista Obrero Español —PSOE—) deben leerse en clave de memoria, incluso *transnacional*. La Resolución de su congreso extraordinario de 1973 afirmaba su continuidad con «las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero español y del Partido Comunista de España». El nuevo partido, se decía,

es el puente que vuelve a enlazar con el partido de la revolución democrático-burguesa de 1931, del Frente Popular de 1936, de la guerra nacional-revolucionaria del pueblo español contra el fascismo, del período de la clandestinidad y de las guerrillas, del Partido por el que dieron sus energías y su vida legiones de revolucionarios (Abad, 2022a: 117).

En el ceremonial del autodenominado X Congreso del PCOE, en enero 1978, destacaba la presencia simbólica, muy relevante, de grandes retratos de Lenin y de José Díaz, así como de las banderas comunista y republicana. En *Unidad y Lucha*, su órgano de expresión, también proliferan las efemérides (defensa de Madrid, destacando el apoyo soviético, o revolución de Octubre de 1917), e incluso cierta curiosa evocación de Stalin, como la que se produce en su número de marzo de 1979, donde se destacan sus virtudes revolucionarias, pero a la vez se le reprocha («porque la verdad es siempre revolucionaria») «el asesinato de la oposición obrera en la URSS» y hasta el fomento «de los gérmenes burocráticos y oportunistas que hoy asolan a las direcciones de muchos partidos comunistas». A Stalin se le dedica también una glosa a propósito de los cien años de su nacimiento.¹³

Esta búsqueda de la legitimidad sobre la base de constituir el verdadero PCE no está tan presente en las organizaciones ortodoxas de lo que Eduardo Abad denomina *la segunda ola*. El Partido Comunista de los Trabajadores (PCT), procedente de la antigua Oposición de Izquierdas (OPI), se negó en 1979 a celebrar conjuntamente con el PCE (VIII-IX), con el que se encontraba en un proceso de fusión, el aniversario del PCE, por discrepancias de interpretación en torno al papel histórico del partido y su diferencia de autopercepción con respeto a su carácter de continuadores del mismo; pero en 1980, tal vez por las necesidades mismas de la fusión, se interiorizaba ya el relato del PCE sobre su historia, su origen basado en una *necesidad histórica* o el imaginario soviético por su papel movilizador. En la misma línea, en el congreso fundacional del Partido Comunista de España Unificado (PCEU), celebrado en Madrid en mayo de 1980, el legado del partido de José Díaz aparecía de manera muy destacada. Eduardo García hablaba de «la majestuosa herencia» del viejo PCE, y Carlos Delgado (Carlos Tuya) se refería a «la recuperación del partido histórico del comunismo español» (Abad, 2022a: 173 y 249-250, 286).

¹³ Citado en Abad (2022a: 134-135). *Unidad y Lucha* (noviembre de 1978), n.º 13; (marzo de 1979), n.º 16; (enero de 1980), n.º 21.

Algo parecido sucedería con el PC que encabezó Ignacio Gallego, en cuya despedida de la organización histórica se evocaba una vez más la memoria del partido de José Díaz. Gallego, de larga trayectoria en la dirección del PCE, acusaba finalmente al mismo de abandonar la identidad comunista, y hablaba de la liquidación del Partido de José Díaz, Pasionaria y miles de mujeres y hombres que habían dado su vida por la libertad. En Cataluña, el recién nacido PCC también reivindicaba la memoria del PSUC, incluido su componente catalanista, como muestra el libro sobre sus orígenes coordinado por Pere Ardiaca (Abad, 2022a: 381-382).

1.5. POLÍTICAS DE MEMORIA PARA UN PCE EUROCOMUNISTA

Carrillo, en su *Memoria de la Transición*, afirma que, en estos años, se produjo, dentro de un partido que era muy plural, una crisis cultural e ideológica, coincidiendo con una grave crisis social, pero —asegura— no se trataba de un cuestionamiento de la línea política seguida. Dicha crisis consistiría, según su percepción, en la confrontación entre la cultura comunista tradicional y la eurocomunista, amén de algunos intentos de absorción por parte del PSOE, identificado con los llamados *renovadores* (Carrillo, 1983). En cambio, algunos de estos últimos o simplemente disidentes de la línea seguida por la dirección, pero confesadamente eurocomunistas, piensan que la mayoría de la militancia compartía la cultura comunista tradicional y que la dirección hizo escasos esfuerzos para cambiarla (Vega y Erroteta, 1982: 9).

En todo caso, la respuesta del PCE, frente al desafío de la crisis y el rebrote ortodoxo no se centró, como señalamos, en evitar referencias a la historia, sino en contraponer teóricamente una memoria compatible con el eurocomunismo con otra más centrada en la cultura comunista tradicional. Así, con motivo del 80.º aniversario del partido, en presencia de Dolores y de Enrico Berlinguer y ante una multitud de militantes y simpatizantes, Carrillo reivindicaba la propia historia, sin dejar de mencionar las simplificaciones teóricas y las prácticas estalinistas denunciadas en el XX congreso, pero subrayando especialmente la tradición de lucha constante por las libertades y el espíritu de unidad.¹⁴ Nuevamente Carrillo, en su informe al X Congreso (julio de 1981), reaccionando frente a las críticas algunos veteranos, recordaba esta relación entre tradición y cambio con el ejemplo de los viejos militantes:

Hay gentes en nuestras propias filas que nos reprochan haber hecho la guerra, olvidando que, si el PCE es el Partido de la política de reconciliación nacional y del eurocomunismo lo debe, en gran medida, a la apertura y al espíritu renovador demostrado por esa «vieja guardia».¹⁵

¹⁴ «Santiago Carrillo. El eurocomunismo, un ideal para las generaciones actuales», *Mundo Obrero* (15-21 de mayo de 1980), n.º 75.

¹⁵ «Informe del Comité Central al X Congreso. Presentado por Santiago Carrillo», *Mundo Obrero* (28 de julio de 1981), n.º 136.

En todo caso, esta idea de la continuidad, pese a los cambios, en la tradición comunista española, fue desgranándose a través de sucesivas adaptaciones tácticas en los debates y conflictos. En realidad, las políticas de memoria ensayadas por el aparato partidario comunista desde 1978 no dejan de reflejar el tacticismo y las visiones cortoplacistas típicas de la dirección partidaria de esos años. Esto se percibe de manera ostensible en el uso de la historia, que Azcárate ejemplifica críticamente en la actitud de un Carrillo que, en la preparación del X Congreso —asegura— llega a inventar la tesis de que el partido bolchevique, en vísperas de 1917, se había transformado en una especie de coalición de partidos, lo cual explicaría el papel de Trotski. «Era —asegura Azcárate— un caso típico de la irresponsabilidad de Carrillo, capaz de jugar con la historia según le convenía» (Azcárate, 1998: 185).

En los años en que culminan la crisis y ruptura interna del PCE, aunque dentro de límites relativamente modestos y con algunas limitaciones (como la ausencia de reivindicaciones republicanas explícitas), los contenidos históricos relativos a la etapa anterior a 1939 o episodios del antifranquismo empiezan a aparecer con más frecuencia en las publicaciones y documentos del PCE. En los años 1978 y 1979, en las evocaciones del pasado de la prensa comunista parecen predominar aún los asuntos fundamental o específicamente culturales, como el recuerdo de Renau o de Picasso, la política republicana de protección del arte en el Museo del Prado durante la guerra o el Congreso de Escritores Antifascistas, a menudo insertos en las páginas culturales, en la medida en que aluden a libros, películas o exposiciones. En general se liman o no se agudizan las aristas ideológicas y los elementos que puedan generar una lectura filo-republicana definida. En septiembre de 1979, *Mundo Obrero* semanal saludaba el tratamiento, en el programa televisivo *La Clave*, de la presencia extranjera en la Guerra Civil, en el que por primera vez —se decía— se escuchó la voz de los historiadores y de los vencidos, con pretensiones de neutralidad que —se añadía— nunca podían ser de objetividad.¹⁶ Paralelamente, el PCE comenzaba a rediseñar su trabajo entre los intelectuales, con la creación de un Centro de Estudios Marxistas (CEISA), dirigido por José Sandoval, con pretensiones de trabajar por el objetivo de la «hegemonía cultural»; dos años más tarde, transformado ya en Fundación de Investigaciones Marxistas, contaría, entre otros activos, con el apoyo y la colaboración de un amplio sectores de historiadores que entonces militaban o simpatizaban con el partido y que, como veremos, organizaron, sobre todo desde 1980, interesantes coloquios y ciclos de conferencias sobre temas particularmente sensibles para el pasado y la memoria comunista.¹⁷

A partir de 1980, la presencia de la historia del partido empieza a ser más ostensible y frecuente, mostrando probablemente cierta relajación de las rígidas hipotecas de

¹⁶ «Ante un programa de TVE. Extranjeros y extraños en la guerra civil», *Mundo Obrero* (6-12 de septiembre de 1979), n.º 52.

¹⁷ «El PCE patrocina un Centro de Estudios Marxistas. Conquistar la hegemonía cultural» o «Fundación de Investigaciones Marxistas. Dos años haciendo cultura», *Mundo Obrero* (14-20 de marzo de 1980), n.º 66.

la Transición y, a la vez, la necesidad de afrontar la crisis de legitimación que los sectores disidentes comienzan a introducir en el debate. Sin excesivas alharacas, vuelve a reivindicarse el pasado, como hacía un editorial de *Mundo Obrero* en abril de 1980, recordando, crítica y autocríticamente, la voluntad de lucha en 1934 y 1936 y el combate por la democracia, el origen en la revolución rusa pero a la vez la independencia del PCE: «desde entonces los comunistas españoles han construido su propia historia, han hecho su propia experiencia».¹⁸ En ese año y los siguientes, no es infrecuente encontrar en las páginas de *Mundo Obrero* artículos sobre la Segunda República, la reforma agraria, poetas y escritores republicanos (Miguel Hernández, Lorca, Machado, Pedro Garfías), homenajes a veteranos ya fallecidos (Grimau, Modesto, Antón) y sentidas necrológicas (Ormazábal, Vidiella...). En ellos parece apreciarse una voluntad de recuperar, de forma no ostentosa y siempre tratando los perfiles de los personajes y situaciones de la manera más adaptada posible a la nueva política, una parte de las tradiciones democráticas del partido y la izquierda, sin cuestionar los pactos de la Transición, pero también contrarrestando en cierto modo las acusaciones de los disidentes. Así puede percibirse en el mismo debate sobre los sucesos de Polonia desarrollado en el Comité Central, donde una nueva vuelta de tuerca sobre la crítica al *socialismo real* y una enfatización más en la independencia del PCE se contrapesa, en cierto modo, en el resumen de Carrillo, con una reafirmación de la fidelidad al Octubre ruso como seña de identidad irrenunciable (si no —señala el secretario general—, nos iríamos todos al PSOE) y con la necesidad de mantener la relación con todos los partidos comunistas.¹⁹

Desde luego, no desaparece la memoria épica de la guerra, aunque lo significativo no es tanto —o no es solo— el tema el sí, sino su análisis en términos de moderación y sentido unitario. También se usa el episodio para ejemplificar lo que pudiera ser el papel dirigente del partido (Hernández, 2022: 296). No debemos pensar que el imaginario de la militancia comunista se reducía a las evocaciones de Octubre de 1917 o de la Guerra civil española; también incluía ejemplos más recientes como la guerra de Argelia, Vietnam, la revolución cubana, el Chile de Allende o la revolución portuguesa (Andrade, 2017: 228). Pero la Guerra civil sigue actuando como patrimonio simbólico central de la memoria comunista, con distintos planos de visibilidad y elusión, incluyendo algunas referencias internas (como en las escuelas de cuadros), que siguen recurriendo al viejo léxico y hablando de la *guerra nacional revolucionaria*. De hecho, la Guerra civil se mantuvo como «capital de memoria épica», esencialmente entre el tejido militante comunista, «en dimensiones como su carácter antifascista, el mito frentepopulista como proyecto progresivo o su valor en términos de legitimación histórica». Aunque no se prodiguen en exceso, las referencias a la Guerra vertidas en documentos orgánicos o prensa siguen reiterando, en lo general, el esquema interpretativo formulado en los años sesenta y consagrado en el *Manifiesto Programa* de 1975 (Rueda, 2018 y 2013: 22).

¹⁸ «Editorial. El mundo ha de cambiar de base», *Mundo Obrero* (17-23 de abril de 1980), n.º 71.

¹⁹ En *Mundo Obrero* (22-27 de enero de 1982), n.º 160.

La política de conmemoraciones del PCE no aparece tan recargada como en los viejos tiempos, pero ocasiones como el 60.º aniversario (en 1980) de la fundación del partido permiten una intensa actividad en ese sentido. Los actos de celebración incluyeron exposiciones, libros, folletos o un largo número extra de *Mundo Obrero*, con un amplísimo repaso a la historia del partido en todas sus etapas y episodios fundamentales, en el que participaron numerosos dirigentes, históricos del partido y algún historiador (Zaldívar, Azcárate, Elorza, Ormazábal, Lobato, Sánchez Montero, Santiago Álvarez, Sartorius, Camacho, etc.). El discurso de Carrillo para la ocasión fue, oportunamente, titulado «El eurocomunismo, un ideal para las generaciones actuales», pero reivindicaba también, como no podía ser de otro modo, la historia del partido. El secretario general recordaba, para la ocasión, a los fundadores y los héroes del PCE, su lucha por la libertad y la democracia y, desde 1956, su independencia con respecto a la URSS.²⁰

Entre las conmemoraciones que continuaron celebrándose, desde luego, los aniversarios de Dolores ocupan un papel especial (Ginard, 2013). Tales ceremonias, además de recurrir a un símbolo vivo —como se ha señalado— de múltiples significados, sirven para ensalzar la política del partido en sus diferentes momentos. En el 80.º cumpleaños de Pasionaria, que aún se celebra fuera de España (en Roma concretamente) por razones de clandestinidad, la dirigente es presentada como alguien cuyo mensaje no envejece, y que aprovecha para llamar una vez más a la reconciliación nacional, recordando que el PCE no quiere volver a 1931 o a 1936, sino instaurar una democracia propia del mundo de hoy.²¹ En el 85.º aniversario de su presidenta, el periódico del partido le destina nada menos que ocho páginas, bajo el título genérico «Pasionaria, símbolo de una esperanza». En ellas, Eusebio Cimorra subraya, de forma más o menos prototípica, sus hitos biográfico-políticos esenciales (el impacto del Octubre ruso, su papel en la dirección durante la *renovación* de 1932-1934, la revolución de 1934 para frenar al fascismo, su figura de diputada en 1936 o el discurso del *No pasarán*).²² A Dolores se le dedica también, por estos años, una película documental (*Dolores*, de José Luis García Sánchez y Andrés Linares, 1981) y algunas biografías y libros de conversaciones como la de Teresa Pàmies en 1976 o los de Jaime Camino (en 1977) y Andrés Carabantes y Eusebio Cimorra (en 1982). Además, se le tributan homenajes, como el de Asturias en junio de 1982, alternando los escenarios del Teatro Campoamor en Oviedo y el Pueblo de Asturias en Gijón. En ellos Gerardo Iglesias, dejando a un lado cualquier tipo de sutileza, en medio de la crisis del partido, además de considerar a Pasionaria patrimonio del movimiento obrero mundial, le atribuía —siempre junto a Carrillo— la renovación de la cultura tradicional dogmática del partido,

²⁰ «Previstas muchas actividades en las organizaciones comunistas. 15 de abril de 1980 : el PCE cumple 60 años», *Mundo Obrero* (10-16 de abril de 1980), n.º 70; *Mundo Obrero* (1-7 de mayo de 1980), n.º especial 73. Mitin del aniversario en *Mundo Obrero* (15-21 de mayo de 1980), n.º 75.

²¹ *Mundo Obrero* (enero-febrero de 1976), n.º 83.

²² *Mundo Obrero* (diciembre de 1980), n.º 104. También escriben, entre otros, Mendezona, Alberti, Terence Moix o Tina Sainz.

el euroco-munismo y la defensa de un gobierno de concentración democrática; en definitiva, añadía, «decimos que los nostálgicos no pasarán en el PCE» que Dolores había contribuido a crear.²³

La atención particular dedicada a tan carismática figura no significa que se dejara en manos de los *ortodoxos* la apropiación de la figura del otro gran dirigente histórico, José Díaz, con claves y lecturas, ciertamente, muy particulares. En 1978, Carrillo recuperaba un texto de 1971 para prologar la recopilación de discursos e informes de Pepe Díaz *Tres años de lucha*. En el análisis del nuevo secretario general del PCE, su antecesor aparecía sobre todo como el adalid fundamental de la política antifascista y de las propuestas de unidad, en el contexto de la revolución democrática y casi prefigurando la propuesta de vías alternativas y democráticas al socialismo (Carrillo, 1978: 7-32). En general, las referencias a Díaz proliferan por estos años y sobre todo cuando, seguramente como reacción frente a la crisis interna y las críticas de los ortodoxos, el PCE comienza a dedicar mayor atención al pasado y a reforzar sus lazos identitarios. Incluso al defender al PSUC frente a sus críticos, Carrillo llegaba a afirmar: «Somos el Partido de José Díaz, de Dolores Ibárruri, de Rafael Vidiella».²⁴ En abril de 1981, el cincuentenario de la creación de la República se conmemora con una foto de José Díaz y la reproducción de su conocido discurso en el cine Europa de Madrid, adobado con comentarios de este estilo: salvando las diferencias naturales, el discurso de José Díaz es «aleccionador desde el punto de vista histórico».²⁵

La reivindicación del frentepopulismo incluye curiosos registros y lecturas históricas. Ya en *Eurocomunismo y Estado*, Carrillo interpretaba la política de los frentes populares como un claro antecedente del eurocomunismo; en el caso concreto de España, afirmaba:

Ya fuese más por intuición revolucionaria que por una elaboración y análisis teórico profundo, nuestra política en el período del Frente Popular encerraba ya en embrión la concepción de una marcha hacia el socialismo con democracia, con pluripartidismo, parlamento, libertad para la oposición (Carrillo, 1977: 141-163).

Uno de estos registros es la recuperación de la figura de Dimitrov, a cuyo pensamiento político dedicó la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM) un simposio, a mediados de 1982, con participación de políticos e historiadores. La clausura corrió a cargo de Carrillo, que llegó a afirmar que el comunista búlgaro «no funda el eurocomunismo, pero contesta a lo que se podría llamar una *cultura comunista tradicional*», la sectaria, que hablaba de *socialfascismo*, hoy plenamente superada. Dimitrov —señalaba— aportó «un viento fresco para quitar muchas telarañas que impedían al

²³ *Mundo Obrero* (2-8 de julio de 1982), n.º 183.

²⁴ «Mitin de Santiago Carrillo en Martorell. El PSUC, único partido de los comunistas catalanes», *Mundo Obrero* (7 al 13 de mayo de 1982), n.º 175, p. 13.

²⁵ *Mundo Obrero* (24-30 de abril de 1981), n.º 122. También M., F., «En el 30 aniversario de su muerte. José Díaz y el viraje de los años 30», *Mundo Obrero* (30 de marzo-5 de abril de 1978), n.º 13.

movimiento comunista actualizarse, ponerse al día»; asegurando la autonomía de los partidos comunistas «sin dirigismos moscovitas», la independencia sindical frente a la idea de la *correa de transmisión*, la imagen de que la guerra imperialista no era inevitable, la necesidad de los partidos comunistas de penetrar en sus sociedades nacionales respectivas y el respeto a los antifascismos no comunistas.²⁶

Este tacticismo en el uso de la historia puede apreciarse también en otras conmemoraciones o debates. Por ejemplo, el Frente Popular, sobre el que la FIM organizó un simposio en 1980, con participación de algunos de sus historiadores entonces militantes o simpatizantes más conocidos (Antonio Elorza, David Ruiz, Manuel Tuñón de Lara, Marta Bizcarrondo, Santos Juliá) y algunos invitados extranjeros (como Paolo Spriano);²⁷ un Frente Popular presentado como ejemplo de democracia avanzada. Como curiosidad significativa, en abril de 1982, cuando la derecha lanzaba acusaciones críticas contra el «frentepopulismo», las complejidades del tratamiento del tema por parte de los profesionales de la historia daban paso, una vez más con Carrillo, a simplificaciones que rozaban como mínimo la caricatura. Así, en medio de una serie de atentados terroristas y de acoso propagandístico de la derecha, que ligaba el Frente Popular a la guerra, en un informe de abril-mayo de 1982 al Comité Central, el secretario general negaba que este hubiera sido una coalición de *rojos*, asegurando que, en las circunstancias actuales, incluso podría integrar a una parte de Unión de Centro Democrático (UCD) y hasta a algún sector de Coalición Democrática, así como a nacionalistas vascos y catalanes:

Es decir, ese fantasma del Frente Popular socialmente, políticamente representaba a algo que compone en lo fundamental las Cortes actuales, la situación política actual. Otra cosa es que, al estallar la sublevación franquista, al declararse la guerra, en el Frente Popular pasase a tener la hegemonía la clase obrera, y el frente Popular adquiriera ya, a causa de una guerra que no provocó el Frente Popular, que provocó la sublevación franquista, un carácter mucho más avanzado y mucho más radical que el que tuvo en sus orígenes.²⁸

El ecumenismo en la integración de personajes y corrientes históricas bajo el paraguas del PCE llega, también en los textos de Carrillo, a otros extremos no menos delirantes. Por las mismas fechas, en la clausura de la Fiesta anual del PCE, Carrillo a la vez defendía «las esencias profundas del comunismo» e integraba la herencia de la tradición progresista, socialista y libertaria de España, citando a personajes como Pablo Iglesias, Largo Caballero, Durruti, el *Noi del Sucre*, Dolores o Pepe Díaz.²⁹

²⁶ *Mundo Obrero* (junio de 1982). Especial dedicado a Dimitrov en *Nuestra Bandera* (1982), n.º 113. «Organizadas por la FIM. Jornadas sobre la figura de Dimitrov», *Mundo Obrero* (4-10 de junio de 1982), n.º 179.

²⁷ *Mundo Obrero* (8-14 de mayo de 1980), n.º 74.

²⁸ Carrillo, Santiago, «La ofensiva terrorista, una provocación al golpe de Estado», *Mundo Obrero* (30 de abril-6 de mayo de 1982), n.º 174, pp. 9-12.

²⁹ *Mundo Obrero* (23-29 de julio de 1982), n.º 186.

1. 6. ALGUNOS VECTORES DE MEMORIA. SU LIMITADA EFICACIA

En definitiva, no puede hablarse de ausencia de políticas de memoria en estos años de fines de la década de los setenta y comienzos de los ochenta. Hubo incluso un cine militante comunista, aunque su actividad no duró mucho. *Hasta siempre en la libertad* (1977) del Colectivo de Cine de Madrid, hablaba de la matanza de abogados de Atocha, con tesis (lucha y movilización social frente a nostálgicos del franquismo) que también estaban presentes en *7 días de enero*, de Juan Antonio Bardem (1978). *Una fiesta para la democracia (el oro del PCE)* de Andrés Linares (1978) y la mencionada película documental *Dolores* (1981) señalan el final de este ciclo, obviamente enmarcado por la crisis del partido y por la propia evolución comercial de la industria cinematográfica.³⁰

Entre los mecanismos puestos en práctica, entre otras razones, para exhibir públicamente la fuerza del PCE y generar identidad colectiva, podemos destacar el uso de la Fiesta anual del partido, que merecería un estudio pormenorizado, y que fue institucionalizada, a semejanza de la práctica de otros *partidos hermanos*, desde la llegada de la democracia. La Fiesta giraba en gran medida en torno a la historia y los emblemas del partido, con la significativa ausencia, en estos años, de banderas y símbolos republicanos, pero sirviendo de soporte a la evocación de los hitos fundacionales o la epopeya de 1936 (Rueda, 2013: 22).³¹

En los años que nos ocupan, la Fiesta, celebrada en la Casa de Campo madrileña, reunía, con el reclamo de interesantes actuaciones musicales y el complemento de algunos debates, a centenares de miles de asistentes. Ya la primera edición, en 1978, la organización cifraba la asistencia, probablemente con cierta exageración, en medio millón de personas.³² La de 1980 se centró muy especialmente en la conmemoración del 60.º aniversario, incluyendo, entre otras muchas actividades, la proyección de un avance sobre la película *Dolores*, así como una exposición y un debate sobre las seis décadas de historia del PCE, con participación de destacados historiadores y dirigentes del partido (Tuñón de Lara, Elorza, Sandoval o Santiago Álvarez).³³ La de 1982, también muy concurrida pese a la crisis, contó como de costumbre, tal como señalamos más arriba, con el mitin de cierre de Santiago Carrillo, que llamó a «la unidad de todos los comunistas» y rechazó la actitud de quienes pensaban que dividiendo al partido defendían mejor «las esencias del comunismo», que seguía representando plenamente el PCE a la vez que sintetizaba lo mejor de la tradición progresista española: «El PCE representa

³⁰ Por ejemplo, sobre *7 días de enero*, información en *Mundo Obrero* (5-11 de abril de 1979), n.º 17.

³¹ Amplias referencias a actividades de las Fiestas, por ejemplo, en *Mundo Obrero* (19-25 de septiembre de 1980), n.º 93; n.º 144, n.º 185 a 187 de 1982.

³² Informaciones en *Mundo Obrero* (5-11 de octubre de 1978), n.º 42.

³³ «Fiesta PCE 80», *Mundo Obrero* (19-26 de septiembre de 1980), n.º 93. También página sobre la Fiesta en *Mundo Obrero* (26 de septiembre-2 de octubre de 1980) n.º 94.

hoy, “aggiornada” a la época actual, toda la tradición liberal, libertaria y socialista que ha sido históricamente el motor del movimiento progresista». ³⁴

Entre los vectores de la memoria que deberían ser objeto de consideración más detallada están también, desde luego, las conmemoraciones, de las que hemos proporcionado algunas pinceladas, o las tareas de formación, tema que requeriría mayor estudio, pero que las informaciones aparecidas en la prensa del partido consideran generalmente poco desarrolladas, pese a sucesivos intentos de relanzar este tipo de actividades. ³⁵

En suma, la presencia de un *discurso patrimonial* o una política de memoria oficial en estos años de crisis parece indudable, y sin duda un análisis más amplio con documentación interna del partido lo pondría aún más de relieve. Pero una evaluación empoderada de sus efectos, en medio de una quiebra política como la que sufrió el PCE por entonces, cabe hacer dudar de su eficacia. Plantear este fracaso en términos de fidelidad irreductible y casi irracional de la militancia a la *vieja cultura comunista*, incluso después de 1956, de los tramos finales de la lucha antifranquista y de los comienzos de la Transición, como si esta se hubiera mantenido inmóvil o como si la incorporación de nuevas generaciones de militantes no hubiera tenido consecuencia alguna, parece poco verosímil. Se ha señalado acertadamente, por ejemplo, que la militancia del partido en la Transición tenía fuertemente asimilados los valores democráticos, incluso en el sentido liberal del término. Por otro lado, los intentos de homogeneizar un partido tan diverso, como se ha señalado, no parecen haber cosechado demasiados éxitos (Andrade, 2017). Es cierto que, en plena conflagración interna, la dirección *carrillista* jugó de alguna manera a manejar elementos de memoria tradicionales para usarlos contra los *renovadores* y atraer a sectores de la militancia. En todo caso, semejantes tácticas no pudieron contrarrestar el fracaso político del eurocomunismo (Andrade, 2017; Donofrio, 2018), al que pronto se unió la crisis terminal del *socialismo real* en Europa oriental. Desde entonces, se iniciaba una nueva etapa, fuertemente resistencial, que requiere obviamente estudios pormenorizados, pero que, en esta ocasión, sin duda afectó notablemente a la memoria y a la identidad comunista en sus diversas variantes y modalidades.

³⁴ «Santiago Carrillo clausuró la Fiesta. El PCE, única opción realmente de izquierda», *Mundo Obrero* (23-29 de julio de 1982), n.º 186.

³⁵ Ejemplos en «Instituto de Estudios Comunistas. Aprender en el PCE», *Mundo Obrero* (18-24 de mayo de 1978), n.º 221; o entrevista a Santiago Álvarez, responsable de Formación Política, en *Mundo Obrero* (20-26 de febrero de 1981), n.º 114.

CAPÍTULO 2

VÍCTIMA Y VERDUGO: «ASESINATO EN EL COMITÉ CENTRAL» (1981) Y LA CRISIS DE MILITANCIA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Laura C. Cruz Chamizo¹

En marzo de 1981, Manuel Vázquez Montalbán invitó a Santiago Carrillo a que ejerciera como presentador en un acto promocional de su última novela, *Asesinato en el Comité Central (AEECC)*, una nueva adición a su serie policiaca protagonizada por su mítico personaje: el detective Pepe Carvalho. En esta ocasión, el investigador privado tuvo que resolver el asesinato del secretario general de un PCE convertido en ficción. No obstante, Carrillo declinó la oferta a través de una carta que se mantiene en el fondo personal del escritor en la Biblioteca Nacional de Catalunya. En su respuesta, Carrillo se excusó argumentando que debido al «ambiente» que había en ese momento en el partido y al que —según sus propias palabras— la novela no era ajena, «muchos camaradas y no camaradas» no comprenderían su participación en la presentación de este libro.² Finalmente, concluyó su respuesta sugiriendo a Montalbán que buscara otro presentador, no sin asegurarle que no haría pública ninguna opinión que situara la obra dentro de los debates que se estaban dando en el partido ni tampoco alguna que le fuera desfavorable.

¿Cuál era ese «ambiente» del partido al que hacía referencia Carrillo? ¿A qué se debía la preocupación del secretario general ante las posibles reacciones que su presentación del libro pudiera llegar a producir? El objetivo de este texto será aproximarnos a

¹ Este trabajo se inserta en el marco del proyecto “El desorden de género en la España contemporánea. Feminidades y masculinidades” (PID2020-114602GB-I00), MINECO y FEDER.

² Biblioteca de Catalunya (BC), Fons Manuel Vázquez Montalbán, Correspondència, carta de Santiago Carrillo (17 de marzo de 1981).

la crisis interna del PCE al final de la transición desde la perspectiva de la militancia comunista. Para ello, voy a utilizar como hilo conductor las distintas crisis de militancia de las que, a mi parecer, habla Manuel Vázquez Montalbán en *AEECC*, publicado en 1981, un año decisivo en dicha crisis. A través de esta obra, el destacado miembro del PSUC hizo ficción las ansiedades en torno a la crisis de fe, crisis interna y crisis sexual que atravesaron a los y las militantes comunistas en estos años, más allá de las desavenencias ideológicas.³ El malestar que se fue gestando en torno a estos temas, al igual que otros «meramente» ideológicos, iría expresándose cada vez de forma más manifiesta hasta explotar finalmente en las elecciones de 1982.

Cuando Manuel Vázquez Montalbán publicó *AEECC* en 1981, la crisis del PCE era ya manifiesta.⁴ Por un lado, apenas meses antes de la publicación de este libro había tenido lugar el V Congreso del PSUC, donde el propio Montalbán era miembro del Comité Ejecutivo y responsable de Cultura. En este V Congreso, se criticaron la política de concentración democrática y los Pactos de la Moncloa, se reafirmó la autonomía del PSUC ante el PCE, y, simbólicamente, se abandonó la doctrina del eurocomunismo, que había sido adoptada por el PCE como una de sus «señas de identidad» desde 1978.⁵ Pero este episodio no fue sino una de las primeras manifestaciones públicas de las desavenencias internas del «partido del antifranquismo». En los meses que siguieron se fueron sucediendo desencuentros similares, hasta que en las elecciones de 1982 el partido no consiguió los resultados electorales que había anticipado y su relevancia en el campo político fue mermando progresivamente en los siguientes años.

A la hora de abordar esta crisis, la historiografía ha centrado su atención principalmente en el papel que la cúpula del partido jugó en su desarrollo, así como en las discrepancias internas provocadas por conflictos ideológicos. Es un lugar común señalar al eurocomunismo como elemento que terminó por desestabilizar al partido, ya que adquirió un lugar central en la producción teórica comunista de esos años y, al mismo tiempo, movilizó a buena parte de la militancia, bien para defenderlo, o bien para oponerse a él.⁶ Ante la gran diversidad que se llegó a aglutinar en la militancia del PCE, la dirección del partido trató de llevar a cabo un proceso de homogeneización de las bases implantando esta nueva propuesta ideológica, pero, como Juan Andrade (2012: 396) ha expresado de manera muy elocuente, el partido «vino a apagar el fuego de la diver-

³ Con motivo del estreno de la versión cinematográfica de la novela, escrita y dirigida por Vicente Aranda, una crítica de *Mundo Obrero* destacaría que la película no había sabido trasladar a la gran pantalla la complejidad de la obra de Montalbán, que, según la crítica, radicaba precisamente en ir más allá de la mera descripción de unos hechos y buscaba explicar lo que estaba ocurriendo en el partido a través de las relaciones de los personajes y las situaciones en las que se encontraban. «Cine. Asesinato en el Comité Central», *Mundo Obrero* (27 de agosto-2 de septiembre 1982), n.º 191, p. 46.

⁴ Sin ánimo de exhaustividad, para una aproximación a las obras más recientes y relevantes en analizar este periodo de la historia del PCE véase: Andrade (2012; 2021), Molinero e Ysàs (2017) y Hernández (2022).

⁵ Giaime Pala (2008) ha estudiado este congreso centrando su atención en la militancia.

⁶ Entre los estudios a destacar sobre el tema se encuentran: Treglia (2011); Donofrío (2013) y Faraldo (2017).

sidad con la gasolina del eurocomunismo». No obstante, y sin desechar esta interpretación, considero, como señalan estudios recientes, que el eurocomunismo fue utilizado también como catalizador para poner sobre la mesa diferentes crisis por las que estaba pasando la militancia (Álvarez, 2021), como las que repasaremos en los siguientes apartados.

En este aspecto, fue crucial el fracaso de las expectativas que generó el fin de la dictadura para este sector decisivo del antifranquismo, que había visto sus esperanzas de cambio reducidas a unas reformas insuficientes para buena parte de la militancia, renunciando junto con las principales fuerzas políticas de la oposición a muchas de sus reivindicaciones a favor de la política de consenso (Andrade, 2021).⁷ Carme Molinero y Pere Ysàs (2008; 2017) sostienen que una de las razones principales de esta crisis consistió en el cambio de escenario que significó la nueva democracia: el PCE había sabido liderar y actuar dentro de los movimientos sociales antifranquistas con sus militantes participando activa y directamente en la política del partido. Sin embargo, al trasladar las acciones políticas a instituciones democráticas, sobre todo teniendo en cuenta que fue en una etapa de configuración y consolidación de un nuevo modelo de Estado, los y las militantes comunistas pasaron a ser espectadores de una política institucional en la que el partido en su conjunto ocupaba un lugar secundario.⁸

A pesar de su tendencia a presentar muchas renunciaciones «impuestas» por las circunstancias como decisiones estratégicas y planeadas (Andrade, 2012: 392) y, por lo general, poca predisposición a la autocrítica, la cúpula del partido no siempre se mostró ajena al descontento generalizado que se había apoderado de la militancia en los últimos años. Santiago Carrillo llegó a admitir en una reflexión en torno al X Congreso (1981) que habían descuidado a la militancia y no habían sabido adaptarse a los cambios del nuevo sistema democrático: «El error fundamental es que el Partido ha estado haciendo política por arriba y hacia arriba».⁹ Y es que, si bien el PCE era un partido con una jerarquía muy marcada propia de los partidos comunistas y una férrea disciplina acentuada por los años de clandestinidad, su militancia no vivió pasivamente las decisiones de la dirección. Siguiendo esta línea, propongo que todavía resulta necesario profundizar en la perspectiva de la militancia en esta «autodestrucción» del PCE para poder explicar lo ocurrido en estos momentos decisivos para la historia del comunismo español.

⁷ David Beorlegui (2017) ha analizado en profundidad el fenómeno del «desencanto» entre militantes de la izquierda radical ante el devenir de la transición.

⁸ Esta progresiva crisis tuvo lugar dentro de un contexto internacional caracterizado por la crisis económica, la «segunda guerra fría», y el alejamiento de las expectativas de cambios más profundos que habían albergado la izquierda española y europea (principalmente en Francia e Italia). Así, el PCE inició el camino a la práctica desaparición como fuerza política relevante, «anticipando lo que sucedería casi una década después en la mayoría de países europeos». (Molinero y Ysàs, 2008: 40-41).

⁹ Carrillo, Santiago, «El Partido es para transformar, no para reflejar la sociedad», *Mundo Obrero* (24-30 de julio de 1981), n.º 135, pp. 12-15.

Con esto en mente, planteo que las emociones no son algo ajeno a la política, sino que la conforman, de la misma manera que otros elementos materiales e ideológicos. Concretamente, para este estudio considero fundamentales las aportaciones de la historia de las emociones y los afectos, sobre todo, aquellas que destacan su capacidad «productora». Siguiendo a Jo Labanyi (2010), la experiencia emocional no se reduce a lo individual, algo que los sujetos tienen, pero de lo que pueden prescindir a la hora de actuar. Más bien, las emociones «crean cosas»: situaciones, movimientos, comunidades... y nos mueven a la acción, también en el campo de la política. En este sentido, las emociones también nos unen a una comunidad. Las facultades afectivas de las emociones son cruciales para analizar las identidades colectivas porque son movilizadoras o, como veremos en este caso, desmovilizadoras. Crean vínculos con el mundo en el que vivimos y nos mantienen en un lugar o nos apartan de él (Ahmed, 2004). Otro concepto de utilidad para mi estudio ha sido el de «comunidad emocional» propuesto por Barbara Rosenwein (2006). Para esta autora, una comunidad emocional estaría formada por un grupo de personas que se adhieren a las mismas normas de expresión emocional y que, por un lado, valoran de manera positiva ciertas emociones, mientras que, por otro, castigan la expresión de otras, delimitando aquello que resulta moralmente legítimo. Desde este punto de vista, las emociones son relacionales y cambiantes, lo cual enfatiza la necesidad de historizarlas (Rosenwein, 2010).

En las siguientes páginas, la novela *AEECC* de Manuel Vázquez Montalbán servirá como eje argumental para realizar una aproximación a cómo vivió la militancia la descomposición interna del PCE.¹⁰ Unido a esta novela, me valdré de fuentes hemerográficas y entrevistas orales para ilustrar el ambiente de frustración que se fue creando entre militantes de este partido. En concreto, el método utilizado para analizar las fuentes orales ha sido la *historia de vida* por su idoneidad para aportar información sobre la interpretación reflexiva que una persona hace de su propia existencia: prestaré atención así al modo en que hablan de ella, qué enfatizan, qué omiten o qué palabras escogen para narrar sus experiencias (Llona, 2012: 32).

2.1. SACERDOTES SIN DIOS: LA CRISIS DE FE DE LA MILITANCIA

Si bien Manuel Vázquez Montalbán no consiguió su objetivo, sus intentos por conseguir que Santiago Carrillo presentara su novela basada en la crisis del PCE ponen de manifiesto que el autor quiso hacer evidentes los paralelismos entre realidad y ficción en *AEECC* desde la misma promoción de la obra, antes incluso de que el público pudiera acceder a su lectura. Esta intención se mantendría constante a lo largo de la novela, desde la misma nota aclaratoria que prelude la acción: «Ante la previsible y perversa intención de identificar los personajes de esta novela con personajes reales»

¹⁰ Magdalena Garrido y Carmen González (2008) han realizado una aproximación parecida, en este caso, al desencanto en el cine de Juan Antonio Bardem.

escribió, «el autor declara que se ha limitado a utilizar arquetipos, aunque reconoce que a veces los personajes reales nos comportamos como arquetipos» (Vázquez Montalbán, 1981: 8). A continuación, definió la palabra «arquetipo» como «tipo soberano y eterno que sirve de ejemplar y modelo al entendimiento y a la voluntad de los hombres». Reconoció que, si bien sus personajes se correspondieron más a «modelos», estos ideales servían como guía de conducta para «personajes reales», entre quienes se incluía a sí mismo. Montalbán también jugó con la idea de que el público era conocedor de su militancia comunista, por lo cual este trabajo no era en realidad una obra de ficción más, sino que el escritor llevó a la ficción su propia experiencia militante. Todo ello contribuyó a enfatizar la metatextualidad de la obra y, con ello, el autor subrayó la construcción cultural de la realidad, jugando a mezclar realidad y ficción.

La novela comienza con una comparecencia ante la prensa del Comité Central del PCE novelizado, interrumpida por el asesinato que vertebraría la trama principal. Fernando Garrido, el personaje asesinado, no era otro sino el secretario general del PCE ficticio,¹¹ su máxima autoridad y representante público: al asesinarlo a él, se atacaba también al «partido del antifranquismo» y, por consiguiente, a quienes habían luchado por la democracia. Para sus camaradas, Garrido se trataba de la personificación de lo que debía ser un comunista, «el milagro repetido de la encarnación de la vanguardia de la clase obrera en la persona de un secretario general» (Vázquez Montalbán, 1981: 11). El autor hizo hincapié en varias ocasiones en la identificación de Garrido con la figura del «mártir», cuerpo sacrificado en el que se reunieron la honestidad, valentía, sabiduría y abnegación propios de un dirigente comunista. Como ha señalado María Álvarez de la Cruz (2017), es precisamente su condición de víctima la que confiere al personaje esta naturaleza idealizada, recalcada constantemente por diferentes personajes a lo largo de la novela. Con esta identificación, Montalbán llevó a la ficción la mitificación de los líderes y el culto a la personalidad tan arraigados en la tradición comunista.¹²

Esta identificación de la militancia con una práctica religiosa se presenta de forma crítica y paródica; el propio autor mostró su rechazo al sentido religioso de la militancia a la hora de promocionar la novela.¹³ Manuel Vázquez Montalbán se sirvió de su personaje protagonista, el detective Pepe Carvalho, para expresar estas críticas, siempre desde un tono abiertamente irónico, pero no sin ciertas dosis de autocrítica. Para resolver la identidad del asesino del secretario general, el partido contrató los servicios de Carvalho, que se trasladó temporalmente a Madrid, retornando al universo comunista años después de haberse retirado de la militancia. Este tiempo alejado de la actividad política había cambiado su perspectiva, y ahora se mostraba escéptico con la devoción acrítica que profesaba la militancia. A través del monólogo interno y las observaciones

¹¹ Este personaje, sobre todo por su cargo, pero también por la sonoridad de sus nombres, alude al verdadero secretario general de la época, Santiago Carrillo.

¹² David Ginard (2009) ya ha estudiado la tradición hagiográfica del partido y su uso para dar a conocer los valores que los comunistas valoraban y los que denostaban entre la militancia en periodos anteriores.

¹³ Canals, Enric, «Entrevista: Vázquez Montalbán», *El País* (7 de abril de 1981).

de este personaje, Montalbán ironizó y censuró, por una parte, las prácticas «litúrgicas» de la militancia. Por otro lado, puso en evidencia la instrumentalización realizada por la dirección del partido del sacrificio de quienes lucharon contra el franquismo al convertirlos en mártires.

Parece evidente que Manuel Vázquez Montalbán dibujó ciertos paralelismos con el funeral de los abogados asesinados en Atocha en 1977 para describir el funeral de la víctima, Fernando Garrido. El autor recreó el ambiente solemne y contenido del entierro multitudinario. Si bien en esta obra el asesinato resultó ser el secretario general, la respuesta social fue semejante: el autor describió un homenaje popular donde «los aplausos fueron contenidos por un imperativo chist nacido de lo más profundo de la multitud» (Vázquez Montalbán, 1981: 100), apelando a descripciones similares que en su día se hicieron sobre el funeral de Atocha en las que quienes asistieron autorregularon sus expresiones emocionales (Cruz, 2021). Montalbán aludió a la contención emocional de entonces para describir el ambiente del sepelio en la ficción. De la misma manera que años atrás se hiciera en la prensa de su partido, el escritor empleó metáforas visuales que enfatizaban la disciplina militante: «Parecían rojos también los puños que se alzaban y bajaban con voluntad de martillos, con precisión de émbolos» (Vázquez Montalbán, 1981: 100). Esta imagen recuerda a la disciplina obrera en el trabajo de fábrica, fuerza física que en este momento deviene emocional y moral: en este contexto, el origen de la fuerza del movimiento obrero proviene del control de sus emociones y su capacidad para perdonar, renunciando al empleo de la fuerza física (Pillon, 2016: 523-524).

Esta contención y tendencia a presentar una imagen pública recatada y serena se mantiene durante toda la trama. En los años de la transición, fue muy importante para el PCE romper con la imagen que el franquismo había dibujado de los comunistas, identificándolos con personajes violentos. Por esta razón el partido invirtió muchas energías en darle la vuelta a esta imagen y mostrarse como un partido preparado para entrar en el juego político y aceptar las reglas democráticas desde la serenidad. Montalbán ironizó continuamente con esta idea a lo largo de *AEECC*, por ejemplo, al describir a los militantes comunistas «con la recatada prudencia con que todo comunista va por la vida, tratando de demostrar que no tiene nada que ver con la imagen de incivilizados salvajes desalmados que les ha prefabricado el capitalismo» (Vázquez Montalbán, 1981: 26).

A modo de cierre de la ceremonia funeraria, un Tierno Galván ficticio dedicó las siguientes palabras al fallecido: «En el entierro de un hombre que no era religioso no hay mejor oración que el respeto a su heroísmo por negarse a sí mismo el consuelo de la resurrección. En Fernando Garrido vida e Historia son la misma cosa» (Vázquez Montalbán, 1981: 101). La concepción de la historia como un proceso impulsado por la lucha de clases hacia una sociedad ideal comunista fue central en el pensamiento marxista desde sus primeras formulaciones (Priestland, 2010: 45-51), y se consagró como un relato de gran poder interpelador. Siguiendo esta narrativa, el comunismo se presentaba como una ideología redentora que liberaría a la humanidad de toda opresión.

Esta concepción de la política en un sentido religioso contribuyó a experimentar la vida como algo más allá de lo individual, de manera colectiva (Erice, 2009a: 143). La vida de los y las militantes, de alguna manera, no les pertenecía por completo; estaban al servicio del partido y del futuro de la clase obrera.

Así lo veía Santos, uno de los personajes principales de la novela que encarnaba también aquellos valores y comportamientos ensalzados en la identidad comunista, y destacaba principalmente por su disciplina y devoción al partido. Hacia el final de la obra, Santos se lamentaba de no haber podido evitar el colapso del partido: «Siento que he recorrido un largo camino para nada y quiero personalizar para que conste que el fracaso me pertenece exclusivamente y no afecta al partido ni a su política» (Vázquez Montalbán, 1981: 224). Incluso en estos momentos, anteponía la inocencia del partido antes que a la propia: en este caso, había sido él, como individuo, el que había fallado, quien tenía la responsabilidad de defender al partido y no había podido hacerlo. Tras varios lamentos referidos a los fallos del propio partido a lo largo de su historia, recalca: «Los dioses han muerto pero los sacerdotes hemos quedado» (Vázquez Montalbán, 1981: 224). Una vez más, el autor utilizaba a sus personajes para acentuar esta forma de vivir la militancia de manera religiosa, donde ciertos arquetipos eran idealizados y santificados mientras que quienes no cumplían con los estrictos modelos comunistas quedaban relegados a «sacerdotes», seres humanos corrientes que perpetúan la adoración a dichos ídolos y transmiten sus enseñanzas.

Otro de los personajes, Marcos, también asumía la responsabilidad de dedicar su vida a la militancia. Al reflexionar sobre su trayectoria en el partido, Marcos se expresaba así: «Sufrí y mucho, eso también, pero sabía que mi sufrimiento tenía una finalidad histórica, que trascendía de mi peripecia personal» (Vázquez Montalbán, 1981: 191). Sin embargo, este mismo personaje reconocía unas páginas más tarde que no se encontraba «a la altura de las circunstancias» y que había procedido a solicitar una excedencia como profesional del partido. Montalbán retrató aquí a un militante con un alto cargo sobrepasado por la dedicación completa al partido. Esta situación le resultaba incompatible con su vida privada, su vida familiar. Con las reflexiones de Marcos, el autor dio voz a militantes anónimos que sacrificaron sus vidas personales por la lucha antifranquista y el futuro del partido: «La familia presiona. Tengo casi cuarenta años y apenas he vivido [...]. No soy un revolucionario, soy simplemente un antifascista. [...] Yo estoy seco. Sin ganas. Sin imaginación. ¡Quiero irme a casa! En cuanto nos saquemos de encima el cadáver de Garrido me voy a casa» (Vázquez Montalbán, 1981: 194).

Una vez finalizados los años de la clandestinidad, los y las militantes vieron cómo la salida a la superficie por la que tanto habían luchado se materializaba en un nuevo escenario: Franco había muerto; sin embargo, lo había hecho manteniéndose en el poder, sin que el movimiento antifranquista que había liderado el PCE pudiera reconocerlo como una victoria; pocos años después de su muerte, el partido había sido legalizado, pero ya no se reconocían en la vida militante. Y todo ello a costa de su vida privada, familiar, de relegar sus deseos y aspiraciones personales. Para Marcos, como

para otros y otras militantes, el deseo de retornar a casa abarcaba mucho más: significaba también el anhelo de recuperar su propia vida, abandonada hasta entonces desde la creencia en una vida dedicada al colectivo. Todas estas renunciaciones personales, unidas a las identitarias e ideológicas, hicieron mella en el ánimo de la militancia y provocaron frustraciones que se manifestarían en el ámbito político, recrudeciendo las disputas internas de esos años.

2.2. VÍCTIMA Y VERDUGO: EL PCE CONTRA SÍ MISMO

Al escribir *AEECC*, Manuel Vázquez Montalbán retrató un partido sumido en una profunda crisis interna. La propia estructura de la obra, al tratarse de una novela policiaca, gira en torno a averiguar quién ha podido ser el asesino del dirigente comunista. Dado que el asesinato tiene lugar en una reunión del Comité Central, son los propios miembros de este comité los y las sospechosos principales. Respondiendo a las demandas del género de novela negra, la investigación expone los posibles motivos por los que cada uno de los presentes podría haber cometido el asesinato, poniendo en evidencia así las tensiones latentes en la militancia real: al encontrarse frente a una organización en crisis, Carvalho descubre que prácticamente cualquiera de los y las presentes podía tener algún motivo para cometer el asesinato.

Una de las tensiones constantes de la novela fue la que se produjo entre los militantes históricos y las nuevas generaciones de comunistas. Esta fue una de las brechas que marcaron una mayor diferencia entre la heterogénea militancia, entre quienes habían experimentado la represión en la posguerra inmediata y la clandestinidad, y quienes no. Estas tensiones son representadas en la novela especialmente desde el punto de vista de la generación más «joven». Esta criticaba que «los viejos» vivieran, a su entender, anclados en las glorias pasadas del antifranquismo: «Vosotros los de la dirección deberíais ponerlos a nuestro lado porque los viejos tienen una mentalidad de los años cuarenta, cuando había que pagar para que te fusilaran» (Vázquez Montalbán, 1981: 75), le recriminaba un personaje a uno de los dirigentes. En un momento dado de la trama, Leveder, un militante joven, es considerado como posible sospechoso, y él lo achaca con sorna a no compartir el código lingüístico de la «vieja guardia» (Vázquez Montalbán, 1981: 160). Sin embargo, en ocasiones son los propios jóvenes quienes demuestran una visión mitificada y más romántica de la militancia histórica, menospreciando el contexto sociopolítico en el que les había tocado actuar. Hablando del segundo al mando, Santos, personaje al que me he referido anteriormente, alabó su actitud intachable, sin vicios y con un historial militante impecable: «Creo que es de museo. A veces lo pienso. Es como el modelo. Así debían de ser los militantes antes ¿antes de qué? Pues antes de todo esto de hoy día, que es la releche» (Vázquez Montalbán, 1981: 111).

Finalmente, el asesino ficticio resulta ser, nada más y nada menos, que otro militante ejemplar, Esparza Julve, heredero político del asesinato. En un giro literario que

alude a la traición de Judas, este personaje traiciona al mesías a cambio de su enriquecimiento personal y, con ello, no solo traiciona a uno de sus mentores; también a la lucha colectiva de la que formaron parte sus padres y él mismo, traicionando así su propia identidad. El partido aparecería, así, al mismo tiempo como víctima y criminal (Álvarez de la Cruz, 2017: 177), enfrentado a sí mismo, como lo estaba en la vida real. Tal es la traición y el sentimiento de derrota ante este hecho, que Santos, otro de los personajes-arquetipo de buen militante de la novela, intenta suicidarse al sentirse incapaz de sobreponerse a las consecuencias que implica la identidad del asesino. En su carta de suicidio, al intentar expresar las razones que le han llevado a ese punto, Santos escribe: «He pasado por momentos personales y colectivos muy dolorosos. Ninguno como este. Me siento rodeado por el fracaso. Yo mismo soy fracaso. Siento que he recorrido un largo camino para nada [...]» (Vázquez Montalbán, 1981: 224). Para un militante como él, que había dedicado su vida a un compromiso político colectivo, esta traición de otro compañero le llenaba de desazón y le hacía replantearse toda su trayectoria hasta ese momento.

La sensación de fracaso al presenciar la descomposición del partido al que habían dedicado su vida no fue una mera ficción imaginada por Montalbán, si no un elemento genuino que contribuyó a debilitar el compromiso político de militantes reales. En una entrevista reciente, Roberto, un miembro del partido que alcanzó un puesto de responsabilidad en esos años y se identificaba con la corriente de jóvenes renovadores del partido, rememoraba sus últimos años de militancia calificándolos de «amargos». Con un tono reflexivo que quedaba reflejado en prolongadas pausas, recordó la pena que sintió durante su último año como militante, alrededor de 1981, al ponderar su final en el partido tras diez años dedicados a él: «Y muchos sueños y muchas aspiraciones, y ver que se frustran, ¿no? Fueron amargos. Yo no lo pasé bien». Más adelante, a la hora de explicar los motivos por los que abandonó el partido, el tono amargo continuó: «La herida o el desgarró que supone la escisión y lo que cada uno hace en los meses siguientes [...] Pues todo eso [...], ese momento de reflexión íntima y profunda, de sensación de fracaso [pausa]. Diez años, once años de tu vida [...] de unas expectativas que no se han cumplido». ¹⁴ Aunque él no fue expulsado como lo fueron otros de sus compañeros y compañeras, Roberto abandonó el partido poco después. En su testimonio, Roberto utilizó la misma expresión del personaje ficticio de Montalbán, aludiendo a una sensación de «fracaso» ante la «herida» o «desgarro» que supuso la expulsión de sus camaradas y el fracaso de las expectativas que había depositado durante sus años de militancia en el PCE.

El enfrentamiento entre las diferentes corrientes que se fueron formando dentro del partido fue sumamente público; la militancia vio cómo los medios de comunicación se hacían eco de las divisiones internas, ¹⁵ pero también cómo miembros históricos del

¹⁴ Entrevista a Roberto. Bilbao, 29 de octubre de 2017.

¹⁵ La revista socialista *Leviatán*, por ejemplo, publicó pocos meses después del X Congreso una crónica mordaz sobre las tensiones que se vieron a lo largo del evento, particularmente llamativas debido a la

partido aireaban sus desavenencias en diversos medios o las materializaban en escisiones y rupturas.¹⁶ Estas transgresiones de la disciplina del partido llegaron a provocar enorme desasosiego y una sensación de incertidumbre en la militancia. En este tiempo, *Mundo Obrero* publicó numerosas cartas de militantes que expresaron su creciente ansiedad ante esta situación, mientras destacaban, asimismo, su plena confianza en el partido y lo importante que la organización comunista era en sus vidas. Rafaela Luque Pérez, por ejemplo, envió una de estas cartas a la redacción de *Mundo Obrero* en julio de 1982, en la que describió de forma muy elocuente y sentida cómo veía ella la situación a la que había llegado el PCE: «Desde hace bastante tiempo, en todo lugar, a todas horas y en todos los medios de comunicación de este país oigo la misma retahíla: la crisis del PCE...», lamentó la militante. Continuó afirmando que no le sorprendía que los medios de comunicación se hicieran eco de ello, pero escribió, indignada, que «la gente como ella» no entendía que «personas integradas desde hace años en el Partido, cultos [...], perseguidos, encarcelados» escribieran en la prensa «con una falta total de ética, con una asombrosa falta de cariño hacia el PCE». ¹⁷ Acostumbrada a años de anticomunismo difundido por los medios de comunicación del país, era la falta de lealtad hacia su partido por parte de militantes como ella y de dirigentes en quienes había confiado, lo que más afligía a Rafaela.

A continuación, el texto de Rafaela enfatizaba aún más el sentimiento de desazón militante: «¿No os duele el Partido? Siento una gran pena. Los cimientos del PCE me parece que tiemblan. Los que dieron su vida por la libertad en el mundo, tantas familias destrozadas... no os importan ahora nada a vosotros». Como vemos en sus palabras, Rafaela aludió al pasado del partido como algo digno de orgullo: todo el sacrificio humano que supuso la lucha antifranquista conformaba los mismos cimientos de la imagen que ella tenía del PCE. Por esa razón reprendió a quienes criticaban al partido que ese sufrimiento «no les importara nada». También comparó las críticas al partido con el golpe de estado del 23 de febrero de 1981, asegurando que, de la misma manera, el golpe contra el PCE resultaría fallido. La militante prosiguió asegurando que todavía existían «de buena voluntad, comunistas honrados, convencidos», que no permitirían que «las ilusiones diarias, las luchas diarias, el cansancio diario» terminaran «de una manera tan absurda». Rafaela hablaba así en nombre de los «comunistas convencidos», los «honrados, de buena voluntad», frente a quienes habían provocado la deriva del partido en los últimos años. Finalmente, Rafaela concluyó su arenga resaltando el deseo, el «ansia inmensa» que militantes como ella compartían «de hacer del PCE lo que

imagen unitaria y disciplinada que había presentado el PCE hasta entonces. Matesanz, Juan A., «X Congreso del PCE. Hamlet entre Suresnes y Bad-Godesberg», en *Leviatán* (octubre de 1981), n.º 5, pp. 13-20.

¹⁶ Destaca, por ejemplo, el caso de Francisco García Salve, que el historiador Eduardo Abad (2022a: 319-331) ha identificado como uno de los principales dirigentes que iniciarían lo que él ha denominado como «tercera ola» de disidencia ortodoxa del comunismo español.

¹⁷ Luque Pérez, Rafaela, «¿No os duele el Partido?», *Mundo Obrero* (2-8 de julio 1982), n.º 183, p. 50.

siempre ha sido», a la vez que mostraba su convicción en que las críticas internas no conseguirían terminar con «los deseos de los comunistas».

En este apartado hemos visto cómo Manuel Vázquez Montalbán escenificó la crisis interna del PCE más allá de las discrepancias y disputas ideológicas, presentando a un partido enfrentado a sí mismo. La crisis de fe analizada en el primer apartado creó una serie de frustraciones y un desencanto que erosionaron las esperanzas y expectativas de los y las comunistas que habían sido avivadas por la muerte del dictador. Fruto de ello, las críticas a la política del PCE por parte de la propia militancia se intensificaron, contribuyendo a crear un ambiente tenso dentro de la organización. Pero, además, la exhibición pública de estas desavenencias incrementó todavía más la ansiedad de la militancia, pues aquella actitud chocaba directamente con la tradición de cerrar filas ante las decisiones de la dirección durante los años de clandestinidad. El hecho de que, en ocasiones, fueran miembros destacados del partido quienes airearan públicamente estos conflictos no hizo sino agudizar esta intranquilidad.

2.3. EL PROBLEMA SIN RESOLVER: DESENCUENTROS EN LAS RELACIONES DE GÉNERO

Otro aspecto de la crisis de la militancia del PCE presente en la novela de Vázquez Montalbán son las tensiones que surgieron a raíz de los cuestionamientos del orden de género de esta época. Estas tensiones encuentran su origen en dos factores: los cambios en el mercado laboral y, sobre todo, el feminismo. En el contexto de la transición, el auge de la figura de la mujer trabajadora en la sociedad española influyó en la crisis del modelo de masculinidad obrera (De Dios, 2019), y esto tuvo un impacto directo en el PCE. Entre aquellos «valores caducos de derechas» a los que el partido pretendía hacer frente, los roles de género tradicionales llegaron a ocupar un lugar central en el discurso del PCE, sobre todo en la medida en que el feminismo caló también las filas del partido y estos principios marcaron su impronta en idearios y programas. Tal fue la relevancia que este tema adquirió en el discurso oficial del partido, que el PCE empezó a autoproclamarse «el partido de la liberación de la mujer» incluso antes de ser legalizado.¹⁸ Así, para el inicio de la década de 1980, el PCE fue incluyendo progresivamente en sus discursos nuevas formas de entender la feminidad y el papel de «la mujer» dentro del proceso revolucionario, así como renovadas concepciones sobre cómo debían ser las relaciones entre los sexos, ideas recogidas oficialmente en las Tesis del X Congreso.¹⁹

Para hablar del llamado «problema de la mujer» Manuel Vázquez Montalbán se sirvió de Carmela, el personaje femenino principal —de hecho, una de las pocas mujeres nombradas en la novela—, una militante a la que el partido encargó expresamente

¹⁸ «Primeras jornadas de la mujer trabajadora», *Mundo Obrero* (16 de febrero de 1977), n.º 7, p. 10.

¹⁹ AHPCE, Fondo Partido Comunista de España (1978-1991), Carpeta 377, X Congreso, Madrid, 28-31 de julio de 1981.

que acompañara a Carvalho en su investigación y le ayudara en lo que este pudiera necesitar. A través de ella, el escritor ahondó en el papel de las mujeres dentro del partido. Montalbán describe a Carmela como una mujer joven y atractiva que se muestra tan dedicada al partido como el resto de sus camaradas, pero también abiertamente frustrada con las contradicciones del PCE en lo referente a la militancia femenina. Su papel en la trama principal es de subordinada: no es una militante con una agencia propia, sino que su cometido es el de auxiliar al detective siempre que sea necesario, algo que no pasa inadvertido en la novela.

Poco después de conocerla, el detective pregunta a Carmela si era profesional del partido, a lo que ella, llena de ironía, contesta que sí y enumera sus ocupaciones, entre las que se encontraba «pon[er]les el niño gratis [...]. Es portátil y me lo llevo a todas las manifestaciones en favor del divorcio y del aborto. Para que vean los de la tele que cuando hay que parir también parimos» (Vázquez Montalbán, 1981: 52). Esta respuesta recurrente alude a dos de las reivindicaciones feministas que alcanzaron mayor relevancia entre las campañas encabezadas por el PCE en estos años: el derecho al divorcio y al aborto. A pesar de que, formalmente, estas reivindicaciones fueran promovidas por el PCE, desde la prensa comunista tuvo que realizarse una labor pedagógica considerable para tratar de convencer a algunos sectores de la militancia para que respaldaran estas campañas, ya que suponían un cuestionamiento al modelo de familia asentado férreamente en la sociedad española.²⁰ De hecho, el propio personaje aclara, en tono jocoso, que ella misma es madre, y es desde esa posición desde la que se manifiesta a favor de esos derechos. De alguna manera, su maternidad le otorgaba cierta legitimidad social y una imagen pública más amable, al distanciarle del arquetipo de joven feminista más radical y rupturista con el orden de género del momento.

Montalbán también describió la vida familiar de Carmela en un intento de retratar la «endogamia afectiva» comunista, un fenómeno que evidenciaba una vida privada circunscrita al ámbito político. En este caso, Carmela estaba casada con otro camarada y tenían un hijo pequeño en común. Sin embargo, era ella la que se dedicaba a su cuidado. Una escena en concreto, aunque breve, nos ofrece un ejemplo muy significativo de lo que estas circunstancias podían entrañar para militantes como Carmela: tras presenciar una disputa con el padre de su hijo, Carvalho pregunta a la militante si no viven juntos, y ella le contesta, de nuevo cargada de ironía, que no lo sabe, ya que siempre tiene algo que hacer relacionado con el partido. Carmela continúa admitiendo que la situación de su compañero es similar a la de otros muchos militantes, que viven «escopeteado[s]», pero ella está «hasta aquí», ya que era ella la que «a la hora de la verdad [ha] de trabajar, militar, hacer la compra, la casa y ser madre, que es lo que menos [le] molesta» (Vázquez Montalbán, 1981: 176). Carmela, como otras muchas militantes comunistas reales, se encontraba frustrada y cansada de compaginar su trabajo con su

²⁰ Pilar Pérez Fuentes recordó en una entrevista que algunos de sus compañeros del PCE no querían que militantes feministas como ella se relacionaran con sus mujeres para evitar posibles influencias (Recogido en García de León, 2008: 132-133).

militancia y los cuidados de su familia, incluso militando en el autodenominado «partido de la liberación de la mujer».²¹ En esta escena, el autor reproduce dinámicas de género desiguales que seguían vigentes entre militantes del partido: las responsabilidades familiares y domésticas solían recaer en las mujeres, haciendo más costoso y difícil su compromiso político por la falta de tiempo y de reconocimiento de su esfuerzo.²²

La escena concluye con Carmela haciendo referencia a la brecha generacional entre su situación y la de las «viejas camaradas» que tuvieron que sacar adelante a sus familias mientras sus maridos cumplían condena en la cárcel por motivos políticos durante la dictadura. Ella justifica el papel de estas mujeres «porque había que hacerlo y ya está». Sin embargo, considera que en ese momento las circunstancias habían cambiado: «Pero ahora. Lo que hace mi marido no es militar, es vicio, puro vicio y ganas de no afrontar cualquier responsabilidad que no sea política» (Vázquez Montalbán, 1981: 176). A través de las palabras de Carmela, Montalbán expone las nuevas tensiones y engaños que se estaban gestando entre los y las militantes desde los últimos años de la dictadura. Mientras que las mujeres veían incrementadas sus actividades tanto dentro como fuera del hogar, los hombres militantes se resguardaban en actividades relacionadas con la política, manteniéndose en la esfera pública y negándose, como señalaba Carmela, a asumir responsabilidades en el ámbito doméstico. Mientras, en el universo político que compartían unas y otros, la labor de ellos era valorada y enaltecida en contraste con las irrelevantes labores y triviales reivindicaciones femeninas.

Como vemos, esta inestabilidad en las relaciones de género dentro del PCE no conllevó únicamente la redefinición de la femineidad: al modificar el papel de las mujeres, se redefinía también, necesariamente, el de los hombres. Sin embargo, este hecho no vino acompañado de un cuestionamiento profundo y sistemático del modelo de masculinidad imperante en el partido, a pesar de que desde las organizaciones de mujeres se instara a ello.²³ De esta manera, el modelo de masculinidad comunista quedaba desdibujado y atravesado por profundas contradicciones. Esta indefinición también creó frustraciones y una sensación de desconcierto e incertidumbre al no corresponder coherentemente con el papel que los militantes varones tenían que jugar como hombres tanto en el partido como a nivel personal. En este aspecto, resulta muy ilustrativo el testimonio de Roberto, que también formó una familia con una compañera de partido durante la década de 1970. Al reflexionar sobre los replanteamientos en torno a las relaciones afectivas, considera que, si bien se trata de algo personal y él no puede hablar por otros, «lo que veía» era que, por una parte, el discurso era igualitario, pero, en la práctica, los hábitos no cambiaron: «los hábitos no cambian porque tú discurrees, ¿no?

²¹ La historiadora Eider de Dios (2018) ha planteado que a partir de los años sesenta fue incrementándose la «triple presencia» de las mujeres trabajadoras: en el ámbito privado como amas de casa, en el laboral como profesionales, y en la militancia en sus múltiples formas.

²² A través del caso de Pilar Brabo, Mónica Moreno Seco (2019) ha expuesto las dificultades a las que se enfrentaban las militantes del PCE para alcanzar puestos de responsabilidad.

²³ «Primeras jornadas de la mujer trabajadora», *Mundo Obrero* (16 de febrero de 1977), n.º 7, p. 10.

Cambian cambiando. Y en eso teníamos una formación tradicional. Era lo que habíamos visto en nuestras casas».²⁴

Hablando ya de su caso particular, Roberto incidía en que, además de que la práctica fuera tradicional, en el caso de tener hijos «tampoco sabías muy bien qué hacer con ellos, porque en un esquema de militancia de este tipo, que es muy absorbente, no queda tiempo». Señalaba, también, que, en el caso de los hombres, tomar un papel más activo en la crianza de los hijos precisaba de una «reeducación»: «La reeducación toma tiempo, y ese tiempo primero no existía, y luego el incentivo a hacerlo era muy escaso, porque los partidos políticos seguían siendo de hombres por muy clandestinos que fueran». Vemos, entonces, que, por una parte, los militantes varones podían estar de acuerdo con promover un papel más activo de las militantes, pero, en la práctica, no tenían «incentivos» para llevar a cabo una reeducación que les hiciera replantearse sus propios hábitos. Al contrario, en el caso de Roberto, el partido llegó a intervenir activamente para que su mujer dejara la militancia y pudiera dedicarse a su trabajo y la crianza de sus hijos, para que él pudiera centrarse plenamente en sus actividades políticas. Si bien este fue un caso particular, no fue, ni mucho menos, una excepción.

Por último, las frustraciones del personaje de Carmela también trascendieron la ficción. En una entrevista realizada a Carmen, una destacada militante que llegó a ocupar una posición muy relevante en la Comisión de la Mujer del PCE, recordaba que «lo que más le dolía» siendo militante era que, después de tantos esfuerzos invertidos en su militancia, en preparar textos para el partido, «y porque creíamos que era el partido, como decíamos, de la liberación de la mujer, en el que realmente se daban las posibilidades... cómo después te ninguneaban. En muchas cosas». Más adelante, Carmen volvía a incidir en esta cuestión, al reflexionar sobre que, en ocasiones, no era consciente de que su militancia en el partido fuera diferente por el hecho de ser mujer:

Yo disfrutaba en las reuniones [...] y había veces que yo creo que me confundía, y yo creía que era uno de ellos. El dolor mayor es cuando sabes que no eres uno de ellos. Y eso te das cuenta, no solo cuando te ningunean, sino cuando después, después de una reunión que le has puesto todo, te preguntan a ver si te quieres acostar. ¿Entiendes? [...] Y entonces [...] me siento como diciendo «Dios mío, me acaban de quitar la alegría que yo tenía de que éramos colegas».²⁵

Este dolor que Carmen recuerda sentir ante ese «ninguneo» por parte de sus compañeros cobra sentido por la ilusión que ella había gestado por militar en un partido como el PCE, donde ella misma disfrutaba trabajando para que las reivindicaciones feministas fueran incorporadas como tales al discurso y la práctica política del partido. Y lo hacía, además, sintiendo «que era uno de ellos»: una militante que había ido ganándose puestos de responsabilidad y que llegó a formar parte del Comité Central. Sin

²⁴ Entrevista a Roberto. Bilbao, 29 de octubre de 2017.

²⁵ Entrevista a Carmen. Bilbao, 27 de septiembre de 2017.

embargo, la realidad parecía ser que las esperanzas y el esfuerzo que invirtió en su militancia, así como sus logros, no resultaban suficientes para que sus camaradas la vieran como una igual.

2.4. CONCLUSIONES

Un año después de publicar *AEECC*, Manuel Vázquez Montalbán presentaría su dimisión como miembro del Comité Ejecutivo y responsable de Cultura del PSUC.²⁶ Las preocupaciones y contradicciones que plasmó en *AEECC* no cesaron con su publicación, sino que fueron acentuándose hasta las elecciones de 1982. Poco después, el mismo Carrillo presentaría su dimisión como secretario general del PCE y, con él, cesarían sus intentos de homogeneización de la militancia, comenzando así una nueva etapa en la historia del partido. Fueron muchas las contradicciones y desencuentros dentro de la militancia las que llevaron al PCE hasta ese punto. En este sentido, en la obra utilizada como hilo argumental de este trabajo, Manuel Vázquez Montalbán realizó un ejercicio de reflexión sobre lo que supuso para él y sus camaradas tomar conciencia de las consecuencias de haber puesto su vida al servicio del partido. La proliferación de desavenencias, enfrentamientos y tensiones afectó a la militancia y produjo una serie de frustraciones derivadas del incumplimiento de las expectativas que habían puesto en el fin de la dictadura.

A lo largo de estas páginas hemos visto cómo los conflictos internos expuestos en la obra de Montalbán se correspondían con un ambiente tenso dentro del PCE pocos años después de su legalización. Durante los años de la dictadura, la militancia del PCE se consideró a sí misma vanguardia de la clase obrera y de la lucha antifranquista; sus militantes dedicaron su vida a luchar por el futuro de una sociedad comunista, pero con la prioridad inmediata de acabar con el régimen franquista. Sin embargo, la fe en el partido no sobrevivió mucho tiempo a la muerte de Franco, abriendo paso a una auténtica crisis que afectó a la manera de experimentar la militancia comunista hasta entonces. Por una parte, las expectativas de cambio de la militancia no habían sido alcanzadas tras los primeros años de la transición, lo cual fue creando frustraciones que se fueron enquistando, desgastando así el compromiso con el proyecto político comunista tanto de militantes de base como de algunas personalidades destacadas del partido.

Como resultado de estas tensiones, hubo numerosas expulsiones, pero también renuncias de militantes, que en buena parte habían sido referentes para los y las comunistas. Las tensiones entre jóvenes y veteranos siguieron aumentando en la medida en la que el contexto político iba evolucionando y el partido iba cambiando sus señas de identidad en favor de la política de consenso. Estos cuestionamientos a la política del partido supusieron una afrenta para buena parte de la militancia, que, además, no estaba

²⁶ BC, Fons Vázquez Montalbán, Correspondència, Manuel Vázquez Montalbán a Antoni Gutiérrez Díaz (Barcelona, 21 de junio de 1982).

acostumbrada a ver cuestionada la férrea disciplina del partido, y mucho menos de una manera tan abierta, ante la atenta mirada del resto de la sociedad.

A pesar de autorrepresentarse como «el partido de la liberación de la mujer», la desigualdad en las relaciones de género en detrimento de las mujeres militantes continuó generando grandes frustraciones. Si bien los cuestionamientos y las reivindicaciones feministas fueron incorporadas al discurso oficial del PCE, en la práctica seguían reproduciéndose las mismas jerarquías de género de épocas anteriores, lo cual supuso una frustración añadida para las militantes que se habían ilusionado con las nuevas expectativas que el feminismo estaba creando durante aquellos años. Por su parte, la imprecisión de la redefinición de la masculinidad en el imaginario comunista acentuó las tensiones derivadas del cuestionamiento de los hombres como sujeto político universal. Todas estas cuestiones contribuyeron a la desafección paulatina de una parte importante de las bases del partido, que fue disminuyendo su actividad militante y, en muchos casos, rompió totalmente con la organización.

CAPÍTULO 3

ENTRE EL DESENCANTO Y LA RADICALIZACIÓN. NOTAS INTERPRETATIVAS SOBRE LA CRISIS DEL PSUC EN LA TRANSICIÓN

Giaime Pala

En el presente texto me propongo examinar la crisis del PSUC en los años de la transición a la democracia en España. Pocas dudas pueden haber respecto a la importancia de este tema en la historia actual catalana: la implosión en 1981 del PSUC, principal vector del antifranquismo catalán y referente político de los sectores obreros de la Gran Barcelona en 1977-1980, reconfiguró el mapa electoral local, creando un bipolarismo entre *Convergència i Unió* (CiU) y el *Partit dels Socialistes de Catalunya* (PSC) que, en lo que se refiere al ámbito autonómico, facilitó la consolidación del poder político pujolista durante más de veinte años. No solo esto: el PSUC fue uno de los grandes protagonistas de la Cataluña de los años ochenta y noventa —digámoslo así— en negativo, ya que su escaso peso político se notó en las decisiones sobre política industrial y servicios sociales tomadas en Barcelona, en la construcción y evolución de la Generalitat restaurada y en la configuración de un catalanismo hegemónico que nunca supo atraer masivamente a las clases populares (máxime a los trabajadores de las otras tierras de España que llegaron a Cataluña en las décadas del franquismo). Me parece, en suma, que volver sobre la cuestión tiene interés historiográfico, sobre todo porque, aun disponiendo de algunas utilísimas síntesis generales sobre la historia del PSUC (Cebrián, 1997; Molinero e Ysàs, 2010) y de la tesis doctoral de Elías Álvarez (Álvarez Justo, 2021) —centrada en los debates precongresuales del PSUC de 1980—, todavía carecemos de una monografía que describa en detalle la crisis del partido en el periodo 1977-1981 sobre la base de la documentación de archivo puesta a disposición de los

investigadores en los últimos quince años.¹ El objetivo de estas páginas, necesariamente más limitado, es proporcionar una serie de pistas interpretativas sobre esta crisis que impulsen futuros estudios históricos acerca del PSUC en su etapa legal.

3.1. LA MILITANCIA DEL PSUC EN LOS AÑOS SETENTA

Para encuadrar correctamente la crisis del PSUC, de entrada, hay que hablar de su militancia. Sobre esto quiero ser directo y claro: no creo en absoluto que hubiera una crisis de todo un partido que afrontaba la etapa democrática con entusiasmo y espíritu renovado y con muchos nuevos afiliados. En realidad, la del PSUC fue sobre todo una crisis de los militantes que venían de la clandestinidad, y por ende de esos 6000 activistas que entraron en la organización hasta julio de 1976.² Ellos fueron los protagonistas de la crisis porque alrededor de ellos giró la vida del partido en el periodo legal. Para precisar esta idea es menester recordar algunas características de este núcleo concreto de militantes y su manera de actuar en el tardofranquismo.

Históricamente, el PSUC clandestino había sido una organización centralizada y entrelazada, en el sentido de que el Comité Ejecutivo enviaba, desde el exilio de París, a los cuadros encargados de llevar las riendas del Comité de Barcelona, que a su vez supervisaba la acción de todo el PSUC metropolitano (que representaba más del 80 % del partido en su conjunto). Esto llevaba a los dirigentes de Barcelona a tener mucha información acerca del partido operante en la provincia. Esta estructura entró en crisis en los meses del Estado de excepción de 1969, cuando la policía arrestó y provocó la huida a Francia de unos doscientos militantes comunistas, además de descubrir cómo funcionaba el partido en la ciudad condal.³ En resumen, la crisis del partido barcelonés conllevó la parálisis del partido en toda la provincia. 1969 fue el momento en el cual el Comité Ejecutivo comprendió que había de cambiar su organización. Sobre la base de

¹ Me refiero a los fondos documentales del PSUC depositados en el Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), esenciales para conocer la historia del partido de 1936 a 1997, a las ricas colecciones de documentos del PSUC del periodo de la Transición conservadas en el Arxiu Històric de Comissions Obreres de Catalunya (AHCOC) y al importante archivo personal de Josep Serradell, dependiente de la Fundación Privada L'Alternativa.

² La clandestinidad del PSUC acabó *de facto* en julio de 1976, en coincidencia con el nombramiento de Adolfo Suárez como presidente del gobierno y gracias a una mayor tolerancia del gobernador civil de Barcelona, Salvador Sánchez-Terán. Más precisamente, acabó con una serie de actos para festejar su 40.º aniversario y con la distribución de un tipo de carné de partido sin datos personales. Sobre la no intervención de la policía para prohibirlos —impuesta por Sánchez-Terán— véase, a modo de ejemplo: Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona (AHGCB), Notas Guardia Civil, caja 496, «Conferencia sobre el PSUC en San Vicente de Castellet» (7 de julio de 1976); «Acto político en conmemoración del 40 aniversario del PSUC en Manresa» (5 de julio de 1976); «Presentación del PSUC en Mataró. Julio de 1976».

³ AHGCB, Actividades Contra el Régimen (1968-1969), caja 120, «Partido Socialista Unificado de Cataluña» (Nota Informativa de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona) (18 de febrero de 1969).

un agudo análisis de Josep Serradell,⁴ secretario de organización, el PSUC se dotó de una nueva estructura marcadamente descentralizada, por la cual los núcleos comunistas de las ciudades de Badalona, L'Hospitalet, Santa Coloma de Gramenet, del Bajo Llobregat y de los dos Vallés contaron con comités locales totalmente desvinculados de un Comité de Barcelona que, a su vez, se dividió en doce comités de barrio dotados de autonomía política (Pala, 2015: 200-205). Además de asegurarse una mayor seguridad frente a la policía, ya que la descentralización se acercaba al modelo del compartimento estanco, el fin de esta transformación organizativa era otorgar el máximo de protagonismo a los militantes de base para que decidieran ellos las iniciativas políticas que habían de realizar en sus territorios y así apuntalar la presencia del partido.

La reforma funcionó: el crecimiento que registró el PSUC en el periodo que va de 1970 a mediados de 1976 —de 2500 militantes a una cifra cercana a los 6000 (Pala, 2009: 168-172)— se debió a esta amplia autonomía que se desplegó en las fábricas, localidades y barrios de las ciudades de Cataluña; lo cual tuvo también una derivada política de tipo cualitativo: en la primera mitad de los años setenta, la militancia comunista catalana estaba muy confiada en sus capacidades políticas y de decisión. Me explico. Cuando la autoridad calaba desde arriba en forma de imposición, las decisiones se acataban, pero las quejas y las resistencias eran fuertes. Un ejemplo de ello fue la entrada en 1974 del grupo de Bandera Roja de Catalunya en el PSUC en 1974, que fue una operación del Comité Ejecutivo gestada de espaldas a la militancia y que dejó en ella un poso de descontento (Pala, 2011c). Por otro lado, la militancia mostró entonces un dinamismo y una voluntad de autogestión más que notables. En esto, el sector del PSUC que más descolló fue aquel que estaba vinculado al movimiento obrero: sus activistas reclamaron a la dirección iniciar la Huelga General Política aprovechando la huelga de la SEAT y las grandes huelgas del Baix Llobregat de 1974 (Tébar Hurtado, 2012); creyeron que, después de las elecciones sindicales de junio de 1975, había llegado el momento de superar las estructuras de Comisiones Obreras y fundar un sindicato unitario de los trabajadores de España partiendo de las posiciones conquistadas en el Sindicato Vertical (Pala, 2021); y dieron vida a iniciativas resueltas que la dirección del PSUC frenó a duras penas, como la huelga de Sabadell de 1976 y la huelga de los veintidós días de la construcción de Barcelona de 1977 (Domènech Sampere, 2002: 276-348; Mota Muñoz, 2010).

Se puede decir que el PSUC de 1975-1976 era un partido de militantes altamente motivados y politizados, bregados en la lucha, conscientes de la importancia de su partido en la sociedad catalana, tendencialmente disciplinados, pero con una visión de la militancia basada en una fuerte participación (Pala, 2013). Tengamos esto en cuenta

⁴ AHPCE, Fondo Nacionalidades y Regiones (Cataluña), caja 52, carpeta 3, «Reflexiones sobre organización» (informe no firmado pero escrito por Josep Serradell) (abril de 1969). Sobre esta reforma, hay que consultar también: ANC, Fons PSUC, 1. Guerra civil, exili i clandestinitat, código 50, El reforzamiento del Partido y las cuestiones de organización. Informe presentado por Ignasi Bruguera» (septiembre de 1971); ANC, Fons PSUC, 1. Guerra civil, exili i clandestinitat, código 857 (I), «Las tareas políticas y de organización en Barcelona» (1973).

porque el crecimiento cuantitativo que experimentó el partido en la segunda mitad de 1976 y en 1977 –hasta llegar a los 29850 afiliados que contabilizó el IV Congreso de noviembre de 1977– fue hartamente artificial y representó más una campaña de financiación que una auténtica campaña de reclutamiento. De esa masa de nuevos llegados no salió ningún dirigente importante ni militantes capaces de aportar algo novedoso. Además, fue, en buena medida, una militancia volátil, en tanto que poco activa o porque dejó el partido al cabo de poco tiempo. Para saber cómo el PSUC analizó esta avalancha de nuevos afiliados no hay que consultar solamente los materiales de la Secretaría de Organización, cuyos informes públicos a veces tendían a eludir los aspectos más problemáticos de la base del partido, sino también los informes de organización de las agrupaciones territoriales, que resaltaban el dato de estos nuevos militantes con una preparación política nula, que no sabían estar técnicamente en las reuniones y que en pocos meses dejaban de participar en las actividades de las agrupaciones.⁵

La verdad es que el PSUC fue, desde un punto de vista militante, un partido declinante ya desde finales de 1977. El Comité Ejecutivo, en sus informes al Comité Central presentados por el secretario general, Antoni Gutiérrez Díaz, hablaba sin tapujos de «bajo nivel de militancia» en octubre de 1978⁶ y, poco después, los dirigentes comunistas invitados a debatir sobre este problema por la revista *Nous Horitzons* coincidían todos en calificar de muy preocupante la situación de la organización.⁷ Cuando, en marzo-abril de 1978, se celebró la I Conferencia Nacional para discutir la cuestión del abandono del leninismo propuesto por el PCE, al Comité Ejecutivo le llegaron tan solo una veintena de enmiendas; muy pocas para un partido que contaba con centenares de

⁵ La cantidad de documentación inherente a las organizaciones territoriales del partido en la Transición es abundantísima e imposible de detallar en una nota al pie. A modo de ejemplo sobre la escasa formación y el abandono temprano del partido por parte de los militantes que entraron en el PSUC en 1977, véanse: AHCOC, Col·leccions organitzacions polítiques. PSUC. Comitè Central i Secretaria General, caja 24, «Informe de organización de la federación centro de Barcelona» (1977); AHCOC, Col·leccions organitzacions polítiques. PSUC. Agrupacions i federacions de Barcelona, caja 33, «Informe de organización. Configuración técnica de la militancia de la federación sur de Barcelona» (1978); AHCOC, Col·leccions organitzacions polítiques. PSUC. Agrupacions i federacions de Catalunya, caja 34, «Informe de la secretaria d'organització del Comitè Comarcal del Baix Llobregat» (1978). En todo caso, se encuentran decenas de informes parecidos procedentes de las diferentes organizaciones del PSUC en ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), códigos 5361-5588. En cuanto a la Secretaría de Organización del PSUC, dirigida por Josep Serradell y Francisco Trives, hay que consultar los numerosos materiales, aún en fase de catalogación, del Arxiu Josep Serradell. Un ejemplo de la reticencia de la Secretaría de Organización del PSUC a la hora de hablar de la bajada del número de militantes en sus informes más importantes y públicos es: ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 3866, «Reunión del Comité Central, 9 y 10 de junio de 1979. Informe de organización presentado por Francisco Trives, responsable de la Secretaría de Organización del Comité Ejecutivo».

⁶ AHCOC, Biblioteca, «Informe del Secretari General Antoni Gutiérrez Díaz. Reunió del Comitè Central. Barcelona, 7 i 8 d'octubre de 1978», pp. 12-13.

⁷ «Taula rodona: les dificultats en la construcció d'un Partit Comunista de masses a Catalunya», *Nous Horitzons* (1979), n.º 49-50, pp. 67-80.

agrupaciones.⁸ El cuerpo de la militancia no parecía interesarse por una discusión que amenazaba con dividir a la dirección del partido.

En general, los datos sobre la militancia del PSUC en la Transición que figuran en la documentación de archivo no son completos, tal y como ha remarcado Andreu Mayayo en un trabajo reciente. Pero los que tenemos son significativos. En 1978 el PSUC perdió unos 5000 militantes, y otros 3000 en 1979. En noviembre de 1980, el partido contaba con 21807 afiliados: 8043 menos que los que tenía en noviembre de 1977 (Mayayo, 2017: 231). Sabemos que en abril de 1979 su situación financiera no era buena, ya que las cotizaciones habían bajado en un tercio respecto a las de 1977⁹ y, en un informe económico de 1980, el partido reconocía que sus ingresos ya no cubrían sus gastos.¹⁰ También tenemos constancia, por un cálculo de la secretaria general realizado en marzo de 1979, de que los militantes que participaban en las asambleas de sus agrupaciones eran unos 10000;¹¹ es probable que este fuera el número de los militantes reales del PSUC, es decir, la mitad de los afiliados en 1979-1980.

La dirección del PSUC achacaba esta tendencia negativa al fenómeno del desencanto político, que, en el vocabulario de la izquierda marxista de la Transición, indicaba una pérdida de entusiasmo por la política después de la aprobación de la Constitución y una creciente desmovilización de los ciudadanos hasta entonces activos en la lucha partidista. El PSUC percibía que el desencanto había penetrado en sus filas, desmovilizando a parte de su militancia y de sus simpatizantes.¹² Aun reconociendo que había algo de verdad en esta opinión, hay que subrayar también que el partido interpretaba equivocadamente esa desmovilización como sinónimo de giro a la derecha del país. Si digo equivocadamente es porque, en 1979-1981, la sociedad española no era más conservadora respecto a los años anteriores, como demostraría la victoria arrolladora del PSOE en las elecciones generales de 1982 sobre la base de un programa fuertemente socialdemócrata. El desencanto no apuntaba, pues, a la pérdida de esperanza en las capacidades políticas de la izquierda en general, sino a la pérdida de confianza en la posibilidad de transformación anticapitalista de la sociedad. Dicho de otra manera, lo que estaba en crisis era el marxismo como cultura política vertebradora de una propuesta de cambio social. Es por ello por lo que, además del PSUC, en aquellos años entraron en crisis todas las organizaciones de la extrema izquierda española nacidas entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, amén de casi todas las revistas teóricas

⁸ ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 3046, «PSUC. Conferencia Nacional. Barcelona, días 31 de marzo y 1-2 de abril de 1978», p. 7.

⁹ AHCOC, Biblioteca, «Comitè Central del PSUC. 20 i 21 d'abril de 1979», p. 39.

¹⁰ AHCOC, Col·leccions organitzacions polítiques. PSUC. Comitè Central i Secretaria General, caja 24, «Las cuentas del partido. Entradas y salidas del Comité Central del año 1979».

¹¹ AHCOC, Biblioteca, «Informe del Comitè Executiu al Comitè Central fet pel Secretari General Antoni Gutiérrez Díaz i resum de la discussió. 3 i 4 de març del 1979», p. 8.

¹² AHCOC, Biblioteca, «Informe del secretari general, Antoni Gutiérrez Díaz. Reunió del Comitè Central. Barcelona, 7 i 8 d'octubre de 1978», p. 35.

ligadas al pensamiento marxista (Wilhelmi, 2016: 327-355; Pecourt, 2008: 219-273). Con pocas excepciones, los comunistas catalanes no detectaron esta tendencia estructural que afectaba a su espacio político.¹³ Es más, los militantes del PSUC más críticos la verán como un desencanto con la política excesivamente moderada de la dirección eurocomunista antes que como un desencanto con la política *sic et simpliciter* (Tafalla, 2017).

Volveré sobre ello en breve y no antes de señalar un último aspecto sobre la crisis de la militancia del PSUC a partir de 1977. Como ha demostrado Elías Álvarez, la participación en los cursos de formación del partido fue misérrima e implicó solo a algunos centenares de afiliados. Lo mismo se puede afirmar de las discusiones que, en otoño de 1980, se produjeron en las agrupaciones territoriales acerca del importante Proyecto de Tesis Programáticas para el V Congreso, dado que en ningún caso contaron con una participación superior al 20 % de la militancia (Álvarez Justo, 2021: 313-316 y 412). Ese 20 % que en 1980 participaba de lleno y asiduamente en la vida del partido era el PSUC clandestino más –y como se verá– sectores obreros del área metropolitana de recién afiliación.

Considero que son dos las conclusiones que hemos de sacar de estos datos. La primera es que el debate ideológico en el partido fue agresivo y acelerado porque fue protagonizado por el PSUC que venía de la clandestinidad, esto es, por militantes políticamente seguros y que se sentían legitimados para polemizar dentro de la organización. Habían dedicado años enteros de su vida al PSUC en una lucha practicada en condiciones peliagudas y por él iban a pelear si consideraban que iba por mal camino. Aquellos militantes no tenían jerarquías muy marcadas entre ellos, y las antiguas jerarquías que había entre ellos y los dirigentes que venían de la guerra civil –como Gregorio López Raimundo, Josep Serradell y Pere Ardiaca– dejaron de funcionar porque estos últimos también se dividieron a partir de 1978. Tamaña ausencia de jerarquías influyó en la conformación de un clima belicoso dentro del partido.

La segunda conclusión es que, puesto que ese PSUC clandestino era al mismo tiempo el núcleo dirigente de la organización –por cuanto de él salieron todos los cuadros políticos de Barcelona y de comarcas–, la crisis interna del PSUC se gestó y se desarrolló en los años 1977-1980 de forma cupular. En efecto, las palabras clave de la crisis de la militancia del PSUC remiten siempre a órganos dirigentes: Congresos, Comité Ejecutivo, Comité Central, Conferencias Nacionales, Comités Locales y Comarcals, grupo parlamentario, cargos en la Generalitat restaurada, etc. La del PSUC no fue una crisis desde abajo ni podría haberlo sido: la militancia de a pie no tenía las capacidades para desafiar o para medirse políticamente con la cúpula. La crisis se gestó

¹³ En la órbita del PSUC, los únicos que analizaron seriamente el tema de la crisis del marxismo fueron Alfonso Carlos Comín y los otros redactores comunistas que dirigían la revista *Taula de canvi*. En concreto, véase el dossier «Ciència i marxisme», publicado en el número 14 de 1979 y que, partiendo de la ciencia, afrontaba la crisis del marxismo, además del artículo de Fèlix Fanés y Josep Ramoneda, «Les idees: un cementiri per a tota mena d'elefants», publicado en el número 17 de 1979. Un excelente análisis de esta revista en Vilanova (2019).

arriba y, como era inevitable, salió de los órganos de dirección para buscar a la militancia a medida que la confrontación iba aumentando de nivel. Al respecto, hay que apuntar un detalle que debería ser estudiado más en profundidad: una parte de los miembros de los Comités Ejecutivo y Central eran «liberados» por su trabajo parlamentario y en Comisiones Obreras o por ser funcionarios de partido o periodistas de *Treball*, y se movían continuamente por el área metropolitana por conferencias, reuniones sectoriales o para explicar los acuerdos del Comité Central. El paso de la actividad de enlace entre la dirección y la base y el objetivo de convencer a los camaradas de los diferentes territorios de que la línea de la secretaría general era correcta o incorrecta fue relativamente rápido y natural, y empezó a darse en 1978. En resumen, la crisis fue agresiva también porque la militancia de base no podía suavizarla.

3.2. LA POLÍTICA NACIONAL, LA IDENTIDAD POLÍTICA Y EL CONTEXTO INTERNACIONAL

Además de la cuestión de la militancia, que es un problema de fondo que mermó la vida del PSUC en la Transición, otros factores de la crisis fueron la política interna, la identidad del partido y el contexto internacional. De estos tres factores, el más importante fue sin duda el de la política interna. En primera instancia, la crisis del PSUC nació de una divergencia sobre la política que el partido estaba manteniendo en España, según una tradición consolidada: en el comunismo español, los problemas ligados a las cuestiones internacionales —pensemos en la crisis de Hungría de 1956, en la ruptura sino-soviética de 1959-1963 y en la crisis checoslovaca de 1968— engendraron crisis encendidas pero breves y sin escisiones significativas (Guerrero Boldó, 2022: 91-105; Morán, 1986: 373-376; Pala y Nencioni, 2008: 139-201). En el PCE y en el PSUC siempre pesaron más las diferencias sobre política interna, que originaron crisis mucho más agrias como la crisis Claudín-Semprún de 1964-1965 o, en el caso del PSUC, la escisión del «grupo Unidad» de 1967, protagonizada por militantes obreros y estudiantiles críticos con el cariz demasiado pactista que, en su opinión, estaba asumiendo la política del partido (Pala, 2016: 69-87; Martín Ramos, 2011: 19-48).

Tampoco hubo, hasta 1977, problemas relacionados con la identidad política. A diferencia de lo que afirmó Carme Cebrián (Cebrián, 1997: 190-197), el PSUC llegó a la legalidad compacto y sin culturas políticas diferenciadas. Llegó, en definitiva, con un ideario preciso, consensuado en la práctica política clandestina y plasmado en el Proyecto de Programa de 1976, que fue redactado por Pere Ardiaca y aprobado por todo el Comité Ejecutivo después de un debate que duró meses.¹⁴ El Programa de 1976 delineaba un partido cómodamente instalado en una visión democrática del socialismo como «revolución de la mayoría», que no reconocía el modelo soviético como propio,

¹⁴ Los informes, todos sustancialmente positivos, de los miembros del Comité Ejecutivo del PSUC acerca del borrador del Proyecto de Programa redactado por Pere Ardiaca en 1974-1975 se encuentran en ANC, Fons PSUC, 1. Guerra civil, exili i clandestinitat, código 30.

que apostaba por la profundización de la distensión como vía para superar las distorsiones que provocaba el bipolarismo mundial, y que había asumido el valor progresivo del proyecto de integración europea (PSUC, 1976). Sin mencionar la palabra eurocomunismo, que se hará famosa a partir de 1977 y que el PSUC utilizará oficialmente solo en la III Conferencia Nacional de diciembre de 1979, el partido asumía una estrategia política de tipo italiano que tuvo su primer gran documento en la «Declaración de Livorno» de julio de 1975, en la cual el Partido Comunista Italiano (PCI) y el PCE-PSUC afirmaron que el socialismo solamente podía construirse en Europa a través del desarrollo integral de la democracia, respetando las libertades individuales y colectivas y rechazando cualquier tipo de oficialización de una ideología de Estado.¹⁵

Ningún militante del PSUC puso en discusión estas ideas durante la Transición. El debate interno y la crisis —repito— tuvieron que ver, más bien, con la política que practicó el PCE-PSUC en 1977-1980 respecto de España. Una política que partía de la premisa de que, en 1977, sus direcciones pensaban que sus partidos eran legales, pero no plenamente legítimos, ya que una parte nada despreciable de la sociedad española veía a los comunistas como sujetos que no estaban legitimados para operar políticamente de forma normal. Este era el gran problema del partido; o cuando menos, así lo veían sus principales dirigentes (Pala, 2011b: 159-172). De ahí su insistencia en la idea de la concentración democrática, según la cual los comunistas se legitimarían y adquirirían relevancia actuando no solo junto a las fuerzas de izquierdas, sino también a los herederos evolucionistas de la dictadura (dando continuidad a una idea sobre la cual pivotó la política de reconciliación nacional sancionada en 1956). La política de consenso político y económico y el gobierno de concentración democrática eran vistos como la palanca para obtener rápidamente una plena legitimidad en la vida española y una manera de influir en el gobierno y cambiar la desfavorable correlación de fuerzas con el PSOE.¹⁶

A tenor de esta convicción, Santiago Carrillo aceleró tanto la moderación ideológica como la moderación política del partido. Todos los movimientos que los comunistas realizaron en 1977 estaban pensados para esto: desde la polémica con la revista soviética *Tiempos Nuevos* a raíz de la publicación del libro de Carrillo *Eurocomunismo y Estado*, el viaje a los Estados Unidos del secretario general del PCE y su propuesta —no pactada con los compañeros de dirección— de abandonar el leninismo hasta un cierto triunfalismo que acompañó la firma de los Pactos de la Moncloa (Molinero e Ysàs, 2017: 221-252 y 305-306). Decisiones y movimientos que, dicho sea de paso, el PCI no vio con buenos ojos por apresurados y que les reprochó al PCE a través de dos dirigentes, Adalberto Minucci y Giuliano Pajetta, que fueron enviados adrede a Madrid.¹⁷

¹⁵ «PCI-PCE. La declaración conjunta. Una política de renovación democrática y socialista de la sociedad para salir de la crisis», *Mundo Obrero* (tercera semana de julio de 1975), año XLV, n.º 23, pp. 1-2.

¹⁶ Archivio Storico del Partito Comunista Italiano (ASPCI), Note alla Segreteria, m. 309, «Verbale dell'incontro Berlinguer-Carrillo. Riservato» (10 de octubre de 1977).

¹⁷ ASPCI, Note alla Segreteria, mf. 299, «Nota sul viaggio a Madrid e Barcellona dei compagni A. Minucci e G. Pajetta» (julio de 1977).

Sin embargo, en la mente de Carrillo, pero también en las de Gregorio López Raimundo (presidente del PSUC) y Antoni Gutiérrez Díaz, estas dos moderaciones eran reputadas como insolubles y se retroalimentaban mutuamente: estaban firmemente convencidos de que no se podía practicar una política de consenso político-económico en España sin atemperar la identidad ideológica del partido.

El problema es que fue una política que no dio los resultados esperados: no los dio en términos electorales, porque no reequilibró la relación con el PSOE; no los dio en términos de poder e influencia política, porque el gobierno de concentración democrática no se concretó; no los dio plenamente en términos económicos, porque el PCE-PSUC estuvo insatisfecho por el incumplimiento de algunos puntos sociales de los Pactos de Moncloa y por las medidas deflacionistas del gobierno de Adolfo Suárez en un momento de crisis económica (Sánchez Rodríguez, 2004: 277-320; Andrade Blanco, 2012: 357-384). A medida que pasaban los meses, resultó cada vez más patente que la moderación no compensaba. A eso hay que añadir otro factor que en el PSUC tuvo su importancia: el fracaso del unitarismo político después de 1977. Aunque ya la política unitaria antifranquista terminó mal en 1976 (Pala, 2011a), el PSUC no renunció a una política de unidad después de las elecciones generales de junio de 1977; pensaba que la redacción y la aplicación del nuevo Estatuto de Autonomía recompondrían una política de concentración democrática a escala local. En la estrategia del PSUC, la primera legislatura autonómica no tendría que haberse canalizado en el eje derecha-izquierda, sino en un eje de fuerzas genéricamente progresistas y partidarias de un despliegue consensuado y completo del Estatuto. Para entendernos, los dirigentes del PSUC pensaban en un frente tripartito con el PSC y con CiU, con quienes habrían formado un «Bloque catalán de progreso» que se enfrentaría a las tentaciones centralistas presentes en el gobierno central.¹⁸ Ahora bien, en ningún momento de 1978 y de 1979, cuando se redactó el Estatuto, estos partidos manifestaron la intención de recoger la propuesta comunista. CiU se presentó como una sigla alternativa al PSUC con un discurso que, en 1980, adquirió fuertes tintes anticomunistas.¹⁹ Tampoco el PSC mostró demasiado interés: si bien estuvo dispuesto a sellar alianzas políticas con el PSUC en los ayuntamientos, estaba seguro de que ganaría las elecciones catalanas y de que gobernaría en la Generalitat a través de pactos puntuales con diferentes fuerzas del Parlamento de Cataluña.²⁰ Igual que el PSOE, los socialistas catalanes no razonaban en términos de

¹⁸ ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 3106, «El PSUC davant la reconstrucció nacional de Catalunya. III Conferència Nacional (7-8-9 de desembre de 1979)», pp. 15-18 y 40.

¹⁹ Sobre el discurso anticomunista de CiU en la campaña electoral de 1980, véanse, a modo de ejemplo: Mora, Francisco, «Jordi Pujol: “O el marxismo o nosotros”», *Diario de Barcelona* (7 de marzo de 1980), p. 2; Trías Fargas, Ramón, «El PSUC y el Stalin nacionalista y demócrata frustrado», *El Noticiero Universal* (14 de marzo de 1980), p. 11.

²⁰ Company, Enric, «Martín Tóval, responsable de la campaña electoral socialista: “No queremos ni gobierno de unidad ni pacto PSC-CDC”», *Tele/eXpres* (4 de enero de 1980), p. 5; «Reventós contra el unitarismo del PSUC», *El Noticiero Universal* (9 de febrero de 1980), p. 4; «Joan Reventós, ante las elecciones:

concentración democrática, sino sobre la base de una plataforma de «alternativa de izquierdas» hegemónica por ellos y en la cual el PSUC iba a ejercer un papel auxiliar.²¹ La inesperada victoria de Jordi Pujol en las elecciones autonómicas de marzo de 1980 acabó de enterrar la posibilidad de una política de concentración democrática en Cataluña (Lo Cascio, 2008: 99-102).

En 1980 era evidente que esta doble moderación había fracasado, razón por la cual fue definitivamente criticada de forma frontal y masiva en el PSUC. En rigor, el primer pilar en ser rechazado fue la moderación identitaria. Una parte mayoritaria de la dirección del PSUC se negó a abandonar el leninismo —mantenido, no sin dificultades, en el IV Congreso de 1977— en la I Conferencia Nacional de marzo-abril de 1978, que tenía que designar a los delegados del PSUC para el inminente IX Congreso del PCE. Ese abandono fue rechazado porque no era considerado necesario para llevar a cabo una política de moderación política y económica que, en la primavera de 1978, aún no era objeto de críticas generalizadas en el partido. Muchos dirigentes del PSUC no se sentían más demócratas ni veían una mayor operatividad política para su organización en el hecho de eliminar el leninismo como parte de su patrimonio ideológico. La fuerza del PSUC y su margen de maniobra no pasaban por ahí. Y, desde luego, no pasaba por una renuncia que no había sido discutida colectivamente.²² A partir de esta Conferencia, los críticos con la dirección eurocomunista serían llamados «leninistas», una parte de los cuales se separará en 1980 por una diferente valoración de la política exterior soviética.

La negativa a abandonar el leninismo fue el inicio de la ruptura entre el PCE y el PSUC. Recordemos que la relación entre ambos partidos era regulada por el artículo 20 de los estatutos del PSUC y por el artículo 5 de los estatutos del PCE. En breve, estos artículos preveían que el PSUC participara en la dirección del PCE a través de miembros elegidos por el Congreso del PCE, mientras que este último no tenía derecho a tener presencia en la dirección del PSUC. Aunque en sus estatutos se comprometía a llevar a término una política de honda compenetración con el PCE, el PSUC era un

“Ofreceremos un proyecto de gobierno”, *Diario de Barcelona* (suplemento *Los domingos del Brusi*) (24 de febrero de 1980), pp. II-III.

²¹ Véanse, al respecto, las intervenciones del dirigente socialista Ernest Lluch, sumamente críticas con la idea de concentración democrática del PSUC: «Unidad democrática y unidad leninista», *El Periódico de Catalunya* (30 de enero de 1980), p. 4; y su reseña de un libro del comunista Rafael Ribó publicada en el número 18 de 1979 de *Taula de canvi*.

²² Sobre el debate de la dirección del PSUC en la I Conferencia Nacional de abril de 1978, hay que leer los siguientes materiales: ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 3046, «PSUC. Conferència Nacional. Barcelona, días 31 de marzo y 1-2 de abril de 1978»; «I Conferència Nacional del PSUC. Debat sobre la tesi quinzena del PCE. A. Gutiérrez, F. Baltasar, F. Frutos», *Nous Horitzons* (1978), n.º 42, pp. 3-9. Consúltense también los apuntes manuscritos del dirigente comunista Antoni Lucchetti de las reuniones del Comité Ejecutivo del PSUC del 3 y 7 de abril y del 2 de mayo de 1978, conservados en AHCOC, Fondo Antoni Lucchetti.

partido formalmente soberano en sus decisiones y en lo que refería a su identidad política.²³ Este funcionamiento, ciertamente desigual, se había forjado en los años de la clandestinidad, cuando Carrillo controló fácilmente al partido catalán. Fue el mismo político asturiano quien mantuvo la ficción de un PSUC independiente rechazando las peticiones de integración en el PCE que formularon Rafael Vidiella en 1954 y Gregorio López Raimundo en 1965 (Pala, 2017: 206-207). Pero, con el rechazo del abandono del leninismo propuesto por el PCE, la independencia formal del PSUC se convirtió en independencia real. Hablar de nacionalismo para explicar el PSUC de la época tiene poco sentido (Cebrián, 1997: 193-194); en lo tocante a la cuestión del leninismo, la mayoría de la dirección catalana se mostró celosa de su soberanía por el motivo opuesto: porque sabía que el PSUC estaba medularmente unido al PCE, pero, gracias a ese funcionamiento desigual, se convertía en una corriente crítica de la dirección del PCE sin que esta pudiese intervenir en la vida del PSUC. Se entiende por ello que Santiago Carrillo, Nicolás Sartorius y Simón Sánchez Montero exigieran, en dos tensas reuniones con el Comité Ejecutivo del PSUC celebradas en Barcelona en octubre de 1980, una modificación de los estatutos y una mayor reciprocidad en la relación entre las dos direcciones y en la toma de sus decisiones.²⁴ Los apuntes manuscritos de las reuniones de Antoni Lucchetti, miembro del Ejecutivo del PSUC, señalan que quienes se resistieron a la petición del PCE no fueron los dirigentes llamados «prosoviéticos», que –como Josep Serradell y Margarita Abril– reclamaron la integración del PSUC en el PCE con vistas a dar batalla contra la política de Carrillo en toda España, sino el sector leninista e incluso la dirección eurocomunista de López Raimundo y Gutiérrez Díaz.²⁵ A finales de 1980, la relación entre el PCE y el PSUC estaba completamente deteriorada, lo que explica la nula influencia del PCE en el V Congreso del PSUC de enero de 1981.

Por lo tanto, la moderación ideológica ya saltó en 1978, lo que a su vez dinamitó la relación del PSUC con el PCE. De manera creciente pero evidente e irreversible en 1980, saltó también la moderación política. Lo hizo porque la base obrera del PSUC sufría y estaba en tensión por la crisis económica que arreciaba en todo el país y especialmente en el sector industrial de la provincia de Barcelona (Pala, 2008: 194-196). Fue un proceso paulatino, intensificado por la alta inflación y el aumento constante del paro. A nosotros nos falta un estudio a medio camino entre la historia de la crisis económica en la provincia de Barcelona y la situación del PSUC metropolitano. Un estudio de este tipo muy probablemente confirmaría la estrecha relación entre los dos fenómenos, porque el PSUC de los años setenta era un partido caracterizado por una militancia predominantemente joven, masculina y obrera (Pitarch, Botella, Capo y Marcet, 1980:

²³ ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 2730, «Estatuts del Partit Socialista Unificat de Catalunya. IVè Congrés (1977)», artículos 4 y 20.

²⁴ Para una explicación general de los contenidos de las dos reuniones, véase: AHCOC, Biblioteca, «Reunió del Comitè Central, 25 i 26 d'octubre de 1980. Recomarcalització i Relacions PCE-PSUC», pp. 30-40.

²⁵ AHCOC, Fondo Antoni Lucchetti, apuntes manuscritos de Antoni Lucchetti de las reuniones del 3 y 19 de octubre de 1980 sobre la relación entre el PCE y el PSUC.

85-112). Lo que sí sabemos es que las agrupaciones del PSUC metropolitano hablaron de esto en sus comunicados y —como también reconoció López Raimundo *in illo tempore*— avisaron de una militancia decreciente pero que en su parte activa se radicalizaba (López Raimundo y Gutiérrez Díaz, 1981: 52-53). Y en la provincia de Barcelona, quienes seguían militando eran, sobre todo, unos obreros que, a la altura de 1979 —un año en que la conflictividad laboral alcanzó un nuevo máximo (Ysàs, 2011: 293)—, estaban implicados en batallas sindicales ásperas para defender sus puestos de trabajo.

Esta situación produjo un aumento de la demanda de identitarismo en el partido. En una sociedad en grave recesión económica, una parte sustancial del partido activo era de la opinión de que el PSUC iba perdiendo eficacia y arraigo social porque había deslavazado su identidad ideológica, por lo que las clases trabajadoras no lo visualizaban como un partido genuinamente funcional a los intereses populares. Insisto: cuando hablo de «partido activo» me refiero a los militantes que venían de la clandestinidad más un núcleo consistente de militantes obreros del cinturón metropolitano que estaba siendo afectado por la crisis económica. La mayoría de este segmento de la militancia se radicalizó dentro de una organización estancada y en medio de una sociedad que estaba dando la espalda a la idea de la transformación revolucionaria tal y como la entendía la tradición marxista. Se produjo, por tanto, una contradicción explosiva entre un partido menguante y una fracción de la militancia real que creía que de la crisis del partido —o de la crisis del país *tout court*— solo se podía salir con un PSUC más de lucha que de gobierno y dotado de un perfil ideológico más pugnaz que el eurocomunista.

A mayor abundamiento, y justo cuando se producía dicha reacción identitaria, entró en escena la crisis de la distensión internacional y el inicio de la Segunda Guerra Fría a raíz de la invasión soviética de Afganistán de finales de diciembre de 1979 (Njølstad, 2010: 135-155; Kalinovskiy, 2020: 72-94). Este cambio internacional fue rápido e inesperado y el PSUC no estaba preparado para encararlo: llevaba años centrando su discurso en el alejamiento del modelo soviético y apostando por la mejora de la distensión.²⁶ Cuando esta acabó, la dirección del partido tenía que tomar posición y condenó la invasión.²⁷ Pero no es ninguna casualidad que los primeros en distanciarse de la condena fueran el PSUC de la comarca del Baix Llobregat y el de Terrassa, de extracción obrera y en fase de radicalización por la crisis económica.²⁸ Los militantes

²⁶ ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 2777, «IV Congrés del PSUC de 1977. Informe del Comitè Central presentat per Gregori López Raimundo», pp. 9-10; AHCO, Biblioteca, «Reunió del Comitè Central, 14 i 15 de juliol de 1979. Situació internacional»; ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 3106, «El PSUC davant la reconstrucció nacional de Catalunya. III Conferència Nacional (7-8-9 de desembre de 1979)», pp. 10-11.

²⁷ «Afganistan. El PSUC condemna», *Treball* (10-16 de enero de 1980), n.º 609, p. 14. El comunicado oficial de condena de la invasión del Secretariado del Comité Central del PSUC, fechado el 5 de enero de 1980, se encuentra en ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 3635.

²⁸ Baiges, Francesc, «Eurocomunisme no, invasió soviètica, sí. El PSUC del Baix Llobregat, esgarriat», *L'Hora* (4-10 de febrero de 1980), n.º 47, pp. 14-15. La resolución de la V Conferencia del Baix Llobregat

críticos de estos y de otros territorios cercanos –como los dos Vallés, las comarcas del segundo cinturón y el Barcelonés Norte– vieron la invasión como una acción legítima porque se producía en un momento de inquietud internacional causada más por la agresividad del imperialismo americano que por la política exterior de Moscú. Lo cual no quiere decir que fueran militantes «prosoviéticos», como empezaron a ser calificados por la prensa, porque no aspiraban a la implantación de un régimen político de tipo soviético en España. Más modestamente, eran la base más obrera del partido que, en la I Conferencia Nacional de 1978, formó parte del bloque denominado leninista y que llevó su crítica a la dirección eurocomunista también al terreno de la política internacional. De hecho, interpretaron la decisión del gobierno de la Unión Soviética como la manifestación de un antimperialismo que había de ser respaldado por los militantes comunistas de todo el mundo en una fase tan delicada de la geopolítica mundial.²⁹ Una vez acabada la distensión, no se necesitaban «frentes de la paz», como pregonaba la cúpula del PSUC e incluso el resto de los leninistas, sino «frentes antiimperialistas» en los que la URSS, sin ser un modelo para los comunistas españoles, habría tenido un papel de envergadura (Álvarez Justo, 2021: 428-437). Resulta evidente, pues, que esos militantes no ligaban las características autoritarias del régimen soviético con la política exterior de la URSS. Para la dirección del PSUC, en cambio, ese ligamen era ineludible: no se podía aprobar la política exterior soviética sin poner en tela de juicio la credibilidad del comunismo democrático español. La diferencia era notable y, en los militantes críticos, era reforzada por la campaña anticomunista llevada a cabo por los grandes medios de comunicación españoles después de la invasión.³⁰

3.3. LA SACRALIZACIÓN DEL TÉRMINO «EUROCOMUNISMO» EN EL PSUC

Quisiera concluir apoyándome en el estudio de Elías Álvarez sobre la discusión en el PSUC del Proyecto de Tesis Programáticas que la dirección difundió en otoño de 1980 y con el que tenía previsto presentarse al V Congreso de enero de 1981. Los pocos militantes que participaron en los debates de las agrupaciones territoriales hablaron de

del PSUC de enero de 1980 se puede leer en: <http://elfeminismealpsuc.adpc.cat/docs/primerapartBLL.pdf>; la resolución de la III Conferencia Local del PSUC de Terrassa de febrero de 1980 se encuentra en ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 5486. En la dirección del PSUC, la discusión en torno a estos dos posicionamientos fue excitada y nerviosa, como se puede ver en los apuntes manuscritos de Antoni Lucchetti de la reunión del Comité Ejecutivo del 11 de febrero de 1980 (AHCOC, Fondo Antoni Lucchetti).

²⁹ Al respecto, véase el escrito –que tuvo una gran circulación entre los críticos de la dirección eurocomunista del PSUC y que causó polémicas en el partido– de Espuny, Leopoldo, «Imperialisme i lluita de classes en el món actual», *Nous Horitzons* (1980), n.º 65, pp. 26-32.

³⁰ ANC, Fons PSUC, 2. Període democràtic (1977-1997), código 2826, «Esmenes als projectes de reglament, estatuts i tesis del partit per al Vè Congrès presentades per les agrupacions del districte VIII (Nou Barris) de la ciutat de Barcelona. Acords Guineueta» (14 de febrero de 1980-15 de noviembre de 1980).

todos los temas de los que he hablado en estas páginas. Con todo, del análisis de Álvarez se nota cómo los militantes hicieron converger las discusiones sobre la política internacional y la política nacional hacia la palabra «eurocomunismo». Este concepto catalizó todas las discusiones previas al V Congreso porque resumía en pocas letras el juicio sobre la política seguida por la dirección del PSUC desde 1977. Este es el motivo por el cual fue una palabra casi sacralizada, tanto en positivo como en negativo. Ciertamente la sacralizó la dirección del PSUC con el objetivo de defender su política y su idea de doble e inseparable moderación y su condena de la invasión de Afganistán. Todavía en 1980, aun reconociendo errores en su liderazgo, creía que sin esa moderación el PSUC habría perdido su credibilidad ante la sociedad. El eurocomunismo, por consiguiente, era visto como intocable e inmodificable aun a costa de entrar en una espiral conflictiva con una parte del partido. Pero el término eurocomunismo fue sacralizado también en negativo por los militantes críticos, que exigieron su retirada de las tesis congresuales como símbolo de una doble moderación que había fracasado y que había agotado su potencial político (Álvarez Justo, 2021: 406-654). No lo pedían en nombre de la dictadura del proletariado como forma de transición al comunismo, sino en nombre de la «revolución de la mayoría» y del «socialismo en libertad», conceptos usados en 1975-1977 y que aceptaban sin ningún problema, y de una mayor radicalidad del partido y de un juicio menos contundentemente negativo de la política exterior de los países socialistas de Europa.³¹ Así las cosas, el diálogo y el acuerdo se tornaron imposibles: la derrota de las tesis políticas de la dirección eurocomunista en el V Congreso, propiciada por una alianza frágil e improvisada entre los leninistas y los prosoviéticos, inauguró un ciclo de inestabilidad caótico y virulento protagonizado por corrientes que se deslegitimaron mutuamente hasta la expulsión del PSUC del sector prosoviético a finales de 1981, tras el realineamiento de los sectores leninistas con los eurocomunistas (Cebrián, 1997: 264-371; Molinero e Ysàs, 2010: 327-342; Abad García, 2022: 362-374). Las consecuencias de esta confrontación fratricida fueron severas: de los 21000 afiliados que tenía el PSUC en enero de 1981, una tercera parte no renovó el carné en 1982 y el resto de activistas se dividió entre el PSUC—unos 7200 militantes— y el neonato PCC—unos 7500 militantes— (Tafalla, 2017: 277-278). En las elecciones generales de 1982, el PSUC obtuvo el 4,6 % de los votos y un solo diputado, mientras que el PCC, con el 2,4 % de los votos, no logró representación parlamentaria. Para el comunismo catalán, la transición a la democracia se cerró con una pérdida tangible de incidencia política.

Bien mirado, el debate sobre el eurocomunismo de 1980-1981 revela el escaso conocimiento que tenían los militantes del PSUC del Partido Comunista Italiano. En ningún momento de la Transición el PSUC fue un partido verdaderamente «italiano». Unos, los eurocomunistas, veían el PCI como el modelo a seguir por su moderación ideológica y consiguiente capacidad de inclusión sociopolítica; los otros, los críticos,

³¹ Capdevila, Xavier, «Espuny: el PSUC ha fet autocrítica», *L'Hora*, (28 de enero - 4 de febrero de 1981), n.º 91, pp. 15-17.

pensaban que era un modelo más socialdemócrata que comunista y no apto para afrontar con solvencia una fase de la política española que exigía más combatividad social. Pero el PCI no era ni una cosa ni la otra. A finales de los años setenta, era un partido aún capaz de atraer a un electorado amplio y transversal sin tener que renunciar al leninismo, plenamente autónomo y crítico con la invasión de Afganistán, pero no prejuiciosamente antisoviético y que, a partir de mediados de 1979, estaba instalado en una oposición acerada a la Democracia Cristiana después del final del gobierno de Solidaridad Nacional formado en 1976 (Pons, 2006: 93-228; Barbagallo, 2006: 323-369; Vittoria, 2006: 132-146; Liguori, 2014: 93-127). En conclusión, en Cataluña el PCI fue más admirado y criticado que propiamente analizado e imitado. Tal vez la imagen más plástica de este desconocimiento sea la del militante crítico de base que recordó el filósofo marxista Manuel Sacristán en un artículo sobre el V Congreso del PSUC publicado en *El País*, el cual, desde la tribuna congresual, aseveró que el eurocomunismo era, al final de todo, «romper huelgas». ³² Se trataba de una frase que sintetizaba la visión negativa que muchos comunistas catalanes se habían formado del eurocomunismo de matriz italiana que supuestamente había practicado la dirección del PSUC desde el fin de la dictadura franquista. Una frase —conviene recordarlo— que fue pronunciada tres meses después de que Enrico Berlinguer, en contra de todos los demás partidos italianos y de una parte de su mismo sindicato de referencia, diera su apoyo incondicional a la durísima huelga de los obreros de la FIAT de Turín (Polo y Sabattini, 2000). En este desfase entre el comunismo italiano imaginado y el comunismo italiano realmente existente también residió uno de los motivos de la crisis del PSUC en la Transición.

³² Sacristán, Manuel, «A propósito del V Congreso del PSUC», *El País* (21/01/1981). Disponible en http://elpais.com/diario/1981/01/22/espana/348966003_850215.html (fecha de consulta: 16/12/2022).

CAPÍTULO 4

POR Y PARA LOS TRABAJADORES: EL PARTIT DELS COMUNISTES DE CATALUNYA Y EL MOVIMIENTO OBRERO, 1982-1989

Víctor Peña González

En los últimos años, la historiografía sobre el comunismo español ha conocido un importante despegue con la incorporación de jóvenes investigadores y la aparición de importantes obras de historia política, cultural y social que han llegado a reforzar la ya amplia panoplia de aportes que tal objeto de estudio había venido recibiendo especialmente desde principios del nuevo siglo. El fin de la Guerra Fría, con su consecuente apertura parcial de los archivos soviéticos, así como de los países de Europa del Este, la menor carga ideológica en la orientación de los trabajos hacia el estudio del comunismo y la aplicación de nuevos enfoques metodológicos y multidisciplinarios han abierto la posibilidad de consolidar la historia del comunismo en términos generales, pero especialmente en España (Bueno y Gálvez, 2005; Ginard, 2007 y 2021).

En este sentido, la apertura, ampliación y catalogación sistemáticas de nuevos archivos y fondos, la digitalización documental, y el nuevo interés de las nuevas generaciones de investigadores hacia el sujeto comunista han permitido la ampliación de las fronteras de los primeros trabajos de referencia sobre el comunismo en España, permitiendo un conocimiento mucho más detallado y multifacético de qué fue, cómo obró y cómo se percibió (y autopercibió) el comunismo en España. El inexorable transcurso cronológico y la ocupación paulatina de los nichos de investigación también han permitido ampliar las acotaciones temporales del estudio del comunismo. Aunque ya se habían producido algunos estudios sobre el surgimiento de Izquierda Unida (IU) (Ramiro Fernández, 2004), por lo general las visiones y relatos científicos sobre el comunismo en España se habían detenido en torno al año 1982, con la excepción del clásico periodístico de Gregorio Morán, que prolongaba su crónica hasta 1985 aproximada-

mente (Morán, 2017). A pesar de ello, la década de 1980, la de crisis, declive y atomización del comunismo en España, ocupaba un protagonismo de epílogo en las obras de referencia (un ejemplo en Molinero e Ysàs, 2010).

La década de 1980 no solo fue la de crisis y decadencia, sino, en muchos casos, la de desaparición. En la última década del siglo presente, los estudios sobre la izquierda radical y revolucionaria en España durante el antifranquismo y transición española han experimentado, a la par que los estudios sobre el comunismo, un redescubrimiento y rejuvenecimiento, impulsado por una ola social y política de impugnación y crítica a los relatos sociohistóricos y sociopolíticos hegemónicos en España (Pérez Serrano, 2019). Esto nos lleva a entender que el comunismo no fue, de ninguna manera, una experiencia monolítica ni unívoca, sino todo lo contrario. Esta naturaleza poliédrica del comunismo es lo que nos ha llevado a entender en trabajos anteriores que no se puede hablar de un solo comunismo en España durante el siglo XX, sino de una suerte de comunismos, todos ellos participantes de una misma cultura política en la cual existían importantes diferencias, pero también proyectos, nociones, pasiones, discursos y símbolos comunes. A menudo, estas diferencias eran suficientes para constituir identidades políticas o procesos de identificación antagónicos, pero en muchos otros casos este fenómeno no se dio. De ahí que la frontera entre comunismo e izquierda revolucionaria haya venido a difuminarse teóricamente en los acercamientos metodológicos que algunos historiadores han llevado a cabo, para comenzar a hablar de comunismos en plural (Erice, 2022;¹ Peña, Rosano y Pérez Serrano, 2023). Esta perspectiva nos lleva a indicar, retomando lo que veníamos diciendo al principio, que la década de 1980 fue también la de la desaparición de muchos comunismos, con la disolución de formaciones políticas que habían hegemonizado la izquierda extraparlamentaria en la década anterior, llegando a disputar la hegemonía en el movimiento obrero en algunas regiones, como Navarra (Satrustegi, 2022).

Recientemente, la publicación de los resultados de la investigación doctoral de Eduardo Abad (2022a) ha abierto la puerta a la investigación de los comunismos españoles en los años ochenta, con los primeros estudios de caso del PCC y del Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE). De la misma manera, Emanuele Treglia ha acompañado el esfuerzo con un estudio de caso de los comunistas durante la época socialista (Treglia, 2022).² Se trata de un importante paso en la investigación del comunismo en España, no solo por las proposiciones metodológicas que dicha obra contiene, sino porque es uno de los trabajos pioneros en afrontar sin complejos la crisis del comunismo en los años ochenta del siglo pasado. La irrelevancia a la que este proceso condujo al comunismo en España, la dispersión y atomización del sujeto comunista, el repliegue identitario y el consecuente empobrecimiento del debate político, así como la

¹ Esta obra colectiva incorpora una sexta parte, titulada «Más allá del PCE: los otros comunistas», que incorpora capítulos sobre otras experiencias comunistas al margen del Partido Comunista de España (PCE).

² Aunque no pertenece a la cronología que vamos a tratar, también Jaime Aja Valle y Eduardo Sánchez Iglesias han innovado investigando la evolución del comunismo español entre 1996 y 2021 (Aja y Sánchez, 2022).

hegemonía incontestable del socialismo felipista en la izquierda española, han convertido a los comunismos españoles de la década de 1980 en objetos de estudios socialmente menos interesantes, académicamente menos atractivos y, en general, en agentes más complejos de incorporar en un relato coherente y conciso.

En el presente trabajo aceptamos el desafío que esos condicionantes implican y nos sumamos al camino iniciado por Abad y Treglia. En nuestro caso, trataremos en este lugar la experiencia del PCC en el movimiento obrero entre 1982 y 1989, año en el que el partido cierra uno de sus primeros ciclos vitales con el regreso de una parte de sus militantes (entre ellos, importantes dirigentes sindicales) al Partido Socialista Unificado de Catalunya (PSUC), del cual habían surgido como escisión siete años atrás. Junto al análisis de la política y acciones del partido en el movimiento obrero, a través de la Comisión Obrera Nacional de Catalunya (CONC), presentaremos escuetamente la génesis del PCC y las causas que motivaron su ruptura con el PSUC. Para ello, emplearemos la herramienta metodológica de las culturas políticas, tomando como punto de partida la definición bersteiniana (Berstein, 1992), pero incorporando elementos de la noción de Baker (2006) respecto al discurso y las prácticas simbólicas, así como las dinámicas de sociabilidad (Pérez Ledesma y Saz, 2014), y las aportaciones de la ideología (Andrade, 2012: 45) y la praxis política del objeto de estudio señalado.

4.1. LA RUPTURA DEL COMUNISMO CATALÁN

En el presente apartado plantearemos cuáles fueron las causas de la ruptura del comunismo catalán o, más bien, de la ruptura del PSUC entre 1981 y 1982, para lo cual necesitaremos plantear la génesis de ese proceso de centrifugación del partido. La identificación de las causas de este proceso de desintegración es necesaria, en primer lugar, debido a la confusa relación de hechos que se produjo en los meses previos al V Congreso del PSUC (enero de 1981) y en el año siguiente a este, con la generación de una plataforma fraccional antes y después de dicho evento y la incorporación de importantes dirigentes históricos a ella, cuyo protagonismo aún no está claramente definido en las publicaciones disponibles. El repliegue identitario que la crisis del comunismo catalán provocó a menudo ha sido interpretado no como consecuencia o vehículo de expresión de descontentos previos, sino como la causa de la ruptura del PSUC. Sin embargo, a lo largo de las siguientes páginas señalaremos que el recurso identitario y la apelación simbólica a la tradición comunista funcionaban como deformación ideológica de un conflicto político motivado por otras causas, que veremos a continuación. Dada la estrechez del marco en el cual desarrollamos este trabajo, la relación exhaustiva de la ruptura del PSUC no puede ser realizada aquí, para lo cual nos remitimos a los trabajos existentes (Cebrián, 1997; Claret, 2011; Abad, 2022).

Desde su fundación, el PSUC había constituido una *rara avis* en el movimiento comunista internacional, rompiendo la consigna impuesta por la Komintern de «un Estado, un Partido» (Puigsech Farrás, 2008). Representó en 1936, por un lado, la atracción nuclear del comunismo como epicentro del antifascismo y de los valores progresistas

del comunismo al aunar en un solo partido, que se sujetaba a la tutela de la Internacional Comunista, al Partido Comunista de Cataluña, el Partit Català Proletari, la Unió Socialista de Catalunya y la Federación catalana del PSOE. La hegemonía, de pensamiento y de práctica, de las nociones comunistas en el partido fusionado, el PSUC, se dio también entonces en la unificación de juventudes comunistas y socialistas en las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) a nivel estatal. Ambas confluencias supusieron uno de los mitos fundacionales del comunismo en España, conformando los destacamentos más avanzados de las fuerzas comunistas del país. Pero, mientras que las JSU acabaron por desaparecer del panorama político y las juventudes comunistas hubieron de ser reconstruidas a inicios de los años sesenta, el PSUC se mantuvo como la vanguardia del comunismo en España no solo por su carácter fundacional, sino por su fuerza política y su desarrollo a todos los niveles (militante, organizacional, intelectual, relacional...).

De hecho, el impulso que el PSUC adquiriría tras su refundación en su I Congreso (1956) lo colocaría a la vanguardia no solo de los comunismos españoles, sino de la oposición antifranquista en Cataluña. La defensa de los trabajadores, las reivindicaciones por la libertad y la democracia y la caracterización del PSUC como «partido nacional catalán» se convirtieron en la espina dorsal de una praxis política que le llevó a hegemonizar la protesta contra la dictadura. En este sentido, la formación de la Asamblea de Cataluña en noviembre de 1971, por iniciativa de la Comisión Coordinadora de Fuerzas Políticas de Cataluña (1969), vino a representar un salto cualitativo en la lucha por la conquista de la democracia, situando a Cataluña a la cabeza de la oposición antifranquista en toda España (De la Granja, Beramendi y Anguera, 2001: 177-178).

El desarrollo continuo y progresivo del PSUC y de su influencia política en el seno de la sociedad española comportó, no obstante, importantes costes. Los primeros síntomas de agotamiento se dieron ya en 1974, cuando la incorporación de varios centenares de militantes (la mayoría situados en la provincia de Barcelona) de la organización Bandera Roja supuso un *shock* para el núcleo original del PSUC (Pala, 2011b). En primer lugar, porque todos estos militantes procedentes del maoísmo se convirtieron automáticamente en cuadros políticos (mandos intermedios) del PSUC, provocando el desplazamiento de numerosos cuadros «psuqueros» en sus organizaciones de base y rompiendo la cooptación natural de líderes obreros en los procesos de conflicto sociolaboral. En segundo lugar, el alto nivel de formación teórica de los «banderas» ingresados y su orientación política, plenamente coincidente con las perspectivas aprobadas en el VIII Congreso del PCE (1972), eran percibidas por la militancia «psuquera» como una aportación derechista que, a finales de la década de los años setenta va a ser entendida como una apuesta por la «socialdemocratización» del partido. Esto llevó a muchos militantes del PSUC a concebir a los «banderas» como la «fuerza de choque de Santiago Carrillo» en Cataluña (Cebrián, 1997: 138), estableciendo un antagonismo interior-exilio que, una vez legalizados tanto el PCE como el PSUC en 1977, se transformará en un eje Madrid-Barcelona.

El cada vez más explosivo crecimiento cuantitativo del partido, que en 1977 va a dar un salto exponencial en su número de miembros, y los orígenes múltiples de estas

militancias van a generar, desde la II Conferencia de Barcelona y, sobre todo, a partir del IV Congreso del PSUC (celebrado del 29 de octubre al 1 de noviembre de 1977), la aparición de tendencias o corrientes de opinión enfrentadas en el seno del partido, a pesar de las negativas públicas de sus principales dirigentes, Gregorio López Raimundo y Antoni Gutiérrez Díaz. Esta división, si bien en ocasiones se ha prestado al sensacionalismo periodístico del cual han emanado unas etiquetas un tanto compartimentadas y artificiales, es un hecho incontestable, no solo por la animadversión que provocó una radicalización del descontento y desencanto dentro del PSUC, creando un nuevo antagonismo, esta vez entre diferentes sectores del partido en su conjunto, e implicando tanto a militantes de base como a la dirección sin que se pueda establecer una frontera definida en los bandos que se fueron formando a partir de entonces. La aprobación, en el IV Congreso, de la «política de integración» para armonizar las animadversiones y diferencias que se percibían en el PSUC fue una de las principales apuestas del secretario general, «el Guti», que debía pasar necesariamente por un funcionamiento netamente democrático, por otra parte, una promesa largamente esperada por todos los miembros del PSUC (Serradell, 1995: 236-239).

Sin embargo, fueron las transformaciones sufridas por el PCE y el PSUC durante la transición española y los efectos de la línea política por ambos aplicada durante tal periodo las que generaron el sustrato de la crisis comunista, provocando la radicalización de las tendencias o corrientes de opinión que ya existían en el PSUC. Entre estas transformaciones debemos señalar, primero de todo, el abandono en julio de 1976 de las células de base como unidad fundamental de la organización de ambos partidos comunistas, siendo sustituidas por la agrupación territorial. Esta última unidad facilitaba la integración y cohesión del aluvión de militantes que se preveía recibir³ y su funcionamiento era el óptimo de cara a las batallas electorales en curso (Hernández Sánchez, 2022: 249), pero también existían razones pecuniarias para adoptar tal sistema organizativo;⁴ por último, hay quien ha visto en este cambio de estructura una moderación para obtener la legalización (Pinilla, 2017: 55-61). Este cambio organizativo, si bien no levantó protestas inmediatas, tendría efectos fatales para la influencia política tanto del PCE como del PSUC, especialmente, en sectores profesionales y, particularmente, en el movimiento obrero.

El abandono del leninismo y el alejamiento de la Unión Soviética fueron también transformaciones simbólicas que sí provocaron airadas protestas y enconados debates en las organizaciones de base.⁵ La culminación de todos estos debates se dio en el IX

³ Para el año 1977, el PCE expediría alrededor de doscientos mil carnés, mientras que el PSUC haría lo propio en número de cuarenta mil.

⁴ AHPCE, Documentos PCE, carpeta 57, «Notas manuscritas. Pleno CC Roma» (28-31 de julio de 1976), pp. 4-7.

⁵ Varios ejemplos en AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 373, carpeta 1, «Discusión de la agrupación de La Magdalena sobre la cuestión relativa a la elección de los delegados al Congreso»; «3ª Conferencia Provincial de La Rioja» (19 de marzo de 1978) y «Conferencia Local de Alicante» (24-25 de marzo de 1978). La discusión trascendió los límites del partido, incorporando a los debates en las organizaciones de base

Congreso del PCE (abril de 1978), donde la enmienda a la tesis XV, que proponía una definición similar a la que había encontrado el PSUC (manteniendo eurocomunismo y leninismo dentro de su formulación), fue defendida por uno de los dirigentes del partido catalán, Francisco Frutos (PCE, 1978b). Desde ese momento, la etiqueta periodística «leninista» comenzó a funcionar para designar al «ala dura» del PSUC; si bien se establecieron posteriores diferenciaciones entre «leninistas» y «prosoviéticos», ambas denominaciones no dejaban de representar idealmente una realidad mucho más compleja en el desarrollo de los antagonismos internos tanto del PCE como del PSUC. Con todo, el recurso a la doctrina marxista-leninista, con especial atención a la recuperación del internacionalismo proletario (reformulado por el PCE como solidaridad internacionalista, para desmarcarse de la autoridad soviética en el movimiento comunista internacional) y a los valores, memoria y símbolos de la tradición comunista, comenzó a funcionar a partir de este momento como vehículo de movilización de los incipientes antagonismos internos y de la centrifugación del PCE-PSUC (en ocasiones como resistencia a este último fenómeno).

Por último, los efectos de las políticas aplicadas por los comunistas durante la transición provocaron un tsunami de desafección una vez que los resultados de las mismas confirmaron el retroceso del protagonismo obrero en la sociedad política española y, con ello, la galopante marginación de los comunistas. La más contestada de estas medidas fue la aprobación de los Pactos de la Moncloa a finales de 1977, cuyas consecuencias, en unión a los efectos devastadores de la crisis económica, no solo provocaron una pérdida de crédito político de los comunistas en el movimiento obrero y en el panorama político en su conjunto, sino un retroceso en las conquistas laborales obtenidas en el ciclo de luchas obreras inmediatamente anterior y una depauperación de las condiciones de vida de los trabajadores. La lectura triunfalista que de los acuerdos realizaron las direcciones del PCE-PSUC, llegando a calificarlos de «autopista al socialismo» o «guía al socialismo», provocó una mayor indignación hacia la militancia obrera afectada por los Pactos de la Moncloa⁶ (López Raimundo y Gutiérrez Díaz, 1981: 77), llegando al punto de señalar dicha política pactista como una traición a la militancia comunista (PCE, 1980: 30).

A mediados de 1980 los antagonismos internos en el PSUC se encontraban en su punto de ebullición, tras los últimos resultados electorales obtenidos. En el verano, la organización juvenil del partido se fracturó de forma definitiva con una gran mayoría de los jóvenes comunistas desafectos contra la dirección de Eduard Giménez y Quim Mestres (Meroño, 2005: 138; Domènech, 2008). Las presiones que entre el 21 de julio

madrileñas a dirigentes prosoviéticos (Entrevista personal con Felicia Palomo, Madrid, 6 de junio de 2017) y en toda España a miembros del Movimiento de Células (v. las publicaciones de *Documento* remitidas al Comité Central del PCE que circularon entre la militancia comunista, disponibles en AHPCE, FPCE, caja 373, carpeta 1; también Peña, 2020a).

⁶ AHCOC, Fon Javier Sánchez del Campo (FJSD), «Informe de José Luis López Bulla a la Comisión Ejecutiva de la CONC» (11-12 de mayo de 1979).

y el mes de diciembre ejerció la dirección del PCE sobre la dirección del PSUC evidenciaron la causa fundamental de la ruptura que se escenificaría, pero no ejecutaría, en el V Congreso, esto es, las relaciones de dependencia PCE-PSUC.

La misma incorporación de Bandera Roja en 1974 iba en esa dirección, así como los tímidos intentos de crear la Junta Democrática de España en Cataluña (Cebrián, 1997: 142-143); la aceptación del retorno de Tarradellas y la restitución de la Generalitat en 1977, con la consiguiente anulación de hecho de la mayoría electoral socialista y comunista, lo cual amenazaba la integridad del proceso transicional a la democracia⁷ (Garcés, 2012: 5-30); la firma de los Pactos de la Moncloa, de los cuales la dirección del PSUC haría una importante autocrítica en el proyecto de tesis para el V Congreso; las presiones para eliminar el leninismo de la definición del partido y para incorporar el eurocomunismo, etc. Todo ello ejemplificaba la dependencia política tradicional del PSUC (a pesar de la independencia formal que los comunistas catalanes tenían respecto al PCE), que había situado al partido catalán en una posición de tensión casi irresoluble.

El 21 de julio, Ignacio Gallego y Antonio Palomares señalaron «el “mal ejemplo” del PSUC, en cuanto a distanciarse del PCE, influye en otras zonas del partido y que eso provoca peligrosas tendencias centrífugas» (Azcárate, 1982: 18). El 3 de octubre, Santiago Carrillo amenazaría con que estaban inmersos en «un proceso en el cual en realidad hay el peligro de que el PCE y el PSUC dejen de ser un todo único y se conviertan en dos partidos hermanos, como podemos ser partidos hermanos con los franceses o con los italianos o con los alemanes o los demás partidos» (Cebrián, 1997: 270). Tres años antes, con motivo del debate del leninismo, Carrillo ya había advertido: «Tened cuidado, no os pase que pensando defender el leninismo os encontréis con un partido todavía menos leninista, con un partido que esté más a la derecha. Tened cuidado porque este puede ser el resultado de una guerra de religión entre los comunistas en este momento» (Cebrián, 1997: 209-214). En el otoño de 1980, Gregorio López Raimundo advertía «una cierta tendencia que aparece aquí en algunos sectores del partido, en algunos militantes, a una actitud muy crítica hacia todo lo que sea el PCE, que a mi juicio contiene potencialmente un peligro de enfrentamiento si no sabemos abordarlo y ponerle remedio» (Cebrián, 1997: 269).

Efectivamente, como señalaba el presidente del PSUC, el resultado de las presiones, cada vez más públicas y evidentes por parte de la dirección del PCE, sobre los comunistas catalanes para no alterar un ápice ni simbólica ni materialmente la estrategia eurocomunista produjo una exacerbación de los antagonismos internos del PSUC, que terminaron por estallar en el V Congreso a comienzos de 1981. El balance posterior de dichos acontecimientos fue la escisión de los militantes más izquierdistas, con numerosos cuadros sindicales y dirigentes intermedios, y abanderados por militantes históricos que habían tenido un papel relevante en la (re)construcción del PSUC durante la

⁷ En 1985 el PCC consideraría tal decisión «un error de graves consecuencias históricas»: AHCOC, «Proyecto de Programa. 7 Congrés del Partit dels Comunistes de Catalunya. Por la paz. Por el trabajo. Por la autodeterminación» (Barcelona, s/f [1985]), p. 12.

clandestinidad, arrastrando consigo a varios miles de miembros.⁸ El nuevo partido, nacido en abril de 1982, adquiriría un nombre reminiscente de la tradición comunista catalana, PCC, y recuperaría las señas de identidad política e ideológica del partido, entre ellas, la esencia obrera.

4.2. SOCIABILIDAD, VALORES Y PRÁCTICAS SIMBÓLICAS

El carácter obrero del PCC fue uno de los principales puntos de apoyo de la refundación comunista que pretendía la escisión del PSUC. Este quedaba definido en los artículos 3 y 7 de los estatutos aprobados por la nueva organización, que señalaban que «el Partit dels Comunistes de Catalunya lucha por los intereses y aspiraciones de la clase obrera de Catalunya [...] se propone consolidar y ampliar la participación de los trabajadores en las instituciones representativas de carácter político».⁹

El carácter obrero del nuevo partido también estaba constantemente presente en la prensa de la organización. Aunque no conocemos la composición sociológica del conjunto del PCC, sí podemos conocer la exteriorización que la prensa comunista hacía del carácter obrero del partido a través de la composición sociológica de los delegados a los Congresos. En abril de 1982, el 44,38 % de los delegados al VI Congreso eran de origen obrero, porcentaje que aumentó para el VII Congreso (junio de 1985) hasta el 60,05 %.¹⁰ También conocemos el porcentaje de dirigentes obreros presentes en el Comité Central, de un 33,04 % entre los elegidos en 1982 y del 45,46 % entre los cooptados tres años después.¹¹

La mistificación de la clase obrera se había venido dando ya desde los años centrales de la Transición, 1977 y 1978, momentos de especial relevancia para los comunistas, tanto por la firma de los Pactos de la Moncloa como por el abandono del leninismo, como ya hemos visto. Ambos sucesos, así como la pérdida de iniciativa marcado por el abandono del sistema de células y el consiguiente retroceso de influencia política comunistas en los centros de trabajo donde estaban constituidas organizaciones de base del PSUC, comenzaron a perfilar un proceso que culminaría en el primer ciclo vital del PCC. Esta mistificación trajo en respuesta una mitificación del sujeto obrero, considerándolo como la cornucopia del desarrollo político comunista. El ensal-

⁸ En 1982 el PCC declararía tener en torno a ocho mil militantes, una cifra que hay que tomar con cautela. «La realidad del Partit dels Comunistes de Catalunya», *Avant* (10 de septiembre de 1982), n.º 11.

⁹ AHCOC, «Estatutos y tesis del 6º Congreso» (abril de 1982), p. 7.

¹⁰ «Composició sociològica dels delegats al 6è Congrés», *Òrgan provisional del Comitè Central del Partit dels Comunistes de Catalunya* (15-22 de abril de 1982), n.º 0, y «Composició social de los delegados al VII Congreso del PCC», *Avant* (27 de junio de 1985), n.º 143.

¹¹ «Composició sociològica del Comitè Central», *Òrgan provisional del Comitè Central del Partit dels Comunistes de Catalunya* (22-29 de abril de 1982), n.º 00, y «Composició social del nou Comitè Central del PCC», *Avant* (11 de julio de 1985), n.º 145.

zamiento de las virtudes obreras y de las posibilidades que la organización de los trabajadores podía traer si alcanzaba su unidad se convirtieron en un continuo *leitmotiv* para el PCC.¹² A su vez, la necesidad de engrosar las filas del partido, de ensanchar el espacio comunista para contrarrestar la dinámica de retroceso, así como el desencanto generado entre la militancia comunista, llevaban al uso y abuso del carácter obrero del PCC, haciendo de este una reificación con motivos propagandísticos y de mercadotecnia electoral.

Por otra parte, la recuperación del sistema de organización celular del partido en el VII Congreso permitió transformar o recuperar los lazos de sociabilidad que los comunistas habían mantenido con el movimiento obrero durante la etapa de clandestinidad. Hay que tener en cuenta que una parte importante de los militantes comunistas que se habían radicalizado en el último tercio de la década de los setenta al calor de la crisis del comunismo habían formado parte de la columna vertebral del PSUC en la lucha contra la dictadura, por lo que el abandono de la célula en pos de la adopción de la agrupación territorial había quebrado sus usos relacionales y sus hábitos sociales establecidos, provocando que el debate político y el quehacer cotidiano se redirigiera hacia cuestiones simbólicas, ideológicas y/o identitarias. Debido a ello, desde el primer momento el PCC privilegió la acción sectorial por sobre la territorial, retomando esas formas de sociabilidad de la militancia clandestina: «el trabajo de difusión y educación ideológica y política que puede realizar la agrupación del PCC en la empresa es insustituible».¹³

Esta voluntad obrerista del partido actuaba también como justificación de la importancia del movimiento obrero en el desarrollo de las luchas populares. En su imaginario colectivo, sin la participación de los comunistas en la vida cotidiana de la empresa, los trabajadores continuarían retrocediendo y el movimiento popular se vería nuevamente debilitado. Por ello, el PCC animaba constantemente a sus militantes a mantener su militancia sindical y a visibilizarla para actuar como polo de atracción hacia simpatizantes y nuevos posibles activistas. De esta manera, se retroalimentaban las necesidades políticas de la organización y los hábitos relacionales que los comunistas habían adoptado durante su etapa de militancia clandestina.

La clase obrera se convertía, así, no solo en un solo dechado de virtudes que representaba la posibilidad de alcanzar algún día el comunismo, sino en el reclamo en torno al cual debía girar la transformación social, por ejemplo, reclamando un nuevo modelo de ciudad (cuestión que ya había sido motivo de conflicto entre eurocomunistas y obreristas en la última del «PSUC histórico»), que era bautizado como «Una ciudad para los trabajadores», pero cuyo contenido no era necesariamente sectorial o corporativo:

¹² «Que la clase obrera recupere su protagonismo», *Avant* (5 de noviembre de 1982), n.º 19.

¹³ AHCOC, «El trabajo hacia el movimiento obrero» (noviembre de 1982), p. 7.

Tradicionalmente los comunistas hemos elaborado nuestra política en torno a los legítimos intereses de la clase obrera y los trabajadores en general de acuerdo a nuestros principios ideológicos. Ello supone una concepción radicalmente diferente de cómo ha de ser una ciudad que priorice los intereses de los trabajadores. Los comunistas planteamos como objetivo una ciudad equilibrada entre residencia y trabajo [...] en definitiva, que sustituya los principios de negocio, explotación y especulación como base de cualquier actividad, y sitúe como objetivos el progreso, la justicia social, la paz y unas relaciones ciudadanas menos violentas y agresivas.¹⁴

La representación de la clase obrera venía a significar dichos valores de progreso, justicia social, paz y confraternidad, que también encarnaban los ideales comunistas, dándose una absoluta simbiosis entre sujeto obrero y sujeto comunista. Esta identificación también se trasladaba al partido comunista donde, por su composición sociológica, por su concepción de que la clase obrera encerraba la capacidad universal (dada su posición en las relaciones de producción) para liberar a todas las clases eliminándolas, y por tratarse la fuerza de los trabajadores de la principal herramienta de la cual se valía el PCC, se daba igualmente una completa confusión entre partido comunista y clase obrera que, de hecho, suponía una distorsión del pensamiento leninista (Lenin, 1981). En este sentido, existía también una labor propedéutica y publicitaria, ofreciendo el PCC a la sociedad como el refugio político para la clase obrera y los asalariados.

Este esencialismo obrerista del cual el PCC y sus militantes nunca dejarían de hacer gala se identificaba, a su vez, con una posición netamente de izquierdas. Si el eurocomunismo se concebía en el mejor de los casos como una socialdemocratización del partido y la línea política, cualquier acción de los sucesivos gobiernos del PSOE se convertían en actividades emprendidas por un gobierno de derechas.¹⁵ Estos análisis que, de hecho, negaban la condición izquierdista a cualquier otra fuerza política que no compartiera las tesis del PCC o del PCPE, no eran óbice para reconocer que la victoria socialista en las elecciones legislativas de octubre de 1982 supuso una victoria de la izquierda. Sería la política aplicada por los gobiernos socialistas, especialmente en materia laboral y respecto a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la que los convertiría, a ojos de los obreristas, en gobiernos de derechas.¹⁶

Una vez descartados el PSOE y las bases socialistas, cómplices de la acción del gobierno que sustentaban, como posibles aliados en la izquierda, las proclamas del PCC para unir a la clase obrera y a la izquierda en un frente común cayeron en saco roto. En la práctica, el sectarismo de sus análisis les condenaba a un mayor aislamiento político y a una posición cada vez más marginal, más allá de su establecimiento en el movimiento obrero, donde consiguieron permanecer con cierta fuerza. A finales de 1982, el propio partido calculaba que unos tres mil de sus miembros se hallaban distribuidos en

¹⁴ «Una ciudad para los trabajadores», *Avant* (21 de abril de 1988), n.º 269.

¹⁵ *Vid.* AHCOC, «Les propostes del PCC per un Front d'Esqueres» (s/f [1985]), pp. 1-4.

¹⁶ «Resolución del Comité Ejecutivo», *Avant* (5 de noviembre de 1982), n.º 19, y «Editorial. Consolidar aún más al PCC», *Avant* (30 de octubre de 1982), n.º 18.

torno a 1640 centros de trabajo, de los cuales cuarenta y uno serían grandes empresas que aglutinarían un conjunto de unos seiscientos militantes.¹⁷

El repliegue identitario en el cual se había visto inmerso el PCC desde su formación e incluso antes había llevado, tanto a sus militantes como a la organización en su conjunto, a recuperar y reivindicar la ideología marxista-leninista sin ambages, en la medida en que suponían un rescate de la tradición revolucionaria del comunismo que la aportación eurocomunista había desvirtuado en los años previos. Este fenómeno supuso una cierta vuelta al pasado que, sin recaer en los análisis apocalípticos sobre el capitalismo, sí que acabó trasladando a su época la noción de «clase contra clase» entendiendo cualquier colaboración con la burguesía como un inicio o plasmación del pacto social que había llevado al comunismo a un momento de crisis.¹⁸ Paradójicamente, los intentos por recuperar la esencia revolucionaria del partido comunista a través de una línea política basada en el dogma marxista-leninista (sin recaer, no obstante, en reivindicaciones del culto a la personalidad) terminaron por condenar al PCC al aislamiento político, a un mayor sectarismo que el que había dominado al PSUC desde su refundación en 1956, y a una progresiva irrelevancia e incapacidad política y social.

4.3. DOCTRINA Y ACCIÓN POLÍTICA EN EL MOVIMIENTO OBRERO

La «defensa intransigente de los derechos de los trabajadores» se había convertido en la bandera de la acción política del PCC. Si en 1981 un delegado al V Congreso había manifestado que el eurocomunismo no era otra cosa que romper huelgas,¹⁹ el comunismo que pretendían representar el PCC en tanto que «el partido de siempre» y como «los comunistas de siempre»²⁰ debía activar, estimular y dirigir el conflicto supe-
ditando la negociación a la presión y rechazando frontalmente el pacto social.

Como ya hemos señalado, la presencia y acción política de los militantes del PCC en el mundo del trabajo era la orientación prioritaria del nuevo partido comunista, con el objetivo de devolver el conflicto obrero a niveles de desarrollo pretéritos, situando a los trabajadores en la centralidad política durante la consolidación democrática. No se trataba solo de un reflejo esencialista: los análisis del PCC entendían que, sin lograr la

¹⁷ AHCOC, «El trabajo hacia el movimiento obrero» (noviembre de 1982), p. 5. Las cifras ofrecidas en el citado informe pueden ayudar a cotejar los datos ofrecidos sobre el número total de militantes de la organización, dada la composición sociológica del partido.

¹⁸ «Negociación colectiva: historia de un retroceso», *Avant* (25 de junio de 1982), n.º 5, y «Contra el nuevo pacto social», *Avant* (3 de febrero de 1983), n.º 31.

¹⁹ Sacristán, Manuel, «A propósito del V Congreso del PSUC», *El País* (22 de enero de 1981). Disponible en https://elpais.com/diario/1981/01/22/espasa/348966003_850215.html (fecha de consulta: 19 de diciembre de 2022).

²⁰ Las consignas provienen de los carteles lanzados por el PCC con motivo de su VI Congreso. Una muestra de ellos puede ser consultada en el Depósito Digital de Documents de la Universitat Autònoma de Barcelona (DDD-UAB).

unidad de los trabajadores y la unidad de la izquierda, la joven democracia seguía peligrando ante la amenaza de involución golpista.²¹ Todo ello les llevaba a considerar que el movimiento obrero o sindical era el más relevante de todos los movimientos de masas, porque organizaba «a las personas en su condición de asalariados y para la defensa de sus intereses más vitales».²² Su concepción de la organización del movimiento obrero partía de los presupuestos de un sindicalismo de clase, de masas y con carácter sociopolítico «que, aun partiendo de la lucha económica en la empresa, va mucho más allá y se plantea cuestiones más amplias, tanto en terreno laboral [...] como en el terreno político y social».²³ Junto a ello, el sindicato debía ser democrático (partiendo de los presupuestos de la democracia obrera), independiente (tanto del Estado, como de la patronal y de los partidos políticos, incluyendo al propio PCC), unitario, nacional e internacionalista. Estos dos últimos elementos retomaban tanto la tradición revolucionaria del comunismo clásico como las reivindicaciones catalanistas que habían situado a los comunistas a la vanguardia de la oposición antifranquista en el pasado inmediato de Cataluña. Estas nociones se mantendrían invariables hasta, al menos, 1989, como podemos apreciar en el programa aprobado en el VII Congreso (1985).²⁴

El trabajo de los comunistas en los centros laborales se orientaba en tres niveles:

El comité debe responder democráticamente a las aspiraciones de todos los asalariados procurando incrementar la intervención de estos en todos los aspectos de la vida de la empresa. La sección debe responder a las opiniones de los afiliados a CCOO y sus debates deben intentar la incorporación de nuevos trabajadores a CCOO para conjuntamente incidir en mayor medida desde la óptica del sindicalismo de clase en la dinámica del comité de empresa. Por último, la agrupación del PCC, también abierta a simpatizantes, velará por ayudar al comité y a la sección a cumplir sus responsabilidades orientando su actividad al esclarecimiento ideológico que como partido nos corresponde.²⁵

La acción sindical del PCC estuvo siempre dirigida al estímulo del conflicto obrero, en contraposición a la negociación «claudicante» y a la política del pacto que el partido consideraba que CCOO había practicado durante la transición a la democracia, especialmente tras el «golpe de timón» dado a las relaciones entre sindicato (CCOO-CONC) y partido (PCE-PSUC) en mayo de 1980 (Gimeno, 2019: 136), planteándose entonces desde la dirección del PCE la eliminación de la lucha política por parte del movimiento obrero al «sindicalizar al sindicato».²⁶ De ahí que, frente a la

²¹ «Resolución del Comité Ejecutivo», *Avant* (5 de noviembre de 1982), n.º 19.

²² AHCOC, «Estatutos y tesis del 6º Congreso» (abril de 1982), p. 54.

²³ *Ibidem*.

²⁴ AHCOC, «Proyecto de Programa. 7 Congrès del PCC. Por la paz, por el trabajo, por el derecho de autodeterminación» (Barcelona, 14-16 de junio de 1985), p. 27. Cf. AHCOC, «Programa del PCC. 7.º Congreso» (Barcelona, 14-16 de junio de 1985), pp. 53-54.

²⁵ AHCOC, «El trabajo hacia el movimiento obrero» (noviembre de 1982), p. 8.

²⁶ Entrevista personal con Luis Cabo Bravo, Madrid, 4 de mayo de 2017.

política de «solidaridad nacional» o de proyecto planteado por la Ejecutiva de CCOO y de la CONC (encabezada por José Luis López Bulla, militante del PSUC hasta mediados de la década de los ochenta), basada en la asignación de un papel central al sector público para mejorar el nivel de vida de las mayorías sociales, en la negociación para paliar los efectos de la reconversión industrial impulsada por el gobierno socialista en su camino hacia la entrada en el Mercado Común, el PCC defendiese una política sindical de resistencia o de «solidaridad de clase», que luchase contra los monopolios y contra los efectos del paro entre los trabajadores organizando y movilizandolos a los desempleados, todo ello bajo el paraguas de la unidad de la izquierda, que ante el aislamiento y el sectarismo del partido se convertía en papel mojado.

Desde la perspectiva del PCC, la «solidaridad nacional» promovida por las ejecutivas de CCOO y de la CONC era percibido como «el camino de la desmovilización, del sindicalismo de gestión, de la aceptación de los criterios económicos, políticos y sociales de la patronal, el camino de no emprender las transformaciones esenciales que necesita la clase obrera».²⁷ Esta percepción llevaba al PCC a considerar que la orientación de los dirigentes del PSUC en CONC suponía un atentado a la unidad de los trabajadores, al desentenderse de la línea de defensa a ultranza de la clase obrera propuesta por el PCC. Ello llevaba a estos últimos a considerar que cualquier medida adoptada para combatir y oponerse a las acciones eurocomunistas en el movimiento obrero constituía un esfuerzo por defender la unidad del mismo.

Esta interpretación partía de las premisas de que ambas ejecutivas sindicales se encontraban dominadas por «eurocomunistas», lo cual les situaba en el campo del reformismo y de la supeditación de los intereses obreros a los objetivos y necesidades de la burguesía, en general, y de la oligarquía, en particular. Esta consideración provocó una continua tensión interna en la CONC y una dinámica generalizada de conflicto que amenazó con romper el sindicato en dos.²⁸ Las voces internas en el seno del PCC que solicitaban la ruptura con el sindicato y la formación de un sindicato de clase fueron derrotadas en el Comité Central, siguiendo la estela marcada por sus tesis políticas de acuerdo a la promoción de la unidad de los trabajadores en una sola central. Esta decisión también estaba motivada por la posición privilegiada que el partido mantenía en algunos sindicatos locales y federaciones sindicales de la CONC, así como su presencia notable en su Ejecutiva. El liderazgo, en este sentido, mantenido por Alfredo Clemente, dirigente del PCC y secretario de la Unión Sindical de Comisiones Obreras del Barcelonés, quien ya había gozado de tal responsabilidad durante su etapa como dirigente del

²⁷ «Editorial. Tras el Primero de Mayo: Solidaridad nacional o solidaridad de clase», *Avant* (5 de mayo de 1983), n.º 43.

²⁸ Dados los límites estrechos del presente trabajo, no podemos desarrollar aquí los sucesos que jalonaron el devenir sindical del PCC, por lo que nos remitimos a la bibliografía existente (Moreno, 2019). En cuanto a la posibilidad de ruptura de la CONC, *vid.* «Disuelta la Federació del Metall. Métodos antidemocráticos en el seno de CCOO», *Avant* (2 de junio de 1983), n.º 47, y «Firme defensa de la democracia sindical», *Avant* (9 de junio de 1983), n.º 48.

PSUC y que la revalidaría en esta etapa, sin duda contribuyó a mantener al PCC en el marco de la unidad sindical bajo las coordenadas de la CONC.²⁹

A pesar de todo, la dinámica de tensión y conflicto entre PSUC y PCC trasladada a los ámbitos del sindicato no comenzó a resolverse sino hasta el inicio de la movilización contra la OTAN con motivo del anuncio de referéndum efectuado por Felipe González en 1984. A ello deberíamos sumar las presiones ejercidas por los dirigentes soviéticos, quienes desde agosto de 1985 aconsejaron la promoción de ejercicios de unidad entre PCPE-PCC y PCE-PSUC en torno a movilizaciones, candidaturas, coaliciones y, finalmente, organizaciones comunes.³⁰

Esta nueva orientación, que finalmente guiaría a unos doscientos cincuenta cuadros y militantes del PCC a reingresar en el PSUC en marzo de 1989, con el propio Clemente a la cabeza, fue la que llevó a una parte del partido a rozar la hegemonía sindical en Cataluña a partir de 1987. Al tiempo que las afiliaciones crecían, como consecuencia de la movilización conjunta y unitaria de los trabajadores contra la permanencia de España en la OTAN, las posiciones del PCC en la CONC avanzaron gracias, en buena medida, a la conciliación de posturas entre las facciones mayoritarias existentes en su Ejecutiva. De esta manera, a pesar de que PSUC y PCC propusieron una lista unitaria para la renovación del órgano director del sindicato en su IV Congreso (celebrado entre finales de octubre y principios de noviembre de 1987) de la cual el PCC ocuparía 16 de los 36 cargos elegidos, los únicos desencuentros en política sindical se dieron en votaciones respecto a la salida de España del Mercado Común Europeo (aprobada por solo cuatro votos de diferencia) y la propuesta de afiliación de la CONC a la prosoviética Federación Sindical Mundial —FSM— (también aprobada escuetamente). Estas tímidas victorias marcaban, irónicamente, el cenit alcanzado por el PCC dentro del movimiento obrero en su primera etapa (1982-1989), pero a un coste político notable al perder, poco más de un año después, a sus principales referentes sindicales al abandonar estos el partido para volver al PSUC como culminación de la tendencia a la unidad emprendida a partir de 1985.

²⁹ Entrevista personal con Alfredo Clemente, San Sadurní de Noya, 14 de octubre de 2017.

³⁰ Entrevista personal con Julio Pérez Serrano, Cádiz, 15 de mayo de 2017. Cf. Entrevista personal con José Antonio García Rubio, Madrid, 12 de diciembre de 2017. Joan Tafalla asevera que, en este sentido, algunas decisiones, como la confluencia comunista en Iniciativa per Catalunya, tuvieron un escaso margen de decisión democrática por parte del PCC. Entrevista personal con Joan Tafalla, Barcelona, 18 de diciembre de 2017.

4.4. CONCLUSIONES

La experiencia del primer ciclo del PCC fue la de un partido totalmente entregado a la clase obrera, tanto en términos políticos como simbólicos. De ahí que consideremos a esta formación como un partido de los trabajadores, por y para ellos. Si bien la denominación de partido *de* los trabajadores puede ser puesta en tela de juicio debido a la hegemonía incontestable del PSOE en la izquierda en general y entre los asalariados en particular, las otras dos preposiciones encajan a la perfección con el caso del partido comunista catalán.

Los miembros del PCC mantuvieron durante todo el periodo estudiado la cultura política comunista en términos clásicos o «tradicionalistas». La recuperación del partido de nuevo tipo leninista, la apelación a símbolos, valores y tradiciones del comunismo histórico, y la reivindicación de la clase obrera como herramienta revolucionaria por encima de cualquier colaboración táctica o estratégica con la burguesía no suponían, no obstante, un rechazo a la incorporación de los nuevos movimientos sociales a la praxis del partido, adoptando el pacifismo de orientación prosoviética, el ecologismo íntimamente ligado a esto último, así como las aportaciones de un feminismo que chocaban duramente con la composición sociológica de un partido en el cual más del 80 % de la militancia era masculina.³¹

El repliegue identitario que sufrieron las bases obreras comunistas a finales de los años setenta y principios de la década siguiente no supuso la causa de la ruptura del PSUC, como ya hemos visto, pero sí demostró el grado irreconciliable al que habían llegado la tensión y los antagonismos en el seno del partido. A su vez, este esencialismo obrerista y este «retorno al pasado» al tratar de recuperar la tradición comunista, entendiendo esta como la adopción del carácter revolucionario que el eurocomunismo había abandonado, llevó desde el principio al PCC a la marginalidad. Aunque es cierto que se dieron impedimentos a la hora de presentar alternativas electorales al comunismo del PCE que aglutinasen a todos los sectores descontentos, críticos y desencantados de los comunismos españoles,³² el espacio comunista se había visto reducido drásticamente tras el estancamiento en las elecciones legislativas de 1979. Tres años más tarde, en octubre de 1982, el bautismo de fuego electoral del PCC acabó en fracaso, logrando

³¹ Para el ecologismo, *vid.* la tesis 36 aprobada en el VI Congreso (1982), titulada «Los comunistas y la cuestión ecológica», en AHCOC, «Estatutos y tesis del 6º Congreso» (abril de 1982), pp. 61-63. Asimismo, el PCC adoptaba la defensa de otros nuevos movimientos sociales, como el movimiento gay. *Ibidem*, p. 54. La relación entre ecologismo y prosovietismo en «El mensaje de los ecólogos» y «Futuro energético de la URSS», *Avant* (26 de mayo de 1983), n.º 46; «Comunismo y ecologismo», *Avant* (15 de noviembre de 1984), n.º 111; y «Els comunistes y la questio nuclear», *Avant* (11 de diciembre de 1986), n.º 207.

³² «El Estado contra el PRUC», *Unificación* (octubre de 1982), n.º 8. También Archivo personal de Ángel Rendueles (APAR), «Por el cambio político y la transformación social. Programa electoral que el gobierno nos ha impedido presentar» (octubre de 1982). Cf. «La Junta Electoral rechazó a los “prosoviéticos” de García Salve», *El País* (30 de septiembre de 1982). Disponible en https://elpais.com/diario/1982/09/30/espana/402188406_850215.html (fecha de consulta: 19 de diciembre de 2022).

alrededor de cincuenta mil votos, al mismo tiempo que el espacio comunista seguía achicándose ante el arrollador avance de la socialdemocracia. Pese a todo, los malos resultados del PCE eran entendidos como un espaldarazo para seguir desarrollando una alternativa comunista al eurocomunismo.³³

El sectarismo obrerista, consecuencia de tal repliegue identitario, también se trasladó a la acción política del PCC en el movimiento obrero, particularmente en sus relaciones con la CONC, donde la pugna por el control del sindicato llegó a poner en peligro a la misma confederación catalana. Solo la tendencia a la unidad inaugurada por la lucha contra la OTAN y las directrices que en este sentido provenían de Moscú alteraron la dinámica establecida por la ruptura del PSUC. Una vez iniciado el camino hacia la unidad, el movimiento obrero, punta de lanza de la línea política del PCC, se convirtió en la vanguardia de la nueva estrategia de unidad de los comunistas. Fueron precisamente los dirigentes sindicales más apegados a la labor cotidiana de la CONC, como Alfredo Clemente, quienes promovieron con más ahínco la unidad orgánica con el PSUC tras casi siete años de separación.

A pesar del crecimiento momentáneo que experimentó la CONC entre 1986 y 1987, como consecuencia de la ola movilizadora por el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, queda todavía la incógnita de si el movimiento obrero catalán progresó gracias a la acción del PCC o a pesar de ella. La resolución de tal problema queda fuera de los marcos del presente trabajo, aunque los indicios parecen señalar que las luchas intestinas protagonizadas por los comunistas de uno y otro signo durante la década de los años ochenta en la CONC debilitaron notablemente al sindicato. En cualquier caso, el grueso del PCC siguió conservando, hasta bien entrada la década de 2010, su identidad política obrerista y su apelación a la tradición revolucionaria del comunismo.

³³ «Editorial. Consolidar aún más al PCC», *Avant* (30 de octubre de 1982), n.º 18. «Tras las elecciones, la clase obrera ha de recuperar el protagonismo», *Avant* (5 de noviembre de 1982), n.º 19.

CAPÍTULO 5

CCOO, ESE OSCURO OBJETO DEL DESEO. «CUESTIÓN INTERNA» Y CRISIS COMUNISTA DURANTE LA TRANSICIÓN

Joan Gimeno i Igual

5.1. LA DEMOCRACIA, ¿UN PAÍS EXTRAÑO?

«Estoy sentado al borde de la carretera,
el conductor cambia la rueda.
No me gusta el lugar de donde vengo.
No me gusta el lugar adonde voy.
¿Por qué miro el cambio de rueda
con impaciencia?»

Bertolt Brecht, *El cambio de rueda*

Todo parece apuntar a que fueron estos los versos que un dirigente de la minoría del transporte recitó a Camacho durante la celebración del II Congreso Confederal en junio de 1981.¹ La perplejidad ante el nuevo escenario en el que se encontraba el joven sindicato, sazonadas con notas de desorientación y voluntarismo militante, resultaba patente. Poco más de una semana antes había tenido lugar la firma del Acuerdo Nacional de Empleo (ANE), -conocido como el «pacto del miedo» por el contexto en que se produjo, caracterizado por los ecos del tintineo de sables tras el 23F. Aunque

¹ «Informe General y resoluciones aprobadas», *Cuadernos de Gaceta sindical* (1981), 1, p. 36.

algunos observadores consideraran que el pacto ejercería escaso impacto en los sectores del Ejército ambiguos, cuando no reacios, con respecto al proceso de democratización,² su aprobación produjo cierto malestar en las filas del sindicato. Sea como fuera, el bienio largo que transcurrió entre el fracaso de las llamadas «Jornadas de reflexión» con las que, en 1978, se pretendió reeditar la experiencia de los Pactos de la Moncloa —esta vez desde el marco del diálogo social— y los resultados de los comicios sindicales, dados a conocer a principios de 1981, había supuesto un punto de inflexión en la trayectoria del movimiento sindical *in nuce* representado por las CCOO.

Este malestar tuvo una clara expresión en el debate sobre estrategia sindical que hubo a mediados de 1980, cuando el partido trató de abordar la cuestión del movimiento obrero por considerar que el sindicato se encontraba en un proceso de radicalización reivindicativa. Radicalización que buena parte de la dirección comunista consideraba un evidente síntoma de desorientación, expresada en la histórica conflictividad laboral que tuvo lugar en 1979, experiencia tan intensa como parca en conquistas (Gimeno, 2022). Conjurar el «vanguardismo» en un momento en el que la coyuntura económica inhibía la movilización obrera era fundamental para que CCOO mantuviera no su hegemonía, claramente en disputa como evidenciaron los segundos comicios sindicales en democracia, sino su carácter de primera central sindical del país.

La moderación devenía en aquel contexto una suerte de virtud política para combatir los fenómenos de fragmentación de la clase trabajadora, golpeada en este caso por el paro (Tébar y Gimeno, 2022). Esta preocupación constituía un fenómeno transnacional y atestiguaba el cambio epocal y los inicios del proceso de ruptura del pacto fordista de posguerra que la crisis de los años setenta detonó. En este sentido, el sindicato del país transalpino, por ejemplo, cuyos planteamientos constituían un punto de referencia para los sindicalistas comunistas de CCOO, acusaba los preocupantes «*fenomeni di sfaldamento all'interno della classe lavoratrice*».³ La política de solidaridad que el sindicato había articulado —y que el partido había asumido— pretendía dar una respuesta al fenómeno conjugando dos ejes redistributivos: el horizontal, en que los trabajadores mejor situados en el marco de relaciones laborales sacrificaban capacidad adquisitiva para combatir la inflación y favorecer las inversiones creadoras de empleo que beneficiaran a sus compañeros peor situados; y otro vertical, en el que las clases más pudientes, a través de un mayor esfuerzo fiscal, contribuyeran a la protección de los desempleados. Asimismo, el planteamiento pretendía concitar el compromiso del Gobierno, a través de las inversiones productivas

² Central Intelligence Agency- Freedom of Information Act Electronic Reading Room (CIA-FOIA ERR), Directorate of Intelligence, CIA-RDP84B00148R000300770024-4, «Spain: Economic Agreement» (10 de junio de 1981). Disponible en <https://www.cia.gov/readingroom/docs/CIA-RDP84B00148R000300770024-4.pdf>.

³ Archivio Storico CGIL (ASCGIL), Fondo Lama, C. 2, Doc. 4, p. 7, «Democrazia sindacale e riforme organizzativa del sindacato» (Silvano Verzelli, 1979).

desde el sector público y una actividad normativa que favoreciera el desarrollo del poder sindical.

En efecto, entrado 1980 la crisis social y económica y sus efectos disgregadores sobre antiguas redes y lazos de solidaridad resultaban ya evidentes. Una de las derivadas se encontraba en la crisis de afiliación. Aunque las cifras iniciales resultaban del todo abultadas y el fenómeno del «boom sindical» debía enmarcarse en la efervescencia política de la Transición, esta se contrajo de manera brutal, con un 79 % menos de trabajadores que satisfacían su cuota a CCOO entre 1978 y 1981 (Sagardoy y León, 1982; Taboadela, 1993: 362-375 y 425). No obstante, hay que insistir en que la manera en la que se terminó construyendo el modelo de relaciones laborales español coadyuvó a estrategias de *free rider* y, por tanto, a la pérdida de activo sindical (Bilbao, 1995; Babiano, 2001: 432-433).

La situación no pasaba inadvertida a una de las confederaciones más poderosas de CCOO: la catalana. Así, su secretario general, José Luis López Bulla, reconocía, en mayo de 1980, que el número de afiliados se había visto reducido drásticamente con respecto a dos años antes.⁴ El aumento del desempleo jugaba un papel fundamental, con consecuencias dramáticas en algunas zonas. En Sabadell, por ejemplo, «feudo» comunista desde 1979, había tenido lugar un «descenso vertical» de la afiliación: de 14000 afiliados en 1977 se pasó a poco menos de 4900 en tan solo tres años. Estos datos eran evaluados con suma preocupación por parte de los dirigentes obreros del PSUC, teniendo en cuenta las disfunciones derivadas de la pérdida de músculo y la macrocefalia organizativa.⁵

El sombrío escenario con el que el sindicato inauguró la democracia, en la que tantas esperanzas se habían depositado, promovía las perspectivas más pesimistas ante la evidencia, según el dirigente catalán Cipriano García, de que la organización estaba «herida de muerte».⁶ Con todo, el voluntarismo militante propio de la tradición comunista parecía constituir la garantía de una ulterior recuperación si se trazaba una estrategia sindical incrustada en la nueva coyuntura.

A pesar de todo, CCOO continuó tratando de proyectar una imagen de fortaleza, magnificando fenómenos como la absorción de una parte de la USO y la constitución de la Corriente Socialista Autogestionaria (CSA). Esta operación era valorada positivamente, no solo por cuanto permitía confrontar el sambenito de «sindicato comunista» que la derecha política y social pretendía instalar, sino porque, en una desautorización pública de los postulados que censuraban la supuesta deriva radical de CCOO defendidos por la dirección del PCE, evidenciaba las acertadas posiciones contrarias a la firma del Acuerdo Marco Interconfederal y el Estatuto de los

⁴ ANC, PSUC, C. 541, Exp. T-6052, p. 1, «Informe General II Congreso CONC» (mayo de 1980).

⁵ ANC, Fons PSUC, C. 531, Exp. 4634, «Evolución operada en el movimiento obrero organizado en Sabadell» (Cipriano García).

⁶ Archivo Historia del Trabajo (AHT), Secretariado, C. 2, Exp. 33, p. 2, «Reunión Secretariado día 2-4-79».

Trabajadores.⁷ Más adelante, el inminente fracaso de las escisiones promovidas por el Partido del Trabajo de España (PTE) y la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) (Tébar y Babiano, 2022) evidenciaba que fuera de CCOO —sobre todo en su flanco izquierdo— hacía demasiado frío. Aunque algunos de los cuadros de la Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores (CSUT) y del Sindicato Unitario (SU) regresaron a la casa común, esta reabsorción no contribuyó de manera significativa a restañar las heridas por las que el sindicato sangraba.

Para Fabián Márquez, jurista proveniente del Sindicato Vertical y *factotum* de la recién constituida Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), el sindicato crecía hacia adentro.⁸ De manera profética, vaticinaba un inminente resurgir de las disputas internas en la central. Este mal augurio contaba con un base fáctica y precedentes inmediatos. En primer lugar, las críticas habían arreciado en la época del llamado «consenso» y tenían en el beneplácito de la central a los Pactos de la Moncloa su *casus belli*. Aunque esta deriva «superestructural» fue objeto de crítica —aduciendo un activista sindical que la Constitución no estaba «a la hora del bocadillo en las fábricas»—⁹, CCOO se alzó con una abrumadora victoria en los comicios de 1978. El partido había tenido que intervenir para templar los ánimos. Así, Josep Román «Serradell», a la sazón secretario de organización del PSUC, zanjaba la discusión recurriendo a la clásica división de tareas e invocando el cambio de coyuntura cuando afirmaba lo siguiente:

El P[artido] debe tener el espacio político que le corresponde. El sindicato tiene un espacio bien delimitado [...] no hemos renunciado a las movilizaciones, en defensa de los intereses de los trabajadores [pero éstas] deben tener, hoy, un carácter distinto.¹⁰

Por aquellas fechas, el presidente del mismo partido, Gregorio López Raimundo, reconocía el carácter explosivo de la cuestión sindical en el PSUC cuando recomendaba abordar el diseño de su política en este ámbito con «modestia» y «paciencia», consciente de su «complejidad». En todo caso, se imponía una necesidad perentoria: evitar la proliferación de «facciones sindicales».¹¹ Aun sobre el telón de fondo de la discusión sobre el abandono del leninismo, el debate tuvo una dimensión estrictamente sindical, cuyo núcleo era la posición frente a la concertación social, primero, y, más tarde, la mencionada política de solidaridad.

⁷ AHCOC, Fons López Bulla, C. Articles premsa José Luis López Bulla, «Article a Treball, 26-3-1980» (José Luis López Bulla).

⁸ Márquez, Fabián, «Crecer hacia adentro», *El País* (18 de marzo de 1980). Disponible en https://el-pais.com/diario/1980/03/18/economia/322182002_850215.html (fecha de consulta: 14/12/2022).

⁹ AHCOC, Fons López Bulla, C. Debat Leninisme PSUC, 1978-Doc. PSUC, 1978-1985, «Reunión de cuadros obreros del PSU de Cataluña» (notas manuscritas) (14 de enero de 1978).

¹⁰ *Ibidem*, p. 17.

¹¹ AHCOC, Fons López Bulla, Caixa. Debat Leninisme PSUC, 1978-Documentació PSUC, 1978-1985, «Comisión del Movimiento Obrero del PSU de Catalunya» (notas manuscritas) (diciembre de 1977).

A la intervención de la dirección de la central en Navarra siguió el malestar evidenciado en la reunión de cuadros de mayo de 1980. Esta estuvo a su vez precedida de la crisis de la Unión Sindical de Madrid, con acusaciones de su secretario general hacia los métodos expeditivos que los dirigentes cercanos a Carrillo aplicaban en el sindicato. La «cuestión interna» se venía larvando desde hacía tiempo en el seno del grupo dirigente comunista, con acusaciones cruzadas de «patrimonialismo», «frentismo», un supuesto «efecto aparato» o de «burocratismo»; por no hablar de la dialéctica perversa entre sedicentes «revolucionarios» y pérfidos «reformistas». ¹² El paroxismo se alcanzó después del ciclo electoral de 1979, en el que los avances de la candidatura comunista fueron discretos y la política de «moderación» comenzó a ser abiertamente cuestionada.

De esta manera, el compacto grupo dirigente en el sindicato comenzó a fracturarse en al menos tres grupos diferenciados, a pesar de los intentos de Marcelino Camacho, quien terminaría por anunciar el abandono del Grupo Parlamentario Comunista y conminaba a recuperar las «actitudes de compañerismo» en aras de que «nuestra camaradería no pueda empañarse». ¹³ La actitud contemporizadora del histórico dirigente y símbolo de las CCOO no pudo evitar la tripartición del núcleo dirigente. Así, se configuró un ala muy crítica con la dirección comunista y las «renuncias» que habría comportado la política de concentración democrática, pero también en la arena internacional por la década de posición crítica respecto a la URSS, con exponentes claros como Francisco García Salve —«el cura» Paco— o Fidel Alonso; una cercana a la dirección del PCE y con una concepción un tanto instrumental del sindicato, en la que destacaban Julián Ariza y Adolfo Piñedo; y, finalmente, una posición intermedia de crítica temperada a la dirección encarnada por Carrillo, dirigida por las figuras de Sartorius y Camacho, defensores de mayores cuotas de autonomía para el sindicato. Por no mencionar lo que constituía *de facto* un cuarto sector, aunque travesado de otros antagonismos: los dirigentes de la CONC.

5.2. «EUROCOMUNISMO NO ES UNA PALABRA, ES ROMPER HUELGAS»: TURBULENCIAS EN EL PARTIDO, ¿Y EN EL SINDICATO?

«The most coherent and internally unified of Catalonia's four principal political parties», así se caracterizaba desde la embajada estadounidense el PSUC al finalizar su Tercera Conferencia Nacional a finales de 1979. ¹⁴ Nos encontramos ante un caso más de las buenas artes analíticas y prospectivas de sus servicios de inteligencia. El V Congreso tenía lugar un año después. Golpeados por el agravamiento de la crisis económica, muchos militantes y cuadros consideraron que el partido había seguido una

¹² AHT, Secretariado, Caja 2, Exp. 34, pp. 4-5, «Reunión Secretariado, 10.4.1979».

¹³ *Ibidem*, p. 19

¹⁴ *Wikileaks*, Bureau of European and Eurasian Affairs, 1979BARCEL01027_e, «Catalonian Communist Party (PSUC) Holds its Third National Conference in Barcelona» (17 de diciembre de 1979).

política innecesariamente moderada (Molinero e Ysàs, 2010: 329). De hecho, la dirección saliente reconocía que, como criticaba parte de la base sindical, «no vàrem preveure l'incompliment, en aspectes fonamentals, dels Pactes de la Moncloa, i vàrem infravalorar les repercussions que això tindria sobre l'avantguarda del moviment obrer» (Molinero e Ysàs, 2010: 331). Los llamamientos, sobre todo desde la dirección del PCE, a mantener la paciencia como virtud revolucionaria chocaban con la experiencia de profunda crisis; así como lo que muchos militantes obreros percibían como renuncias más que como imposiciones de la coyuntura y la correlación de fuerzas.

Para Sacristán, el V Congreso escenificó una suerte de irrupción plebeya en la que las bases obreras se habrían levantado contra una dirección y unos intelectuales inorgánicos.¹⁵ Un relato tan épico como maniqueo. Efectivamente, una parte de la base militante había reaccionado contra lo que consideraban una deriva moderada y la desmovilización durante la fase de consenso, pero las líneas de ruptura recorrieron el propio grupo dirigente. Las renuncias impuestas, si bien podían parecer justificables, no resultaban por ello inocuas. El resultado fue una crisis de confianza evidente. Una parte de la militancia, sobre todo de extracción obrera, quiso dejar claro que «no estaba dispuesta a hacer ninguna “concesión” más, ni siquiera en el lenguaje, y deseaba infligir a la dirección saliente una derrota capaz de lograr “garantías” de algún cambio» (Sempere, 1981: 31).

Para el otro Manolo, el congreso había sido eminentemente democrático y recordaba que, a pesar de la etiqueta de «obrerista» y de la imagen «tanquista» que se había querido instalar, en él se habían aprobado tesis que no encajaban bien bajo estos epítetos.¹⁶ Se refería concretamente a la relativa al movimiento homosexual, las nucleares, a favor de un «catalanismo popular», el mantenimiento de la condena a la invasión soviética de Afganistán o a la continuidad de la apuesta por el «socialismo en libertad». Ahora bien, con Juan Ramos como responsable de política sindical en el nuevo Ejecutivo la enmienda a la política sindical sí parecía clara cuando se establecía «una línea de *resistència* a la política económica d'UCD», contraria a cualquier compromiso y, por tanto, a la estrategia de «solidaridad».¹⁷

También se abandonó el término «eurocomunismo» para definir la estrategia del partido, lo que precipitó la dimisión de López Raimundo y Guti de la presidencia y secretaría general. El concepto suponía, para muchos militantes, una sublimación de la renuncia a una estrategia de ruptura revolucionaria (Andrade, 2012: 44), entendida esta última como «catarsis colectiva» (Ingrao, 1980) de ribetes en ocasiones palingenésicos (Reig, 1980). Asimismo, para otros sectores también críticos, pero más contemporizadores, la estrategia practicada por el partido aparecía como una renuncia a una política reformista radical *comme il faut*; es decir, de consolidación democrática en

15 Sacristán, Manuel, «A propósito del V Congreso del PSUC», *El País* (22 de enero de 1981). Disponible en https://elpais.com/diario/1981/01/22/espana/348966003_850215.html (fecha de consulta: 14/12/2022).

16 Vázquez Montalbán, Manuel, «Lectura primitiva del V Congreso», *La Calle* (1981), 147, p. 21.

17 «Resolució del Congrès. Un Congrès autocrític», *Treball* (1981), 658, p. 2.

paralelo a la extensión del bienestar y los derechos sociales. Según estos, el eurocomunismo había perdido, en el nuevo marco nacional e internacional que parecía configurarse, parte sustancial de su sentido original como estrategia ofensiva.

El sector de los llamados «leninistas» —más acertadamente caracterizados como «eurocomunistas de izquierdas»—¹⁸ integraba a la mayoría de la dirección de CCOO. Su rechazo a los pactos no era apriorístico, sino que realizaban ante todo una crítica metodológica que censuraba los intentos de imposición desde el partido, sin apenas debate o explicación. Con los resultados del cónclave a la vista, no faltaron observadores que vaticinaron la crisis terminal del eurocomunismo a partir del V Congreso, asegurando que en Catalunya se había invertido «la correa de transmisión»: el sindicato había, finalmente, asaltado al partido.¹⁹

Más allá de las disensiones de aquellos críticos con lo que entendían una posición equidistante entre los bloques militares, que caracterizaban como la negación de la «dimensión internacional de la lucha de clases», fue por (eliminar) la ruptura en el sector mayoritario lo que terminó por precipitar una crisis de graves consecuencias en el espacio comunista. La crítica sindical tuvo un papel fundamental, favorecida por la autonomía con la que los militantes comunistas habían desarrollado su labor en aquel espacio. Con todo, no se debe abonar una perspectiva maniquea sobre la relación partido-sindicato, como si este último fuera un baluarte de los sectores más izquierdistas.

El «golpe de timón» de mayo-junio de 1980 (PCE, 1980) fue, en este sentido, el enésimo intento de «normalizar» una relación compleja que no tenía naturaleza, como reconocía el propio partido, de «correa de transmisión, ni de una relación orgánica, sino [...] real, compleja y en ocasiones contradictoria».²⁰ Con todo, durante la fase de consenso, la dirección del partido trató de instalar una suerte de «intercambio político» en el que su claro compromiso democrático —cuyo correlato sindical era la política de solidaridad— debía traducirse en un creciente apoyo electoral, en una especie de círculo virtuoso que se quebró, como decía, con los resultados de las elecciones de 1979. Este acontecimiento catalizó la articulación de los sectores que abogaban por una democratización profunda del partido, conocidos como «renovadores». Otra etiqueta *catch-all* de escasa capacidad analítica al referirse a un conjunto demasiado heterogéneo que, como en el caso de los «prosoviéticos», fue creada por la prensa y explotada por la dirección del partido para desprestigiar a los adversarios, practicando la técnica de la «amalgama».²¹

¹⁸ «Crisis del PSUC. Que vienen los rusos», *La Calle* (enero de 1981), 147, p. 14.

¹⁹ Jiménez Losantos, Federico, «La crisis final del eurocomunismo», *Diario 16* (7 de enero de 1981).

²⁰ PCE, «9º Congreso del Partido Comunista de España. 19/23 abril de 1978. Resoluciones», *Mundo Obrero* (1978), p. 19.

²¹ Así lo reconocería más tarde, por ejemplo, Andreu Claret: «El PCE, antes y después», *El País* (23 de diciembre de 1982). Disponible en https://elpais.com/diario/1982/12/23/espana/409446002_850215.html (fecha de consulta: 14/12/2022).

De la misma manera, las críticas vertidas desde el partido en el marco del proceso de «golpe de timón» fueron percibidas, en algunos casos, como una vulneración de la autonomía sindical. Esto podía tener cierto sentido, máxime teniendo en cuenta que CCOO se instituyó en una plataforma, en casi un grupo de presión, desde donde incidir en el partido o, incluso, en un refugio de aquellos militantes expulsados que consideraban al sindicato como el último baluarte de los valores y principios comunistas que el consenso habría supuestamente ultrajado, ahondando en aquella concepción vanguardista del sindicato y codiciando la implantación en el mismo. Esta última actitud, sobre todo por parte de los sectores «prosoviéticos», fue tildada en ocasiones de «pansindicalismo totalitario» por sus adversarios (Setién, 1982: 22).

La dirección carrillista, es verdad, promovió cierto obrerismo y antintelectualismo discursivo, granjeándose así los apoyos de importantes sectores de los comunistas sindicalistas —o, en su defecto, su inhibición equidistante—, en su batalla contra los *renovadores*. Estos fueron, además, tildados de «derechistas» o «socialdemocratizantes», cuando se trataba de una pléyade de militantes comunistas, en su mayoría jóvenes y profesionales (pero que también contaban con importantes bases obreras) y, generalmente, al menos por lo que respecta a sus rostros más visibles, antiguos estrechos colaboradores del secretario general. Su objetivo no era sino llevar hasta las últimas consecuencias la línea eurocomunista, entendida esta como la profundización de la democracia interna, el reconocimiento de las corrientes, la apertura a los nuevos movimientos sociales o una mejor articulación entre activismo social y representación institucional, etc.

Después del V Congreso del PSUC, se concatenaron una serie de acontecimientos relevantes. En primer lugar, la firma del ANE, seguido del II Congreso de CCOO y, como colofón, el X del PCE, en el que se iban a dirimir las diferencias entre la dirección y los sectores críticos. Este carrusel tendría lugar en el breve lapso de dos meses, entre junio y julio de 1981.

El ANE fue planteado en términos de avance de la política de solidaridad, por lo que generó muestras de esperanza y adhesión entre los trabajadores.²² Sin embargo, se cometió un error, ya señalado en la firma de los Pactos de la Moncloa, a saber: la falta de debate y consulta entre los trabajadores, afiliados, activistas y cuadros. El hecho de que el acuerdo encajara en el marco del Plan de Solidaridad y la conmoción de la intentona golpista comportaron primero la firma y, después, su ratificación en el congreso. Difícilmente una consulta *ex ante* hubiera bloqueado el ANE, más bien al contrario, por lo que ésta habría servido para dotarlo de mayor legitimidad y aplacar las críticas internas.

En mayo de 1981, pocas semanas antes del cónclave sindical y con la flamante dirección del PSUC dando muestras de crisis, los comunistas de CCOO mantuvieron

²² Se pueden encontrar numerosas misivas dirigidas a Marcelino Camacho fechadas en los meses previos a la firma del mismo en este sentido, AHT, Sec. General, C. 17, Exp. 1.

una reunión en la sede que el PCE tenía en la calle Santísima Trinidad para preparar el congreso. Según la noticia filtrada el 16 de mayo, además de tratar de promover a sus estrechos colaboradores, se imputaba al secretario general del PCE la intención de ir laminando el liderazgo de Camacho o marginar a los sindicalistas catalanes díscolos. No obstante, el máximo dirigente de CCOO contravino a su homólogo en el partido, reconociendo dicha reunión, aunque negó la imputación de congreso precocinado, así como el resto de acusaciones que se vertían desde la prensa. Ciertamente, a juzgar por los resultados del mismo, difícilmente puede sostenerse que la voluntad de aquella reunión fuera más allá de tratar de configurar una lista unitaria o aislar a determinados dirigentes problemáticos.

En mayo de 1981, los «renovadores» madrileños entregaban el *Documento de los 250* a Sánchez Montero. Lo rubricaban destacados militantes, dirigentes y personalidades, pero también obreros industriales de Perkins o Standard. En él, los firmantes criticaban la desorientación en la que, una vez finalizada la política de consenso, se encontraba el partido. Desorientación que habría comportado, en el ámbito sindical, que, ante el fracaso de la apuesta por el diálogo social que incluyera a Gobierno y partidos, una parte importante de CCOO se hubiera radicalizado. Solo ante el previsible desastre en las elecciones sindicales de 1980, el partido habría tratado de intervenir, pero a destiempo y de forma errónea. De esta manera, aunque las conclusiones de la reunión de cuadros del movimiento obrero fueron «válidas», estas resultaron «inútiles por su generalizado incumplimiento» (Vega y Erroteta, 1982: 311). Este pronunciamiento probablemente jugó en contra de los llamados «renovatas» en el X Congreso, por cuanto contribuyó a enfriar las relaciones con la mayoría del sector sindical del partido. El documento, además, exigía, entre otras cuestiones, métodos menos burocráticos para la conformación de órganos, la revisión del modelo de territorialización, la inclusión de los cuadros sindicales en la vida del partido o la renovación del actual equipo dirigente.

5.3. ¿CONGRESO DE GUANTE BLANCO?

El ambiente cada vez más crispado se coló en el II Congreso de CCOO, celebrado en el Palacio de Congresos de Barcelona en junio de 1981 y en el que se aprobó un régimen de incompatibilidades. Camacho constataba en su informe²³ la profundidad de la crisis económica que se estaba viviendo y en la que la «revolución científico-técnica» estaba produciendo un auténtico cambio de paradigma, cuyo síntoma más evidente era la génesis de un importante paro estructural. El secretario general saliente no quería dejar de saludar la victoria del socialista François Mitterrand, en mayo de 1981, como la esperanza blanca de un posible cambio progresista y de la unidad de las izquierdas.

²³ «Informe General y resoluciones aprobadas», *Cuadernos de Gaceta sindical* (1981), 1. Las citaciones que siguen provienen de este documento.

En cuanto a la política en clave española, Camacho no solo señalaba que la «transición» todavía seguía abierta, —y así continuaría hasta que no se democratizaran los aparatos de Estado—, añadiendo, en clave justificativa del ANE, que «en este país las luces se habían encendido al iniciarse la transición» y continuaban parpadeando. Según el secretario general, para avanzar las posiciones de los trabajadores, no había mejor apuesta

que la respuesta unida y solidaria, amplia [...] todos por la paz, el pan y la libertad sin renunciar, naturalmente, al socialismo, sin renunciar a marchar hacia adelante. Es preciso, hoy más que nunca, ampliar la base parlamentaria y social del Gobierno. Los trabajadores debemos estar representados.

Siguió con la defensa del Plan de Solidaridad Nacional contra el paro y la crisis, como necesidad nacional y de clase. Y, aunque se trataba del desarrollo de la política ya aprobada en el I Congreso, reconocía, haciéndose eco de las voces críticas, que muchos cuadros no entendían dicha política, que se les antojaba como una suerte de «unión sagrada» que implicaba subsumir, en definitiva, una perspectiva basada en la lucha de clases a las necesidades de la democratización. Otros, entre los que se incluía, veían que esta era la única propuesta que podía comportar un viraje táctico que rompiese con la dinámica de resistencia en la que *de facto* se encontraban, reconstruyendo el «denominador común» de una clase cada vez más fragmentada. En este sentido, se hacía fundamental la unidad entre CCOO y Unión General de Trabajadores (UGT) y una presión «limitada» del movimiento obrero para la aplicación del ANE, al que no dudaba en caracterizar como «francamente bueno». Las tareas del sindicato, por lo tanto, eran enormes: seguir, fiscalizar y, llegado el momento, movilizar a los trabajadores en aras del cumplimiento íntegro del acuerdo. Por todo ello, «cualquier fisura en nuestras filas, es un lujo que no nos podemos permitir», sería «un suicidio de clase». Tampoco escatimó en críticas a la «assembleaitis» de determinados sectores, legitimando la aprobación del acuerdo por el Consejo, máximo órgano intercongresos. El informe era aprobado por 660 votos favorables, 153 en contra y 70 abstenciones.

La acción sindical frente al paro ocupaba, lógicamente, un lugar privilegiado, señalando que «el sindicato tiene que plantear su actividad [...] de una forma no defensiva». Viabilidad, garantía de la ocupación en el medio término y poder sindical constituían los tres ejes básicos. Además, se establecían diferencias entre las rescisiones definitivas: estas debían ser «combatidas frontalmente» o transaccionadas por jubilaciones anticipadas. Las temporales, en cambio, merecían la consideración de «negociables». En cuanto a la cuestión salarial, si bien habían de tenerse en cuenta las posibilidades reivindicativas en cada caso, esto no significaba supeditarlas a los resultados económicos de la empresa. Asimismo, además de ajustar los aumentos salariales al Índice de Precios de Consumo (IPC) del año anterior, lo que suponía romper con la lógica establecida en los Pactos de Moncloa, se abogaba por el establecimiento, aun conscientes de su dificultad, de la escala móvil salarial. No obstante, había una clara consciencia de la debilidad en la que el movimiento sindical

se encontraba y su peligroso correlato: el corporativismo, esencialmente contrario a toda propuesta solidaria y, por lo tanto, cercano a las propuestas resistencialistas.

Sobre las formas de acción sindical, la ponencia excluía ciertos usos de la asamblea para discutir alternativas globales, como por ejemplo el Plan de Solidaridad. Dada la importancia de estas, había que protegerlas tanto de la animadversión de los empresarios, como de su mala utilización. Es por ello que, sin renunciar a las consultas preceptivas, se dejaba claro que «la dirección de la acción sindical le corresponde a los órganos del sindicato, y no a los que negocian». Asimismo, se insistía en un uso correcto de la huelga. Esta debía producirse «en cascada», *in crescendo*, y oponiéndose a las acciones de encargados o directivos más radicales tipo secuestros o piquetes coactivos.

En términos generales, no se puede decir que lo aprobado en el congreso fuera tanto diferente a los llamados que efectuaba la dirección del partido —pero también sectores «renovadores»—, sino que constituía la cristalización de una práctica sindical madura y *aggiornada* al nuevo contexto democrático.

Como se convertiría en habitual, el disenso se expresaba de forma prioritaria en las votaciones de las candidaturas. La «política de luces y taquígrafos» permitió el acceso de periodistas a las sesiones, tanto de las comisiones como del plenario, evidenciando así los enfrentamientos. Con todo, desde la dirección confederal se veía con optimismo el aparente distanciamiento que se estaba produciendo entre los sectores «leninistas» —encabezados por López Bulla— y los «prosoviéticos» —cuyo rostro visible era el dirigente de la poderosa unión barcelonesa Alfredo Clemente—, lo que en última instancia podía comportar la recomposición de la mayoría «eurocomunista». ²⁴ Este optimismo respondía básicamente al hecho de que el sector «leninista» podía funcionar como un «amortiguador» de los posicionamientos más críticos.

Finalmente, a diferencia de lo ocurrido en el primer congreso, se presentaron dos candidaturas, evidenciando así de forma meridiana la ruptura de la hasta ahora mayoría confederal. En efecto, la «oficial», que encabezaba Camacho, contaba asimismo con la presencia de destacados «leninistas», como el secretario general catalán. La segunda, presentada *in extremis*, articulada por el sector crítico, estaba liderada por los catalanes Clemente y Conte, acompañados de destacados disidentes madrileños como Ángel Campos o García Salve. A pesar de la cooptación de López Bulla, este lanzó acusaciones recriminando el menosprecio a la participación de la militancia por parte de la dirección de la confederación, así como al balance «globalmente no positivo» del ANE. ²⁵ De la misma

²⁴ En declaraciones de Antonio Gutiérrez al *El Noticiero Universal*, 19 de junio de 1981.

²⁵ «CCOO es participativa o no és», *Avui* (20 de junio de 1981).

manera, Bulla pedía que se integrara en la dirección del sindicato a sindicalistas no oficialistas,²⁶ con claro ánimo integrador.²⁷

A pesar de los esfuerzos, primero por torpedear la candidatura alternativa, y, después, por integrarla, no solo no hubo acuerdo, sino que las posiciones respectivas parecieron distanciarse entre acusaciones cruzadas de actitudes poco democráticas.²⁸ Finalmente, la candidatura consiguió, contra todo pronóstico y fruto del sistema proporcional, un total de trece representantes de los cuarenta y nueve que componían la Ejecutiva. Tal fue la sorpresa que el responsable de la comisión de candidaturas, Nicolás Sartorius, se ausentó sin proceder a la lectura oficial de resultados. Con todo, Marcelino Camacho obtuvo 859 votos, lo que constituía una abrumadora mayoría para la secretaría general. A pesar de todo, seguía siendo una figura que, por su trayectoria y peso histórico, generaba consensos entre una parte importante del sindicato o, al menos, era conceptualizado como un mal menor respecto a otros dirigentes sindicales más próximos a Carrillo.

En cualquier caso, Camacho quiso dejar claro que de ahora en adelante CCOO contaba con una sola dirección, sin compartimentos ni etiquetas. En términos generales, tanto el sector oficialista como la lista alternativa podían mostrarse relativamente satisfechos. Los primeros habían obtenido una contundente victoria en los órganos de dirección y habían conseguido imponer sus tesis sindicales en las diferentes ponencias. Los «prosoviéticos» y otros críticos podían, por su parte, celebrar el excelente resultado obtenido.

El sindicato, finalmente, se había mantenido más o menos estanco a la crisis del partido, reconfigurándose una mayoría entre «carrillistas», críticos con la dirección del PCE, «leninistas» catalanes y miembros de la CSA. Dicha mayoría, a pesar de los esfuerzos de síntesis, copó el nuevo Secretariado en una crispada reunión de la flamante Ejecutiva, caracterizada como de «batalla de las Ardenas».²⁹ Esta recomposición prefiguraba de alguna manera el vuelco que iba a producirse en el PSUC.

Carrillo no tuvo demasiadas dificultades para imponerse sobre los «renovadores», grandes perdedores, en el X Congreso. Además, fueron cesados del Comité Central algunos dirigentes sindicales como Fidel Alonso y Antonio Montalbán, secretario general de las CCOO del País Valenciano. El espantajo de la toma por parte de los «prosoviéticos» de la dirección de la CONC parece que salvó a López Bulla de correr

²⁶ «Posible candidatura de oposición en el congreso de CCOO», *El Periódico* (20 de junio de 1981).

²⁷ Quinta, Alfons y Serrano, Rodolfo, «Candidatura alternativa a la oficial en el II Congreso de Comisiones Obreras», *El País* (20 de junio de 1981). Disponible en https://elpais.com/diario/1981/06/20/economia/361836003_850215.html (fecha de consulta: 14/12/2022).

²⁸ Quinta, Alfons y Serrano, Rodolfo, «“Prosoviéticos” y “críticos” mantienen su lista alternativa en el congreso de Comisiones Obreras», *El País* (21 de junio de 1981). Disponible en https://elpais.com/diario/1981/06/21/economia/361922402_850215.html (fecha de consulta: 14/12/2022).

²⁹ AHCOC, Fons López Bulla, C. Quaderns Secretari General, 1980-1981, «1ª Reunión de la CE Confederal» (notas manuscritas).

la misma suerte (Vega y Erroteta, 1982: 224). Sartorius, en cambio, fue el tercer miembro del Comité Central más votado, tras Ibárruri y Camacho. Su realineamiento con la candidatura oficialista se debió más a un criterio de oportunidad que de convicción. La apuesta lo llevó a la vicesecretaría general. Ahora bien, Carrillo se apresuraba a dejar claro que no se trataba de la instauración de un «delfinato»,³⁰ sino más bien de contentar a críticos y propios.

Volviendo a CCOO, pronto aparecieron líneas de tensión una vez finalizado el congreso. Como no podía ser de otra manera, el ANE ocupaba buena parte de las protestas. Así, solo por poner un ejemplo, el comité de Vanguard de Barcelona, empresa que había declarado la suspensión de pagos a principios de año, elevaba una dura crítica a la Ejecutiva de la CONC.³¹ Según los trabajadores, el ANE iba a «encasillar» a la baja la negociación colectiva y no impediría reconversiones, el compromiso de empleo iba a resultar totalmente insuficiente y existía el riesgo de que los nuevos puestos de trabajo generados fueran precarios. La falta de consulta era el auténtico *leitmotiv* de las quejas. En efecto, los trabajadores se habían enterado por los medios de la firma, aun conscientes de que el acuerdo nacía «a la sombra del 23F», no por ello la clase obrera debía ser «la gran ausente en la firma».³² Sin embargo, hubo otras líneas de tensión, esta vez entre partido y sindicato en la arena municipal, que contribuyeron a enrarecer el ambiente.³³ No fue fácil conjugar aquello de partido de gobierno y de lucha.

Tras el X Congreso la situación devino irrespirable, con los «renovadores» en el ojo del huracán. El partido que Carrillo quería llevar unido a los comicios previstos para 1983, entró en una severa crisis a partir de noviembre de 1981, momento en el que fueron expulsados Julio Segura, Manuel Azcárate, Pilar Arroyo (secretaria de los profesionales de la Administración de CCOO), Pilar Brabo, Carlos Alonso Zaldívar y Jaime Sartorius, acusados de trabajo fraccional y de haber dado apoyo a las maniobras de los discolos del Partido Comunista de Euskadi-Euskadiko Partidu Komunista (PCE-EPK). En este proceso y en las expulsiones que le siguieron, Camacho tuvo siempre una posición generosa con los disidentes, frente a la más prudente de Sartorius. El secretario general de CCOO actuaba preocupado por no perjudicar al sindicato (Azcárate, 1982: 269), votando en contra de las expulsiones en su agrupación (Vega y Erroteta, 1982: 277-278). Otro tanto había ocurrido previamente con destacados «prosoviéticos», entre ellos «el cura» Paco, expulsado en 1981. A finales de año, el veterano procesado en el 1001 llamaba a crear un nuevo partido comunista (García

³⁰ AHCOC, Fons López Bulla, C. Quaderns Secretari General, Cuaderno n.º 8, «Comité Central del PCE» (notas manuscritas) (14 de septiembre de 1981).

³¹ AHT, Sec. General, C. 17, Exp. 1, carta del Comité de Vanguard a la Comisión Ejecutiva (1 de julio de 1981).

³² ANC, Fons PSUC, C. 222, Exp. 3587, carta de Manuel Martín Bravo, del Secretariado de CCOO Tarragonès, «ANE 1982» (28 de junio de 1981).

³³ AHCOC, Fons López Bulla, C. Doc. JLLB, 1978-1988, Exp. PSUC 1984-86, «Informe estrictamente interno, elaborado desde la secretaría de movimiento obrero, de Santa Coloma de Gramanet, del PSUC al Comité Local y al Comité Ejecutivo» (13 de octubre de 1981).

Salve, 1981: 327-331). Al parecer de algunos observadores, el PCE caminaba «entre los precipicios» del «dogmatismo» y el «sectarismo», por un lado, y de la «disgregación renovadora», por el otro.³⁴

Sin embargo, a principios de 1982 volvía a ver la luz un manifiesto rubricado por, entre otros, destacados dirigentes de CCOO como Ángel Campos o Santiago Vidal. En él se criticaba duramente las renunciadas impuestas por la política de concentración democrática, «idealista» por su intento de compaginar consolidación democrática y salida progresista de la crisis; «imposible» por lo que respecta a la consecución de un «Gobierno de amplia base parlamentaria» (Vega y Erroteta, 1982: 317-328). También era objeto de escarnio la gestión de las sucesivas crisis, finalizando con la lapidaria sentencia de que el PCE se estaba rompiendo. Acción y reacción: pronto se anunciaron sanciones a, entre otros, Fidel Alonso, al que ya habían tratado de remover de su cargo al frente de la Unión Sindical de Madrid-Región de CCOO (USMR), sin éxito, a finales de 1980. Todo ello comportó un desgaste evidente en términos de imagen para el partido, justo lo que Carrillo había querido evitar. Sin embargo, fueron precisamente algunos de los colaboradores más cercanos al secretario general y dirigentes de CCOO, como por ejemplo Ariza, Piñedo o Álvarez, los que más contribuyeron a generar este clima de crispación y de caza de brujas. En enero de 1982, todavía escribía Ariza que UCD era un partido «típicamente interclasista» y por ello recibía críticas cada vez más duras por parte de la derecha y los poderes fácticos, especialmente dirigidas contra el ANE. Para él, el acuerdo, la concertación, era una suerte de continuación, una variante, de la política de consenso (Ariza, 1982: 15). Las contorsiones analíticas del dirigente quedarían evidenciadas con el fracaso del ANE. Según Ariza en el desprestigio del pacto se habían conjurado la patronal, la derecha y los medios de comunicación, la irresponsabilidad de los «renovadores» y los sectores «dogmáticos». El PCE había quedado, de esta manera, «entre dos fuegos» (Ariza, 1982: 16), eximiendo de toda responsabilidad al equipo dirigente.

En abril, en un informe interno de la Comisión de Problemas del Trabajo del PCE rubricado por Juan Ignacio Marín Arce, destacado dirigente del metal cercano a Carrillo, se reconocía que 1983 seguramente resultaría un año peor en cuanto a la destrucción de ocupación, lo que podía «producir pasos atrás tanto en comportamiento de la clase obrera como en la propia unidad de acción». ³⁵ Asimismo, y quizás esto era más relevante, el informe reconocía que el éxito de cualquier plan iba asociado a la investidura de un Gobierno de izquierdas, incorporando así tesis defendidas por los críticos: sin cambio político no solo no iba a haber «salida progresista» de la crisis, sino que la percepción social sería que sindicatos y partidos obreros dimitían «de sus

³⁴ «Una reflexión sobre el X Congreso», *Nuestra bandera* (1981), 109, p. 5.

³⁵ AHCOC, Fons López Bulla, C. Doc JLLB, 1980-1990, Exp. Avantprojecte Tesis VII congrés del PSUC, p. 2, «Desarrollo de la política de solidaridad: Después del ANE ¿qué?» (5 de de abril de 1982).

responsabilidades políticas y morales».³⁶ Para Marín Arce, con tono claramente autocrítico, si bien los contrarios al ANE, cuyo eje fundamental era la cuestión salarial, eran minoritarios en la dirección confederal, «hay que tener en cuenta que en la estructura intermedia y en el seno de los trabajadores no está todavía asentada lo suficientemente la política de solidaridad, pues entre otras cosas no se han obtenido suficientes elementos tangibles en la creación de empleo».³⁷

En todo caso, la mediatización del calendario electoral era absoluta, con una UGT «incómoda con la estrategia unitaria» y con la perspectiva de un Gobierno socialista al que no querían atar de manos con un eventual nuevo acuerdo de concertación. Si esto tenía lugar, detectaban los dirigentes de CCOO, si el PSOE lograra imponerse, entonces los ugetistas sí que apostarían, preveían, por una solución de este tipo, tratando de capitalizar la propuesta solidaria y arrastrar a CCOO a su terreno.³⁸

5.4. AGRUPÉMONOS TODOS: HACIA EL DESASTRE FINAL

En paralelo al V Congreso del PSUC, en enero de 1981 los comunistas vascos habían aprobado confluir con Euskadiko Ezkerra (EE). Esta opción no fue bien acogida por algunos dirigentes y sectores de las CCOO vascas y confederales, como Tomás Tueros, oponiéndose con vehemencia a la propuesta elevada por Lertxundi, secretario general del PCE-EPK y cercano a los sectores «renovadores». Los actores en conflicto proyectaron una imagen de un enfrentamiento casi sociológico entre «obreristas» y «profesionales». El 7 de octubre, el Secretariado del PCE emitió un comunicado en el que se fijaban las condiciones para la fusión, entre las que destacaba la sindical — «quizás [...] la más compleja» (Azcárate, 1982: 258)— y se explicitaba el compromiso con las CCOO ante el temor de que se optara por un referente sindical de ámbito estrictamente vasco, en concreto Eusko Langileen Alkartasuna (ELA).

En el X Congreso se había aprobado casi por unanimidad la tesis que establecía la política sindical del PCE. En este sentido, se hacía referencia al solapamiento de funciones con los partidos, «deformando ante sectores importantes de trabajadores la imagen del sindicato», en una confusión entre «politización» y «partidismo».³⁹ Además de este extendido lugar común, se hacía un llamamiento al «fortalecimiento afiliativo, organizativo y de implantación» de CCOO, así como al reforzamiento de su estrategia de salida de la crisis.⁴⁰ En su literalidad, por lo tanto, el nuevo sujeto político vasco, si

³⁶ AHCOC, Fons López Bulla, Caixa Articles de premsa, 1976-1985, «El acuerdo nacional sobre empleo y el cambio político» (José Luis López Bulla, Col·legi d'Economistes, Barcelona, 5 y 6 de febrero de 1982).

³⁷ «Desarrollo de la política de solidaridad: Después del ANE ¿qué?», op. cit, p. 3.

³⁸ AHCOC, Fons López Bulla, C. Quaderns Secretari General, 1981-1982, Cuaderno n.º 8, «Secretariado Confederal...» (notas manuscritas) (24 de noviembre de 1981).

³⁹ «Proyectos de tesis y estatutos», *Mundo Obrero* (1981), p. 28.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 30.

deseaba mantener su vinculación orgánica con el PCE debía, *conditio sine qua non*, apostar por CCOO. Ciertamente, la nueva fuerza política impulsaba una concepción sociopolítica del sindicalismo, pero no establecía una relación clara con CCOO, lo que, como señalaba Pilar Brabo, abría nuevas posibilidades que no debían «asustar al partido que impulsó» al sindicato.⁴¹

La fusión de ambas organizaciones en una opción eurocomunista más amplia fue abortada. La dirección comunista estatal, con el telón de fondo del X Congreso, procedió de manera inflexible. Los militantes y dirigentes expulsados —como Txemi Cantera, responsable de acción sindical de las CCOO vascas— se integraron en EE, lo que llevo a que, en junio de 1982, Camacho se desplazara a Euskadi para reunirse personalmente con Mario Onaindia y Lertxundi.⁴² En la reunión también se encontraba presente Tomás Tueros, quien manifestaba su descontento por el hecho de que la dirección del partido vasco se hubiese dirigido directamente a instancias confederales. El dirigente de las Comisiones vascas se interesó, además, por la línea sindical de los militantes de EE en el sindicato y no escatimó en críticas hacia ELA, que «solo defiende a una parte de la clase trabajadora vasca». Lertxundi aseguró que los militantes de EE, en tanto que organización situada entre la izquierda socialista y el eurocomunismo, concebían el sindicalismo «como un espacio propio de sindicalistas», aprobando un régimen de incompatibilidades y garantizando la independencia de la central.

Los militantes de EE podían, además, desarrollar una función de puente entre CCOO y ELA no solo con el objetivo de unificar la clase obrera vasca frente a las «efectos distorsionadores» del nacionalismo, sino también en aras de democratizar al antiguo sindicato *jeltzale*. Asimismo, tanto Lertxundi como Onaindia se mostraban cercanos a la filosofía de superación negociada de la crisis, aunque mostraban sus «reservas» frente al ANE, no estando de acuerdo con la «plasmación concreta» que el Plan de Solidaridad había tomado en dicho acuerdo. La reunión resultó indicativa del talante de Camacho, preocupado, en Euskadi, pero no solo, por la sangría de cuadros valiosos. Mantener el carácter unitario de CCOO implicaba seguir siendo la casa de los eurocomunistas críticos vascos expulsados.

Más dramático fue el caso catalán. A finales de 1981 habían tenido lugar las expulsiones que culminaban la ofensiva contra el sector «prosoviético». Se trataba, en general, de militantes y dirigentes que habían firmado un manifiesto en el que se realizaba un llamamiento a rechazar las normas de convocatoria, por considerarlas poco democráticas, del que sería el VI Congreso extraordinario.⁴³ A estas medidas hubo que

⁴¹ Brabo Castells, Pilar, «La unificación eurocomunista: el caso de Euskadi», *El País* (10 de noviembre de 1981). Disponible en https://elpais.com/diario/1981/11/10/espana/374194808_850215.html (fecha de consulta: 15/12/2022).

⁴² AHT, Fondo Marcelino Camacho, C. 48, Exp. 2, notas manuscritas de Marcelino Camacho de la reunión del 2 de junio con Mario Onaindia y Roberto Lertxundi (1982).

⁴³ AHCOC, Fons López Bulla, C. Secretaria General Documentos José Luis López Bulla, 1978-1988, «Por un congreso democrático, de participación y de unidad del PSUC» (diciembre de 1981).

añadir la suspensión de actividad de los comités comarcales del Vallès Occidental, del Baix Llobregat y del intercomarcal de Lleida. En el comunicado-manifiesto, los dirigentes purgados reivindicaban la orientación sindical aprobada en enero de 1981: la «línea de resistencia ante la crisis» del V Congreso y la crítica al ANE.⁴⁴ Numerosos sindicalistas lo suscribían, favoreciendo el riesgo de contagio y ruptura en el sindicato. El manifiesto motivó severas críticas por hacer valer estos cargos en lo que se consideró una vulneración del principio de independencia.⁴⁵ Efectivamente, el PSUC estaba «atravesando el peor momento de su historia», reconocía el secretario general de la CONC ante un centenar de cuadros obreros en Barcelona. Además de esgrimir acusaciones de «fraccionalismo», el dirigente de origen santaferino lamentaba lo que llamaba «batalla lingüística» en torno al concepto eurocomunismo, así como la falta de coherencia de algunos de sus detractores cuando, en otras ocasiones, habían votado a favor del mismo en el CC del PCE.⁴⁶ Contradicción que se sumaba a la de la apuesta por la disolución de los bloques y, a su vez, concebirlos como expresión de la lucha de clases internacional.

La ruptura del partido era irreversible. En efecto, el «PSUC prosoviético» se presentó en un entusiasta congreso a la búlgara en abril de 1982, adoptando la denominación de PCC y con el dirigente del metal de CCOO y entonces diputado en el Parlament, Juan Ramos, como secretario general. Como cabía esperar, se efectuó una contundente condena de los distintos acuerdos económicos alcanzados y, anticipando los acontecimientos, se rechazaba cualquier avance hacia un pacto cuatrienal con la correlación de fuerzas existente. Cabe reseñar que un 46 % de los miembros de la dirección tenían algún cargo de responsabilidad en CCOO.

Contrariamente, y a pesar de que el aire en el VI Congreso extraordinario del PSUC se podía cortar, López Raimundo y Guti recuperaron los cargos de los que habían dimitido poco más de un año antes. Asimismo, tanto el secretario general saliente, Paco Frutos, como el entrante, realizaron proclamas a favor del ANE y por su cumplimiento, lo que suponía un claro viraje en parte de los sectores «deninistas» o «eurocomunistas de izquierdas».⁴⁷ Con la escisión del que sería el PCC, fracasaba lo que Vázquez Montalbán ha señalado como el intento de Frutos de favorecer una integración pacificadora entre estos sectores del partido y los «euros» más cercanos a Carrillo; obteniendo estos «una victoria pírrica que les devolvería el poder interno, pero no la fuerza social, electoral, política, que había hecho del PSUC el tercer partido comunista de Europa occidental» (Vázquez Montalbán, 2010: 262).

La imagen del partido había quedado profundamente dañada. Las expulsiones exprés de los «renovadores» afectaban su credibilidad y pedigrí democrático y, por

⁴⁴ «Por un congreso democrático, de participación y de unidad del PSUC», op. cit, p. 2.

⁴⁵ ANC, Fons PSUC, C. 222, Exp. 3459, p. 4, «¿Qué pasa con el partido?» (José Luis López Bulla, 16 de diciembre de 1981).

⁴⁶ *Ibidem*, p. 2.

⁴⁷ *Treball*, 714 (25-31 de marzo de 1982), pp. 4-5.

ende, el del proyecto eurocomunista. Tanto que en algunos casos se ha considerado la ruptura, quizás de manera un tanto precipitada, como el fin de esta orientación estratégica en el comunismo español (Donofrio, 2012: 306). Con todo, quedó maltrecha, por contagio, la imagen de eficacia que se había tratado de construir a través de, por ejemplo, el poder municipal o en la dirección del movimiento obrero. El *shock* que Carrillo quiso implementar para concurrir con las heridas cicatrizadas a las elecciones no hizo sino agravar las diferencias internas.

Camacho, recogiendo buena parte de la crítica «renovata», había espetado al secretario general, en una sesión del Ejecutivo, que era «fácil hacer eurocomunismo de puertas para fuera mientras se hace lo contrario de puertas para dentro». ⁴⁸ El PCE estaba en pleno repliegue y cierre sobre sus esencias, destruyendo así la influencia que este había conseguido en las clases medias y profesiones liberales, haciendo trizas el concepto de «fuerzas de la cultura». ⁴⁹ En efecto, fue la crisis interna lo que llevó al PCE-PSUC al derrumbe electoral, no al revés (Molinero e Ysàs, 2017: 397).

La dirección del sindicato, en cambio, fue lo bastante hábil como para establecer un cordón sanitario: si bien no consiguió evitar que se fragmentara la mayoría que históricamente había dirigido las CCOO, sí pudo retener en su seno las diferentes sensibilidades, corrientes e incluso filiaciones partidistas. Sin embargo, esto no fue óbice para constatar la gravedad de los hechos. En efecto, desde el Ejecutivo salido del VI Congreso se advertía sobre «l'amenança contra la unitat en el sí de CCOO» que suponía la presencia de los miembros del PCC, por lo que apostaban por la «defensa dels valors sindicals [y] no entrar en la lluita fraccional». «No al radicalisme, sí a ser radicals» ⁵⁰, añadían, con el objetivo de evitar de esta manera que el nuevo competidor ocupara más posiciones en el movimiento sindical.»

Asimismo, los «psuqueros» apostaban por recuperar parte del activo militante perdido entre los cuadros de CCOO, así como la creación de Agrupación de Empresa para sostener un contacto directo con los trabajadores. En ningún caso consideraban trabajar por «l'hegemonia de la política del partit» en el seno de CCOO como una vulneración de su independencia, máxime cuando el Consell Nacional de la CONC había aprobado, en sendas reuniones, avanzar por el camino de los acuerdos de concertación tripartitos. ⁵¹ Más adelante, los dirigentes «psuqueros» trataron también de explotar el recelo antisoviético de otras formaciones como la Organización Comunista de España-Bandera Roja, de orientación maoísta y que comulgaba con la política de solidaridad aprobada en el II Congreso de CCOO. ⁵²

⁴⁸ Alonso de los Ríos, César, «Carrillo, en la recta final», *La Calle* (noviembre de 1981), 190, p. 18.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 19.

⁵⁰ ANC, Fons PSUC, C. 219, Exp. 3273. p. 3, «Informe del Comitè Executiu al Comitè Central del PSUC» (17-18 de abril de 1982).

⁵¹ *Ibidem*, p. 6.

⁵² ANC, Fons PSUC, C. 222, Exp. 3488, «En el terreny sindical...» (30 de junio de 1982).

Las elecciones andaluzas tuvieron lugar en un mes marcado por un 1.º de Mayo unitario masivo⁵³ y por la huelga general, declarada ilegal, en Getafe.⁵⁴ En ambas jornadas, la lucha contra el paro ocupó un lugar central, mientras la actitud obstruccionista de la patronal era cada vez más evidente. Para CCOO y UGT, la CEOE pretendía imponer «una política de hegemonía de los intereses reaccionarios», boicoteando las cláusulas relativas a la generación de puestos de trabajo contenidas en el ANE. Por ello se acordó avanzar hacia las movilizaciones de junio que, sin embargo, distaron mucho de ser un éxito y, paradójicamente, lejos de resultar una demostración de fuerza, sirvieron para airear las tensiones internas en el sindicato.⁵⁵

La CEOE pretendía provocar una «espiral conflictiva» a través de su beligerancia contra el ANE, con ánimo de perjudicar los intereses electorales de la izquierda, juego al que los sindicatos no contribuirían.⁵⁶ Asimismo, los empresarios aprovecharon los comicios para consolidarse en términos organizativos, actuando como «si de un partido político se tratara» (Márquez, 2012: 293). La patronal adoptó, por lo tanto, una dimensión sociopolítica, con un marcado carácter antizquierdista (y, sobre todo, anticomunista) al promover la asociación entre las políticas de estas opciones y el incremento del desempleo.

El resultado en los comicios andaluces produjo preocupación en las filas del sindicato y acentuó la crisis del PCE. El Secretariado de CCOO certificaba la intuición que antes había manifestado Camacho: el PSOE había conseguido capitalizar la «moderación», debilitando el espacio político a su izquierda y derecha.⁵⁷ Si bien las traslaciones mecánicas resultaban engañosas, cundió el temor de que UGT explotara el éxito socialista en beneficio propio. Que se acentuara no solo la campaña de diferenciación, sino que se tratara de caracterizar a la central como «comunista», asociándola a los problemas del PCE, producía desasosiego en el sindicato. De cualquier manera, la crisis interna no había favorecido a los comunistas y «barriadas obreras enteras» habían optado por el PSOE, incluso cuadros y militantes de CCOO.⁵⁸ El descalabro dejaba, según Camacho, al sindicato como «única garantía frente a un Gob[ierno] socialista».⁵⁹

En junio la tensión interna culminó con el referido amago de dimisión de Carrillo durante una sesión del CC. Haciendo gala de una actitud victimista, el secretario general cargó con dureza contra los hombres de la dirección más cercanos a CCOO, en concreto Sartorius y Camacho. Arrogándose la paternidad del «eurocomunismo», Carrillo defendió la política del partido durante la Transición tildando de impacientes a los que

⁵³ AHT, Secretariado, C. 4, Exp. 28, «Acta Secretariado (ASC)», 4 de mayo de 1982.

⁵⁴ «Huelga general en Getafe», *Gaceta sindical* (mayo de 1982), 18, pp. 4-5.

⁵⁵ AHT, Secretariado, C. 4, Exp. 32, «Informe» (15 de junio de 1982).

⁵⁶ AHT, Secretariado, C. 4, Exp. 28, «Comunicado conjunto...» (4 de mayo de 1982).

⁵⁷ AHT, Secretariado, C. 4, Exp. 30, «ASC» (1 de junio de 1982).

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ *Ibidem*.

se mostraban defraudados. La etapa del consenso había sido, según él, la más exitosa no solo para el PCE, sino también para CCOO. Acto seguido cargó contra los que acusaban a la dirección comunista de no respetar la independencia de la central, minimizando el impacto del «golpe de timón», ya que «ni ahí conseguimos convencer a una parte importante de los cuadros sindicales» (Carrillo, 1983: 220). De hecho, Carrillo daba otra vuelta de tuerca al argumento, en un flaco favor a la imagen de independencia del sindicato, recordando cómo al principio de la Transición había defendido una forma de organización sindical «independiente *de verdad*» no solo del partido, sino también de CCOO y UGT. Cuestión que, efectivamente, había sido motivo de agitados debates durante el tardofranquismo (Pala, 2022).

Para el secretario general el quebramiento de la imagen del partido no tenía el origen en sus métodos disciplinarios, sino que había comenzado de forma clara con el V Congreso del PSUC, con la emersión de sectores calificados, con etiquetas más polémicas que analíticas, de «dogmáticos», «ortodoxos», «radicales» o, por el otro lado, «derechistas». El descalabro andaluz se había producido pese a los esfuerzos realizados por superar la crisis de la dirección del Partido Comunista de Andalucía (PCA) de principios de 1981. Asimismo, el secretario general criticaba la falta de disciplina, la proliferación por doquier de «reinos de taifas», e insistía en las insuficiencias por lo que respecta a la elaboración de una política sindical para un movimiento obrero que consideraba a la deriva (Carrillo, 1983: 221).

No obstante, la paternidad de la política de solidaridad podía decirse que era compartida. De hecho, en ningún momento se diseñó una alternativa a esta desde cualquiera de las dos instancias, ni partido ni sindicato. De esta manera, cuando durante 1982 comenzaron a evidenciarse los límites del ANE y de la orientación estratégica solidaria, ante las críticas Camacho solo podía responder que «[n]o podemos abdicar de la política de solidaridad, porque no hay otra». Esta era su respuesta al responsable de acción sindical, Agustín Moreno, quien advertía que con el ANE podía pasar lo mismo, en referencia a su incumplimiento, que con los Pactos de la Moncloa, atestiguando el malestar entre sectores de trabajadores.⁶⁰

Para Carrillo, en un informe escasamente autocrítico, de los polvos de la disputa interna, dañando la imagen de responsabilidad labrada, había surgido el lodo de los resultados andaluces. Sin embargo, buena parte de los ataques no se dirigían hacia los sectores «prosoviéticos», sino hacia una supuesta pinza entre «renovadores» —quienes habrían declarado la guerra al «eurocomunismo clásico»— y los dirigentes sindicales. Estos habían pasado de «propagandistas entusiastas» del partido a elementos inhibidos, evidenciando una vez más hasta qué punto la cuestión de la «independencia sindical» era ajena al secretario general.

La concepción de la relación entre el sindicato y el partido chocaba frontalmente con la de Camacho. Este, un par de meses antes de las elecciones andaluzas, había

⁶⁰ AHT, Secretariado, C. 4, Exp. 32, «ASC» (15 de junio de 1982).

tratado de remarcar su independencia haciendo un alegato, ante el Consejo Confederal, a favor de que “[l]as elecciones y las luchas políticas de los militantes de CCOO [quedaran] fuera» del sindicato.⁶¹ Citando al dirigente italiano Bruno Trentin en su intervención ante el X Congreso de la Confederazione Generale Italiana del Lavoro (CGIL), celebrado a finales de 1981, aseguró que «la unidad de una gran organización sindical es fruto de la síntesis; de concurrencias de ideas y de valoraciones», al tiempo que se posicionaba contra el hecho de «que diferencias personales se conviertan en contradicciones y estas, mal tratadas, en antagonismos». Asimismo, lamentó el recurso a las «etiquetas», en detrimento de la argumentación política, para deslegitimar las posiciones del adversario.⁶² En el fondo personal del secretario general de CCOO se puede rastrear el interés con el que trató la cuestión interna en la gran central italiana,⁶³ consciente quizás de que CCOO se encontraba más cercana en cuanto a su composición a la CGIL que a la mucho más homogénea CGT. Sus concepciones aparecían negro sobre blanco cuando afirmaba que la unidad interna:

Solo es posible con el desarrollo de la autonomía de la Confederación [...] en una sociedad convulsa y confusa, que transmite cierta desintegración, no se puede aceptar ninguna instrumentalización por el cuadro político contingente, sin poner en peligro la unidad sindical [...] ahora los problemas del PCE no deben trasladarse a CCOO; tampoco el voto político pasa del PSOE a UGT como voto sindical, y viceversa el de CCOO al PCE.⁶⁴

Previendo quizás los acontecimientos que se avecinaban, Camacho decidió impulsar el cordón sanitario de la autonomía. La relación del partido con el sindicato no se podía producir, señalaba, en términos de «imposición», sino de «hegemonía», llegando a establecer una provocadora analogía con la relación entre el Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) y Solidarność. Ahora bien, el otro extremo, igualmente criticable, consistía en negar el «papel» y los «derechos» del partido en el terreno político. Así, parafraseando esta vez a Luciano Lama, histórico dirigente de la CGIL, señalaba:

Nosotros cultivamos la ambición [...] de ser en esta sociedad un sujeto político portador de necesidades e intereses colectivos que en plena autonomía despliega su potencialidad de intervención cada día en el campo de la vida social y política. Pero sepamos también que somos un sindicato y que pretendemos seguir como tal, y por eso nos es extraña toda concepción «totalizante» de nuestro papel. A la vez consideramos propia la concepción constitucional de la primacía de los partidos y de las instituciones

⁶¹ AHT, Consejo Confederal, C. 1, Exp. 19, p. 7, Guion del informe de Camacho para la reunión del Consejo Confederal del 8 y 9 de marzo de 1982.

⁶² *Ibidem*.

⁶³ Véase al respecto AHT, Sec. General, C. 49, Exp. 2.

⁶⁴ AHT, Consejo Confederal, C. 1, Exp. 19, p. 7, Guion del informe de Camacho para la reunión del Consejo Confederal del 8 y 9 de marzo de 1982.

políticas democráticas en lo político; lo que no excluye, sino que presupone, y exige, el pluralismo de la aportación de las organizaciones sociales y culturales.⁶⁵

Con todo, a las críticas de Carrillo en junio de 1982 se sumaron voces que, desde el sindicato, cargaban contra la visión *camachiana* de «autonomía» y que, volviendo sobre lugares comunes como el «pansindicalismo de raíces anarquistas», hablaban de correa de transmisión invertida, del sindicato al partido (Maravall y Álvarez, 1982: 10). Estos autores proponían que el partido recuperase la «iniciativa» en la central, orientándola hacia una perspectiva más política como fuerza de bloqueo de la consolidación del bipartidismo. En una afirmación que pronto se demostraría errónea, los firmantes consideraban que la hipotética «marginación» del PCE se traduciría, inevitablemente, en la de CCOO. Para ello la actuación de los comunistas en el sindicato debía ser homogeneizada en el sentido de impulsar los acuerdos adoptados en el II Congreso, lo que no dejaba de llamar la atención, ¿en qué momento CCOO había roto con ellos?

Ante posibles acusaciones de un intento de «devaluación del sindicato» —continuaban— de lo que se trataba era «de encontrar el equilibrio perdido» basado en el «papel de vanguardia revolucionaria» del partido y el «respeto profundamente democrático del papel básico del sindicato» (Maravall y Álvarez, 1982:10). Una alambicada argumentación que conducía a un viejo conocido: la división de tareas. Perspectiva en la que resumaba la añeja advertencia de Carrillo contra el «vanguardismo comisionobrerista».⁶⁶ Además, como ya hiciera el secretario general en su intervención, las exhortaciones en pos de la implicación en los comicios, en rescate del PCE, generaron un doble efecto pernicioso: por una lado, evidenciaron la percepción de su propia debilidad y crisis interna, mostrándose dubitativos e inseguros de forma pública; por el otro, comprometieron aún más la imagen de autonomía del sindicato, favoreciendo la instalación de la etiqueta de «sindicato comunista» que, con más o menos éxito, la dirección de la confederación había tratado de conjurar.

En agosto se produjo la convocatoria de elecciones generales. El 28 de octubre se cumplieron los peores presagios: el 4,1 % de los sufragios, cuatro diputados y la pérdida del grupo parlamentario. Antes de los comicios, en setiembre de 1982, en el debate mantenido en el Secretariado ya se respiraban los aires de victoria socialista. Para Ariza, en un intento semejante al de otros dirigentes cercanos a Carrillo, el triunfo del partido de Felipe González «cuestionaría nuestra forma de hacer sindicalismo». A lo que Camacho objetaba que «a la izquierda del PSOE puede haber un grupo parlamentario, pero no una fuerza con peso real», añadiendo, por lo contrario, que sí iba a haber una «base social que puede incidir» en la acción del Gobierno. Este era el papel que la nueva coyuntura deparaba al sindicato.⁶⁷

65 *Ibidem*, p. 9.

66 AHPCE, Fondo Dirigentes: Santiago Carrillo, C. 6, Exp. 2/2, p. 42, «Reunión del Comité Ejecutivo con las camaradas del movimiento obrero» (3 de octubre/2 de noviembre de 1975).

67 AHT, Secretariado, C. 5, Exp. 6, «ASC» (7 de setiembre de 1982).

5.5. ALGUNAS NOTAS FINALES

«El partido no preocupa. La central sindical sí». Así recogía Vázquez Montalbán en *Asesinato en el Comité Central* la mayor capacidad de incidencia sociopolítica del sindicato. Es por ello que CCOO se convirtió en ese oscuro objeto del deseo para el espacio comunista, recelando la dirección del PCE de la autonomía que había caracterizado la acción de sus militantes sindicalistas. Cuando en 1979 las desavenencias se hicieron palpables, el partido trató de domeñar a parte de los camaradas que actuaban en el movimiento obrero. Con todo, el intento no solo resulto fútil, sino que contribuyó a ampliar las divergencias, al tiempo que dividía ambos núcleos dirigentes. Estas facciones, tanto en el partido como en el sindicato, se sustentaron en un palpable malestar de sectores militantes, en tanto plataformas para una crítica *ex post facto* a la estrategia desplegada por el partido —y su correlato sindical— durante la etapa conocida como del consenso. Como hemos visto, esto precipitó una crisis de una magnitud inusitada, con múltiples líneas de ruptura, y con CCOO como un espacio privilegiado que reverberó en el PCE-PSUC.

Ahora bien, a pesar del rompimiento del partido, CCOO fue capaz de evitar el contagio de cualquier movimiento sísmico fatal a sus filas. Asimismo, las dinámicas que tenían lugar en su seno prefiguraban, en ocasiones, la rearticulación de mayorías estables en la organización política, como fue el caso en el PSUC. La crisis comunista tuvo, no obstante, un efecto virtuoso: la paulatina consolidación de la autonomía sindical (a pesar de determinados sectores del partido y aunque no se trató de un proceso sin tensiones), que siguió la trayectoria de una línea torcida zigzagueante entre obstáculos. Esta encontró su humus en una práctica sindical necesariamente pragmática.

Después de la debacle electoral y con la cronificación de la crisis comunista, la «cuestión interna» arreció, mientras el bizantino debate entre la estrategia de solidaridad o de resistencia colmaba todos los espacios sindicales. Sin embargo, debido a la actividad concreta —en muchos casos indistinguible y, sobre todo, casuística— y a pesar de los, a menudo, tensos debates, la central mantuvo su unidad contra viento y marea: ahora bien, con el conflicto entre comunistas lastrando la democracia interna, potenciando las dinámicas conspirativas y detrayendo, en ocasiones, el esfuerzo militante de la acción sindical.

CAPÍTULO 6

CRISIS ENTRECruzADAS. EL PCE Y EL COMUNISMO INTERNACIONAL A PRINCIPIOS DE LOS OCHENTA

Emanuele Treglia

Anatoly Chernyaev, miembro del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS, en el *post scriptum* a su diario de 1972 escribió:

El Movimiento Comunista Internacional estaba desapareciendo justo delante de nuestros ojos. [...] Algunos partidos comunistas trataban de acumular capital político en sus países criticando el orden antidemocrático soviético, lo que socavaba por completo la base misma de la existencia del Movimiento Comunista como fenómeno mundial (Chernyaev, 1972: 41).

Efectivamente, la cohesión que había caracterizado históricamente al movimiento comunista internacional articulado alrededor del PCUS, después de haber sido menguada por los cismas de Yugoslavia y China, había sido afectada seriamente por la postura de condena de la invasión soviética de Checoslovaquia que, en 1968, habían adoptado varios partidos comunistas occidentales (Pons, 2012: 325 y ss.), entre ellos el PCE.

Este, desde finales de los cincuenta, bajo el liderazgo de Santiago Carrillo había puesto en marcha un proceso de renovación de su política que, al intentar ganar credibilidad democrática ante las demás fuerzas antifranquistas y la opinión pública española, resultaba incompatible con el mantenimiento de su tradicional fidelidad incondicional hacia Moscú. Así, su oposición a la represión de la Primavera de Praga constituyó el punto de partida de un creciente distanciamiento, a nivel teórico y práctico, con respecto a la URSS y el llamado socialismo real. De hecho, el PCE empezó a criticar duramente la falta de libertades y el autoritarismo que caracterizaban al modelo soviético, reivindicando a la vez su propia independencia y alteridad, lo que le causó ásperos enfrentamientos con el PCUS y provocó en su seno el malestar de los sectores más ligados a las señas de identidad ortodoxas (Treglia, 2015; Abad, 2022). Al mismo

tiempo, esta redefinición de sus coordenadas internacionales llevó al partido español a pronunciarse, desde 1972, a favor del proyecto de integración europea apostando, en el contexto de la distensión, por la construcción de una Europa occidental «unida en los planos económico y político», que fuera «un factor autónomo de la política mundial, contribuyendo a superar los bloques militares y el bipolarismo, a democratizar la vida internacional».¹ Estos planteamientos, que en el marco del movimiento comunista el PCE compartía esencialmente con el PCI liderado por Enrico Berlinguer, dieron lugar al surgimiento de lo que, desde 1975, se conoció como eurocomunismo.

En el caso del partido español, su renovada política internacional contribuyó notablemente a su legitimación democrática y legalización al principio de la Transición. No obstante, el eurocomunismo encontró pronto serias dificultades a la hora de concretarse en un proyecto internacional que contara con la participación de otros partidos comunistas occidentales. El Partido Comunista Francés (PCF), aunque al principio había mostrado cierto interés hacia la tendencia promovida por Carrillo y Berlinguer, desde 1977 se desvinculó de ella, manteniendo una valoración sustancialmente negativa de la integración europea y mostrándose receloso acerca de la propensión de PCI y PCE a un excesivo distanciamiento de la URSS (Di Maggio, 2021; Azam, 2022). El Partido Comunista Portugués (PCP), por su parte, defendía una línea ortodoxa que resultaba incompatible con el eurocomunismo, al que condenaba por su «voluntad de ignorar la experiencia del partido de Lenin».²

En las próximas páginas se analizará la política internacional desarrollada por el PCE entre 1980 y 1982. En esos tres años el movimiento comunista fue convulsionado por dos crisis concretas, que acentuaron su crisis más general: la invasión soviética de Afganistán y la implantación de la ley marcial que decretó el régimen de Polonia para frenar las crecientes protestas que estaban teniendo lugar en el país. Si a raíz de los hechos afganos el partido español manifestó su definitivo rechazo a la actuación internacional de la URSS, con ocasión de los sucesos polacos profundizó considerablemente en sus críticas dirigidas hacia el modelo sociopolítico vigente en el bloque soviético. Las pulsiones centrífugas alentadas en esta fase por los eurocomunistas contribuyeron a marcar un punto de no retorno en el proceso de descomposición que estaba viviendo el movimiento comunista desde finales de los sesenta, haciendo evidente su ocaso. Al mismo tiempo, en España se cerraba la Transición y el PCE experimentaba su propia crisis a nivel no solo electoral, sino también identitario.

¹ AHPCE, Documentos PCE, IX Congreso, «Resoluciones» (19-23 de abril de 1978). Sobre la interrelación entre eurocomunismo, integración europea y distensión internacional, véanse Forner y Senante (2019) y Lomellini (2012).

² «Duros ataques de Cunhal y Corvalán al eurocomunismo», *El País* (2 de noviembre de 1977). Disponible en https://elpais.com/diario/1977/11/02/internacional/247273209_850215.html (fecha de consulta: 20/12/2022).

6.1. DE AFGANISTÁN...

Entre el 24 y el 27 de diciembre de 1979, la URSS envió a Afganistán unos contingentes militares que asesinaron al déspota Hafizullah Amin, promoviendo la formación de un nuevo gobierno liderado por el comunista Babrak Karmal y dando comienzo a una ocupación que duraría hasta 1988. Como justificación, el PCUS afirmó que la intervención era necesaria para «preservar los logros progresistas de la Revolución de Abril» de 1978 que, en una situación de creciente inestabilidad, se veían amenazados tanto por «el terror desencadenado por Amín», como por la actividad de «elementos y grupos contrarrevolucionarios» dirigidos «desde el extranjero».³

La invasión de Afganistán tuvo consecuencias de notable trascendencia. Efectivamente, junto a la decisión de la OTAN —tomada el 12 de diciembre— de instalar misiles Pershing II y Cruise en Europa Occidental como respuesta a la colocación de SS-20 soviéticos en Europa del Este —lo que desembocaría en la crisis de los euromisiles— (Nutti, 2009), puso fin a la etapa de la distensión y marcó el principio de la llamada segunda Guerra Fría. Además, incrementó las divisiones en el seno del movimiento comunista internacional, al avivar las críticas dirigidas por algunos partidos comunistas hacia las políticas del Kremlin.

La dirección del PCE, por su parte, el 21 de diciembre había mantenido una entrevista con una delegación del PCUS en Madrid. Los comunistas españoles y soviéticos habían coincidido en la reprobación de la reciente decisión de la OTAN y habían manifestado la común voluntad de «desarrollar y fortalecer su amistad y colaboración».⁴ El encuentro se había enmarcado en un intento de apaciguar las relaciones entre ambos partidos que se había estado llevando a cabo desde finales del verano. De hecho, en una reunión celebrada a mediados de diciembre con el dirigente del PCI Armando Cossutta, Borís Ponomarev —máximo responsable del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS— había dicho: «En los últimos meses el camarada Carrillo está evitando polemizar con el PCUS. [...] En las bases del partido hay un fuerte sentimiento de amistad hacia el PCUS. Carrillo lo está teniendo en cuenta».⁵ Sin embargo, la invasión de Afganistán volvió a endurecer la actitud del PCE hacia Moscú.

El 3 de enero de 1980, en efecto, la Comisión Permanente del Comité Ejecutivo del partido español se reunió con urgencia y elaboró una declaración con la que hacía «pública su condena de la intervención» soviética, estimando que «la entrada de tropas de un país en otro» violaba «los principios de soberanía e independencia» y contribuía

³ Wilson Center Digital Archive, «Message to Soviet Ambassadors on the Invasion of Afghanistan. Attachment to CPSU Politburo Decree #177» (27 de diciembre de 1979), disponible en <https://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/113048> (fecha de consulta: 01/12/2022). Véase Zubok (2007: 227-229, 259-264).

⁴ «A favor del desarme y la distensión», *Mundo Obrero* (3 de enero de 1980), n.º 56.

⁵ Fondazione Istituto Gramsci (FIG), Archivio del PCI (APCI), Estero, 1979, MF. 8001-47/51, «Nota sull'incontro avuto a Mosca» (4 de enero de 1980).

«a hacer más tensas las relaciones internacionales». Asimismo, subrayaba que «el hecho de que en otros momentos ciertas potencias imperialistas» habían «utilizado métodos semejantes», no podía constituir una «disculpa para lo sucedido». ⁶ Esta postura, coherente con la evolución experimentada por la línea internacional del partido desde finales de los sesenta, fue confirmada y profundizada en la reunión celebrada por el Comité Ejecutivo el 24 de enero. En aquella ocasión, Carrillo afirmó que no podían ser consideradas «creíbles» las explicaciones que le había proporcionado el embajador de la URSS en Madrid, según las cuales la invasión se había producido por «razones de humanidad, de solidaridad» con la Revolución y el pueblo de Afganistán. Para el secretario general del PCE, las motivaciones «reales» de la actuación soviética se podían entender «contemplando el mapa de esa zona» que, tras la caída del régimen de Reza Pahlaví en Irán, se había quedado «mucho más abierto y mucho más conflictivo»: «El mapa de esa zona —dijo— es el mapa del foco del petróleo. [...] La cuestión que ha decidido la intervención es el dominio de esa zona donde se acumulan riquezas petrolíferas enormes y que se ha convertido en el objeto de las contradicciones y del juego político estratégico, militar, entre las grandes potencias». ⁷

Así, Carrillo reiteraba el análisis, ya formulado por Manuel Azcárate en 1972, según el cual la política exterior de la URSS, más que en el idealismo, se basaba en una lógica realista que privilegiaba la tutela y promoción de sus propios «intereses de Estado», que a menudo no coincidían con «los intereses de la lucha revolucionaria en general». ⁸ Como prueba de ello, el líder del PCE subrayaba las dificultades que, a consecuencia de la invasión de Afganistán y de la concomitante crisis de la distensión, iban a experimentar los partidos comunistas de Europa Occidental. Estos, tras un periodo en el que las dinámicas internacionales habían sido favorables «para el desarrollo de las fuerzas democráticas», con la reagudización de las tensiones entre los dos bloques corrían el riesgo de volver a ser «aislados, metidos en un gueto»: concretamente, la perspectiva de que partidos como el PCE y —sobre todo— el PCI pudiesen llegar a corto-medio plazo a participar en los gobiernos de sus respectivos países, si ya de por sí resultaba problemática, en la nueva coyuntura iba a encontrarse con obstáculos aún mayores.

En la reunión del Comité Ejecutivo se apuntó también a las repercusiones negativas que el comienzo de la segunda Guerra Fría iba a tener en la propia URSS. Por un lado, se iban a intensificar las medidas autoritarias y represivas, como demostraba la detención y deportación del Premio Nobel de la Paz Andréi Sájarov a causa de sus protestas contra la invasión de Afganistán. Por el otro, un aumento del gasto armamentístico a raíz de la reavivación de la confrontación con Estados Unidos (EEUU) iba a

⁶ «Ante la intervención en Afganistán (03/01/1980)», *Mundo Obrero* (11 de enero de 1980), n.º 57.

⁷ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 402, «Informe de Santiago Carrillo al Comité Ejecutivo» (24 de enero de 1980).

⁸ AHPCE, Documentos PCE, VIII Congreso, «Sobre algunos problemas de la política internacional del partido» (1972).

agravar las ya deterioradas condiciones sociales y económicas en las que se encontraba la ciudadanía soviética:

Hay una situación de penuria grave, [...] los problemas del abastecimiento son muy agudos. [...] Los fenómenos del mercado negro, de corrupción en amplísima escala, son conocidos por todos los que saben la realidad soviética. [...] En la URSS el pasotismo, la indiferencia política, la falta de confianza en el Partido, la falta de confianza en el Gobierno, han llegado a límites extraordinariamente acusados que no tienen comparación con los países capitalistas europeos. [...] En ese terreno una política de reforzamiento de los armamentos [...] va a significar que los soviéticos van a tener todavía menos mantequilla y menos pan para poder tener más armas.

Además, refiriéndose a la incipiente crisis de los euromisiles, Carrillo se mostraba seriamente preocupado por el hecho de las actuaciones tanto de la URSS, como de EEUU y la OTAN, estaban «convirtiendo Europa de verdad en una zona de armas nucleares, en una zona que en determinadas condiciones estaría sometida al peligro de destrucción atómica». ⁹ En la misma óptica, pero con tonos más apocalípticos debidos a la agravación de las tensiones relativas a la cuestión de los euromisiles, en 1981 el secretario general del PCE llegó a afirmar: «Europa se convierte en el teatro del enfrentamiento entre las dos superpotencias. Esto significaría simplemente la desaparición de la vida humana en Europa. [...] Y luego vendrían a repoblar Europa, yo no sé si los rusos o los americanos». ¹⁰ En este escenario, según Carrillo el debate acerca de ser «neutrales o no neutrales» en la confrontación entre EEUU y la URSS perdía «todo su sentido»: consideraba que los comunistas españoles tenían que ser «beligerantes [...] frente a cualquier política que ponga en el centro de la solución de los problemas mundiales la fuerza militar, que cree peligros de enfrentamiento militar, [...] aunque venga de la parte de potencias socialistas». ¹¹ El líder del PCE parecía así parafrasear al protagonista de la novela antimilitarista *Trampa 22*, John Yossarian, que decía que «el enemigo es cualquiera que quiera matarte, esté en el lado que esté».

Consecuentemente, Carrillo y otros dirigentes como Azcárate y Marcelino Camacho sostenían la necesidad de apostar por una tercera vía en política internacional: una tercera vía que se debía intentar construir en Europa Occidental en conexión con algunos partidos comunistas —*in primis* el italiano— y ciertos partidos socialistas —por ejemplo, el francés— y socialdemócratas —por ejemplo, el sueco—, poniendo en marcha iniciativas comunes dirigidas hacia el desarme, la recuperación y profundización

⁹ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 402, «Informe de Santiago Carrillo al Comité Ejecutivo» (24 de enero de 1980).

¹⁰ «Reunión del Comité Ejecutivo», *Mundo Obrero*, (10 de septiembre de 1981), n.º 142. Sobre el imaginario apocalíptico asociado a la crisis de los euromisiles, véase Quaggio (2021).

¹¹ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 402, «Informe de Santiago Carrillo al Comité Ejecutivo» (24 de enero de 1980).

de la distensión y la superación de las lógicas bipolares. En suma, según los eurocomunistas españoles hacía falta «inventar, imaginar» algo que fuera «más allá del movimiento comunista internacional» y permitiera «el reencuentro del movimiento obrero y de las fuerzas progresistas, para asegurar una salida de progreso a la crisis (internacional) y para abrir la vía a un proceso de socialismo en democracia».¹²

Trabajar en esta perspectiva implicaba que, en España, se buscara un mayor acercamiento al partido de Felipe González. De hecho, Carrillo en junio de 1980 afirmó: «Nosotros no queremos ver en el PSOE un adversario, sino un Partido con el que en definitiva tendremos que entendernos cada vez mejor». En este sentido, señalaba que, tras los pactos municipales de 1979, los comunistas debían intentar ampliar la colaboración con los socialistas para desarrollar conjuntamente «la acción política por una nueva mayoría»: es decir, el objetivo de un ejecutivo de concentración democrática, que se había mantenido hasta las elecciones de 1979, era sustituido ahora por el de un gobierno PSOE-PCE.¹³

Al mismo tiempo, la búsqueda de una tercera vía en el escenario europeo hizo que, en la primavera de 1980, la dirección comunista española mantuviera entrevistas con exponentes del Partido Laborista británico en Londres y con el líder del Partido Socialista francés (PSF), François Mitterrand, en Madrid. A raíz de este último encuentro, que se centró sobre todo en las «amenazas a la paz», Carrillo y Mitterrand difundieron un comunicado en el que afirmaban «la utilidad y la importancia del diálogo y de los intercambios entre partidos pertenecientes al movimiento obrero europeo», considerando «deseable la toma de iniciativas a favor de la distensión». En sus declaraciones a la prensa, el dirigente francés constataba que el PCE y el PSF tenían «puntos de vista convergentes» sobre asuntos como el desarme y la cuestión afgana, y recomendaba «a todos los socialistas hablar con aquellos comunistas» que rechazaban «la hegemonía de las grandes potencias». No obstante, se mostraba cauteloso acerca de la posibilidad de que el diálogo y las colaboraciones puntuales desembocaran en un algún tipo de alianza propiamente dicha.¹⁴ Lo cierto es que Mitterrand estaba interesado en presentar el PCE como un contraejemplo respecto a un PCF que había aprobado la invasión de Afganistán y estaba promoviendo —a raíz de la ruptura de la *Union de la gauche*— una línea de enfrentamiento con el PSF, al que acusaba de colaboracionismo de clase y «deslizamiento a la derecha».¹⁵

¹² AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 391, «Intervención de Santiago Carrillo» (3 de febrero de 1980).

¹³ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 391, «Informe al Comité Central» (14-15 de junio de 1980).

¹⁴ «Mitterrand et Carrillo expriment un commun scepticisme sur la proposition soviétique de sommet mondial», *Le Monde* (19 de mayo de 1980); «Socialistas franceses y comunistas españoles analizaron la crisis mundial», *Diario 16* (17 de mayo de 1980); Fraguas, Rafael, «Mitterrand y Carrillo, a favor de una alternativa de la izquierda europea a la crisis internacional», *El País* (17 de mayo de 1980). Disponible en https://el-pais.com/diario/1980/05/17/internacional/327362410_850215.html (fecha de consulta: 20/12/ 2022).

¹⁵ Archives Départementales de Seine-Saint-Denis [AD93], Archives du PCF [APCF], 261J/5/36, «Réunion du secrétariat» (6 de diciembre de 1979). Sobre el PCF en esta fase véase Di Maggio (2021: 183-210).

A este propósito, cabe destacar que las relaciones entre los comunistas españoles y franceses eran socavadas por discrepancias que se iban profundizando constantemente. Si la política del PCF en su conjunto era definida por Carrillo como «catastrófica»,¹⁶ Georges Marchais rechazaba los planteamientos del PCE porque consideraba que, al poner «en definitiva en el mismo plano a la OTAN y al Pacto de Varsovia», no tenían en cuenta las características «de la lucha de clases a nivel internacional».¹⁷ Asimismo, a la persistencia de valoraciones divergentes acerca del proceso de integración europea se añadió la oposición del partido francés a la entrada de España en la Comunidad Económica Europea (CEE), lo que suscitó ásperas críticas por parte del PCE.¹⁸

En el seno del movimiento comunista, el interlocutor privilegiado del partido de Carrillo seguía siendo el PCI. En varias entrevistas mantenidas en 1980 y 1981, los comunistas españoles e italianos constataron sus sustanciales coincidencias sobre un amplio abanico de temas: entre ellos la cuestión afgana, la búsqueda de la tercera vía y la apuesta por un europeísmo de signo progresista que aspiraba a una CEE capaz de desempeñar «una política autónoma a favor de la distensión» y de la «superación del bipolarismo».¹⁹ No fue casual, por lo tanto, que PCE y PCI se negaran a participar en la Conferencia de los Partidos Comunistas de Europa que, promovida por el PCF y el POUP, se celebró en París a finales de abril de 1980. Según Azcárate, la «contradicción básica» del encuentro consistía en que, si bien se presentaba como encaminado a la paz y el desarme, tenía como objetivo real el cerrar filas en torno a las posiciones soviéticas en materia de relaciones internacionales.²⁰ A este propósito, en la carta enviada a franceses y polacos para explicar las razones de la ausencia del PCE, Carrillo escribía:

Por su propio carácter, de esa reunión saldrá una posición conjunta con los partidos comunistas que constituyen los Gobiernos integrados en el Pacto de Varsovia. La reunión implicaría, pues, un alineamiento [...] con las posiciones sustentadas por dicho Pacto sobre la seguridad europea. Nosotros consideramos decisivo afirmar que [...] defendemos sobre la seguridad y el desarme posiciones totalmente independientes, fuera de los bloques, que [...] representan una tercera vía, capaz de enfrentarse a las maniobras odiosas del imperialismo, y también de condenar un acto tan contrario a la causa de la paz como la intervención de la URSS en Afganistán. La reunión prevista en París podría dar, a lo sumo, una impresión superficial, y no cierta, de unidad y acuerdo de los partidos comunistas participantes sobre los problemas internacionales. Pero no permitiría un debate [...] sobre un análisis de

¹⁶ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 391, «Intervención de Santiago Carrillo» (3 de febrero de 1980).

¹⁷ FIG, APCI, Estero, MF. 8002-53/63, «Incontro Berlinguer-Marchais» (5 de enero de 1980).

¹⁸ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 392, «Declaración del Comité Ejecutivo del PCE» (29 de diciembre de 1978).

¹⁹ «Documento comuna tra PCI e PCE», *l'Unità* (30 de junio de 1981); «Comunicado conjunto PCI-PCE», *Mundo Obrero* (3 de febrero de 1980), n.º 60. Sobre el PCI en esta fase, véase Pons (2006: 162-183).

²⁰ Azcárate, Manuel, «La contradicción básica de la Conferencia», *Mundo Obrero* (14 de mayo de 1980), n.º 75.

los principales problemas internacionales y de las divergencias serias que, sobre una serie de puntos, existen entre algunos partidos comunistas.²¹

Además de PCE y PCI, a París no acudieron otros siete partidos comunistas de Europa Occidental —británico, sueco, holandés, islandés y sanmarinense— y dos de Europa Oriental —yugoslavo y rumano—, lo que hizo patentes las divisiones que estaban erosionando el movimiento comunista internacional, conduciéndolo hacia su definitivo ocaso.

6.2. ... A POLONIA

En el agosto de 1980, cuando todavía no se habían aplacado las polémicas levantadas por la invasión de Afganistán, Polonia fue sacudida por una masiva oleada de huelgas. Las protestas, originadas por una subida de los precios de los alimentos decretada por el Gobierno, adquirieron rápidamente un alcance más general. Los manifestantes contestaban el carácter autoritario del sistema vigente y reivindicaban, entre otras cosas, la libertad sindical, el derecho a la huelga y la abolición de la censura. El régimen polaco, después de haber intentado la vía de la represión, con los acuerdos de Gdansk —31 de agosto— acogió buena parte de las demandas de los trabajadores, lo que permitió que en las semanas siguientes se creara el sindicato independiente Solidaridad —Solidarność— (Kemp-Welch, 2008: 237-268; Paczkowski y Byrne, 2007: 47-80). No obstante, la situación en el país continuó siendo tensa y muy pronto se hizo evidente que las conquistas de agosto quedaban en entredicho. La crisis polaca, como se verá en las próximas páginas, estaba todavía lejos de concluir.

Según el PCE, los hechos de Polonia confirmaban «las críticas eurocomunistas a las experiencias del llamado socialismo real». En este sentido, en una reunión del Comité Ejecutivo celebrada el 9 de septiembre se afirmó:

[Debemos] defender todas las conquistas de esos países que tengan un carácter social. [...] Pero hay que decir que [...] el sistema político actual [...] no permite una auténtica participación de las masas obreras y populares en la dirección del país. [...] Una capa burocrática dirige, decide, en nombre de la clase obrera, pero sin contar con ella. No se puede decir que la clase obrera está en el poder. [...] Conflictos como el de Polonia ponen de relieve esta disociación entre el Estado y la sociedad.

En la misma reunión, Carrillo declaró: «Nosotros no dudamos desde el punto de vista teórico de la superioridad del socialismo. Pero esa superioridad todavía no ha sido alcanzada y tiene que alcanzarse en la práctica política y social». En otras palabras, se

²¹ «Carta de S. Carrillo a los Comités Centrales del Partido Comunista Francés y del POU de Polonia (29/03/1980)» y «Las razones de una ausencia», *Mundo Obrero* (9 de abril de 1980), n.º 70.

admitía la inferioridad del modelo soviético respecto al occidental, lo que resultaba especialmente ejemplificativo de las opciones políticas defendidas por el PCE y del proceso de redefinición de sus señas de identidad implementado desde los sesenta.

El secretario general, en todo caso, se mostraba consciente del malestar que estos planteamientos eurocomunistas producían en las bases del partido, para las cuales el apego al ejemplo representado por el socialismo real tenía una fuerte carga no solo ideológica, sino también emocional: «La constatación de estas realidades —dijo— genera en no pocos camaradas algo así como un sentimiento de orfandad. Si hoy no podemos identificarnos plenamente con el curso de revoluciones que han estado en el origen de nuestro nacimiento, parece como si hubiéramos perdido nuestros padres». ²² Ya a propósito de la condena de la invasión de Afganistán, Carrillo había reconocido que había «en el Partido bastantes camaradas» a los que les costaba «asumir la posición adoptada por sus órganos dirigentes». ²³

Este malcontento relativo a la política internacional eurocomunista se manifestó claramente en los debates del V Congreso del PSUC —enero de 1981— y, al entrelazarse con las polémicas acerca de la línea moderada y el modelo organizativo adoptados durante la Transición, contribuyó a la crisis interna del referente catalán del PCE (Álvarez, 2021). El hecho de que una parte de las bases no compartía los planteamientos propios del eurocomunismo se puede notar también en varias cartas enviadas a *Mundo Obrero* en el marco de la preparación del X Congreso del PCE. Algunos militantes, si bien admitían la necesidad de «ejercer la crítica del socialismo real», consideraban que la dirección del partido la estaba llevando a cabo con excesivo «oportunismo». ²⁴ Otros eran más contundentes en su rechazo a un proyecto que tenía «más tendencia de socialdemócrata que de revolucionario» ²⁵ y, por ejemplo, afirmaban:

El eurocomunismo ya nació enfermo y su estado ha empeorado de día en día. Al socialismo no se puede ir por la vía de la colaboración de clases. [...] No podemos ni debemos encerrarnos en nuevas teorías que invariablemente nos pueden conducir en corto o largo plazo a una política chovinista, nacionalista o reformista. ²⁶

A pesar de las voces disconformes, en el X Congreso celebrado a finales de julio de 1981 se revalidó la línea internacional desarrollada hasta entonces y, evidenciando las interconexiones existentes entre la fórmula eurocomunista y fenómenos como la Primavera de Praga y los sucesos polacos, se sostuvo que la «lucha en Occidente [...]»

²² AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 402, «Pleno del Comité Ejecutivo» (9 de septiembre de 1980); «La crisis polaca», *Mundo Obrero* (29 de agosto de 1980), n.º 90; Melchor, Federico, «La lección polaca», *Mundo Obrero* (5 de septiembre de 1980), n.º 91.

²³ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 391, «Informe al Comité Central» (3 de febrero de 1980).

²⁴ García, Ángel, «Seriedad en la crítica», *Mundo Obrero* (26 de junio de 1981), n.º 131.

²⁵ Serrano, Felipe y Hemos, Amador, «Tendencias socialdemócratas», *Mundo Obrero* (17 de julio de 1981), n.º 134.

²⁶ Gala, Antonio, «El eurocomunismo ya nació enfermo», *Mundo Obrero* (17 de julio de 1981), n.º 134.

por el socialismo en libertad y la democratización en los países del Este» eran «dos procesos» que se influían «recíprocamente».²⁷

Mientras tanto, la situación en Polonia se estaba precipitando. La apertura experimentada a raíz de los acuerdos de Gdansk creaba dinámicas que entraban en contradicción con el mantenimiento del sistema de poder autocrático vigente desde 1948, como demostraban las reivindicaciones avanzadas por Solidaridad para que se convocaran elecciones libres y pluralistas. En este contexto, en el verano de 1981 se llegó a temer una invasión por parte de la URSS o el Pacto de Varsovia para «normalizar» el país, como en los casos de Hungría en 1956 y Checoslovaquia en 1968 (Sjursen, 2003: 41-62). Carrillo vio esta eventualidad como una confirmación ulterior de que «los bloques militares» no representaban «los intereses de la clase obrera»: «Son —dijo en una entrevista— [...] intereses de Estados. [...] La alianza militar del Este garantiza un determinado sistema político que a nuestro juicio está ya en contradicción con los intereses del progreso y el desarrollo de la sociedad socialista».²⁸

Aunque el espectro de la intervención soviética no se materializó, en diciembre el primer ministro polaco, el general Wojciech Jaruzelski, decretó la ley marcial en todo el país, ilegalizando a Solidaridad, imponiendo drásticas restricciones a los derechos y actividades de la ciudadanía y llevando a cabo una violenta represión de los disidentes (Kemp-Welch, 2008: 302-331; Paczkowski y Byrne, 2007: 387-521). La dirección del PCE manifestó inmediatamente «su profundo y radical desacuerdo» con estas medidas —que no serían derogadas hasta 1983—, auspiciando una superación de la crisis por la vía de «un acuerdo responsable y solidario de los diversos sectores nacionales» que desarrollara «el proceso de renovación y democratización».²⁹ Además, declaró que lo que se había hecho añicos en Polonia no era «la idea del socialismo y del comunismo, sino la exportación y la imposición de un modelo, de un sistema político y económico que estaba en contradicción con la realidad polaca».³⁰ Profundizando en esta línea, en las páginas de *Mundo Obrero* Federico Melchor definió a la proclamación de la ley marcial como un «aborto de la historia» y «el más irrefutable testimonio del carácter no socialista, no comunista, del tipo de Estado que, a partir de la deformación burocrática y autoritaria del estalinismo», había «ido cristalizando en una serie de países».³¹

En la primera reunión celebrada en 1982 por el Comité Central, Carrillo subrayó que los hechos polacos ponían de relieve una contradicción ontológica de los países del socialismo real:

²⁷ AHPCE, Documentos PCE, X Congreso, «Tesis aprobadas en el X Congreso del PCE» (julio de 1981). Sobre la cuestión de la interconexión, véase Faraldo (2017).

²⁸ «Entrevista a Santiago Carrillo», *Mundo Obrero* (9 de julio de 1981), n.º 133.

²⁹ «Declaración del Secretariado del CC del PCE (14/12/1981)» y «Polonia, un golpe al socialismo», *Mundo Obrero* (18 de diciembre de 1981), n.º 156.

³⁰ «Resolución del CC del PCE sobre la situación en Polonia (09/01/1982)», *Mundo Obrero* (14 de enero de 1982), n.º 159.

³¹ Melchor, Federico, «Un aborto de la historia», *Mundo Obrero* (1 de enero de 1982), n.º 158.

El fondo de la cuestión está en cómo es posible que en un país que se proclama socialista [...] los obreros, es decir, las fuerzas que teóricamente están en el poder, [...] se rebelen contra el poder, creen un doble poder, destruyan de hecho el partido que se proclama su vanguardia y de todo esto surja [...] una Junta Militar que ocupa las calles con los tanques. [...] [La] razón fundamental [es] el fracaso del modelo soviético. [...] El fracaso de la concepción del partido como la personificación de los intereses de toda la sociedad, fundido con el aparato del Estado. El fracaso de la concepción de un partido dominante, que sí ha creado un Estado muy fuerte, un Estado burocratizado que en definitiva ha terminado devorando al partido mismo y desde luego a los sindicatos.

Si bien afirmaciones de este tipo reproducían en buena medida reflexiones críticas ya formuladas en los años anteriores, las consecuencias que ahora se extrajeron de ellas conllevaron un ulterior distanciamiento, a nivel político e identitario, con respecto al bloque soviético y al conjunto del movimiento comunista. Efectivamente, aunque el secretario general del PCE reconocía «los logros y el significado» de la Revolución de Octubre, constataba el agotamiento de buena parte de los fenómenos concretos que esta había generado en su devenir histórico, no pudiendo ya ser «el impulso, el polo de atracción para las grandes masas trabajadoras y menos en los países desarrollados». Estas palabras parafraseaban a las que había pronunciado Berlinguer unas semanas antes, lo que evidenciaba una vez más las similitudes y el mimetismo entre las posturas de PCE y PCI.

Dado que se había llegado «a la conclusión de que las formas de articulación del movimiento revolucionario, [...] que primero adoptaron la forma de internacional comunista» y «después la forma de movimiento comunista» y de «conferencias internacionales», habían «hecho crisis definitivamente», Carrillo insistía en «la necesidad de una tercera vía entre socialdemocracia y modelo soviético».³² En esta perspectiva, la dirección del PCE vio como «una esperanza para Europa» la victoria conseguida por Mitterrand en las elecciones presidenciales francesas de 1981, a raíz de la cual surgió un gobierno que, aparcando los enfrentamientos anteriores entre PSF y PCF, contaba con la participación de los comunistas.³³

En la reunión de enero del Comité Central, algunos participantes como Jordi Borja plantearon que el partido tenía que dar rotundamente por «liquidada» su «pertenencia a un hipotético movimiento comunista internacional», siendo «inevitable» y «necesaria» la «ruptura» con todo lo que, en mayor o menor medida, estaba asociado a la URSS. Carrillo, aunque mostraba cierta cautela a la hora de cortar definitivamente las

³² AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 393, «Reunión del Comité Central» (09-10 de enero de 1982). Las palabras de Berlinguer a las que se ha hecho referencia pueden verse en la misma caja: «Resumen de la conferencia de prensa de Berlinguer» (15 de diciembre de 1981).

³³ «Francia, la hora del cambio», *Mundo Obrero* (21 de mayo de 1981), n.º 125; «La ruptura francesa», *Nuestra Bandera* (1981), n.º 108.

relaciones con el movimiento comunista y el bloque soviético, admitió que dicha ruptura se estaba produciendo *de facto*.³⁴ Lo cierto es que, mirando las publicaciones de este periodo, se puede notar cómo el PCE iba remarcando claramente su alteridad. En un editorial de *Nuestra Bandera*, por ejemplo, se escribió:

El sentido de nuestra crítica a la realidad hoy imperante en los países del llamado socialismo real, la constatación del fracaso de un modelo de Estado y de Partido, la certificación del agotamiento de formas de articulación internacional, nos conducen a la conclusión de que el PCE no es una parte crítica de esas realidades, sino que somos otra cosa.³⁵

Los hechos polacos suscitaron reacciones e interpretaciones discordantes por parte de los principales partidos comunistas de Europa Occidental. El PCP justificó plenamente «las medidas de excepción» porque, a su manera de ver, habían surgido «con el objetivo de detener a la contrarrevolución», que se servía «de Solidaridad como principal instrumento político» y contaba «con el activo apoyo del imperialismo».³⁶ El PCF adoptó una posición que, aunque con más matices, apuntaba en la misma dirección. Efectivamente, si bien expresó «inquietud» por la instauración de la ley marcial, consideró que esta, dadas «las dificultades» que estaban convulsionando al país y que eran alimentadas por «los excesos»³⁷ de las fuerzas de oposición, representaba una disposición que se podía comprender en cuanto iba encaminada a «defender el socialismo» y «evitar la guerra civil».³⁸ En cambio, como se ha mencionado anteriormente, los planteamientos defendidos por el PCI sobre la crisis de Polonia en particular, y la del bloque soviético y el movimiento comunista en general, eran sustancialmente análogos a los del PCE, lo que provocó un duro ataque por parte de *Pravda*. A finales de enero, en efecto, el periódico soviético publicó un artículo en el cual, entre otras cosas, se afirmaba que la dirección comunista italiana estaba haciendo «algo monstruoso», puesto que con su política renunciaba «a la magna doctrina revolucionaria» y proporcionaba una «ayuda directa al imperialismo, [...] al anticomunismo, a todas las fuerzas hostiles al progreso social».³⁹ El PCE, aunque no había sido nombrado, se sintió aludido y formuló su réplica en las columnas de *Mundo Obrero*, declarando:

El artículo de 'Pravda' presenta al PCUS como el poseedor de la verdad absoluta, como el centro [...] al que es necesario someterse para no caer en el sacrilegio o la herejía.

³⁴ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 393, «Reunión del Comité Central» (09-10 de enero de 1982).

³⁵ «Polonia: ya nada es igual que antes», *Nuestra Bandera* (1982), n.º 110.

³⁶ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 393, «Nota de la Sección de Información y Propaganda del PCP» (14 de diciembre de 1981).

³⁷ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, caja 393, «Comunicado del Buró Político del PCF» (17 de diciembre de 1981).

³⁸ AD93, APCF, 261J/4/38-40, «Réunion du Bureau Politique» (17 de diciembre de 1981).

³⁹ «A despecho de los intereses de la paz y el socialismo», *Mundo Obrero* (5 de febrero de 1982), n.º 162. Sobre la actitud del PCI ante la crisis polaca y las reacciones del PCUS, véase Pons (2006: 183-194).

[...] Confirma el inquietante proceso de petrificación del marxismo en la Unión Soviética. Desde el XX Congreso no ha habido ninguna elaboración seria sobre los aspectos positivos o negativos de la realidad soviética. Y lo que es peor, subsiste el clima de rechazo a todo lo que sea un debate serio, [...] sin anatemas ni condenas y sin que resurjan los viejos esquemas de partido-guía.⁴⁰

Esta línea mantenida por la dirección del PCE avivó las protestas de aquellos sectores de la militancia que, ya en múltiples ocasiones anteriores, habían manifestado su disconformidad con la política internacional eurocomunista (Vega y Erroteta, 1982: 317). Varias cartas enviadas a *Mundo Obrero*, por ejemplo, criticaban ásperamente el órgano del partido por su tratamiento de los hechos polacos, estimando que se había «pasado en hacerle el juego a la derecha española»:⁴¹

Es inaudito leer en nuestro querido *Mundo Obrero* esas sucias páginas que hacen una flamante defensa de los contrarrevolucionarios de la Polonia socialista. ¿No os da vergüenza que sea *Mundo Obrero* el más exacerbado periódico que mejor orquesta la propaganda occidental de los grupos más reaccionarios de Occidente?⁴²

A pesar de estas manifestaciones de malestar, en los meses siguientes el PCE siguió insistiendo en su condena de la actuación del régimen de Jaruzelski.⁴³ Al mismo tiempo, ante la militancia intentó compensar sus polémicas con los países del socialismo real y el movimiento comunista mediante la puesta en marcha de un renovado antiamericanismo que tenía su máxima expresión en la participación activa en la campaña contra la pertenencia de España a la OTAN (Treglia, 2016). En todo caso, a raíz de los acontecimientos de Polonia se habían agudizado aún más los problemas y dilemas subyacentes a la elaboración y afianzamiento del proyecto eurocomunista, tanto a nivel internacional como dentro del propio partido, evidenciando su fragilidad y aumentando las incertidumbres acerca de su futuro.

⁴⁰ «PCUS-PCI. Un comentario de Mundo Obrero», *Mundo Obrero* (5 de febrero de 1982), n.º 162.

⁴¹ Fernández, Francisco et al., «Creemos que Mundo Obrero se ha pasado», *Mundo Obrero* (11 de febrero de 1982), n.º 162.

⁴² Vargas, Rodrigo, «Anonadado por las páginas dedicadas a Polonia», *Mundo Obrero* (4 de febrero de 1982), n.º 161.

⁴³ «Polonia, una historia que no se detiene», *Mundo Obrero* (26 de agosto de 1982), n.º 190; «Polonia. No se ve salida», *Mundo Obrero* (28 de octubre de 1982), n.º 199.

6.3. CONCLUSIONES

En el *post scriptum* a su diario de 1981, Chernyaev escribió:

Desde el punto de vista ideológico, muchos [partidos comunistas] hacía tiempo que se habían separado del PCUS. [...] El movimiento disidente, Solzhenitsyn y Sájarov, las represiones por motivos ideológicos y políticos, [...] los derechos humanos y las evidentes deficiencias de la democracia soviética, la degradación económica que acabó por enterrar las pretensiones de la URSS de alcanzar a Occidente en el nivel de vida —todo esto, más Afganistán y otras ineptitudes en el ámbito exterior— dejaron a la Unión Soviética despojada de su antigua autoridad y atractivo. Lo único que quedaba era el poder del Estado, esencialmente su fuerza militar (Chernyaev, 1981: 39).

Estas palabras reflejan eficazmente la situación de profunda crisis en la que, a principios de los ochenta, se encontraban tanto la URSS como el conjunto del movimiento comunista internacional. Si la primera experimentaba múltiples dificultades que mermaban gravemente su legitimidad, el segundo, al ser afectado por pulsiones centrífugas que se habían ido incrementando constantemente desde finales de los sesenta, había perdido definitivamente aquella cohesión que le había caracterizado durante sus primeras décadas. Estos dos fenómenos se alimentaban mutuamente: el declive de la legitimidad soviética aumentaba las tendencias a la independencia y la búsqueda de otras vías por parte de varios partidos comunistas, lo que a su vez hacía que la URSS viera reducidos sus apoyos más allá del «telón de acero» y perdiera credibilidad a la hora de presentarse como el referente por antonomasia del internacionalismo. Ambas dinámicas —como se ha evidenciado a lo largo del presente capítulo utilizando el PCE como caso de estudio— habían sido acentuadas considerablemente por los acontecimientos de Afganistán y Polonia y por las reacciones que estos habían generado, alcanzando un punto de no retorno.

A la altura de 1982, también el eurocomunismo, que había contribuido notablemente al descrédito del modelo soviético y a la disgregación del movimiento comunista, experimentaba su propia crisis. Efectivamente, PCE y PCI no habían logrado que otros partidos comunistas de cierta relevancia se adhirieran a su proyecto: las diferencias existentes entre sus planteamientos y los de PCF y PCP sobre temas fundamentales de política internacional —sobre todo, la actitud a adoptar hacia el bloque oriental, la política exterior de la URSS y la integración europea— constituían obstáculos insuperables en este sentido. Los comunistas españoles e italianos tampoco habían conseguido que sus contactos con socialistas y socialdemócratas europeos se tradujeran en acuerdos estables y una estrategia compartida: partidos como el PSF, si bien valoraban favorablemente las formulaciones eurocomunistas y estaban dispuestos a entablar un diálogo, se mostraban reticentes a la hora de forjar alianzas internacionales que salieran del marco de la Internacional Socialista (Di Donato, 2015). Por lo que se refiere al caso del PCE, el acercamiento a los socialistas europeos se vio dificultado decisivamente también por el hecho de que, en España, el PSOE rechazó la hipótesis de llegar a algún tipo

de coalición o unidad de acción con los comunistas, optando por una línea decididamente autonomista (Mateos, 2017). A este propósito, cabe mencionar que la Embajada de EEUU en Madrid, desde los pactos municipales de 1979, había ido ejerciendo presiones sobre Felipe González para que evitara la colaboración con el partido de Carrillo. Washington, en efecto, se oponía a una eventual participación gubernamental de los comunistas porque, como dijo un diplomático estadounidense a Enrique Curiel, era «realmente irrelevante si el PCE estaba o no estaba recibiendo órdenes de Moscú»: la cuestión esencial era su hostilidad hacia la entrada y permanencia de España en la OTAN.⁴⁴

Así, en julio de 1982, ante el Comité Central Carrillo certificó el *impasse* que sufría el eurocomunismo en cuanto proyecto internacional, pronunciando unas palabras que parecían casi un epitafio:

Los comunistas nos encontramos seriamente handicapados por la situación en que se encuentra lo que históricamente fue el movimiento comunista internacional. [...] La crisis interna del modelo soviético y de su repetición en otros estados, con consecuencias como la de Polonia; la política expansionista que ha generado fenómenos como la ocupación de Afganistán; [...] la incapacidad del partido más poderoso para tolerar y aceptar la irreversible diversificación del movimiento y la polémica ideológica; todos estos factores han contribuido al estancamiento y al debilitamiento de los partidos comunistas. [...] Lo que se conoce como 'eurocomunismo' pretendía y pretende ser un camino de superación de esa crisis. [...] Sin embargo, el eurocomunismo conoce hoy dificultades reales; [...] dificultades debidas también a la agudización de la política de bloques cuya superación tratamos de obtener, pero que de momento coinciden, por razones diversas, en cepillarnos. [...] En el año 77 [...] parecía que el eurocomunismo iba a tomar una consistencia internacional. Sin embargo, eso no fue así; hubo un abandono de la voluntad de expansión de esta corriente, ciertamente no siendo ajenas a ella las presiones internacionales.⁴⁵

Tres meses más tarde, en las elecciones generales celebradas en octubre, se produjo el colapso de lo que había sido el «partido del antifranquismo», que obtuvo solamente el 4 % de los sufragios y cuatro escaños. El fracaso electoral, que llevó a la sustitución de Carrillo por Gerardo Iglesias al frente de la secretaría general, fue la culminación de una multifacética crisis interna que había empezado a finales de los setenta. Esta se debió, en buena medida, a cuestiones relativas a la línea desarrollada por el PCE en el ámbito nacional y a nivel organizativo durante la Transición, cuyo análisis

⁴⁴ National Archives and Records Administration (NARA), Central Foreign Policy Files (CFPF), 1979MADRID10266, «PCE Secretariat Member on the Current Scene» (20 de julio de 1979); NARA, CFPF, 1979MADRID06575, «The Socialist-Communist Municipal Pact. A Worrisome Step with Possible Long-Term Implications» (15 de mayo de 1979); NARA, CFPF, 1979MADRID06675, «Our Response to Socialist-Communist Unity of Action at the Local Level» (17 de mayo de 1979).

⁴⁵ AHPCE, Dirigentes, carpeta 28.5, «Intervención de Santiago Carrillo en el Comité Central» (2 de julio de 1982).

excede los límites del presente trabajo.⁴⁶ Lo que aquí sí interesa subrayar es cómo influyó en ella la evolución experimentada por la política internacional del partido.

En este sentido, hay que destacar que el eurocomunismo había ido minando uno de los pilares de la identidad histórica del PCE, es decir, su firme apoyo a la URSS y su consecuente adhesión al movimiento comunista internacional articulado alrededor del PCUS, lo que había provocado numerosas dimisiones y escisiones de sectores ortodoxos —los llamados prosoviéticos— (Abad, 2022a) y generado —como se ha señalado en las páginas anteriores— un creciente malestar en parte de la militancia. El hecho de que la fórmula eurocomunista no hubiera logrado concretarse en un proyecto internacional a amplia escala impidió que se forjara una nueva cultura política compartida que fuera capaz de compensar el abandono de los referentes tradicionales. Se originó, por lo tanto, una profunda crisis identitaria, la cual se quedó irresuelta también en el periodo posterior, puesto que Iglesias siguió defendiendo la vigencia de planteamientos como el de la tercera vía. Así, en 1983 *Mundo Obrero* continuó recibiendo varias cartas de militantes que criticaban el eurocomunismo por haber «dejado vacío y sin sentido»⁴⁷ al PCE: «Hemos abandonado —se afirmaba por ejemplo en una misiva enviada desde Valencia— [...] todo o casi todo de lo que un comunista se siente más orgulloso. [...] Dejamos de ser internacionalistas y nos dedicamos a decir barbaridades de los países del Este».⁴⁸

Fue solamente entre finales de los ochenta y principios de los noventa cuando, a raíz de la caída del socialismo real, el PCE —entonces bajo el liderazgo de Julio Anguita— cerró definitivamente los debates alrededor del eurocomunismo e intentó redefinir su política internacional y su identidad para adaptarlas, no sin ulteriores dificultades y contradicciones, al nuevo escenario de la posguerra fría.

⁴⁶ La influencia que tuvieron en la crisis del PCE las polémicas generadas alrededor de cuestiones como la implantación de las agrupaciones territoriales, la aceptación de la Monarquía, los Pactos de la Moncloa, la línea de concentración democrática, etc. han sido tratadas de manera pormenorizada por otros autores. Véanse, por ejemplo, Molinero e Ysàs (2017), Andrade (2012) y Donofrio (2018).

⁴⁷ Castillo, Luis, «Ante el X Congreso del Partido Comunista de España», *Mundo Obrero* (30 de septiembre de 1983), n.º 248.

⁴⁸ Escorihuela, Antonio, «Nuestro símbolo comunista», *Mundo Obrero* (2 de diciembre de 1983), n.º 257; Thomas, Luisa, «Definir claramente nuestra política internacional», *Mundo Obrero* (7 de octubre de 1983), n.º 249.

CAPÍTULO 7

RELACIONES ENTRE EL PCE Y LA URSS EN 1968-1982: DE COEXISTENCIA A RUPTURA

Georgy Filatov

Las relaciones entre el PCE y la Unión Soviética en las décadas de 1970 y 1980 fueron extremadamente difíciles. Toda esta etapa se caracterizó por el desarrollo de un profundo conflicto. Esta crisis fue causada por dos factores: por un lado, por los acontecimientos en Checoslovaquia y, por otro lado, por el deseo de Santiago Carrillo de lograr un mayor margen para poder ejercer una política independiente. A pesar del conflicto, Moscú no rompió inmediatamente las relaciones. Durante gran parte de la década de 1970 se mantuvieron los contactos. La URSS esperaba lograr la reconciliación con Carrillo. Sin embargo, Moscú tenía otro problema. La ruptura de Carrillo con el PCUS dio lugar a la formación de grupos disidentes que se autoproclamaron el auténtico partido comunista español y propugnaron la amistad con la URSS. En estas condiciones, Moscú tuvo que decidir qué camino tomar: apoyar al reducido grupo de escindidos por su orientación ortodoxa o mantener relaciones con el heterodoxo, pero mucho más famoso y numeroso, PCE de Carrillo. El objetivo de este capítulo es analizar cómo manejó esta situación la URSS.

Son muchos los trabajos que abordan los problemas de las relaciones entre el PCE y la URSS (Pala y Nencioni, 2008; Pala, 2011b; Hernández Sánchez, 2015; Erice, 2016; Treglia, 2015; Molinero e Ysàs, 2017, Ramos Diez-Astrain, 2019; Abad García, 2021). Algunos autores analizaron estas relaciones a la luz del surgimiento de grupos disidentes dentro del PCE (Peña González, 2018; Abad García, 2022). Sin embargo, en la mayoría de estos trabajos, las cuestiones de las relaciones entre los comunistas españoles y Moscú están en un segundo plano. Un problema aparte es que, en estas obras, sin duda de alta calidad y basadas en material de archivo sólido, la visión soviética de lo que estaba sucediendo está muy mal representada. Esto se debe al limitado acceso de los autores a los

archivos soviéticos. Una de las excepciones se puede ver en el trabajo de Hernández Sánchez (2014), en el que examina las relaciones financieras entre el PCE y Moscú. En su artículo utiliza documentos que estuvieron disponibles en los primeros años posteriores al colapso de la Unión Soviética. Sin embargo, dicho texto se centra en la financiación de los comunistas españoles por parte de la Unión Soviética, omitiendo otro tipo de relaciones. El presente capítulo pretende llenar este vacío y, en primer lugar, mostrar la visión de la dirección soviética sobre las relaciones con los comunistas españoles.

Este artículo utiliza varias fuentes. Se basa principalmente en el Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea (RGANI). Este archivo contiene documentos del Comité Central del PCUS posteriores a 1953. En él estudié el fondo del Departamento Internacional del Comité Central. Este órgano era el responsable de las relaciones con los partidos comunistas. Básicamente, hay varios informes sobre la situación en los partidos comunistas y el contenido de las conversaciones con sus representantes. También hay información del Komitet Gosudárstvennoy Bezopásnosti (KGB) y otros departamentos sobre dicha situación. Los materiales de este departamento referentes a España están abiertos hasta 1979. La carpeta de 1980 todavía está clasificada, pero es de prever que el próximo año esté disponible.

En el fondo del Politburó del Comité Central del PCUS, donde se encuentran las actas de las reuniones, logré localizar varios documentos sobre las relaciones con el PCE. Sin embargo, no he podido consultar aún toda la década de 1970. El caso es que, en este fondo, en el inventario, los protocolos tienen los números y fechas de las reuniones, pero lo que se discutió durante estas reuniones no figura. Para encontrar los temas, deben consultarse físicamente todos seguidos, lo que lleva mucho tiempo. Un problema aparte es que algunas de las decisiones del Politburó están en una carpeta especial y actualmente no hay acceso a ella. A esto habría que sumar que los protocolos del Politburó también están disponibles solo hasta 1980.

Otra fuente para mi investigación es un conjunto de testimonios personales. Primero, los diarios publicados de Anatoly Chernyaev (2008). De 1970 a 1986 él fue jefe adjunto del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS. Era el superior de Vladimir Pertsov, que era el responsable para la Península Ibérica. En segundo lugar, dos entrevistas que grabé con el personal de la embajada soviética en España. Estas personas trabajaron en Madrid de 1980 a 1989. Uno de ellos pidió no ser identificado, aunque fue él quien se encargó de los contactos y, según dijo, de la creación del Partido Comunista de los Pueblos de España. Los diarios y estas entrevistas suplen la falta de fuentes de archivo relacionadas con las relaciones entre el PCE y la URSS en los años ochenta.

La década de los setenta se inició con el creciente conflicto entre la URSS y el PCE, que comenzó en 1968 (Abad, 2019). El PCE condenó la entrada de tropas en Checoslovaquia tres días después del hecho. Durante los siguientes años, los líderes del PCE enfatizaron su posición sobre este tema. Sin embargo, estos pasos antisoviéticos no provocaron una ruptura en las relaciones entre Moscú y el PCE.

El liderazgo soviético tomó medidas para convencer a Carrillo de que dejara de criticar a la URSS. La máxima dirección de la Unión Soviética trató de persuadirle de ello.

Así, durante el encuentro internacional de los partidos comunistas y obreros realizado en Moscú en 1969, Carrillo e Ibárruri se reunieron con el secretario general del PCUS, L. Brézhnev, con N. Podgorni (presidente del Presídium del Sóviet Supremo de la Unión Soviética), con A. Kosyguin (presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética) y con B. Ponomarev (jefe del Departamento internacional del Comité Central del PCUS). En abril de 1970 tuvo lugar otra conversación. La delegación de PCE se encontró con M.A Suslov (miembro del Politburó del Comité Central del PCUS, donde era el responsable ideológico), A.P. Kirilenko (integrante del mismo órgano) y B.N. Ponomarev.¹

Aparentemente, Moscú en un inicio esperaba que los opositores a Carrillo prevalecieran en el PCE. En los materiales del Departamento Internacional para el periodo 1968-1970 hay bastantes informes de personas insatisfechas con las políticas de Carrillo. En una nota informativa, enviada al Comité Central del PCUS en septiembre de 1968, se comunicaba que algunos de los líderes del partido expresaban su apoyo a Moscú en conversaciones confidenciales (se daban los ejemplos de E. Lister e I. Gallego). Además, se informaba de que, entre los españoles que vivían en la URSS (más de 4000 personas), solo siete u ocho personas estaban de acuerdo con la posición de Carrillo.² Pero esta era una situación más bien deseada, ya que al final, en Moscú, los partidarios de Carrillo mantuvieron en sus filas a un sector relevante de la organización del partido.

Es digno de mención que incluso la organización del PCE en la Unión Soviética permaneció bajo el control de los partidarios de Carrillo. Así, a principios de 1970, un grupo de comunistas españoles que discrepaban de la valoración del PCE sobre los acontecimientos checoslovacos celebraron una conferencia del partido para elegir una nueva composición del comité local del PCE. Para esta tarea, ocuparon las salas del Centro Español de Moscú. El KGB informó al Comité Central del PCUS sobre posibles enfrentamientos entre diferentes grupos de comunistas españoles, ya que la dirección del PCE consideraba ilegal esta reunión.³ Sin embargo, tuvo lugar el 31 de mayo de 1970 y en ella se eligió una nueva composición de la dirección del partido que incluía a comunistas que no estaban de acuerdo con las posiciones del Comité Central del PCE. Intentaron, asimismo, enviar a sus representantes a otras células del partido para explicar la falacia de la política de Carrillo.⁴

Carrillo vio la mano de Moscú en este encuentro. Así, en una de sus conversaciones con el embajador soviético en Francia, se quejó de que la reunión de sus opositores no

¹ Rossiyskiy Gosudarstvennyy Arkhiv Noveyshey Istorii (RGANI), fondo (f.), 3, inventario (inv.) 69, expediente (exp.) 455, folio (fol.) 45, «Sobre las actividades con motivo del VIII congreso de PCE» (25 de septiembre de 1972)/(О мероприятиях в связи с VIII съездом Коммунистической партии Испании. 25.09.72. РГАНИ, ф. 3, оп. 69, д. 455, л.45).

² RGANI, f. 5, inv. 60, exp. 498, fol. 50, «Información» (13 de septiembre de 1968)/ (Информация. 25.09.1968. РГАНИ, ф.5, оп.60, д. 498, л. 50).

³ RGANI, f. 5, inv. 62, exp. 591, fol. 9, «Información del KGB» (6 de febrero de 1970)/ (Информация КГБ, 06.02.1970, РГАНИ, ф.5, оп. 62, д.591, л. 9).

⁴ RGANI, f. 5, inv. 62, exp. 591, fol. 85-86, «Información del KGB» (1 de junio de 1970)/ (Информация КГБ. 01.06.1970. РГАНИ, ф.5, оп.62, д.591, л. 85-86).

podía realizarse sin el consentimiento del Comité Central del PCUS.⁵ Su biógrafo Paul Preston (2015: 287) está de acuerdo con él y señala que los comunistas españoles en la URSS no tenían más remedio que apoyar a los miembros prosoviéticos del Comité Central del PCE. Sin embargo, el desarrollo de la situación sugiere que podían elegir. El hecho de que los miembros del PCE residentes en la Unión Soviética pudieran escoger el lado del conflicto lo demuestra el hecho de que poco menos de un mes después (el 20 de junio) los simpatizantes de Carrillo se reunieron en las mismas instalaciones del centro español en Moscú, reorganizaron las células del partido y cambiaron los carnés del partido por otros nuevos⁶ para excluir la influencia de los opositores al secretario general. Como se puede ver en los documentos, tanto los servicios secretos soviéticos como el aparato del Comité Central del PCUS sabían de la reunión, su propósito y sus decisiones. A pesar de que se trataba de una reunión de críticos con la política de la URSS, la dirección soviética permitió que se celebrara. Además, a instancias de Dolores Ibárruri, las autoridades soviéticas clausuraron la Sociedad de Emigrantes Políticos Españoles, que se había convertido en el principal refugio de los opositores de Carrillo,⁷ y, como resultado, se mantuvo el control de Carrillo sobre las células del PCE en la URSS.

Sin embargo, se organizaron purgas con bastante rapidez contra quienes no estaban de acuerdo con Carrillo. En 1969-1970 fueron expulsados del partido varios miembros del Comité Central: Eduardo García, Agustín Gómez, Enrique Líster y otros. No se han conservado documentos que muestren directamente que estos fueran apoyados por Moscú. Sin embargo, en octubre de 1970, Líster visitó la URSS y habló con los opositores a Carrillo, que intentaban tomar allí el control de las organizaciones del PCE.⁸ En 1970, los líderes expulsados del Comité Central se autoproclamaron su propio PCE y en diciembre organizaron el VIII Congreso, que tuvo lugar en París.

No obstante, había una división y era necesario tomar una decisión sobre a quién apoyar. Líster menciona que en abril de 1970 estuvo en Moscú y habló con camaradas soviéticos, pero todavía no he podido hallar ninguna documentación al respecto. No obstante, encontré informes de sus negociaciones con los partidos comunistas de Bulgaria y Hungría, a los cuales Líster les pidió dinero,⁹ y, a petición de los búlgaros y los húngaros, Moscú finalmente formuló su posición.

⁵ RGANI, f. 5, inv. 62, exp 591, fol. 108, «Conversación con el secretario general de PCE» (25 de junio de 1970) / (Запись беседы с генсеком компартии Испании Сантьяго Каррильо. 25.07.1970. РГАНИ, ф.5, оп. 62, д.591, л. 108).

⁶ RGANI, f. 5, inv. 62, exp. 591, fol. 103, «Información del KGB» (30 de junio de 1970) / (Информация КГБ. 30.06.1970. РГАНИ, ф. 5, оп. 62, д. 591, л. 103).

⁷ RGANI, f. 5, inv. 62, Exp. 591, folio 169, carta al Comité central del PCUS (15 de octubre de 1970) / (Письмо в ЦК КПСС. 15.10.1970. РГАНИ, ф. 5., оп. 62, д. 591, л. 169).

⁸ RGANI. f. 5, inv. 62, exp. 591, fol. 9, «Información del KGB» 6 de febrero de 1970) / (Информация КГБ. 06.02.1970. РГАНИ, ф. 5, оп. 62, д. 591, л. 9).

⁹ RGANI, f. 5, inv. 62, exp. 591, fol. 130-152, «Conversación entre los miembros de CC del Partido Comunista Búlgaro y los comunistas españoles García, Líster y Uriarte» / (Запись беседы между членами ЦК

El Politburó adoptó una resolución que, lamentablemente, no está disponible ahora («Resolución del Politburó de Comité Central del PCUS 181/63 de 24 de octubre de 1970»); pero, por numerosas referencias a ella, podemos adivinar la mayor parte de su contenido. Por ejemplo, esta decisión fue referida por el Departamento Internacional cuando preparaba una respuesta, o más bien dejaba sin respuesta, a una carta recibida de Líster y García el 9 de marzo de 1972.¹⁰ El PCUS no rompería contactos con el PCE de Carrillo, aunque mostraría cierta mesura. No obstante, tampoco decidieron tener relaciones oficiales con Líster y otros opositores de Carrillo. Esta disposición determinó el acercamiento de la Unión Soviética hacia los comunistas españoles durante la mayor parte de la década de 1970. El hecho de que Moscú demandó al movimiento comunista internacional seguir esta decisión se evidencia en la respuesta al editor en jefe de la revista *Problemas de la Paz y el Socialismo* en agosto de 1972. En una carta se le informaba de que no debía tener relaciones con el PCE de Líster. Además, se señalaba especialmente que las reuniones entre Líster y el editor de la versión en español de la revista, el camarada Kumaryan, podrían perjudicar los intereses del PCUS.¹¹

El mantenimiento de los contactos con Carrillo se debió, aparentemente, a que nadie creía que sus opositores pudiesen desbancarlo. Tales conclusiones pueden juzgarse a partir de las conclusiones a las que llegaron los comunistas polacos después de una serie de conversaciones con Líster a principios de 1973. Como resultado, los comunistas polacos enviaron mensajes a Moscú que señalaban los problemas del «grupo Líster», como se llamaba a su facción en estos documentos. En particular, en un informe fechado el 3 de febrero, se indicaba que entre los opositores a Carrillo había dos corrientes que divergían en materia de actuación posterior. Una corriente, por la que abogaban la mayoría de los líderes del Partido Comunista de España (VIII Congreso), incluido Líster, consideraba posible organizar un nuevo partido marxista. El otro sector, encabezado por García y Gómez, opinaba que era necesario reunirse con Carrillo. Otros problemas del grupo Líster mencionados en el documento incluían la incapacidad para desarrollar un programa político apropiado.¹²

Como resultado, el PCE de Carrillo quedó, para Moscú, como el único partido comunista en España. Los funcionarios se reunieron con sus representantes de forma frecuente. Por ejemplo, en 1970, el embajador soviético en París se reunió con Carrillo cinco veces, aunque es cierto que luego disminuyó la frecuencia de los contactos con este. Solo pude encontrar información sobre una conversación que se produjo entre ambos entre los

БКП и испанскими коммунистами Листером, Гарсиа и Уриарте. 26.08.1970. РГАНИ, ф. 5, оп.62, д. 591, л.130-152).

¹⁰ RGANI, f. 5, inv. 64, exp. 585, fol. 50, «Informe» (9 de marzo de 1972)/(Справка. 09.03.1972. РГАНИ, ф. 5, оп. 64, д.585, л. 50).

¹¹ RGANI, f. 5, inv. 64, exp. 585, fol. 118, «Informe» (22 de agosto de 1972) / (Справка. 22.08.1972. РГАНИ, ф. 5, оп. 64, д. 585, л. 118).

¹² «RGANI, f. 5, inv. 66, exp. 903, fol. 6, «Apuntes para la conversación con camarada Lister (PCE)» (3 de febrero de 1973) / (Заметки к беседе с тов. Э. Листером (КПИ). 03.02.1973. РГАНИ, ф. 5, оп. 66, д."903, л. 6).»

años 1971 y 1974. En otros casos se mantuvieron contactos con Moscú a través de otros representantes del PCE. Esto sugiere que las relaciones permanecieron tensas.

Después de eso las relaciones estuvieron caracterizadas por periodos de mejora y deterioro. En 1971, Carrillo viajó a China, lo que no entusiasmó mucho a Moscú. Como el conflicto entre China y la Unión Soviética se mantenía firme, este viaje llamó mucho la atención en Moscú, como lo demuestra la abundancia de materiales conservados en el archivo del departamento internacional: cuarenta páginas, que incluyen comunicados oficiales de la dirección del PCE sobre este viaje, así como un breve extracto de una conversación con los comunistas chinos enviado por Dolores Ibárruri. La visita a Pekín fue percibida en Moscú como un intento de Carrillo de inclinarse, en el conflicto, hacia China ante el deterioro de las relaciones con Moscú. Como confirmación de este punto de vista sirvieron las palabras de Antonio González, miembro del Comité Municipal del PCE en Madrid, que estuvo de paso por Moscú a principios de 1971. Señaló que, entre los dirigentes del PCE residentes en Madrid, solo Montero apoyaba el viaje de Carrillo a China. Montero, según González, lo calificó de útil, ya que la dirección del PCE atravesaba dificultades financieras y Carrillo esperaba obtener apoyo material de los chinos.¹³ Del texto del material informativo se deduce que este tema atrajo sobre todo la atención del personal del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS. Como se puede observar en los comentarios a la conversación con González, el jefe del Departamento de Relaciones Internacionales del Comité Central del Partido Comunista de China, Geng Biao, rechazó las solicitudes de asistencia material de Carrillo; una información muy significativa.¹⁴ Llama la atención que, en la información proporcionada a Moscú por la cúpula de PCE a través de los canales oficiales, no se reportó que Carrillo había discutido temas monetarios en Pekín.

Pero, como Carrillo no pudo establecer contactos estables con los chinos, este viaje no afectó mucho a las relaciones, que, sin embargo, se mantuvieron tensas. Esto se puede juzgar por el hecho de que Ibárruri informó que miembros de la delegación que visitó China estaban listos para visitar Moscú, con el fin de contarles, directamente, cómo había discurrido el viaje. Sin embargo, el Departamento Internacional decidió que había recibido suficiente información sobre la visita de Carrillo a China, por lo que se negó a invitar a representantes del PCE a la Unión Soviética.¹⁵

Para 1972, las relaciones habían mejorado algo. Esta conclusión se puede extraer de las referencias archivísticas consultadas. A finales de septiembre de 1972, el Departamento Internacional del Comité Central del PCUS preparaba material informativo para una reunión de Politburó, durante la cual se debatió sobre si enviar o no felicitaciones al

¹³ RGANI, f. 5, inv. 64, exp.585, fol. 2, «Información sobre la actitud de los comunistas españoles ante el viaje de Carrillo a China» (29 de enero de 1972) / (Информация об отношениях коммунистов к поездке делегации КП Испании во главе с С. Каррильо в Китай. 29.01.1972. РГАНИ, ф.5, оп.64, д. 585, л. 2).

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ RGANI, f. 5, inv. 64, exp.585, fol. 40, «Información de 9 de marzo de 1972» (Справка. 09.03.1972. РГАНИ, ф. 5, оп. 64, д.585, л. 40).

PCE de Carrillo con motivo del VIII Congreso. En general, la referencia se sostenía de manera crítica. Se observaba que hasta 1968 el PCE siguió la *línea correcta* y tomó una posición amistosa hacia la URSS, pero luego en una serie de cuestiones tomó una posición de «oportunismo de derecha». Además, había establecido contactos con aquellos partidos comunistas con los que Moscú tenía relaciones difíciles. Como ejemplo, se mencionaba que en los últimos años el PCE se había reunido tres veces con el Partido Comunista de Rumanía, dos veces con los comunistas yugoslavos y también con el Partido Comunista de la India paralelo. También se pensaba que el PCE postulaba su independencia de Moscú para crear una amplia coalición contra el régimen franquista. Sin embargo, se observaba que esta estrategia no tenía éxito y no contribuía a fortalecer la posición de PCE en España.¹⁶

No obstante, la nota concluía que en ese momento había una mejora en las relaciones con el PCE. Al parecer, durante varios meses, los discursos «antisoviéticos» no habían aparecido en sus medios. Como muestra de la mejora de la posición del PCE en relación con el PCUS, el documento percibía el hecho de que el PCE enviara a un grupo de periodistas a la Unión Soviética para preparar materiales con motivo del 50.º aniversario de la fundación de la URSS. Se apreciaba que, en conversaciones con representantes soviéticos, hablaran bien de la política del PCUS y los logros del pueblo soviético. Por lo tanto, el Departamento Internacional del Comité Central del PCUS recomendó enviar felicitaciones al PCE.¹⁷ Sin embargo, Moscú no perdió la esperanza de influir en el cambio de posición del PCE hacia una más favorable en relación con la URSS y el PCUS. Además de la recomendación de felicitar al PCE por el VIII Congreso, también se proponía invitar a D. Ibárruri a Moscú para influir en el rumbo del próximo Congreso del PCE. Estas propuestas fueron apoyadas por miembros del Politburó.

De esta referencia podemos concluir que el principal criterio para el PCUS en la construcción de relaciones con el PCE era el «antisovietismo». Por supuesto, no hay una definición clara. Pero podemos juzgar por las memorias de Anatoly Chernyaev qué entendían por antisovietismo en el Comité Central del PCUS. En ese momento, Chernyaev era subjefe del Departamento Internacional del Comité Central. En una entrada de 1975 describía cómo querían ver las relaciones con los partidos comunistas rebeldes de Francia, España e Italia. Escribía: «haz y di lo que quieras, pero no digas nada malo sobre el PCUS» (28 de diciembre de 1975). Además, también mencionaba que la crítica pública resultaba especialmente mala. Es decir, la crítica abierta al PCUS y, en consecuencia, a la URSS era considerada el principal signo del antisovietismo. Todo lo demás no era importante (Chernyaev, 2008: 57).

¹⁶ RGANI, f. 3, inv. 69, exp. 455, fol. 45, «Sobre las actividades con motivo del VIII congreso de PCE» (25 de septiembre de 1972) / (О мероприятиях в связи с VIII съездом Коммунистической партии Испании. 25.09.72. РГАНИ, ф. 3, оп. 69, д. 455, л. 45).

¹⁷ *Ibidem*, fol. 46.

Sin embargo, la estrategia de Carrillo fue precisamente la crítica abierta a la Unión Soviética. Al menos así lo explicó Gallego en una de sus conversaciones con un diplomático soviético, en la que le informó de que los intentos de oponerse a este curso probablemente resultarían en la expulsión del partido. La crítica a la Unión Soviética permitía al PCE demostrar su independencia de Moscú, según exponía Gallego, y esto estaba llamado a aumentar el apoyo al PCE entre la población española, que sería especialmente pronunciado tras la muerte de Franco.¹⁸

En los últimos años de Franquismo y los primeros años de la Transición, las relaciones con el PCE, a juzgar por los documentos de la RGANI, fueron relativamente normales. Se reanudaron las reuniones de Carrillo con diplomáticos soviéticos en París.¹⁹ Una delegación del PCE fue invitada a visitar los festejos con motivo del 30.º aniversario de la victoria en la Gran Guerra Patria. La dirección del PCE aceptó la invitación y anunció que se preparaba para darle un gran protagonismo a este evento en sus planteamientos políticos.²⁰ Cuando el PCE de Carrillo, en el verano de 1975, pidió acciones de solidaridad con el pueblo español en su lucha contra el régimen de Franco, se llevaron a cabo. En particular, varias organizaciones públicas soviéticas organizaron eventos para oponerse a la represión de la dictadura española. Asimismo, se publicaron mensajes en la prensa soviética sobre la oposición del pueblo español al régimen. La dirección del PCE fue informada de estos hechos a través de la embajada soviética en Francia.²¹ Sin embargo, la tensión en la relación persistió. Aparece claramente en la grabación de una conversación con el miembro del Comité Central del PCE Francisco Antón. Además de tratar la situación en Portugal, señaló que el Comité Central del PCE no consideraba adecuado utilizar «comunicaciones orales» entre los comités centrales del PCE y del PCUS, especialmente en temas importantes. En cambio, proponía intercambiar mensajes escritos a través de la embajada.²²

El comienzo del periodo de transición creó nuevos problemas en las relaciones entre la URSS y el PCE. Tras la muerte de Franco, miembros del PCE expresaron no solo posturas críticas con la Unión Soviética, sino que hicieron declaraciones contrarias a los intereses de Moscú en su enfrentamiento con Estados Unidos. Incluso unas semanas antes de la muerte de Francisco Franco, durante una conversación con el embajador de la URSS

¹⁸ RGANI, f. 5, inv. 68, exp. 2020, fol. 48-49, «Conversación con el camarada I. Gallego» (4 de julio de 1975) / (Запись беседы с тов. И.Гальего. 04.07.1975. РГАНИ, ф. 5, оп. 68, д. 2020, л. 48-49).

¹⁹ RGANI, f. 5, inv. 68, exp. 2020, fol. 10-12, «Conversación con secretario general de PCE Santiago Carrillo» / (Запись беседы с генеральным секретарем Испанской компартии Сантьяго Каррильо. 18.01.1975. РГАНИ, ф. 5, оп. 68, д.2020, л. 10-12).

²⁰ RGANI, f. 5, inv. 68, exp. 2020, fol. 31 (12 de marzo de 1975) / (12.03.1975. РГАНИ, ф.5, оп. 68, д. 2020, л. 31).

²¹ RGANI, f. 5, inv. 68, exp. 2020, fol. 45 (3 de junio de 1975) / 03.06.1975. РГАНИ, ф. 5, оп. 68, д.2020, л. 45).

²² RGANI, f. 5, inv. 68, exp. 2020, fol. 52, «Conversación con el miembro del CC del PCE Francisco Antón» (22 de septiembre de 1975) / (Запись беседы с членом ЦК Коммунистической партии Испании Антонио Франческо. 22.09.1975. РГАНИ, ф.5, оп.68, д.2020, л.52).

en Francia, Carrillo expresó una visión contraria a la línea general de la Unión Soviética en las condiciones de la Guerra Fría. Así, dijo que el Departamento de Estado norteamericano habría enviado, en reiteradas ocasiones, a sus emisarios a los representantes del PCE. Se les dijo que, si Washington no interfería en el proceso de democratización en España, los futuros gobiernos no exigirían la liquidación inmediata de las bases militares estadounidenses en suelo español. Además, Carrillo le dijo al embajador soviético que el PCE en esta etapa quería evitar un choque frontal con Estados Unidos, ya que la tarea principal del partido era acabar con el régimen franquista.²³ De esta forma, una actitud conciliadora hacia las bases norteamericanas en España, las cuales no podían agradar a Moscú, parecía un movimiento táctico necesario para acabar con la dictadura franquista, instaurar un sistema democrático y, en consecuencia, dar al PCE una oportunidad de lucha legal.

Sin embargo, con bastante rapidez, las declaraciones de otros miembros de la dirección del PCE dieron pie a una seria preocupación en Moscú por la actitud de los comunistas españoles hacia las bases estadounidenses en España. En el verano de 1976, el KGB informó de que Azcárate, miembro del Comité Ejecutivo del Comité Central del PCE, durante su viaje a Alemania Occidental había dicho que su partido consideraba que las bases militares estadounidenses en España eran necesarias para mantener un equilibrio estratégico entre Oriente y Occidente. Estas palabras recibieron una atención particular en el Departamento Internacional del Comité Central del PCUS, como lo demuestra el hecho de que fueran subrayadas. Además, Azcárate destacó que la dirigencia del PCE apoyaba un nuevo acuerdo con Estados Unidos sobre bases militares.²⁴ Fue sumamente desagradable, pero, aun así, Azcárate no era la cabeza del partido, por lo que sus declaraciones podrían haber pasado desapercibidas. Pero en 1977 sucedió algo que ya no se podía ocultar.

En 1977, Carrillo publicó el libro *Eurocomunismo y Estado* (Carrillo, 1977). El liderazgo de la URSS lo tomó como una gran declaración antisoviética. Sabemos por los diarios de Chernyaev que el libro fue discutido en una reunión del Politburó, y, según Ponomarev, jefe del Departamento Internacional del Comité Central, los miembros del órgano estaban indignados y se preguntaron: «¿Cuánto más podemos soportarle?» (Chernyaev, 2008: 313).

Después de eso, decidieron contraatacar. Ponomarev ordenó escribir un artículo para la revista *Tiempos Nuevos* (*Novoye Vremya*). Este texto estuvo en preparación desde mediados de mayo de 1977 (Chernyaev, 2008: 22). El título escogido para encabezarlo fue «Contrario a los intereses de la paz y la seguridad».²⁵ Al discutir el artículo, surgió la

²³ RGANI, f. 5, inv. 68, exp. 2020, fol. 64-65, «Conversación con el secretario general de PCE Santiago Carrillo» / Запись беседы с Генеральным секретарем компартии Испании тов. Сантьяго Каррильо. 09.11.1975. РГАНИ, ф. 5, оп. 68, д.2020, л.64-65).

²⁴ RGANI, f. 5, inv. 69, exp. 2973, fol.7, «Sobre algunos aspectos de la política de PCE» (20 de abril de 1976) / (О некоторых аспектах политики Коммунистической партии Испании. 20.04.1976. РГАНИ. ф.5, оп. 69, д. 2973, л. 7).

²⁵ *Новое время*. (*Tiempos Nuevos*) (julio de 1977), n.º 32.

pregunta de cómo lo percibirían. En teoría, se suponía que el texto expondría los puntos antisoviéticos del libro, aquellos que dividían al movimiento comunista internacional. Pero, como escribió Chernyaev, en la reunión se habían expresado temores de que este artículo pudiera ser percibido de manera diferente. Dado que la mayor parte del libro de Carrillo trataba sobre la revolución en las condiciones de Europa Occidental, Ponomarev temía que la publicación se percibiese como una condena ideológica de las búsquedas teóricas, estratégicas y tácticas de los comunistas de Europa occidental; como una intención dogmática, hegemónica, de encuadrar a todos bajo una sola línea correcta. Al respecto, en la reunión se propuso condenar no el libro, sino una entrevista que Carrillo había concedido recientemente. En la entrevista, las declaraciones antisoviéticas se presentaban mucho más claramente. Pero como el Politburó exigió que se condenara el libro, no había nada que hacer. Al mismo tiempo, de los diarios de Chernyaev se desprende que el libro provocó tal condena del Politburó debido al informe preparado por el KGB. Chernyaev leyó este resumen del libro hecho por el KGB y, en su opinión, sus agentes recopilaron todos los ataques antisoviéticos presentes en el libro, que, según el propio Chernyaev, solo constituirían el 5 % de los argumentos de aquel (Chernyaev, 2008: 313).

Después del primero, apareció un segundo artículo.²⁶ Su narrativa era más comedida y conciliadora. Según Chernyaev (2008: 324), su idea era mostrar que Moscú no estaba en contra del PCE y, en general, no estaba en contra de ninguna de sus políticas. En todo caso, Moscú estaba en contra del antisovietismo de Carrillo. Chernyaev cita a Ponomarev diciendo que, después del segundo artículo, se decidió no escalar más el conflicto con Carrillo. Este también entendió la falta de voluntad de Moscú de agravar el conflicto. En una conversación con el embajador en el verano de 1977, dijo que veía la diferencia entre el primer y el segundo artículo y por eso no pretendía despertar pasiones. El embajador Bogomolov resumió su conversación diciendo que Carrillo no cerraba la puerta a más contactos; y en principio, existía la sensación de que Carrillo quería llevar la conversación a un rumbo pacífico. Según el embajador, Carrillo quería demostrar que no quería romper relaciones con PCUS. Como prueba de ello, dijo que el PCE aceptaba una invitación para una conmemoración del 60.º aniversario de la Revolución de Octubre, que se celebraría en Moscú en noviembre de 1977. Asimismo, los comunistas españoles invitaron a una delegación del PCUS al congreso de PCE, que se celebró a fines de noviembre de 1977.²⁷

Sin embargo, las relaciones con Carrillo definitivamente habían empeorado desde la publicación del libro. El embajador soviético, durante esta conversación, preguntó a Carrillo si levantaba la prohibición de viajar a los comunistas españoles y miembros de sus familias para descansar y recibir tratamiento en la URSS, a lo que el secretario general respondió que el PCE no había interferido en la visita a la Unión Soviética de un miembro

²⁶ *Новое время. (Tiempos Nuevos)* (julio de 1977), n.º 34.

²⁷ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1693, fol. 12-13, «Conversación con el secretario general de PCE Santiago Carrillo» (5 de agosto de 1977) / (Запись беседы с генеральным секретарем ЦК КПИ Сантьяго Каррильо. 05.08.1977. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1693, л. 12-13).

del Comité Central del PCE (Bardem) que había acudido al Festival de Cine de Moscú. Además, no se opondría a un viaje a la URSS de un cantante comunista para un concurso internacional de canciones juveniles. Sin embargo, los comunistas españoles no irían a la Unión Soviética para recibir tratamiento y descanso aquel año (1977) debido a que Carrillo era criticado en la URSS. Si esta crítica se detuviera, inmediatamente se reanudarían los viajes.²⁸ Otro indicio del deterioro de las relaciones puede considerarse el tono del parlamento con el embajador mencionado. Por primera vez, la conversación se presentó como un argumento franco. En segundo lugar, el deterioro de las relaciones con Carrillo se evidencia en la valoración de Carrillo que se permitió el propio embajador. Evaluando su comportamiento, el embajador describe que Carrillo era un desequilibrado, que veía intrigas por todas partes a su alrededor.²⁹ Nunca antes ningún embajador se había permitido hablar de él así.

El enfriamiento de las relaciones entre el PCUS y el PCE también se puede juzgar por cómo reaccionó el PCE ante la celebración del 60.º aniversario de la Revolución de Octubre. Durante una conversación con la miembro del Comité Central del PCE Leonor Bornaio, un diplomático soviético preguntó si el PCE tenía previsto realizar actos dedicados a este evento. Bornaio, refiriéndose a las próximas elecciones municipales y el próximo congreso del partido, dijo que el PCE aún no lo había pensado.³⁰ En otra conversación tres días después, Bornaio informó, no obstante, de que la dirección del PCE había decidido realizar actos ceremoniales en las ciudades de España.³¹ Como resultado, después de leer las notas de estas dos conversaciones, uno tiene la impresión de que el PCE decidió celebrar el 60.º aniversario de la Revolución de Octubre solo ante una insistencia muy grande o como un gran favor a la Unión Soviética.

Otra evidencia de relaciones dañadas fue el incidente en una recepción en el Kremlin con motivo del 60.º aniversario de la Revolución de Octubre. Carrillo fue invitado a la recepción y, según Bornaio, prometieron darle cinco o seis minutos para hablar;³² pero, al final, nunca recibió la palabra. Según Chernyaev, el jefe del Departamento Internacional, Ponomarev, estaba dispuesto a concedérsela, pero sus superiores estaban en contra. Chernyaev recuerda que Carrillo, al salir de Moscú, estaba terriblemente insatisfecho (Chernyaev, 2008: 333). El secretario general del PCE se sintió engañado al habersele prometido darle la palabra para que acudiera a Moscú y demostrara así la unidad del mo-

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Ibidem*, f. 14.

³⁰ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1694, fol. 26, «Conversación con la miembro del Comité Ejecutivo del CC del PCE Leonor Bornaio» (29 de agosto de 1977) / Запись беседы с членом Исполкома ЦК КПИ Леонор Борнаю. 29.08.1977. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1694, л. 26).

³¹ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1694, fol. 32, «Conversación con la miembro del Comité Ejecutivo del CC del PCE Leonor Bornaio» (31 de agosto de 1977) / (Запись беседы с членом Исполкома ЦК КПИ Леонор Борнаю. 31.08.1977. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1694, л. 32).

³² RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1694, fol. 69, «Conversación con la miembro del Comité Ejecutivo del CC del PCE Leonor Bornaio» (3 de noviembre de 1977).

vimiento comunista internacional. Como una confirmación más de la astucia de la dirección soviética, destacó un artículo del diario *Pravda* que informaba sobre las felicitaciones del PCE con motivo de la festividad, pero no mencionaba al propio Carrillo. Todos estos agravios fueron expresados a la embajada soviética por Leonor Borna.³³

Esto explica para Chernyaev (2008: 333) que Carrillo optase por la retórica antisoviética durante su visita a Estados Unidos. Allí dijo que el PCE estaba contra los bloques y las bases militares, pero, como había bases militares de la URSS en Europa, el PCE no estaba en contra de los estadounidenses. No obstante, hasta eso podría perdonarse a Carrillo. En 1978 se celebró el IX Congreso del PCE y parte de las ideas de su libro migraron al nuevo programa del partido (Andrade Blanco, 2005). Lo más desagradable para Moscú fue que el partido dejase oficialmente de ser leninista. Desde este año, los contactos con otras fuerzas de izquierda en España se intensificaron.

Estos contactos comenzaron a surgir incluso antes de la muerte de Franco. Así, en enero de 1974 se celebró una reunión con uno de los dirigentes del Partido Socialista Popular (PSP). Durante la conversación, el PSP pidió ayuda financiera.³⁴ Tras el inicio del periodo de transición, los contactos con el PSOE se hicieron más activos; a veces, más intensos que con el PCE. En 1977, el embajador soviético habló con Felipe González cuatro veces (conversaciones del 28 de julio,³⁵ 7 de noviembre,³⁶ 11 de noviembre³⁷ y 10 de diciembre)³⁸ y con líderes de PCE solo dos veces (conversaciones del 5 de agosto³⁹ y del 8 de septiembre).⁴⁰ Según los diarios de Chernyaev, el PSOE se interesó por el jefe del Departamento Internacional del Comité Central solo como contraste al antisovietismo de Carrillo (Chernyaev, 2008: 501).

³³ *Ibidem*, fol. 70.

³⁴ RGANI, f. 5, inv. 67, exp. 827, fol. 25, «Conversación con Tierno Galván» (29 de enero de 1974) / (Запись беседы с Тьерно Гальваном. 29.01.1974. РГАНИ, ф. 5, оп. 67, д. 827, л. 25).

³⁵ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1693, fol. 17, «Conversación con el primer secretario del PSOE Felipe González» (28 de julio de 1977) / (Запись беседы с Первым секретарем ИСРП Фелипе Гонсалесом. 28.07.1977. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1693, л. 17).

³⁶ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1693, fol. 36, «Conversación con el primer secretario del PSOE Felipe González» (7 de noviembre de 1977) / (Запись беседы с Первым секретарем ИСРП Фелипе Гонсалесом. 07.11.1977. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1693, л. 36).

³⁷ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1693, fol. 37, «Conversación con el primer secretario del PSOE Felipe González» (11 de noviembre de 1977) / (Запись беседы с Первым секретарем ИСРП Фелипе Гонсалесом. 11.11.1977. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1693, л. 37).

³⁸ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1693, fol. 40, «Conversación con el primer secretario del PSOE Felipe González» (10 de diciembre de 1977) / (Запись беседы с Первым секретарем ИСРП Фелипе Гонсалесом. 10.12.1977. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1693, л. 40).

³⁹ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1693, fol. 11, «Conversación con el secretario general del PCE Santiago Carrillo» (5 de agosto de 1977) / (Запись беседы с генеральным секретарем ЦК КПИ Сантьяго Каррильо. 05.08.1977. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1693, л. 11).

⁴⁰ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1693, fol. 31, «Conversación con la presidenta del PCE Dolores Ibárruri» (8 de septiembre de 1977) / (Запись беседы с президентом КПИ тов. Долорес Ибаррури. 08.09.1977. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1693, л. 31).

Desde 1977, hubo cambios en la política hacia el PCE. Moscú tomó un nuevo rumbo para oponerse más activamente a Carrillo. Chernyaev cita las ideas que Ponomarev expresó el 21 de julio de 1977. Ponomarev sugirió, de alguna manera, incitar a la hija de Dolores Ibárruri a difundir un rumor en la prensa occidental sobre lo mal que Carrillo trataba a Pasionaria y cómo la había aislado. Luego propuso darle al grupo de García, el PCE (VIII-IX Congresos) y a otro partido comunista paralelo —no se dice cuál, pero muy probablemente sea el PCT— «50000» (no precisa qué moneda, pero pienso que dólares) para oponerse a Carrillo. Asimismo, sugería persuadir a las CCOO para que también se opusieran a Carrillo. El mismo Chernyaev evaluaba estas ideas de su jefe como irrealizables. Sin embargo, después de 1977 se intensificaron los contactos con los opositores a Carrillo (Chernyaev, 2008: 326-327).

Moscú fomentó la participación de españoles prosoviéticos en organizaciones encargadas de los lazos culturales entre ambos países. Los afiliados o simpatizantes de los partidos comunistas paralelos —PCE (VIII-IX Congresos), PCOE— participaron activamente en sus trabajos. Esto preocupó a la dirección del PCE. Así, Carrillo, en una conversación con el embajador soviético en agosto de 1977, dijo que el comité para la fundación de la asociación de amistad soviético-española estaba formado por miembros del PCE (VIII-IX Congresos) y su objetivo era dividir el PCE y socavar su autoridad. En parte, las palabras de Carrillo están justificadas; al menos, en lo que se refiere a la presencia de un gran número de comunistas prosoviéticos en la dirección de la asociación. Sin embargo, el hecho de que comunistas que simpatizaban con la URSS y no compartían las opiniones de Carrillo se concentraran en esta organización se debe, en parte, a la actuación del propio secretario general. Así, tras la publicación de un artículo en la revista *Tiempos Nuevos*, dos comunistas abandonaron la directiva de la Asociación de Amistad Hispano-Soviética. Esto parece haber sucedido bajo la influencia de Carrillo, lo que se puede juzgar por el hecho de que el escritor Antonio Buero Vallejo también abandonase la junta directiva de la asociación. No era miembro del PCE, pero, según el responsable de la asociación, Raúl Cuervo, lo hizo para no estropear las relaciones con Santiago Carrillo.⁴¹ Que Carrillo facilitó la salida de sus seguidores de la dirección de la asociación se puede comprobar por una conversación de un diplomático soviético con el miembro del PCE y director de cine Juan Bardem. Durante la conversación, dijo que había recibido una orden de Carrillo para retirarse de la junta directiva de la asociación y que tendría que cumplirla.⁴²

⁴¹ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1694, fol. 3, «Conversación con el jefe del grupo Iniciativa para la Creación de una Asociación de Amistad Hispano-Soviética» (12 de julio de 1977) / (Запись беседы с Раулем Куэрво, руководителем инициативной группы по созданию ассоциации испано-советской дружбы. 12.07.1977. РГАНИ, ф.5, оп.73, д. 1694, л. 3).

⁴² RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1693, fol. 4, «Conversación con el miembro del CC del PCE, director del cine, Juan Bardem» (13 de julio de 1977) / (Запись беседы с членом ЦК КПИ, кинорежиссером Хуаном Бардемом. 13.07.1977. РГАНИ, ф.5, оп. 73, д. 1694, л. 4).

Así, en 1978 apareció en el archivo del Departamento Internacional toda una carpeta dedicada a información sobre los partidos comunistas españoles paralelos.⁴³ En particular, hay mensajes del PCT y cartas del PCOE de Líster. No existían tales carpetas en periodos anteriores. Cabe destacar que esta carpeta no contiene ningún mensaje del PCE (VIII-IX Congresos), a pesar de que, al parecer, fue este el grupo que Moscú eligió como base para crear una fuerza única en contra de Carrillo. Esta elección disgustó a Líster. En una de sus cartas al Comité Central del PCUS, Líster se queja de algunos empleados de la embajada soviética en España. Incluso les habría expresado a los miembros del PCOE que el PCOE no representaba a nadie ni tenía influencia política, y que, para ser reconocidos, deberían adherirse al PCE (VIII-IX Congresos) de García.⁴⁴

Al mismo tiempo, Moscú estaba intensificando las relaciones con las estructuras de base del PCE. Allá por agosto de 1977, durante una conversación entre los embajadores de la URSS y la RDA en Madrid, un colega alemán informó de que recibió instrucciones de Berlín para establecer contactos con el eslabón medio de los activistas del PCE. Esto, decía, era necesario para no depender en los juicios de la información proporcionada por la cúpula del PCE. Si hablamos de la embajada soviética, entonces el establecimiento de vínculos con el eslabón medio del partido se expresó en reuniones bastante frecuentes de diplomáticos con los jefes de varias células del PCE. Así, en 1978, los trabajadores de la embajada se comunicaron con ellos cinco veces (conversaciones de 19 de enero,⁴⁵ 31 de enero,⁴⁶ 6 de febrero,⁴⁷ 16 de marzo⁴⁸ y 23 de marzo de 1978⁴⁹). Estos eran miembros y líderes de comités provinciales y de zona. Durante las conversaciones con ellos, entre otras cosas, discutieron sobre la mejor manera de contarles a los comunistas españoles la realidad sobre la Unión Soviética. Así, en conversaciones con José Pascual Ormillo,

⁴³ RGANI, f. 5, inv. 75, exp. 1231, «Cartas y materiales del fraccionario Partido Comunista de los Trabajadores y del paralelo Partido Comunista Obrero Español» / (Письма и материалы фракционной Коммунистической партии трудящихся (КПТ) и параллельной Коммунистической рабочей партии Испании (КРПТИ). 04.78-12.79 РГАНИ, ф.5, оп. 75, д. 1231.

⁴⁴ RGANI, f. 5, inv. 75, exp. 1231, fol. 87, carta de E. Lister al embajador soviético Y. Dubinin (30 de octubre de 1978) / (Письмо Э. Листера послу СССР в Испании Ю. Дубинину. 30.10.1978. РГАНИ, ф. 5, оп. 75, д. 1231, л. 87).

⁴⁵ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1229, fol. 13, «Conversación con Andrés Mate Ageda, miembro del Comité Provincial de Madrid» (19 de enero de 1978) / (Запись беседы с Андресом Матей Агеда, членом провинциального комитета КПИ. 19.01.1978. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1229, л. 13).

⁴⁶ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1230, fol. 10, «Conversación con Andrés Mate Ageda, miembro del Comité Provincial de Madrid» (31 de enero de 1978) / (Запись беседы с Андресом Матей Агеда, членом провинциального комитета КПИ. 31.01.1978. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1230, л. 10).

⁴⁷ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1230, fol. 6, «Conversación con José Huéllamo, secretario de la organización comunista de Coslada» (6 de febrero de 1978) / (Запись беседы с Хоце Уэламо, секретарем первичной организации промышленного района Кослада мадридской провинции. 06.02.1978. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1230, л. 6).

⁴⁸ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1230, fol. 18, «Conversación con Pedro Caba, miembro del Comité del PCE del Barrio de Salamanca en Madrid» (16 de marzo de 1978) / (Запись беседы с Педро Каба, членом районного комитета КПИИ Саламанка г. Мадрид. 16.23.03.1978. РГАНИ, ф. 5, оп. 73, д. 1230, л. 18).

⁴⁹ *Ibidem*.

miembro del comité zonal del PCE de Vallecas, a finales de octubre de 1977, se habló de la creación de un «Comité de Solidaridad Hispano-Soviética» por iniciativa de los comunistas españoles. Su objetivo era lograr un mejor conocimiento de la vida del pueblo soviético y la refutación de la falsa imagen de la Unión Soviética creada por Carrillo.⁵⁰ Estos contactos preocuparon a la jefatura del PCE, como se desprende de una de las conversaciones con el embajador en 1979 por parte de Leonor Bornaoy Jaime Ballesteros. En ella se quejaron de tales contactos.⁵¹ Así, a juzgar por estos datos, en algún momento de 1977, comenzaron los preparativos para la ruptura definitiva con el PCE de Carrillo.

Desafortunadamente, los documentos de la década de 1980 aún no están disponibles, pero las entrevistas con diplomáticos soviéticos y las memorias de Chernyaev nos permiten recrear parcialmente estos eventos. Además, uno de los diplomáticos incluso llegaba a afirmar que fue el responsable directo de la creación de un partido comunista paralelo. Desafortunadamente, me pidieron que no diera sus nombres y no entró en detalles. Sin embargo, tanto los diarios de Chernyaev como los diplomáticos atestiguan que en algún momento a partir de 1982 se decidió romper con Carrillo. A mediados de 1982, Chernyaev se reunió varias veces con los líderes del nuevo PCC. A partir de esto, Chernyaev concluye que el Comité Central decidió apoyar casi abiertamente acciones para liquidar el partido de Carrillo, o más bien llevarlo a la descomposición natural y la muerte (Chernyaev, 2008: 548).

Y, de hecho, los diplomáticos también dicen en sus entrevistas que fue en 1982 cuando comenzaron las acciones activas para la creación de un partido prosoviético que rompiera con Carrillo.⁵² La corrección de esta idea se confirmó finalmente después de las elecciones de 1982, cuando el PCE de Carrillo fue derrotado en las elecciones. Para Moscú, esto significaba que ya no tenía sentido aferrarse al partido de Carrillo, ya que no representaba una fuerza relevante; y, si era así, entonces no tenía sentido soportar sus discursos antisoviéticos.

Después de eso, según el diplomático, activaron las negociaciones con todos los grupos ortodoxos que se habían salido del PCE y que condenaban los pasos antisoviéticos de Carrillo y, precisamente, su eurocomunismo.⁵³ Moscú buscó lograr la unificación de estas fuerzas y esto se consiguió en 1984, cuando se creó el PCPE. Finalmente fue reconocido por la URSS y otros países del bloque socialista. En este sentido, se interrumpieron las relaciones con el PCE; pero el nuevo partido, según el diplomático soviético,

⁵⁰ RGANI, f. 5, inv. 73, exp. 1693, fol. 65, «Conversación con José Pascual Ormillo, miembro del comité zonal de PCE de Vallecas» (29 de octubre de 1977); «Carrillo» (5 de agosto de 1977) / (Запись беседы с Хосе Паскуалем Орнильо, членом зонального комитета КПИ Мадридского района Вальекас. 29.10.1977. РГАНИ, ф.5, оп. 73, д. 1694, л. 65).

⁵¹ RGANI, f. 5, inv. 75, exp. 1230, fol. 52, «Conversación con los miembros del Comité Ejecutivo del CC de PCE Jaime Ballesteros y Leonor Bornaoy» (11 de junio de 1978) / (Запись беседы с членами Исполкома ЦК КПИ Хайме Бальестеросом и Леонор Борнео. 11.07.1978. РГАНИ, ф. 5, оп. 75, д. 1230, л. 52).

⁵² Entrevistas grabadas a dos diplomáticos soviéticos el 21 de agosto de 2022.

⁵³ *Ibidem*.

experimentó serios problemas de personal y finanzas.⁵⁴ Aparentemente, estos problemas estuvieron relacionados con el hecho de que a mediados de la década de 1980 comenzase una profunda crisis económica en la URSS. A esto se sumó el hecho de que en 1985 llegó al poder Mijail Gorbachov. Su «Nuevo Pensamiento Político» llevó a Moscú a tratar de reducir los costos de la confrontación con Occidente, y en 1989 simplemente no quedaba dinero para ello y el apoyo a los partidos comunistas extranjeros cayó drásticamente. El interés por el nuevo partido comunista por parte de la URSS también fue débil porque en 1985 Carrillo y un grupo de sus seguidores fueron expulsados del PCE. Por lo tanto, casi inmediatamente después de eso, Moscú miró de forma favorable todas las negociaciones sobre la unificación de todos los comunistas; y cuando Julio Anguita fue elegido secretario general del PCE en 1988, Moscú sintió que el PCE volvía a la retórica marxista tradicional. El problema fue, sin embargo, que en ese momento la propia Unión Soviética comenzó a alejarse del marxismo-leninismo dogmático.

Así, las relaciones entre la URSS y el PCE continuaron hasta principios de la década de 1980, aunque atravesaron periodos de mejora y crisis. Moscú no reconoció oficialmente a ningún otro partido comunista. Para la política de Moscú en torno al PCE, los discursos antisoviéticos del PCE fueron decisivos. Todo lo demás era de importancia secundaria. Sin embargo, las declaraciones antisoviéticas fueron parte de la política de Carrillo para mostrar su independencia y fueron toleradas hasta el momento en que, en el congreso de 1978, se eliminó la palabra «leninista» de la definición del partido. Después de eso, comenzó la activación de las relaciones con los partidos comunistas paralelos y las estructuras de base del PCE. Moscú finalmente pasó a apoyarlos en 1982, cuando el PCE sufrió una dura derrota en las elecciones. En 1984, la URSS logró la unificación de los dispares opositores de Carrillo en un solo partido, al que reconoció como el partido comunista correcto. Pero esto sucedió en vísperas del inicio de una grave crisis en la Unión Soviética, por lo que tuvo que cancelar el apoyo a los partidos comunistas extranjeros.

⁵⁴ *Ibidem*.

CAPÍTULO 8

LA RDA Y LA CRISIS DEL COMUNISMO ESPAÑOL: UNA MIRADA TRANSNACIONAL

Xavier María Ramos Diez-Astrain¹ y Eduardo Abad García²

8.1. INTRODUCCIÓN

Hemos comenzado este volumen reseñando los distintos ecos que la dimisión de Santiago Carrillo generó en el mundo comunista. Como indicábamos, las páginas del diario de la SED gobernante en la RDA, *Neues Deutschland*, apenas dedicaban una escueta noticia a un acontecimiento tan relevante el 8 de noviembre de 1982, resaltando el nombramiento de su sustituto: «En una reunión celebrada el domingo, el Comité Central del Partido Comunista de España eligió a Gerardo Iglesias, hasta ahora dirigente del Partido Comunista de Asturias, como secretario general del PCE. Al mismo tiempo, el CC aceptó la dimisión del anterior secretario general, Santiago Carrillo».³ Aparentemente, la SED no confería al cambio en la dirección del PCE una gran importancia. Sin embargo, un informe remitido al Politburó el 12 de noviembre por parte del director de la Abteilung Internationale Verbindungen (Departamento de Relaciones Internacionales) del Comité Central de la SED, Günter Sieber, trasladaba lo siguiente:

¹ Investigador posdoctoral Juan de la Cierva—Formación en el Grupo de Investigación de Historia de las Relaciones Internacionales (GHistRI) de la Universidad Complutense de Madrid (UCM).

² Contratado posdoctoral Margarita Salas de la Universidad de Oviedo, gracias a la financiación del Ministerio de Ciencia con los fondos 'Next Generation-EU' de la Unión Europea (MU-21-UP2021-03053648001).

³ «Gerardo Iglesias zum neuen Generalsekretär der KP Spaniens gewählt», *Neues Deutschland* (8 de noviembre de 1982), p. 5.

las fuerzas marxistas-leninistas dentro y fuera del PCE ven la derrota electoral del partido [en las elecciones del 28 de octubre] sobre todo como una expresión del completo fracaso del «eurocomunismo». Atribuyen el cambio en la cúspide de la dirección del partido a la creciente presión de la base del partido, que está decepcionada por los resultados de las elecciones y exige un retorno a una política de clase del partido. La elección de Iglesias es, en su opinión, un compromiso entre Santiago Carrillo y los aún más derechistas «renovadores», que quieren impedir que las fuerzas marxistas-leninistas avancen y hagan cumplir sus respectivas líneas eliminando la base del partido.⁴

Ciertamente, el análisis de Sieber, que bebía en buena medida de las informaciones proporcionadas por sectores ortodoxos, no era muy optimista acerca de la posibilidad de que el PCE pudiera volver a una *sana* política marxista-leninista bajo el liderazgo de Iglesias.

Por aquel entonces y bajo el influjo de esas impresiones, la SED ya estaba abandonando —con medida cautela— una política tradicional, procedente de la Komintern, de reconocer solamente un partido comunista por país. En realidad, los comunistas germano-orientales ya habían tratado antes con dirigentes comunistas ortodoxos, pero no de forma directa, sino a través de diversos subterfugios. En el momento de dimitir Carrillo, no obstante, ya se había fundado en Cataluña el PCC y la SED había dispuesto con él una serie de canales de colaboración. 1982 fue un año decisivo para el cambio en la política de la RDA ante los comunistas españoles, que cristalizó poco después en un periodo de relaciones duales abiertas entre el PCE y el PCPE antes de que los alemanes del Este recuperasen su apuesta por la unidad.

La cuestión de las relaciones de la RDA —o de la SED— con los comunistas españoles no es nueva en la historiografía, aunque todavía ofrece numerosas posibilidades. Algunos aspectos de estas relaciones han sido bastante estudiados. Es el caso de la presencia de varios grupos de exiliados comunistas españoles en la RDA durante la dictadura franquista, investigada por Drescher (2008) y Denoyer (2012; 2017). Varios textos breves han atendido a distintos periodos en las relaciones PCE-SED, como un fragmento de la tesis de Denoyer (2017: 343-410) para el periodo 1950-1989, con especial atención a los años del Franquismo; un capítulo en alemán de Denoyer y Faraldo (2011) que recorría las relaciones hasta las crisis de 1968 y 1973; otro capítulo de Baumer (2011) para los años 1973-1977, en los que se fue definiendo el eurocomunismo, que ha sido recientemente adaptado al castellano (Baumer, 2022); o la investigación de Seng (2009) dedicada a los años 1971-1978, también trasladado en 2022 a un capítulo en lengua castellana, centrándose en cómo impactó en las relaciones PCE-SED la normalización diplomática España-RDA (Seng, 2022). También ha aparecido algún artículo dedicado a la solidaridad de la SED con el PCE en su lucha antifranquista

⁴ 12/11/1982. Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR im Bundesarchiv (SAPMO), Sozialistischen Einheitspartei Deutschlands (SED), Abteilung Internationale Verbindungen im ZK der SED (Abt. IV), DY 30/11613, «Information für das Politbüro des ZK der SED» (Sieber, 12 de diciembre de 1982).

(Grebe, 2000), a la que también presta atención el libro de Uhl (2004) sobre el llamado «mito español». La vertiente sindical de estas relaciones ha sido abordada por Jüngling (2017, 2022) y por Ramos (2021b). Como puede verse, existe un número relativamente importante de estudios, pero no hay un abordaje global, sistematizado, de estos vínculos y, aunque se tratan en una época en la que el PCE estaba evolucionando, apenas se ha examinado el papel de la SED en su crisis.

Por ello, contamos con margen para continuar profundizando sobre la base de las investigaciones preexistentes y dilucidar algunas cuestiones relevantes para una comprensión global de las relaciones transnacionales entre los comunistas del Este (RDA) y el Oeste (España) a partir de este estudio de caso. Lo primordial es valorar en qué medida los germano-orientales fueron un factor activo en la crisis del comunismo español: cómo reaccionaron ante lo que ocurría en el PCE, cómo influyeron en los acontecimientos, cómo se vincularon con el PCE y con los diversos grupos ortodoxos, etc., considerando, además, que la RDA, aunque en buena medida se ceñía a la línea de Moscú, tenía objetivos propios que no siempre tenían por qué coincidir, especialmente tras el comienzo de la Perestroika, que fue rechazada por la SED.

Desarrollaremos el capítulo en torno a tres apartados, en los que examinaremos, en primer lugar, cómo evolucionaron las relaciones SED-PCE hasta 1982, en un proceso en el que se pasó de un gran afecto mutuo a una creciente tensión. El segundo apartado describirá cómo discurrieron también hasta 1982 las relaciones entre la SED y las agrupaciones ortodoxas que fueron surgiendo. Y, en tercer lugar, previamente a las conclusiones, examinaremos el periodo de relaciones duales surgido a partir de la fundación del PCC en 1982 y la constatación por parte de la SED de la gravedad de la crisis del PCE, y muy especialmente desde el nacimiento del PCPE en 1984.

La presente investigación parte del uso combinado de fuentes primarias de varios tipos, además de una amplia bibliografía. Está muy presente la documentación de distintas secciones de nueve archivos de España, Alemania y la antigua Checoslovaquia: el Archivo Histórico del PCE, el Archivo Personal de Alberto Hevia, el Archivo Personal de Eduardo Abad, el Arxiu Josep Serradell, la Biblioteca de Asturias, el Centro Documental de la Gavilla Verde, el Národní Archiv, el Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes y la Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR im Bundesarchiv. Se ha recurrido, asimismo, a las hemerotecas de siete publicaciones: *Avant*, *Boletín de información para los miembros del Comité Central*, *El País*, *Mundo Obrero*, *Mundo Obrero (cabecera roja)*, *Neues Deutschland* y *Nuevo Rumbo*. Además, también hemos contado con algunos testimonios personales de protagonistas del movimiento ortodoxo.

8.2. DE LA CONCORDIA REAL A LA CORDIALIDAD FORMAL: LAS RELACIONES SED-PCE HASTA LA CRISIS DE 1982

Las buenas relaciones entre el PCE y la SED tenían sus antecedentes en la buena sinergia entre los comunistas españoles y la *Kommunistische Partei Deutschlands* (Partido Comunista de Alemania, KPD), que había tenido una presencia acusada en las Brigadas Internacionales. De hecho, varios de los fundadores de la SED —por fusión con los socialdemócratas de Alemania del Este en 1946— y de la RDA habían combatido en España, y el mito español era un aspecto clave de la RDA: la consideración de la experiencia interbrigadista como una primera etapa de la lucha antifascista que habían llevado a cabo en la propia Alemania, que era, a su vez, fundamento de legitimidad de la RDA.⁵ España, en consecuencia, tenía una gran significación simbólica. Pero no solo era una cuestión del pasado. El PCE estaba desarrollando un importante trabajo de oposición al régimen de Franco y la RDA, como otros estados socialistas, se volcó en apoyar esa labor. Los métodos fueron variados, pero coincidentes en un amplio despliegue de medios. Uno de los aspectos clave de este respaldo fue el acogimiento a un importante número de exiliados comunistas en territorio germano-oriental. Si bien el número de exiliados republicanos en la RDA fue escaso comparativamente con los que había en otros estados de Europa Oriental (en 1954 los exiliados españoles eran unos 94 —después aumentó su número—, un 17 % frente al 35 % de Checoslovaquia, el 26 % de Polonia o el 21 % de Hungría) (Eiroa, 2018: 88), no debe desdeñarse la importancia que este asilo tuvo para el PCE, que articuló varios grupos de militantes en Dresde, Leipzig, Karl-Marx-Stadt (hoy Chemnitz), Berlín o Teupitz (Kreienbrink, 2005: 327-328). Llegaron en varias oleadas y algunos de ellos permanecieron en la RDA una vez muerto Franco, aunque ya podían retornar a España, por razones como que se habían nacionalizado en el país o habían formado familias (Denoyer, 2017: 195).

El apoyo germano-oriental al PCE, además, se expresaba de manera directa de muy diversas formas, que fueron perfeccionándose con el tiempo. En territorio de la RDA, por ejemplo, los dirigentes facilitaron la celebración de reuniones de órganos políticos del PCE, como fue el caso del Comité Central de junio de 1956, que aprobó la política de reconciliación nacional y reforzó la posición de Carrillo (Lister, 1983: 124). Asimismo, el PCE convocó en 1964 una escuela central en un lugar secreto de la RDA, que continuó hasta que, en 1968, tras ser descubierta durante el año previo por el Franquismo y con el movimiento comunista internacional fragmentado, se trasladó a suelo rumano (Denoyer, 2017: 361).

La ayuda material existió siempre, pero empezó a darse organizadamente a partir de 1963 (Denoyer y Faraldo, 2011: 188); año en el que fue constituido un *Solidaritätskomitee*

⁵ Además del extenso trabajo de Uhl (2004), pueden verse sobre esta cuestión —una de las más trabajadas por la historiografía— las investigaciones de Heine (2001); McLellan (2004); Asholt, Reinecke y Schlünder (2009); Bemecker (2019); o en varios capítulos de Faraldo y Sanz (2022).

für das spanische Volk (Comité de Solidaridad para el Pueblo Español), apoyado económicamente por los sindicatos germano-orientales y por donaciones,⁶ que desde entonces se volcó en recaudar fondos y en realizar toda clase de actividades de solidaridad con la lucha antifranquista del PCE. El respaldo económico desde la RDA adoptó toda clase de fórmulas (dinero en efectivo, aparatos, impresión de propaganda, etc.) y se mantuvo en niveles elevados hasta que la cuestión española quedó en segundo plano con la Guerra de Vietnam, hacia la que se redirigieron los fondos de solidaridad (Uhl, 2004: 232). No obstante, no terminó del todo.

En 1968, sin embargo, se precipitaron los cambios tanto en el seno del PCE como en su relación con la SED. El aplastamiento del proceso de reformas checoslovaco por parte de las tropas de cinco países del Pacto de Varsovia —la URSS, Hungría, Polonia, Bulgaria y la RDA—⁷ el 21 de agosto de 1968 convirtió a esta en una «fecha bisagra» tras la cual varios partidos comunistas tomaron distancia del modelo soviético y articularon una supuesta tercera vía, con una nueva estética, nuevos objetivos y distintas fórmulas de implantación: el llamado eurocomunismo (Balampanidis, 2019: 165-171). El PCE fue uno de los partidos que enarbolaron esta alternativa y criticaron abiertamente la invasión de Checoslovaquia. Las divergencias entre el PCE, en realidad, se habían manifestado antes. El PCE consideró, en un primer momento, que las reformas de Alexander Dubček guiaban el desarrollo de la democracia socialista,⁸ mientras que los alemanes alertaron sobre la expansión en Checoslovaquia de unas «opiniones revisionistas, incluso abiertamente burguesas» (Wolle, 2008: 138). Según el proceso checoslovaco avanzó, aumentó la distancia entre las valoraciones del PCE y de la SED, y la declaración de condena que hizo el PCE tras la invasión⁹ no ayudó, precisamente, a reducirla. Al igual que con el PCUS, las relaciones se enfriaron considerablemente, como muestra el hecho de que una reunión que poco antes se estaba organizando para otoño de 1968¹⁰ no se llevase a término y tuvieran que transcurrir varios años, hasta 1974, para que los máximos dirigentes del PCE y de la SED volvieran a reunirse.

De esto no debe colegirse que hubiera una ruptura oficial. Aunque había un palpable enfriamiento de las relaciones SED-PCE, estas continuaron manteniéndose en términos oficiales. Pero un nuevo conflicto se estaba germinando e iba a estallar con la normalización diplomática entre España y la RDA a comienzos de 1973. Hasta fines de los sesenta, la solidaridad de los partidos comunistas gobernantes en el Este con la

⁶ SAPMO, SED, Protokolle des Sekretariats des ZK der SED (Secretariat), DY 30/56561, «Umlauf-Protokoll Nr. 25/63» (20 de mayo de 1963).

⁷ En realidad nunca entraron tropas de la RDA en Checoslovaquia, pero los alemanes del Este se volcaron en dar apoyo logístico al resto de ejércitos.

⁸ «La impulsión de la democracia socialista en Checoslovaquia», *Mundo Obrero* (1 de abril de 1968), p. 2.

⁹ Comité Ejecutivo del PCE, «Declaración del P.C. de España sobre los acontecimientos en Checoslovaquia», *Mundo Obrero* (1 de septiembre de 1968), p. 7.

¹⁰ AHPCE, Relaciones Internacionales, Jacq. 313, carta de Santiago Carrillo a Walter Ulbricht (25 de marzo de 1968).

lucha del PCE parecía clara, como se recalcó en la Conferencia Internacional de Partidos Comunistas celebrada en Moscú en junio 1969. No obstante, en una conferencia previa celebrada en Karlovy Vary en abril de 1967 se había puesto sobre la mesa la posibilidad de que la RDA, que ansiaba reconocimiento internacional, mantuviera relaciones con todos los estados. En Moscú, en 1969, se recalcó el apoyo a una coexistencia pacífica que, se afirmaba, no era contradictoria con luchas como la antifranquista y no implicaría apoyo a «régimenes reaccionarios» (Seng, 2022: 73). El PCE, por su parte, mantenía a comienzos de los setenta su oposición a que los países socialistas establecieran relaciones con España mientras en esta estuviera vigente la dictadura (Ramos, 2019: 451).

La posición adoptada en 1968 por el PCE y sus crecientes críticas al socialismo real hacían que la SED no se sintiera tan comprometida por sus puntos de vista como antaño. A comienzos de los setenta, la RDA veía cercano el momento de salir del aislamiento en el que se encontraba desde su fundación, como consecuencia de la llamada «Doctrina Hallstein» dictada por la República Federal de Alemania (RFA), que proscribía su reconocimiento. Bajo este nuevo marco, España cobraba interés a ojos germano-orientales por no pertenecer ni a la OTAN ni a las Comunidades Europeas, y por tener, pese a formar parte del bloque occidental, una línea claramente autónoma en materia internacional y una apuesta por la distensión en el continente (Ramos, 2022: 85-86). Abiertas unas negociaciones para preparar un acuerdo comercial como los que mantenía España con otros estados socialistas, a finales de 1972 ambas partes acordaron entablar relaciones diplomáticas plenas tras firmar las dos Alemanias un «Tratado Básico» que reconocía a la RDA como Estado. En enero de 1973 las relaciones plenas España-RDA eran un hecho.

La reacción del PCE fue de enfado. En 1972 el PCE se había dirigido a la SED y otros partidos comunistas pidiendo una intensificación de la solidaridad con la lucha antifranquista (Seng, 2022: 74) y, a cambio, obtenía la normalización diplomática. Era el primer caso de un estado socialista que intercambiaba embajadas con la España de Franco (el segundo iba a ser China, muy poco tiempo después). Mediante una declaración pública, el Comité Ejecutivo del PCE rechazó un reconocimiento que consideraba opuesto al antifascismo y el internacionalismo proletario del que debían hacer gala los partidos comunistas.¹¹ Los dirigentes del PCE también escribieron una carta privada de protesta.¹² El primer secretario del Comité Central de la SED, Erich Honecker, contestó

¹¹ Comité Ejecutivo del PCE, «Sobre el establecimiento de relaciones diplomáticas entre la R.D.A. y el Gobierno de Franco. Declaración del Pleno del Comité Ejecutivo del P.C. de España», *Mundo Obrero* (1 de febrero de 1973), p. 2.

¹² SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13476, carta de Manuel Azcárate al Comité Central de la SED (1 de febrero de 1973).

en una airada respuesta en la que explicaba los motivos por los que se habían normalizado las relaciones con España, en función de la política de coexistencia pacífica, y reprochaba al PCE que atacase en público la decisión soberana de un país socialista.¹³

La crisis de 1973 fue, sin duda, la mayor de las que se produjeron entre el PCE y la SED. En 1974, no obstante, las aguas parecieron volver a su cauce cuando Santiago Carrillo, al frente de una delegación del PCE, realizó una visita oficial a la RDA entre el 28 de noviembre y el 3 de diciembre, tras una reunión preparatoria entre los responsables de Relaciones Internacionales de los comités centrales de ambos partidos, Manuel Azcárate y Paul Markowski, en la que el primero reconoció no conocer lo suficiente de la política de los países socialistas para comprenderla plenamente (Seng, 2022: 79). Tras el viaje de Carrillo, el secretario general del PCE hizo visible su agrado con los términos en que se había desarrollado.¹⁴ Por su parte, el Politburó de la SED hizo una valoración interna también muy favorable según la cual la visita del PCE suponía un importante aporte a la preparación del encuentro de partidos comunistas y obreros que se estaba preparando para 1975 (que, como veremos, fue finalmente en 1976), además de sentar las bases para reforzar la colaboración SED-PCE (algo a lo que, sin duda, ayudaba la subvención al PCE de veinte millones de pesetas para hacer de *Mundo Obrero* un diario).¹⁵

Las relaciones entre España y la RDA, por entonces, no estaban evolucionando en los mejores términos. Su mayor éxito fue la firma el 4 de abril de 1974 de un acuerdo comercial. Pero, por lo demás, afloraron todo tipo de tensiones, uno de cuyos motivos era la vinculación de la SED con el PCE. Por ejemplo, el Gobierno español protestó ante la RDA por el encuentro entre Honecker y Carrillo (Ramos, 2021a: 77). Los desencuentros, sin ser especialmente graves, fueron habituales hasta que, en octubre de 1975, Berlín Este suspendió las relaciones con España de forma unilateral tras ejecutar el régimen sus últimas cinco penas de muerte, cuya conmutación habían pedido a Franco por carta los máximos dirigentes de la RDA (Ramos, 2021a: 85-86). Para su restablecimiento (que se produjo, finalmente, en abril de 1977), la SED aspiraba a contar con el acuerdo tanto de los soviéticos como de los españoles, en un intento de no volver a tensar la situación como en 1973 (Seng, 2022: 81). Las relaciones SED-PCE se mantuvieron en términos positivos y la SED esperaba que el PCE tuviese un papel importante en el régimen posfranquista, así que le prestó su apoyo.

El idilio, sin embargo, no podía durar mucho, a la vista de las crecientes críticas que Carrillo se permitía hacer públicas contra los estados socialistas de Europa del Este (Treglia, 2015: 248-253). El libro de Carrillo *Eurocomunismo y Estado*, publicado en 1977,

¹³ AHPCE, Relaciones Internacionales, Jacq. 571, carta de Erich Honecker (traducción no oficial) al Comité Central del PCE (21 de marzo de 1973).

¹⁴ «Band der Freundschaft noch enger geknüpft», *Neues Deutschland* (3 de diciembre de 1974), p. 2.

¹⁵ SAPMO, SED, Protokolle des Politbüros des Zentralkomitees der Sozialistischen Einheitspartei Deutschlands (Politbüro), DY 30/43518, «Protokoll Nr. 51/74 Sitzung des Politbüros am 17. Dezember 1974».

le supuso una «guerra abierta con la URSS» (Baumer, 2022: 97) y, consecuentemente, el enfriamiento de las relaciones del PCE con los partidos más afines a Moscú, como la SED. La SED había tratado de mostrar una posición conciliadora en la Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Berlín Este en junio de 1976, durante la cual Carrillo —en la, a la postre, última visita que hizo a la RDA— criticó el autoritarismo del socialismo real en una intervención que apareció publicada íntegramente en *Neues Deutschland*.¹⁶ Los alemanes del Este querían mantener el vínculo con los partidos occidentales. En una cumbre de líderes de los partidos gobernantes en Europa Oriental, celebrada en Sofía en marzo de 1977, la SED también trató de evitar las críticas excesivas al PCE (Baumer, 2011: 220-221). Pero cada vez resultaba más complicado mantener los términos conciliadores, entre otras cosas porque el PCE estaba dando apoyo público a disidentes germano-orientales, como Wolf Biermann¹⁷ o, en una entrevista concedida por Carrillo a una cadena germano-occidental, Rudolf Bahro (lo que motivó una protesta del embajador en España, Gerhard Korth, ante el Comité Ejecutivo del PCE).¹⁸

En abril de 1978, el IX Congreso del PCE confirmó el abandono del leninismo. Al cónclave acudió una delegación germano-oriental, que informó a Berlín de lo acaecido. Para la SED era un paso demasiado grave. En un clima tenso en el que, no obstante, las crecientes diferencias, se mantenía la dinámica de encuentros entre los dos partidos, la dirección del PCE hizo saber a la SED que tenía constancia de «viajes descontrolados» por parte de sectores disidentes y no pensaba permitir ninguno más.¹⁹

A finales de julio de 1981 se celebró el X Congreso del PCE. Aunque Carrillo repitió como secretario general y logró conservar un respaldo mayoritario a su política, su figura fue cuestionada y el partido apareció nítidamente dividido en varios sectores, estando los carrillistas flanqueados por la derecha por los llamados «renovadores» y por la izquierda por los ortodoxos, que la prensa tildó de «prosoviéticos» (Andrade, 2021: 308-309). La crisis no se manifestaba solamente en términos cualitativos, sino también cuantitativos: desde la legalización del PCE en 1977, el partido había perdido 60000 afiliados (Hernández, 2022: 322). La SED, presente en el encuentro, verificó «la profunda crisis y la tendencia a la socialdemocracia» que afectaba a los comunistas españoles.²⁰ El Politburó, con la esperanza de poder influir en la evolución del PCE en un sentido *positivo*, acordó preparar unas líneas para que ambos partidos desarrollasen

¹⁶ «Santiago Carrillo. Generalsekretär der Kommunistischen Partei Spaniens», *Neues Deutschland* (30 de junio de 1976), pp. 8-9.

¹⁷ «Wolf Biermann y la libertad», *Mundo Obrero* (1 de diciembre de 1976), p. 11.

¹⁸ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/98420, «Information 24/1978 für das Politbüro» (Winkelmann, 22 de marzo de 1978).

¹⁹ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13552, «Vermerk über ein Gespräch im ZK der KPS am 27.3.1981» (27 de marzo de 1981).

²⁰ Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (PAAA), Ministerium für Auswärtige Angelegenheiten (MfAA), M44 ZR 2533/82, «Protokoll der DB vom 6.8.1981» (Schulze).

su cooperación,²¹ pero no nos consta que dicha labor se llevase a cabo y probablemente no hubiera servido de mucho.

Un año después, la sangría se manifestaba imparable. En octubre de 1982, cuando se celebraron las elecciones generales, los miembros del PCE ya eran 70000 (Hernández, 2022: 323), lo que contrastaba con los 200000 de 1977. Para entonces, el partido histórico de los comunistas españoles había sufrido una importante escisión en Cataluña, la del PCC, y el resultado electoral certificó que había dejado de ser un actor relevante en la política del país (Molinero e Ysàs, 2017: 409). Las relaciones con la SED, nunca rotas, se mantenían en una especie de estancamiento, del que dio prueba patente la fría reacción pública ante la dimisión de quien llevaba más de dos décadas siendo secretario general del PCE. El análisis —al que ya nos hemos referido— de la elección de Iglesias como un pacto entre los sectores derechistas del PCE, así como la aparición pocos meses antes del PCC como un nuevo sujeto comunista de relevancia, iba a hacer que la SED adoptase una nueva línea de actuación ante el laberíntico mundo de los comunistas españoles.

8.3. LAS PRIMERAS REACCIONES DE LA SED ANTE LA DISIDENCIA ORTODOXA: CAUTELA, DISTANCIAMIENTO Y APOYO DISCRETO

La crisis de Checoslovaquia también tuvo otro tipo de consecuencias importantes para el futuro del partido, especialmente en lo relativo a su estabilidad interna. La situación sobrevenida tras la contradicción pública de esta acción del campo socialista resultaba algo totalmente traumático e inusual para los/las militantes. Esta complicada tesitura provocaría una inicial «rebeldía primitiva» entre los comunistas españoles, que se verían obligados a tener que elegir entre dos referentes de peso: el PCUS o su partido (Pala y Nencioni 2008: 148-149; Abad, 2017b: 159-164). Además, este acontecimiento se convertiría en el detonante para la aparición de un fenómeno aparentemente contradictorio que se construiría durante las décadas de los años setenta y ochenta: la conversión de la ortodoxia militante en un fenómeno disidente (Morán, 2017: 784). Las disidencias ortodoxas, aglutinadas a lo largo de tres olas, estuvieron conectadas entre sí bajo el *leitmotiv* de la reivindicación de la identidad comunista clásica (Abad, 2022b: 762). La constante evolución del partido de Carrillo a lo largo de la década de los setenta conllevaría, de forma paralela, el aumento del malestar existente entre varios sectores de la militancia comunista.

La idea-fuerza de este movimiento venía a plantear la necesidad de defender los principios tradicionales de la cultura política comunista, entre los que se encontraba el internacionalismo proletario, con su habitual respeto y admiración hacia los países del «socialismo real» (García Salve, 1981: 125). No hay que olvidar que la codificación

²¹ SAPMO, SED, Politbüro, DY 30/43878, «Protokoll Nr. 17/81 Sitzung des Politbüros am 18. August 1981» y «Anlage Nr. 4 zum Protokoll Nr. 17 vom 18.8.1981».

simbólica del referente soviético provocaba que este elemento fuera uno de los principales soportes de la memoria colectiva del comunismo español (Rueda, 2018: 90). Sin embargo, al producirse el distanciamiento crítico por parte de Carrillo pasaría a convertirse en un referente que lograría cohesionar el rechazo a las nuevas políticas del PCE (Abad, 2021: 222). Los intentos de separarse de lo que representaba este mito movilizador tuvieron graves consecuencias para una sección bastante heterogénea de la militancia del partido. No solo serían los más veteranos o los residentes en el este de Europa, sectores obreros y universitarios también engrosarían las filas de este movimiento. El motivo que lograría unir a todas estas personas de diversos orígenes sociales y culturales se encuentra en su importancia en el campo de los imaginarios, donde por diversos y, en ocasiones, contradictorios motivos (tradicción, papel antimperialista, modelo de sociedad, etc.), los países socialistas formaban una parte indisociable de su ADN (Erice, 2019: 149-151).

Sin embargo, parece lógico que nos preguntemos sobre cuál fue el trasfondo real que operó en la dinámica histórica existente dentro de las relaciones de la RDA con este movimiento. Aparentemente, lo normal hubiese sido que su actitud fuese abiertamente positiva dada su explícita postura de apoyo al gobierno de la RDA. Al menos así lo han explicitado algunas narrativas sobre el pasado de esta corriente, donde en no pocas ocasiones continúa apareciendo representado bajo el estereotipado nombre de «prosoviéticos» (Peña, 2020b: 59-61). Aunque esta visión donde se sobredimensiona el papel internacional puede resultar sesgada, no es menos cierto que la SED siguió con atención la evolución de los acontecimientos, proporcionó apoyo moral, e incluso, en ocasiones material (Pacheco Pereira, 1986: 3-4). Sin embargo, cuando nos referimos a los primeros años de existencia de este movimiento divergente, sus relaciones con los países socialistas fueron muy complejas y cambiantes, especialmente ante las vacilaciones existentes a la hora de ofrecer un reconocimiento a la altura de las expectativas de los disidentes. Cuestión esta, ampliamente ansiada por todos y cada uno de los sectores que se fueron escindiendo a lo largo de los años.

Como se ha expuesto, la primera ola tuvo su origen en las tensiones producidas a consecuencia de la condena de la invasión del país centroeuropeo en 1968. Esta crisis traería consigo secuelas completamente distintas entre su militancia de base y la dirección del partido (Abad, 2022a: 53-57). Lo que sí tuvieron en común fueron las fórmulas empleadas para lidiar con los divergentes, las cuales tendrían como resultado inmediato un buen número de expulsiones en ambos niveles. A nivel de la dirección este proceso se produjo en dos momentos. Agustín Gómez y Eduardo García fueron expulsados del PCE a finales de 1969, después de meses de roces y desencuentros. Posteriormente, Enrique Lister fue expulsado junto a Celestino Uriarte, José Bárcana, Luis Saiz y Luis Balaguer en septiembre de 1970 (Pala y Nencioni, 2008: 163-170).

En este sentido la preocupación del partido de Carrillo por cómo estaba afectando esta crisis a la organización de dicho país era máxima. Según recoge un informe realizado por el santanderino Mauricio Pérez y fechado en julio de 1970, el PCE en la RDA estaría asentado más «sobre grupos sociales» que sobre una organización sólida del

partido. A esto habría que sumar el carácter ortodoxo de sus militantes que se orientaban «sobre un nexo ideológico-político de inspiración opuesta al núcleo dirigente del P.». El extenso informe ofrecía altos porcentajes de disidencia ortodoxa en casi todas sus organizaciones. Así, por ejemplo, en Dresde sobre una cuarentena de miembros, el 75 % sería contraria a la línea del partido, un 20 % serían clasificados como «vacilantes» y solo un 5 % estaría a favor de las tesis de Carrillo. Similar situación existiría en Berlín, donde con una composición ligeramente más baja existiría un 80 % en contra de Carrillo, un 15 % de «vacilantes» y, nuevamente, tan solo un 5 % de personas favorables. Estas posturas contrastaban frontalmente con la situación de Leipzig, donde existía un pequeño colectivo de unos seis militantes universitarios favorables a las tesis de Carrillo.²² La expulsión de Líster fue especialmente importante para el caso que nos ocupa, pues esto provocó la solidaridad de buena parte de los militantes del PCE asentados en la RDA, entre ellos destacaría el veterano Celestino Uriarte (Garay, 2008: 356). Entre 1970 y 1971 estos militantes formarían una nueva organización denominada PCE (VIII Congreso), la cual tendría una buena implantación en la RDA desde sus inicios.²³ Liderados por los veteranos dirigentes Eduardo García y Enrique Líster, su imagen se mimetizó intensamente con la memoria orgánica del PCE (Rueda, 2018: 475-476).

Lo cierto fue que, en un inicio, las autoridades germano-orientales se encontraban un poco confusas ante la ruptura y el mimetismo. Esta cambiante tesitura, unida al hecho de que no se tenía claro cuál era la postura del PCUS al respecto, propició un cierto acercamiento inicial. Por ejemplo, el propio Enrique Líster viajó hasta Dresde en el mes de agosto de 1970 para visitar al colectivo de españoles y reunirse con la dirección local de la SED (Denoyer, 2012: 376). Sin embargo, este grupo de comunistas no parecía disponer del apoyo real de los alemanes, quienes no buscaban inmiscuirse en los problemas internos del partido español, por más que no estuvieran de acuerdo con algunos planteamientos de Carrillo (Denoyer, 2012: 375). Con todo, existieron varios contactos posteriores por parte de Celestino Uriarte con algunos altos dirigentes del área de internacional de la SED, como el caso de Paul Markowski. Por ejemplo, en una reunión mantenida en mayo de 1971, ante las continuas quejas por los contactos mantenidos con el PCE y la UJCE, el dirigente germanoriental afirmaba que: «la cuestión era muy compleja» y que, aunque ellos estaban «de corazón con ellos “no pueden ser los primeros en dar el paso”». A su vez afirmaban estar siendo conscientemente «fríos» con los miembros del PCE a quienes se les estaba dando largas para reunirse. Finalmente, se proponía estudiar la posibilidad de que el grupo de Líster asistiese como observador en diversos actos oficiales para contentar sus demandas, así como crear un boletín informativo mensual y enviar a un «periodista» al VIII Congreso del Partido. En otro orden

²² AHPCE, Relaciones Internacionales, Caja 96/1, «Informe al secretariado del PC de E. sobre la RDA» (Mauricio Pérez, 10 de julio de 1970).

²³ «Comunicado del PCE en Berlín (R.D.A.)», *Mundo Obrero (cabecera roja)* (noviembre de 1970), p. 9.

de cosas más materiales, la reunión se saldaba con el ofrecimiento para que 10-20 militantes fueran de vacaciones pagadas a la RDA en el mes de septiembre y que tres matrimonios fueran en un futuro aún por concretar.²⁴

A pesar de estos contactos, la SED acabaría por decidir formalmente distanciarse de los disidentes. La decisión definitiva posiblemente se tomó en la reunión mantenida en julio de 1971 entre Vadim Zagladin (director del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS) y Rudi Guttman (miembro del departamento equivalente en la SED). En dicho encuentro el responsable soviético revelaba a su homólogo alemán cómo los disidentes no contaban con excesivos apoyos más allá de los militantes provenientes de los países de Europa Oriental. Además, a pesar de su sintonía en cuanto a política exterior, en su opinión, flaqueaban respecto a la fortaleza de sus propuestas políticas y su línea se basaba de forma obsesiva en atacar a Carrillo. Por otra parte, aunque existía un gran descontento dentro del PCE, las formas sectarias empleadas por parte de los disidentes, y el particular estilo de trabajo de Líster, dificultaban que otros comunistas se sumaran a su partido, lo que limitaba enormemente su crecimiento (Denoyer, 2012: 376). Ante esto, la SED acordó con el PCUS mantener una relación oficial con el PCE y, simultáneamente, desarrollar algunos contactos confidenciales con el PCE (VIII Congreso) (principalmente, siempre a través de organizaciones sociales), además de brindarles ayuda material de forma indirecta, con los mismos mecanismos por los que se hacían aportaciones a la emigración política (Denoyer y Faraldo, 2011:192). Estas ayudas se mantuvieron en el tiempo de forma discreta. Por ejemplo, tenemos constancia de que a mediados de 1972 aún se permitía a los dirigentes del PCE (VIII Congreso) realizar reuniones en el país y que, incluso, el aparato de la SED facilitaba pasaportes y billetes para que otros líderes pudieran viajar a la misma.²⁵ Este detalle, en apariencia insignificante, es un buen indicador del carácter transnacional de esta disidencia y su compleja y poliédrica relación con las estructuras de los países del socialismo real. En muchos casos, el origen de estos tratos de favor no parecía provenir tanto de la predisposición de la SED y sí de la insistencia de veteranos dirigentes como Uriarte, quien perseguía a los funcionarios del partido alemán exigiendo respuestas.²⁶

No obstante, pronto surgieron nuevos problemas, donde destacaba uno de los principales hándicaps de la primera y segunda ola: la atomización del movimiento disidente. En 1973 ambos cabecillas rompieron el partido ortodoxo para encabezar sus respectivos proyectos: el PCE (VIII-IX Congresos) de García y el PCOE de Líster

²⁴ Centro Documental de la Gavilla Verde (CDGV), Fondo Enrique Líster, Sección PCOE, Comités regionales, provincial e internacionales, carta de Celestino Uriarte, 28 de mayo de 1971; SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13474, «Vermerk über ein Gespräch des Genossen Markowski mit Genossen Uriarte am 27.5.1971» (Bormann, 2 de junio de 1971).

²⁵ CDGV, Fondo Enrique Líster, Sección PCOE, Comités regionales, provincial e internacionales, carta de Celestino Uriarte (1 de noviembre de 1972).

²⁶ Toda la correspondencia existente entre Enrique Líster y Celestino Uriarte depositada en el CDGV muestra ese nivel de organización y, especialmente, de presión ante los burócratas del partido que se veían en situaciones comprometidas ante la continua insistencia de los militantes ortodoxos.

(Abad, 2017: 287). Como ya se ha explicado, ese año fue especialmente importante para las relaciones entre España y la RDA. No obstante, al contrario de lo que había sucedido con el PCE, estos comunistas sí parecieron alegrarse cuando en marzo de 1973 se establecieron relaciones diplomáticas entre ambos países. Desde su particular punto de vista, este acontecimiento servía a «los principios de la coexistencia pacífica y la paz en Europa» y esto no podía más que «favorecer los intereses generales de nuestro movimiento». Sin embargo, la nueva etapa conllevó un claro enfriamiento en las relaciones entre los ortodoxos y la SED. Por ejemplo, en lo relativo a los viajes que los dirigentes acostumbraban a realizar en el país socialista. En una carta enviada por Enrique Lister a varios cuadros del partido en mayo de 1973, el antiguo general rechazaba, con su particular carácter, la invitación que le habían hecho para él y su mujer: «Yo había pedido 6 plazas para que seis camaradas pudieran ir a curarse [...] Y ahora salen con ese pasto de los montes. Que se guarden las dos plazas».²⁷ Esta merma de la calidez no significaba que las relaciones se rompieran por completo, los archivos germano-orientales confirman que durante 1973 los comunistas ortodoxos continuaban recibiendo alguna asistencia material a través del ya mencionado *Solidaritätskomitee* (Denoyer, 2012: 379). La situación de ambigüedad calculada era descrita con mucho acierto por Enrique Lister en febrero de 1975: «no cierran la espita, pero la hacen funcionar con cuentagotas».²⁸

Sin embargo, este no fue el final del fenómeno disidente. La incorporación de nuevas generaciones a la militancia del PCE provocaría otro tipo de fricciones internas. Universitarios y profesionales desarrollaron durante el cambio de década importantes formas de participación horizontal en asambleas que chocaban con la estructura piramidal del PCE. En este contexto, la falta de transparencia con motivo del VIII congreso del partido (1972) serviría de detonante para la germinación de varias divergencias que impugnaban el nuevo rumbo de la organización por considerarlo demasiado moderado. Se trató de la segunda ola de la disidencia ortodoxa. Las organizaciones que destacaron en esta ola fueron la OPI y las Células Comunistas (Peña, 2020a: 740-749). Con todo, en los comienzos de la Transición las relaciones de los comunistas ortodoxos con la RDA no pasaban por su mejor momento. El PCE parecía destinado a tener un papel importante en el posfranquismo y los germano-orientales se centraron en apoyar al partido de Carrillo, aunque esto duraría poco debido al elevado número de críticas públicas que el dirigente comunista realizó contra los países de Europa Oriental (Treglia, 2015: 248-253). Las trabas por parte de la SED —que no les permitía sacar el dinero de las cuotas de sus militantes— también tuvieron consecuencias para la autofinanciación de estos partidos, que debían pensar formas ingeniosas de obtener recursos. Por ejemplo,

²⁷ CDGV, Fondo Enrique Lister, Sección PCOE, Comités regionales, provincial e internacionales, «Para Celestino, Luis y Rafael» (Enrique Lister, 14 de mayo de 1973).

²⁸ CDGV, Fondo Enrique Lister, Sección PCOE, Comités regionales, provincial e internacionales, «A los camaradas Luis, Rafael y Celestino» (18 de febrero de 1975).

el propio Uriarte era el encargado de distribuir relojes, proyectores y todo tipo de aparatos electrónicos. Incluso hoy, varios militantes recuerdan la calidad de las cámaras fotográficas provenientes de la RDA, así como otros materiales electrónicos cuyas existencias se agotaban muy rápido cuando las vendían en Francia y España.²⁹

La crisis que atravesaba el PCE a finales de la Transición proporcionaría el escenario perfecto para la consolidación de este movimiento disidente durante su tercera ola. El inestable contexto de total incertidumbre produjo un gran rechazo hacia el eurocomunismo, al cual se le identificaba como el principal causante del abandono de la identidad comunista y la aparición de un gran desencanto entre su militancia. La tercera ola de la disidencia ortodoxa se convertiría en su fase de máximo esplendor cuantitativa y cualitativamente (Abad, 2022a, 455-457). Esta coyuntura provocó la irrupción de un renovado interés por parte de la SED hacia sectores disidentes. A medida que el partido de Carrillo iba afianzando su deriva eurocomunista la preocupación de la SED aumentaba. En aras de reconducir la posición de los comunistas españoles hacia el marxismo-leninismo y para «hacer retroceder los puntos de vista reformistas y oportunistas» de su dirección, la SED acordó mantener contactos con cuadros bajos y medios del PCE fieles a las ideas marxistas-leninistas. Bajo diferentes paraguas, la SED desarrolló estos contactos; por ejemplo, con un líder ortodoxo de Madrid, Fidel Alonso, que acudió a Berlín Este en marzo de 1978, teóricamente en representación de CCOO, para hablar con los alemanes de cómo combatir la línea de la dirección del PCE (Ramos, 2021b: 80). Por su parte los sectores ortodoxos desplegaron nuevas tácticas de acercamiento con la RDA. En agosto de 1981 Células Comunistas acordaba crear asociaciones de amistad con Alemania Oriental en los lugares donde la organización tuviera presencia.³⁰ Esta situación conllevó que algunos dirigentes de la organización, como fue el caso del asturiano Alberto Hevia, se convirtieran en algunos de los impulsores de la Asociación Guillermo Humboldt para el Conocimiento y la Amistad España-República Democrática Alemana.³¹

8.4. RELACIONES EN PARALELO: DE LA RUPTURA A LA RECONCILIACIÓN

A finales de 1982 la tercera ola de la disidencia comenzaba a coger cada vez más fuerza. En abril de dicho año se había creado el PCC, que contaba con miles de militantes, numerosos cargos públicos y —lo más significativo— con una importantísima implantación entre la clase obrera catalana, donde destacaba su presencia en CCOO. A su congreso fundacional en Barcelona acudieron reporteros del periódico *Neues*

²⁹ Testimonio de Alejandro Fernández, Gijón, 11 de enero de 2017.

³⁰ Archivo Personal de Alberto Hevia, «Acta de las resoluciones de la reunión del C.I de 22-8-81».

³¹ Testimonio de Alberto Hevia, Gijón, 20 de mayo de 2015.

Deutschland, quienes cubrieron todo el evento.²⁵ La admiración de los comunistas catalanes por el modelo de socialismo germano-oriental resultaba especialmente palpable y así lo recogieron las páginas de su periódico *Avant*.²⁶ Además, el impulso de redes solidarias con el pueblo de la RDA también se convirtió en un objetivo de primer orden para el partido catalán. Precisamente por eso, a finales del verano de 1982 se habían embarcado en el proyecto de construir un «casal de amiatat amb la RDA» a modo de organización solidaria con dicho país.²⁹ La experiencia de los disidentes catalanes se convertiría en un claro referente para muchos comunistas ortodoxos. Sin embargo, en el resto de España la situación parecía estar un poco estancada pese a la existencia de cada vez más colectivos leninistas. Nos referimos a organizaciones como Movimiento de Recuperación del PCE (MRPCE) de Fidel Alonso o las Promotoras de Recuperación y Unificación Comunista (PRUC) de Francisco García Salve, las cuales se habían formado en medio de numerosas expulsiones de militantes críticos con la línea eurocomunista del PCE. Durante ese año el PCC impulsó contactos permanentes con los demás grupos y a comienzos del verano los comunicados públicos conjuntos ya dejaban claro que el objetivo inmediato era construir un partido en toda España que rivalizase con el de Carrillo.³² Con ese objetivo, a mediados de febrero de 1983 se unificaban ambos colectivos para formar el Movimiento de Recuperación y Unificación del Partido Comunista (MRUPC).³³

Ante el panorama descrito, el 13 de diciembre de 1982 Günter Sieber se dirigía por carta al embajador de la RDA en España, Ernst Walkowski. Según las nuevas instrucciones, tenía la tarea de potenciar los contactos de la embajada con los diferentes grupos ortodoxos para ayudar en lo posible a articular «un partido marxista-leninista que obtenga el apoyo de una gran parte de las fuerzas conscientes de la clase obrera y de muchos trabajadores». ³⁴ Era un claro cambio de actitud que se tradujo en una catarrata de encuentros durante 1983, dirigidos a conocer las percepciones de los diferentes grupos sobre el estado del movimiento comunista español. Entre estos grupos destacó el PCC, con cuyo líder, Juan Ramos, hubo varias reuniones. Ramos fue a la RDA en enero, obteniendo promesas poco concretas de apoyo material,³⁵ y también en agosto, de vacaciones, cuando agradeció la ayuda que, efectivamente, parecía haberse dado al PCC.³⁶ Según la información existente en el Národní Archiv checo, la cuantía que la

³² Archivo Histórico de Asturias (AHA), Fondo Movimiento Comunista de Asturias (FMCA), caja n.º 179317 «Ante la crisis del PCE» (MRPCE, Madrid, 13 de junio de 1982).

³³ Archivo Personal de Eduardo Abad (APEA), «Un paso adelante decisivo hacia el Congreso de Recuperación y Unificación de todos los comunistas, M.R.U.P.C.» (Madrid, 19 de febrero de 1983).

³⁴ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13500, carta de Günter Sieber a Ernst Walkowski (13 de diciembre de 1982).

³⁵ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13481, «Vermerk über das Gespräch des Genossen Hermann Axen, Mitglied des Politbüros und Sekretär des ZK, mit einer Delegation der Partei der Kommunisten Kataloniens am 25. 01. 1983».

³⁶ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13481, «Vermerk über das Gespräch des Genossen Hermann Axen, Mitglied des Politbüros, Sekretär des ZK, mit Genossen Juan Ramos, Generalsekretär der Partei der Kommunisten Kataloniens (PCC), am 18. 8. 1983 in Berlin».

SED habría entregado al PCC en 1983 alcanzaría los 50000 dólares.³⁷ El apoyo también se llevaría a cabo por medios culturales, como la cesión de materiales para la organización de una exposición sobre el centenario de la muerte de Karl Marx, que serían expuestos en la primera fiesta de *Avant* celebrada a mediados de 1983.³⁸

El avance en la unidad de acción trajo consigo algunos éxitos para la causa ortodoxa. El 28 de julio de 1983 cinco organizaciones llegaban al compromiso de formar la Comisión Estatal de Unidad Comunista (CEUC). La nueva estructura unitaria estaba formada por el PCC, las Células Comunistas, el PCEU, el MRPCE (que seguía existiendo por la testarudez de un sector de sus miembros) y el MRUPC. La CEUC se había formado con dos fines principales: celebrar un congreso de unificación lo antes posible e integrar en sus filas a toda la militancia crítica que todavía se encontraba dentro del partido de Carrillo y con quienes se mantenían contactos.³⁹ En este sentido, destacaría el sector encabezado por Ignacio Gallego, quien presentó su dimisión del CC el 10 de octubre de 1983.⁴⁰ Precisamente, entre el dirigente jienense y Hermann Axen (el responsable de Relaciones Internacionales del Politburó de la SED) existieron importantes conversaciones durante julio de 1983. En ellas se trató la cuestión de la creación de un nuevo partido en un «congreso de las fuerzas sanas». Según Axen le transmitió —reflejando la posición de la SED—, semejante congreso tendría sentido en función de que fuera exitosa la operación de ganar comunistas dentro y fuera del PCE para recuperar el marxismo-leninismo, sin precipitarse ni demorarse demasiado.⁴¹ Este encuentro nos da una idea precisa de cómo veían en Berlín Este la posibilidad de que se fundase un nuevo partido. Asimismo, el sondeo abarcó a otros grupos de la CEUC como el MRUPC, que se proclamaba «en la línea consustancial de principios del Movimiento Comunista Internacional»⁴² y cuyo líder, Fidel Alonso (a quien ya hemos mencionado yendo a la RDA como teórico representante sindical), estuvo en Berlín en marzo, tras viajar a Moscú, de camino hacia Praga.⁴³ En octubre, un representante de

³⁷ Národní Archiv (NA), KSČ-ÚV, 02/1, a. j. 112/1, «Zpráva o pobytu oficiální delegace komunistické strany /Španělsko/ v ČSSR a o vývoji komunistické hnutí ve Španělsku» (V. Bilak, 3 de julio de 1984).

³⁸ «Debats», *Avant* (22 de septiembre de 1983), p. 12.

³⁹ APEA, «A todos los comunistas. Por la unidad» (MRPCE-Madrid, septiembre-octubre de 1983).

⁴⁰ Company, Enric, «Ignacio Gallego dimite de sus cargos en el PCE para impulsar el partido “prosoviético”», *El País* (12 de octubre de 1983). Disponible en https://elpais.com/diario/1983/10/12/espana/434761214_850215.html (fecha de consulta: 14/12/2022).

⁴¹ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13481, «Information über die Gespräche des Genossen Hermann Axen, Mitglied des Politbüros und Sekretär des ZK der SED, mit Genossen Ignacio Gallego, Mitglied des Exekutivkomitees des ZK der KP Spaniens, am 18. und 19. 7. 1983 in Berlin» (21 de julio de 1983).

⁴² Biblioteca de Asturias, Sección Asturiana, Colección Asturiana General, Sign. Ast R JCGM C, caja n.º 2, «Un paso adelante decisivo hacia el Congreso de Recuperación y Unificación de todos los comunistas, M.R.U.P.C.», (19 de febrero de 1983).

⁴³ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13481, «Vermerk über das Gespräch des Genossen Alfred Marter, stellv. Leiter der Abteilung Internationale Verbindungen, mit Genossen Fidel Alonso, Initiator der “Bewegung zur Rückeroberung der KPS”, am 23. 2. 1983 in Berlin» (2 de marzo de 1983).

la SED en Madrid aprovechó para verse con Ramos y Alonso, además de algunos líderes del PCE.⁴⁴ Desde la propia embajada en Madrid también hubo varios encuentros con representantes de la CEUC, lo que evidencia el alto interés que los alemanes del Este tenían en la cuestión de la unificación comunista en España. Un proceso que valoraban como positivo, siempre y cuando se diesen las circunstancias adecuadas y no se cometiesen los errores de las dos primeras olas.

Por otro lado, la SED confiaba todavía en que el PCE pudiera evolucionar en una dirección más favorable, así que envió una delegación a su XI Congreso de diciembre de 1983.⁴⁵ Este XI Congreso representó la victoria de Gerardo Iglesias y sus aliados sobre el sector carrillista, pero no pudo evitar la salida de un sector ortodoxo y la fundación de un nuevo partido. Un proceso que, como se ha explicado, llevaba tiempo labrándose (Hernández, 2022: 325-326). El nuevo partido —el PC, más adelante PCPE— se fundó en el llamado «Congreso de Unidad de los Comunistas» los días 13 a 15 de enero de 1984 en Madrid.⁴⁶ La SED esperaba que el PCPE constituyera el núcleo en torno al que pivotara una futura nueva unidad comunista⁴⁷ (razón por la que aprobó enviar un observador).⁴⁸ Acudieron dieciséis delegaciones internacionales entre las que estaban una soviética, otra húngara, otra checoslovaca y, por supuesto, una germano-oriental,⁴⁹ que pudo reunirse con los líderes del nuevo partido. A partir del informe del delegado alemán, Herold, el Politburó de la SED alcanzó la conclusión de que, existiendo la posibilidad urgente de reunir en torno al internacionalismo proletario y el leninismo a los comunistas españoles, iban a desarrollarse relaciones paralelas (en ruptura con la línea tradicional) con el PCE y con el recién fundado PC (al que se enviaría pronto una delegación). El PCE no se daba por perdido: todo esto serviría para «superar la crisis y restaurar el PCE sobre una base marxista-leninista».⁵⁰

Una de las principales consecuencias del nuevo rumbo de la disidencia ortodoxa fue la conquista del reconocimiento internacional, un objetivo largamente ansiado. En este sentido se lograría que la SED renunciase a su clásica política de «un país, un partido», al igual que otros partidos del campo socialista (Abad, 2019: 998-999). Durante los siguientes años se construyeron unas sólidas relaciones con el nuevo PC que incluirían la construcción de importantes redes de carácter cultural, pero también un apoyo directamente material. A principios del verano de 1984 tuvo lugar en Praga una reunión

⁴⁴ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13481, «Bericht über die Gespräche des Genossen Ehlers mit Vertretern der kommunistischen Bewegung in Spanien» (2 de noviembre de 1983).

⁴⁵ SAPMO, SED, Sekretariat, DY 30/59231, «Protokoll Nr. 131» (21 de noviembre de 1983).

⁴⁶ «Crónica del Congreso de Unidad de los Comunistas», *Nuevo Rumbo* (enero de 1984), pp. 4-7.

⁴⁷ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/11613, «Information für das Politbüro» (Sieber, 21 de noviembre de 1983).

⁴⁸ SAPMO, SED, Sekretariat, DY 30/59245, «Protokoll Nr. 2» (9 de enero de 1984).

⁴⁹ «Delegaciones asistentes», *Nuevo Rumbo* (enero de 1984), p. 11.

⁵⁰ SAPMO, SED, Politbüro, DY 30/44011, «Protokoll Nr. 4/84 der Sitzung des Politbüros des Zentralkomitees vom 7. Februar 1984» y «Anlage Nr. 4 zum Protokoll Nr. 4 vom 7.2.1984» y «Bericht über den "Kongreß der Einheit der Kommunisten" Spaniens».

de representantes del PCUS, el Partido Comunista de Checoslovaquia (PCCh) y la SED. En ese encuentro se analizó la situación del movimiento comunista en España y se abordaron de forma coordinada las posibles formas de colaboración económica con el nuevo partido. Según los informes emitidos por el PCCh, la SED ya habría ofrecido cien mil dólares durante 1983 para ayudar a la creación del PCPE y se comprometía a mandar la misma cantidad durante 1984 con los objetivos de comprar una sede central, impulsar su periódico y dotarse de un número mínimo de funcionarios.⁵¹ A esto se sumaría la intensificación de las relaciones bilaterales al más alto nivel con la firma en 1984, según afirmaba *Nuevo Rumbo*, de un «Protocolo de colaboración mutua entre el PSUA [SED] y el PC(E)» para 1985, donde se encontrarían estipuladas las distintas acciones de intercambio.⁵²

La tendencia hacia la intensificación en las relaciones mutuas nos la confirma un informe emitido por la Secretaría de Relaciones Internacionales del PCPE a finales de 1985, donde se destacaba que el intercambio había sido muy completo y fructífero.⁵³ Un ejemplo lo encontramos en la amplísima delegación que visitó el país para acudir a la celebración del 35.º aniversario de la fundación de la RDA. Otro caso se puede observar en los contactos con la Fundación José Díaz, un *Think tank* ortodoxo creado con el objetivo de lograr un trasvase de militancia del PCE hacia el PCPE.⁵⁴ Parece claro que la etapa entre 1984 y 1986 estuvo caracterizada por una intensa dinámica de colaboración entre ambas organizaciones. A los encuentros del más alto nivel entre sus respectivas direcciones políticas, también había que sumar las estancias formativos o vacacionales de diversos grupos de cuadros y militantes, la asistencia a congresos o, incluso, la participación en las distintas fiestas que sus periódicos (*Neues Deutschland*, *Nuevo Rumbo* y *Avant*) llevarían a cabo tanto en España como en la RDA.⁵⁵

1986 fue un año muy importante para las relaciones entre la SED y los comunistas españoles. Por entonces, las relaciones con el PCE de Gerardo Iglesias habían progresado de forma muy notable y esa unidad que los alemanes se habían marcado como objetivo cuando decidieron apostar por las relaciones duales empezaba a ser una posibilidad próxima. De hecho, apoyar la unificación entre el PCE y el PCPE se convirtió en uno de los objetivos para los que se dispuso el viaje de un miembro del Politburó ese año para conmemorar el 50.º aniversario de las Brigadas Internacionales, con la tarea de reunirse con los líderes de ambos partidos e invitarles a visitar la RDA, en

⁵¹ NA, KSČ-ÚV, 02/1, a. j. 112/1, «Zpráva o pobytu oficiální delegace komunistické strany /Španělsko/ v ČSSR a o vývoji komunistického hnutí ve Španělsku» (V. Bilak, 3 de julio de 1984).

⁵² «Relaciones internacionales del PC», *Nuevo Rumbo* (23 de julio de 1984), p. 4.

⁵³ Arxiu Josep Serradell, Fond Josep Serradell, A.2.4.2, «Relaciones internacionales» (1985).

⁵⁴ SAPMO, SED, Sekretariat, DY 30/59411, «Protokoll Nr. 11» (25 de enero de 1985).

⁵⁵ Secretaría de Relaciones Internacionales, «Las actividades de la Secretaría de Relaciones Internacionales en el último trimestre de 1985 y principales perspectivas para 1986», *Boletín de información para los miembros del Comité Central* (10 de febrero de 1986), pp. 6-11.

coordinación con los soviéticos y los checoslovacos⁵⁶ (al final se hizo el viaje en octubre, pero con una delegación de menor envergadura a la prevista).⁵⁷ La reunificación de las dos grandes familias del comunismo español, asimismo, se incorporó al plan global que elaboraron las autoridades germano-orientales para sus relaciones con España hasta 1990.⁵⁸

No era una decisión arbitraria. El PCE y el PCPE se hallaban en 1986 en un fructífero proceso de acercamiento motivado por la fundación de IU como una coalición de varios partidos que se habían opuesto a la integración en la OTAN y esperaban recoger la oposición a la Alianza en las elecciones del 22 de junio (Treglia, 2021: 338). A la vista de esta concordia PCE-PCPE, la SED acordó enviar lectores a ambos⁵⁹ para profundizar las relaciones y en enero de 1987 ocurrió algo que no pasaba desde 1974: el secretario general del PCE y coordinador general de IU, Gerardo Iglesias, visitó la URSS. Acompañado de Simón Sánchez Montero y Pascual Sicilia (encargado de preparar la crónica para *Mundo Obrero*), el líder del PCE fue recibido por Erich Honecker en un encuentro cordial que para la SED significó —según la valoración del Politburó— el definitivo reencauzamiento de las relaciones entre los dos partidos. Honecker y los suyos quedaron convencidos de que, salvo por algunos puntos básicos (como la vía democrática al socialismo), el eurocomunismo y el «antisovietismo» habían quedado desterrados y las posiciones políticas eran nuevamente las adecuadas. Iglesias, además (siempre según la valoración del Politburó) apostaba firmemente por la unidad y no se oponía, en ese camino, a las relaciones SED-PCPE.⁶⁰

Bajo el influjo de este reenamoramiento, en febrero de 1987 Axen visitó España. Se trataba de un viaje a invitación del PSOE en el que Axen fungía como un auténtico representante estatal de la RDA (Ramos, 2021c: 200). Sin embargo, tuvo tiempo para entrevistarse tanto con Iglesias como con Gallego, de quienes obtuvo apoyo para la unidad, aunque existieran algunas diferencias importantes sobre el marxismo-leninismo y sobre la participación del Partido de los Trabajadores de España-Unidad Comunista (PTE-UC)

⁵⁶ SAPMO, SED, Sekretariat, DY 30/59579, «Protokoll Nr. 29 der Sitzung des Sekretariats des ZK am 19. März 1986» y «Anexo Nr. 7 zum Protokoll Nr. 29 vom 19.3.1986. Zur Lage der kommunistischen Bewegung in Spanien und zum Stand der Beziehungen der SED mit der Kommunistischen Partei Spaniens und der Kommunistischen Partei der Völker Spaniens».

⁵⁷ «Madrid: Bewegende Manifestation von ehemaligen Interbrigadisten», *Neues Deutschland* (20 de octubre de 1986), p. 6.

⁵⁸ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13498, «Konzeption für die Entwicklung der Beziehungen der DDR zum Königreich Spanien 1986 bis 1990».

⁵⁹ SAPMO, SED, Sekretariat, DY 30/59676, «Protokoll Nr. 83» (27 de octubre de 1986); SAPMO, SED, Sekretariat, DY 30/59683, «Protokoll Nr. 90» (14 de noviembre de 1986).

⁶⁰ SAPMO, SED, Politbüro, DY 30/44175, «Protokoll Nr. 3 der Sitzung des Politbüros des ZK der SED vom 20.1.1987», «Anlage Nr. 2 zum Protokoll Nr. 3 vom 20.1.1987» y «Anlage. Bericht über den Besuch des Generalsekretär der Kommunistischen Partei Spaniens, Gerardo Iglesias, vom 12. bis 16. Januar 1987 in der DDR».

que había creado recientemente Santiago Carrillo.⁶¹ El PCE no quería contar con los carrillistas para la unificación, como sí quería el PCPE⁶² (Anguita y Andrade, 2015: 101). Muy poco después, el 22-26 de abril, celebró su II Congreso, renovó su dirección con Juan Ramos (el líder del PCC) como secretario general (Ignacio Gallego fue nombrado presidente) y ratificó la apuesta por la unidad comunista, «pero ahora con condiciones significativas y abierto a la discusión con el PTE-UC» (Abad, 2022a: 429). La SED acudió a este congreso y Axen y Ramos se entrevistaron en septiembre en la RDA, donde el nuevo dirigente del PCPE celebraba sus vacaciones.

El XII Congreso del PCE estaba programado ya para febrero de 1988. En diciembre, Sieber trasladó a la embajada en Madrid la necesidad de asistir al mismo para apoyar el acercamiento entre el PCE y el PCPE, y expresó, al mismo tiempo, sus dudas sobre si era correcto invitar al PCPE a enviar a la RDA una delegación oficial.⁶³ La sintonía entre el PCPE y la SED ya no era la de antaño. Estaban surgiendo tensiones propias del momento que atravesaba el movimiento comunista internacional a raíz de las políticas reformistas de Gorbachov en la URSS. El desarrollo de la Perestroika en Moscú, mientras en Occidente triunfaba el paradigma neoliberal, produjo un amplio desencanto entre los partidos comunistas, que en numerosos casos adoptaron caminos más moderados —o directamente socialdemócratas— de transformación. Asimismo, estaba generándose una distancia entre la Unión Soviética y países recelosos a las reformas, como la RDA o Checoslovaquia. En este contexto, tanto el PCUS como la SED presionaron al PCPE para disolverse e integrarse en el PCE. El XII Congreso del PCE, que eligió a Julio Anguita como secretario general, parecía ratificar esta confianza germano-oriental en una evolución leninista del comunismo español, pues supuso el pistoletazo de salida de un giro a la izquierda del PCE que parecía enterrar definitivamente los vestigios de eurocomunismo mantenidos por Iglesias (Treglia, 2021: 348). La delegación de la SED que acudió al cónclave tuvo ocasión de conversar con los representantes del PCPE en el mismo, quienes les informaron de los puntos de vista ya conocidos sobre la unificación.⁶⁴ En los meses posteriores, el PCPE se fue dividiendo en torno a la cuestión. En torno a Ramos se aglutinaron los opositores a una integración que temían que fuese una absorción, mientras que otros sectores del PCPE, como el de Fidel Alonso, se inclinaban definitivamente por entrar como fuera en el PCE (y, de hecho, el 30 de junio los madrileños decidieron la unión unilateral con el PCE de Madrid) (Abad, 2022a: 432-433). Una reunión celebrada en abril en Praga por varios representantes de los partidos soviético, germano-oriental, búlgaro y checoslovaco para

⁶¹ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13489, «Bericht über den Aufenthalt einer Delegation des ZK der SED unter Leitung von Hermann Axen, Mitglied des Politbüros und Sekretär des ZK der SED, vom 17. bis 23. Februar 1987 in Spanien».

⁶² «Encuentro del PCPE y la mesa para la unidad de los comunistas», *Nuevo Rumbo* (segunda quincena de marzo de 1986).

⁶³ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13500, carta de Günter Sieber a Harry Spindler y Joachim Blechschmidt (22 de diciembre de 1987).

⁶⁴ «Begegnung mit Spitze der KP der Völker Spaniens», *Neues Deutschland* (23 de febrero de 1988), p. 5.

analizar la cuestión española, encabezada por el dirigente del PCUS Vadim Zagladin, llegó, ante esta tesitura cada vez más visible, a una conclusión: el PCPE corría el riesgo de terminar por desaparecer.⁶⁵

Por lo demás, como decíamos, la del PCPE no era una línea unificada. A los ojos de los alemanes no se escapaba esta división en el partido ortodoxo, como tampoco para otros partidos de Europa del Este, como el soviético, el checoslovaco o el polaco, que presionaron a favor de la integración (Abad, 2022a: 433). El líder del PCE, Anguita, ha expresado más tarde su sorpresa ante la posición sostenida desde Europa del Este:

me fui ese verano de 1988 al sitio donde estaba el origen del problema, que en el caso del PCPE de Ignacio Gallego era la Unión Soviética [...] cuando escuché a aquellos hombres me quedé frío. Aquellos hombres opinaban que el mercado bajo la concepción capitalista del mismo no era tan malo, que la democracia occidental era insuperable. ¡Ellos que habían potenciado a Ignacio Gallego! (Anguita y Andrade, 2015: 58).

Ese mismo verano, en junio, ante una delegación del PCE desplazada a la RDA los alemanes les dijeron, taxativamente, que «la postura de Juan Ramos era totalmente incorrecta». Asimismo, les comunicaron que era un punto de vista compartido con Zagladin, con quien habían hablado de ello. Además, la SED expresó su comprensión respecto a la política del PCE sobre el Mercado Común Europeo, que era una realidad con la que había que lidiar.⁶⁶

La división en el seno del PCPE fue explotada por la SED, que mantuvo algunas conversaciones con Ignacio Gallego —partidario de la integración— aprovechando sus vacaciones en la RDA. Allí le dijeron (según el propio Gallego filtró al PCE poco después) que era necesario acelerar la unificación para que se efectuase antes de acabar 1988 y que «no debía preocuparse por la actitud de los que no desean la unidad».⁶⁷

Para después del verano estaba previsto un hito muy importante: el viaje del secretario general del Comité Central de la SED y presidente del Consejo de Estado de la RDA, Erich Honecker, a España. Honecker estuvo en España entre el 3 y el 5 de octubre, llevando a cabo una apretada agenda de encuentros que constituyeron el momento más importante de las relaciones entre la RDA y España (Ramos, 2021a: 212-227, 256-262). Pese a que era un viaje de Estado, Honecker tuvo tiempo para mantener otro tipo de reuniones, y una de ellas fue con Anguita el 4 de octubre. Anguita expresó ante el líder de la RDA que la integración del PCPE —o, al menos, de la mayor parte de sus

⁶⁵ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13492, «Information über den Gedankenaustausch zu einigen aktuellen Fragen der Entwicklung der kommunistischen Bewegung Spaniens am Rande des Treffens stellvertretender Leiter der Internationalen Abteilungen der ZK sozialistischer Länder in Prag am 06. 04. 1988».

⁶⁶ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, Comité Central, 389/1, «Delegación a la República Democrática Alemana».

⁶⁷ AHPCE, Fondo PCE 1978-1991, Comité Central, 389/1, «Entrevista con Ignacio Gallego. Día 15-9-88».

militantes— no tardaría en efectuarse.⁶⁸ Buena prueba de hasta qué punto el PCPE había perdido la consideración de la SED nos la da el hecho de que con Ramos no se reuniera Honecker aprovechando su estancia en España, como hubiera sido lo propio en otras circunstancias, sino Sieber. En la reunión Ramos-Sieber, el catalán culpó al PCE y a Anguita de todos los problemas en torno a la unidad por estar buscando una absorción del PCPE en vez de trabajar en un documento conjunto. Por ello, expuso, lo más probable era que se congelaran los contactos con el PCE hasta que este modificase su postura. En respuesta, un flemático Sieber le trasladó que la SED deseaba que pronto llegara la unión entre los dos partidos.⁶⁹

Y la unión llegó, aunque no en los términos deseados. Un importante sector del PCPE de Madrid decidió en diciembre entrar en el PCE directamente, sin esperar a un congreso.⁷⁰ El llamado Congreso de Unidad se celebró el 14 de enero de 1989 para aprobar la incorporación de unos 8000 militantes del PCPE en el PCE y de veintitrés dirigentes de aquel en el Comité Central (Abad, 2022a: 438). El alto nivel de la representación de la SED en el congreso —acudió nada menos que su máximo responsable en cuestiones ideológicas, Kurt Hager, que se reunió con Anguita y con Dolores Ibárruri— evidencia hasta qué punto era firme el respaldo germano-oriental. La facción del PCPE encabezada por Ramos, que se había resistido a la integración, celebró un III Congreso Extraordinario los días 11 y 12 de marzo sin presencia germano-oriental, en el que buscaban reforzar la dañada estructura del partido (Abad, 2022a: 439). Este PCPE trató infructuosamente de hacer ver a la SED que todo había sido una maniobra «liquidacionista» y que el PCPE seguía vivo.⁷¹ También protestó por su exclusión de IU bajo el argumento formal de que el Congreso de Unidad había supuesto la desaparición del partido. Los alemanes hicieron oídos sordos y no volvieron a tener trato ni con el PCPE ni con su partido hermano catalán, el PCC, del cual un pequeño sector también se integró en el PSUC en marzo, en un congreso al que también fue invitado el partido de la RDA.⁷²

⁶⁸ SAPMO, SED, Büro Honecker, DY 30/2486, «Vermerk über das Gespräch des Generalsekretärs des ZK der SED und Vorsitzenden des Staatsrates der DDR, Erich Honecker, mit dem Generalsekretär der Kommunistischen Partei Spaniens (KPS), Julio Anguita, am 4. Oktober 1988 in Madrid».

⁶⁹ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13494, «Vermerk über das Gespräch von Genossen Günter Sieber, Mitglied des ZK und Leiter der Abteilung Internationale Verbindungen des ZK der SED, mit dem Generalsekretär der Kommunistischen Partei der Völker Spaniens (KPVs), Juan Ramos, am 4. Oktober 1988 in Madrid».

⁷⁰ «El PCE y el PCPE de Madrid formalizaron ayer su fusión», *El País* (10 de diciembre de 1988). Disponible en https://elpais.com/diario/1988/12/11/espana/597798012_850215.html (fecha de consulta: 14/12/2022).

⁷¹ SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13497, carta de Jaime Ballesteros al Comité Central de la SED (20 de marzo de 1989).

⁷² SAPMO, SED, Abt. IV, DY 30/13497, carta de Margarida Arboix al Comité Central de la SED (17 de marzo de 1989).

8.5. CONCLUSIONES

La historia transnacional nos ofrece, a menudo, un marco muy dinámico en el cual operan multitud de actores, lo que provoca que los cambios se sucedan de forma constante. Esta característica también resulta apreciable en el contexto de los contactos bilaterales entre el comunismo español y la RDA. Si bien las políticas de solidaridad con la lucha antifranquista caracterizaron de forma casi monolítica las primeras décadas posteriores a la guerra, el periodo de los setenta y ochenta nos ofrece un enrevesado escenario donde los cambios de orientación se sucedieron de forma vertiginosa y, muchas veces, hasta contradictoria. El acontecimiento que transformó para siempre la dinámica de relaciones PCE-SED fue, sin duda alguna, la invasión de Checoslovaquia en agosto de 1968. La clara postura crítica del equipo de Carrillo provocaría un inevitable enrarecimiento en el trato entre ambos partidos. A esto se sumaría un creciente distanciamiento público del modelo de socialismo real y de las políticas de sus gobiernos.

Más allá de las consecuencias internacionales, esta crisis marcaría el nacimiento de la primera ola de la disidencia ortodoxa en el comunismo español. Un movimiento de sectores divergentes de la militancia y la dirección del PCE que reivindicaba la identidad comunista tradicional. Dentro de esta primera ola, dirigentes como Enrique Lister o Celestino Uriarte tratarían de ganarse el afecto de las autoridades germano-orientales apelando a los principios del internacionalismo proletario. Para tratar de asegurarse su apoyo no escatimaron en presionar mediante cartas, viajes y visitas a burócratas. Oficialmente el referente en España era el PCE, pero la SED se comprometió a prestar atención a la evolución de los acontecimientos y a cubrir una pequeña parte de sus demandas materiales. A esto habría que sumar el hecho de que esta escisión fue masiva para el caso de la organización del PCE en la RDA, lo que se convirtió en otro elemento de presión. No obstante, los soviéticos les trasladarían en 1971 la necesidad de ser especialmente discretos y no inmiscuirse públicamente en los problemas de los españoles. 1973 se convirtió en otra de esas fechas clave, pues ocurrieron dos hechos de peso. Las relaciones oficiales España-RDA separaron a la SED nuevamente del PCE y la atomización de la disidencia justificó su desconfianza hacia los sectores ortodoxos.

El difícil equilibrio entre la ambigüedad calculada y las buenas relaciones con el PCE llegaría a un punto de no retorno a finales de la década. El impulso de la vertiente eurocomunista de Carrillo, unido a la grave crisis interna del partido marcaron un punto de inflexión para la SED, que comenzó a estar más abierta a la colaboración con los disidentes. Justo en esa coyuntura se había formado la tercera ola disidente, que aglutinaba a distintos sectores contrarios al eurocomunismo y tenía un carácter mucho más plural y masivo. A esto hay que sumar la insistencia por parte de estas personas a la hora de forjar redes de apoyo y de colaboración con los países socialistas, donde destacó especialmente la RDA. En 1982 se creaba el PCC en Cataluña y en 1984 el PCPE era ya una realidad en toda España. Fue entonces cuando se entró en una nueva fase

caracterizada por la existencia de una importante red de intercambios políticos, culturales y formativos a todos los niveles. Esto incluía la firma de protocolos, viajes, reuniones y escuelas de formación. La ayuda económica para estos años también alcanzaba máximos históricos, especialmente relevantes si tenemos en cuenta la maltrecha economía germanoriental.

La dimisión de Carrillo en 1982, el paulatino cambio de política impulsado por su sucesor (no tan diferente en el ámbito interno, pero más proclive al socialismo real en el externo) y la llegada de Gorbachov a la Secretaría General del PCUS en 1985 marcaron otro giro de 180 grados en 1986. En un momento de repliegue y crisis del movimiento comunista internacional ya no tenía sentido la existencia de dos partidos, los ortodoxos debían volver al PCE. Sin embargo, esto no resultaría una tarea nada fácil. A comienzos de 1989 se proclamaba la unidad PCE-PCPE, aunque buena parte de su militancia, especialmente en Cataluña, desoyó las presiones de la RDA y continuó adelante con el proyecto.

La principal conclusión que se puede extraer de esta investigación está relacionada con la existencia de una mayor autonomía por parte de sujetos hasta ahora considerados como totalmente dependientes. En primer lugar, la SED desarrolló en todo momento una táctica flexible respecto a los sectores disidentes y el PCE, que, si bien no contradecía las visiones de Moscú, sí añadía elementos propios que le otorgan una mayor capacidad de acción de lo que se ha pensado hasta ahora. En segundo lugar, con respecto al tutelaje de los países socialistas a estos partidos, es necesario romper con las visiones esquemáticas basadas en una rígida visión de centro-periferia. Los dirigentes del movimiento ortodoxo lograron conquistar el apoyo y reconocimiento en base a un trabajo constante de presión y negociación. No se trató tanto de que los países socialistas crearan estos partidos, sino más bien de que estos partidos lograran convencerlos de que eran, aunque fuera coyunturalmente, una alternativa viable al PCE.

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archives Départementales de Seine-Saint-Denis (AD93)
Archivio Storico CGIL (ASCGIL)
Archivio Storico del Partito Comunista Italiano (ASPCI)
Archivo Historia del Trabajo (AHT)
Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona (AHGCB)
Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE)
Archivo Personal de Alberto Hevia
Archivo Personal de Ángel Rendueles (AAR)
Archivo Personal de Eduardo Abad (APEA)
Arxiu Històric de Comissions Obreres de Catalunya (AHCOC)
Arxiu Josep Serradell
Arxiu Nacional de Catalunya (ANC)
Biblioteca de Asturias
Biblioteca de Catalunya (BC)
Central Intelligence Agency-Freedom of Information Act Electronic Reading Room (CIA-FOIA ERR)
Centro Documental de la Gavilla Verde (CDGV)
Depòsit Digital de Documents de la Universitat Autònoma de Barcelona (DDD-UAB)
Fondazione Istituto Gramsci (FIG), Archivio del PCI (APCI)
Národní Archiv (NA)
National Archives and Records Administration (NARA)
Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (PAAA)
Rossiyskiy Gosudarstvennyy Arkhiv Noveyshey Istorii (RGANI)
Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR im Bundesarchiv (SAPMO)
Wikileaks
Wilson Center Digital Archive

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

Avant

Avui

Boletín de información para los miembros del Comité Central

Cuadernos de Gaceta sindical

Diario 16

Diario de Barcelona

El Noticiero Universal

El País

El Periódico

Gaceta sindical

La Calle

Le Monde

Leviatán

L'Hora

l'Unità

Mundo Obrero

Mundo Obrero (cabecera roja)

Neues Deutschland

Nous Horizons

Novoye Vremya

Nuestra Bandera

Nuevo Rumbo

Òrgan provisional del Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya

Rudé právo

Taula de canvi

Tele/eXpres

Treball

Trellat

Unidad y Lucha

Unificación

BIBLIOGRAFÍA

- Abad García, Eduardo (2017a), «Ortodoxos, disidentes y revolucionarios. El proyecto político de los comunistas españoles fieles al campo socialista (1968-1980)», en Teresa María Ortega López y Eloísa Baena Luque (dirs.), Francisco Cobo Romero, Miguel Ángel del Arco Blanco, Nuria Félez Castañé, Claudio Hernández Burgos, Pablo López Chaves, Gloria Ruiz Román y Juan Antonio Santana González (eds.), *Actas del IX Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo. 80 años de la guerra civil española*, Sevilla, Fundación de Estudios Sindicales y Cooperación de Andalucía, pp. 283-292.
- Abad García, Eduardo (2017b), «Entre el internacionalismo proletario y la disciplina de partido. Los comunistas asturianos ante la crisis de Checoslovaquia», *Historia del Presente*, 30, pp. 155-169. Disponible en <http://historiadelpresente.com/sites/default/files/revista/articulos/historiadelpresentenumero30.pdf>.
- Abad García, Eduardo (2019), «El otoño de Praga. Checoslovaquia y la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», *Historia contemporánea*, 61, pp. 971-1003. Disponible en <https://doi.org/10.1387/hc.19542>.
- Abad García, Eduardo (2021), «Viento del este. La URSS en la cultura militante de los comunistas españoles (1917-1968)», *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, 19, pp. 196-228. Disponible en <https://doi.org/10.20318/hn.2021.5880>.
- Abad García, Eduardo (2022a), *A contracorriente. Las disidencias ortodoxas en el comunismo español (1968-1989)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia.
- Abad García, Eduardo (2022b), «Guardianes de los principios. Breve historia de la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», en Francisco Erice (dir.), *Un siglo de comunismo II. Presencia social y experiencias militantes*, Madrid, Akal, pp. 761-785.
- Aguilar Fernández, Paloma (1996), *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza.
- Ahmed, Sara (2004), «Collective Feelings, Or, The Impressions Left by Others», *Theory, Culture & Society*, 21/2, pp. 25-42. Disponible en <https://doi.org/10.1177/0263276404042133>.
- Aja Valle, Jaime y Sánchez Iglesias, Eduardo (2022), «Después del diluvio. La estrategia de reconstrucción del comunismo español de 1996 a 2021», en Francisco Erice (dir.), *Un siglo de comunismo en España I. Historia de una lucha*, Madrid, Akal/Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 325-381.
- Álvarez de la Cruz, María (2017), *El crimen como pre-texto: el contexto social en las novelas policíacas de Henning Mankell y Manuel Vázquez Montalbán*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

- Álvarez Justo, Elías (2021a), «El eurocomunismo en los debates del V Congreso del PSUC», *Segle XX*, 14, pp. 91-115. Disponible en <https://doi.org/10.1344/segleXX2021.14.5>.
- Álvarez Justo, Elías (2021b), *El Eurocomunismo y su influencia en el PSUC (1975-1982)*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Andrade Blanco, Juan (2005), «Renuncias y abandonos en la evolución ideológica durante la transición a la democracia una propuesta para el estudio del IX Congreso del PCE y el Congreso Extraordinario del PSOE», *Historia Actual Online*, 8, pp. 43-50. Disponible en <https://doi.org/10.36132/hao.v0i8.116>.
- Andrade Blanco, Juan (2012), *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI.
- Andrade Blanco, Juan (2015), *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI.
- Andrade Blanco, Juan (2017), «Eurocomunismo, nostalgia y nuevos caminos. El PCE en la Transición española », en Antonio Gómez L.-Quiñones y Ulrich Winter (eds.), *Cruzar la línea roja. Hacia una arqueología del imaginario comunista ibérico (1930-2017)*, Madrid y Frankfurt am Maine, Iberoamericana/Vervuert, pp. 207-238.
- Andrade Blanco, Juan (2021), «El PCE en (la) Transición (1975-1982)», en Francisco Erice (dir.), *Un siglo de comunismo en España I. Historia de una lucha*, Madrid, Akal/Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 257-324.
- Anguita, Julio y Andrade, Juan (2015), *Atraco a la memoria. Un recorrido histórico por la vida política de Julio Anguita*, Madrid, Akal.
- Ariza, Julián (1982), «La estrategia de la derecha», *Nuestra bandera*, 110, pp. 12-16.
- Asholt, Wolfgang; Reinecke, Rüdiger y Schlünder, Susanne (coords.) (2009), *Das Spanische Bürgerkrieg in der DDR. Strategien intermedialer Erinnerungsbildung*. Fráncfort del Meno, Vervuert Verlag. Disponible en https://publications.iai.spk-berlin.de/servlets/MCRFileNodeServlet/Document_derivate_00000109/BIA%20126%20Der%20spanische%20B%C3%BCrgerkrieg%20in%20der%20DDR.pdf.
- Azam, Nicolas (2022), «Des communistes français à la découverte du Parlement européen (1973-1989): les usages partisans d'une institution parlementaire», *Histoire Politique*, 46. Disponible en <https://doi.org/10.4000/histoirepolitique.2540>.
- Azcárate, Manuel (1982), *Crisis del Eurocomunismo*, Barcelona, Argos Vergara.
- Azcárate, Manuel (1998), *Luchas y transiciones: memoria de un viaje por el ocaso del comunismo*, Madrid, El País-Aguilar.
- Babiano, José (2001), «El sindicalismo español en el último cuarto de siglo XX», en Manuel Ortiz Heras, David Ruiz González e Isidro Sánchez Sánchez (coords.), *Movimientos sociales y estado en la España contemporánea*, Cuenca, EUCM, pp. 424-444.
- Baker, Keith (2006), «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62/2, pp. 89-110. Disponible en https://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/62-4-ayer62_MasAllaHistoriaSocial_Cabrera.pdf.
- Balampanidis, Yiannis (2019), *Eurocommunism. From the communist to the radical European Left*, Londres/Nueva York, Routledge.
- Barbagallo, Francesco (2006), *Enrico Berlinguer*, Roma, Carocci.

- Baumer, Andreas (2011), «Camaradas? Die Beziehungen zur SED im Kontext der Debatte um das Verhältniss zum Staatssozialismus innerhalb der Partido Comunista de España (1968-1989)», en Arnd Bauerkämper y Franceso di Palma (eds.), *Bruderparteien jenseits des Eisernen Vorhangs. Die Beziehungen der SED zu den kommunistischen Parteien West- und Südeuropas (1968-1989)*, Berlín, Christoph Links, pp. 203-225.
- Baumer, Andreas (2022), «¿Camaradas? Las relaciones entre el Partido Comunista de España y el SED en el contexto del debate sobre el eurocomunismo», en José M. Faraldo y Carlos Sanz Díaz (eds.), *La otra Alemania. Las relaciones entre España y la República Democrática Alemana (1949-1990)*, Granada, Comares, pp. 89-98.
- Beorlegui Zarranz, David (2017), *Transición y melancolía: La experiencia del desencanto en el País Vasco (1976-1986)*, Madrid, Postmetropolis.
- Bernecker, Walther L. (2019), «Las Brigadas Internacionales y el mito fundacional de la República Democrática Alemana», en Isidro Sánchez Sánchez (ed.), *Las Brigadas Internacionales, 80 años después*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel»/CEDOBI, pp. 123-156. Disponible en <https://www.uclm.es/global/promotores/otros/cedobi/publicaciones-cedobi/cedobi/isidro%20brigadas>.
- Berstein, Serge (1992), «L'historien et la culture politique», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 35, pp. 67-77. Disponible en https://www.persee.fr/doc/xxs_0294-1759_1992_num_35_1_2567.
- Bilbao, Andrés (1995), «Trabajadores, gestión económica y crisis sindical», en Faustino Miguélez y Carlos Prieto (coords.), *Las relaciones de empleo en España*, Madrid, Siglo XXI, pp. 251-267.
- Bracke, Maud (2007), *Which Socialism, Whose Détente? West European Communism and the Czechoslovak crisis of 1968*, Budapest, Central European University Press.
- Bueno, Manuel y Gálvez, Sergio (2005), «Un paso más en el proceso de “normalización historiográfica” de la historia del PCE», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27, pp. 317-322. Disponible en <https://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/view/CHCO0505110317A>.
- Bueno, Manuel y Gálvez, Sergio (2009), «Por una historia social del comunismo. Notas de aproximación», en Manuel Bueno y Sergio Gálvez (eds.), *Nosotros los comunistas: Memoria, identidad e historia social*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 9-39.
- Carrillo, Santiago (1976a), *Mañana, España. Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo*, Madrid, Akal.
- Carrillo, Santiago (1976b), *¿Qué es la ruptura democrática?*, Barcelona, La Gaya Ciencia.
- Carrillo, Santiago (1977), *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Grijalbo.
- Carrillo, Santiago (1978), «Ayer el frente popular, ¿y hoy?», en José Díaz, *Tres años de lucha*, vol. 1, Barcelona, Laia, pp. 7-32.
- Carrillo, Santiago (1983), *Memoria de la transición*, Barcelona, Grijalbo.
- Cebrián, Carme (1997), *Estimat PSUC*, Barcelona, Empúries.
- Chernyaev, Anatoly (1972), *Diary. 1972*, Washington, National Security Archive. Disponible en <https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB379/1972%20as%20of%20May%2024,%202012%20FINAL.pdf>.
- Chernyaev, Anatoly (1981), *Diary. 1981*, Washington, National Security Archive. Disponible en <https://nsarchive.gwu.edu/documents/The-Diary-of-Anatoly-Chernyaev-1981.pdf>.

- Chernyaev, Anatoly (2008), *Sovmestnyy iskhod. Dnevnik dvukh epokh. 1972-1991*, Moscú, Rosspen.
- Claret, Albert (2011), *La crisi del Partit Socialista Unificat de Catalunya. Conflicte, col·lapse, i trencament (1977-1982)*, trabajo de fin de máster, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Claudín, Fernando (1983), *Santiago Carrillo. Crónica de un Secretario General*, Barcelona, Planeta.
- Cruz Chamizo, Laura C. (2021), «Un silencio multitudinario. La matanza de Atocha y la contención emocional comunista», *Ayer*, 124, pp. 307-329. Disponible en <https://doi.org/10.55509/ayer/124-2021-12>.
- De Dios Fernández, Eider (2018), *Sirvienta, empleada, trabajadora de hogar. Género, clase e identidad en el franquismo y la transición a través del servicio doméstico (1939-1995)*, Málaga, Universidad de Málaga, 2018.
- De Dios Fernández, Eider (2019), «Mujeres y hombres en la Transición. Las mujeres trabajadoras y la crisis de la masculinidad obrera», *Spagna contemporanea*, 55, pp. 103-122. Disponible en <https://www.spagnacontemporanea.it/index.php/spacon/article/view/105>.
- De la Granja, José Luis; Beramendi, Justo y Anguera, Pere (2001), *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, Síntesis.
- Denoyer, Aurélie (2012), *L'exil comme patrie: les réfugiés communistes espagnols en RDA (1950-1989). Trajectoires individuelles, histoire collective*, tesis doctoral, Université Paris-Est y Universität Potsdam, París y Potsdam.
- Denoyer, Aurélie (2017), *L'Exil comme patrie. Les réfugiés communistes espagnols en RDA (1950-1989)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.
- Denoyer, Aurélie y Faraldo, José M. (2011), «“Es war sehr schwer nach 1968 als Eurokommunistin“. Emigration, Opposition und die Beziehungen zwischen der Partido Comunista de España und der SED», en Arnd Bauerkämper y Franceso di Palma (eds.), *Bruderparteien jenseits des Eisernen Vorhangs. Die Beziehungen der SED zu den kommunistischen Parteien West- und Südeuropas (1968-1989)*, Berlín, Christoph Links, pp. 186-202.
- Di Donato, Michele (2015), *I comunisti italiani e la sinistra europea. Il PCI e i rapporti con le socialdemocrazie (1964-1984)*, Roma, Carocci.
- Di Maggio, Marco (2021), *The Rise and Fall of Communist Parties in France and Italy. Entangled Historical Approaches*, Cham, Palgrave Macmillan.
- Díaz, Diego (2019), *Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1921-1982)*, Gijón, TREA.
- Domènech Sampere, Xavier (2002), *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell (1966-1976)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Domènech Sampere, Xavier (2008), *Temps d'interseccions. La Joventut Comunista de Catalunya (1970-1980)*, Barcelona, Fundació Ferrer i Guardia.
- Donofrio, Andrea (2012), *El fracaso del eurocomunismo: razones y reflexiones sobre el giro del movimiento comunista en Occidente (1975-1982)*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

- Donofrio, Andrea (2013), «El final del eurocomunismo y el Partido Comunista de España (PCE)», *Studia historica*, 31, pp. 167-191. Disponible en <https://revistas.usal.es/uno/index.php/0213-2087/article/view/14597/>.
- Donofrio, Andrea (2018), *Érase una vez el eurocomunismo. Las razones de un fracaso*, Madrid, Tecnos.
- Drachewych, Oleksa (2019), «The Communist Transnational? Transnational studies and the history of the Comintern», *History Compass*, 17/2, pp. 1-12. Disponible en <https://doi.org/10.1111/hic3.12521>.
- Drescher, Johanna (2008), *Asyl in der DDR: Spanisch-kommunistische Emigration in Dresden (1950-1975)*, Saarbrücken, VDM Publishing.
- Eiroa San Francisco, Matilde (2018), *Españoles tras el telón de acero: el exilio republicano y comunista en la Europa socialista*, Madrid, Marcial Pons.
- Equipo de Club Planeta (1978), *Semprún-PCE. Historia de una polémica*, Barcelona, Planeta.
- Erice, Francisco (coord.) (1996) *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Oviedo, Trea.
- Erice, Francisco (2009a), «El “orgullo” de ser comunista. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel Bueno, y Sergio Gálvez (eds.), *Nosotros los comunistas: memoria, identidad e historia social*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 139-183.
- Erice, Francisco (2009b), *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*, Oviedo, Eikasía.
- Erice, Francisco (2014), «Memoria colectiva de los comunistas españoles bajo el franquismo. Alcance y mecanismos de construcción de una memoria clandestina», *Actas del XII Congreso de la AHC*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea, pp. 3713-3738.
- Erice, Francisco (2016), «El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la lectura selectiva del XX Congreso», *Nuestra Historia*, 2, pp. 66-88. Disponible en https://revistanuestrahistoria.files.wordpress.com/2016/12/nh2_2016_erice1.pdf.
- Erice, Francisco (2017), «Política de alianzas y movilización de masas de los comunistas españoles (1954-1977)», en Josep Puigsech y Giaime Pala (eds.), *Las mans del PSUC. Militància*, Barcelona, Memorial Democràtic, pp. 122-142.
- Erice, Francisco (dir.) (2021), *Un siglo de comunismo en España I. Historia de una lucha*, Madrid, Akal/Fundación de Investigaciones Marxistas.
- Erice, Francisco (dir.) (2022), *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*, Madrid, Akal.
- Faraldo, José M. (2017), «Entangled Eurocommunism: Santiago Carrillo, the Spanish Communist Party and the Eastern Bloc during the Spanish Transition to Democracy, 1968-1982», *Contemporary European History*, 26/4, pp. 647-668, <https://doi.org/10.1017/S0960777317000339>.
- Faraldo, José M. y Sanz Díaz, Carlos (eds.) (2022), *La otra Alemania. España y la República Democrática Alemana (1949-1990)*, Granada, Comares.
- Fernández Rodríguez, Carlos (2020), *Los otros camaradas: el PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Fernández, Carlos, Valiente, Mauricio y Vega, Santiago, (2021), *Comunistas contra Franco. Cien años de luchas*, Madrid, Los libros de la Catarata.

- Ferrer, Cristian (2018), *Sota els peus del Franquisme: conflictivitat social i oposició política a Tarragona, 1956-1977*, Tarragona, Arola Editors.
- Foner, Salvador y Heidy-Cristina Senante (2019), «La política europea del PCE (1972-1999): del viraje europeísta al euroscepticismo», *Historia y Política*, 41, pp. 335-366. Disponible en <https://doi.org/10.18042/hp.41.12>.
- Fuentes Navarro, M^a Candelaria; Cobo Romero, Francisco (2016), *La tierra para quien la trabaja. Los comunistas, la sociedad rural andaluza y la conquista de la democracia (1965-1983)*. Granada, Universidad de Granada.
- Gallego, Ferrán (2008), *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica.
- Garay, Juan Ramón (2008), *Celestino Uriarte. Clandestinidad y resistencia comunista*, Pamplona, Txalaparta.
- Garcés, Joan E. (2012), *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Madrid, Siglo XXI.
- García de León, María Antonia (2008), *Rebeldes ilustradas (La otra transición)*, Barcelona, Anthropos.
- García Salve, Francisco (1981), *Por qué somos comunistas*. Madrid, Penthalon.
- Garrido Caballero, Magdalena y González Martínez, Carmen (2008), «“El Puente” a la Transición y su «Resultado final». Actitudes del PCE y de la militancia comunista en la Transición española», *Revista de Historia Actual*, 6, pp. 71-87. Disponible en <https://historia-actual.org/Publicaciones/index.php/rha/article/view/400>.
- Gimeno, Joan (2019), *Situar el hoy en mañana. Comisiones Obreras en la transición y la democracia, 1976-1991*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Gimeno, Joan (2022), «1979: año huelga. ¿Una conflictividad defensiva?», *Sociología del trabajo*, 100, pp. 89-103. Disponible en <https://doi.org/10.5209/stra.79930>.
- Ginard, David (2007), «La investigación histórica sobre el PCE: desde sus inicios a la normalización historiográfica», en Manuel Bueno, José Ramón Hinojosa y Carmen García (coords.), *Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977*, vol. 1, Barcelona, Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 19-48.
- Ginard i Féron, David (2009), «Sobre héroes, mártires, tumbas y herejes. Culturas militantes de los comunistas españoles (1939-1962)», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), *Nosotros los comunistas: memoria, identidad e historia social*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 43-91.
- Ginard i Féron, David (2013), «“La madre de todos los camaradas”. Dolores Ibárruri como símbolo movilizador, de la Guerra Civil a la transición postfranquista», *Ayer*, 90, pp. 189-216. Disponible en <https://revistaayer.com/articulo/1242>.
- Ginard i Féron, David (2021), «Tendencias recientes en la historiografía española sobre el comunismo (2001-2020)», *Nuestra Historia. Revista de Historia de la FIM*, 11, pp. 113-132. Disponible en https://revistanuestrahistoria.files.wordpress.com/2021/07/nh11_pp113-132_1.pdf.
- Ginard i Féron, David (2022), «La historiografía española sobre el comunismo de los orígenes a la actualidad (1920-2020)», en Francisco Erice (dir.), *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*, Madrid, Akal, pp. 11-37.

- González de Andrés, Enrique (2014), *La economía franquista y su evolución (1939-1977). Los análisis económicos del Partido Comunista de España*, Madrid, Catarata.
- González de Andrés, Enrique (2017), *¿Reforma o ruptura? Una aproximación crítica a las políticas del Partido Comunista de España entre 1973 y 1977. Programa, discurso y acción sociopolítica*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Grebe, Inga (2000), «Grußadressen, Kleiderspenden, Kaderschulung: Zur Solidarität der SED mit der Kommunistischen Partei Spaniens», *Hallische Beiträge Zur Zeitgeschichte*, 7, pp. 57-83. Disponible en http://www.histdata.uni-halle.de/texte/halbz/07_komplett.pdf.
- Guerrero Boldó, Manuel (2022), *La intelectualidad comunista y los debates ideológicos del campo socialista. Fragmentos de una larga crisis*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Heine, Hartmut (2001), «El exilio republicano en Alemania Oriental (República Democrática Alemana-RDA)», *Migraciones & Exilios: Cuadernos de La Asociación Para El Estudio de Los Exilios y Migraciones Ibéricos Contemporáneos*, 2, pp. 111-121. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/extart?codigo=2327671>.
- Hernández Sánchez, Fernando (2010), *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica.
- Hernández Sánchez, Fernando (2014), «Comerciendo con el diablo. Las relaciones comerciales con el Telón de Acero y la financiación del PCE a comienzos de los años 60», en *VI Congreso de la Asociación de Historiadores del Presente: La apertura internacional de España. Entre el franquismo y la democracia, 1953-1986*. Disponible en <https://laestaciondefinlandia.wordpress.com/2014/06/24/comerciendo-con-el-diablo-las-relaciones-comerciales-con-el-telon-de-acero-y-la-financiacion-del-pce-a-comienzos-de-los-anos-60/> (fecha de consulta: 17/12/2022).
- Hernández Sánchez, Fernando (2015), *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Barcelona, Crítica.
- Hernández Sánchez, Fernando (2022), *El torbellino rojo. Auge y caída del Partido Comunista de España*, Barcelona, Pasado y Presente.
- Ingrao, Pietro (1980), «Movimientos sociales y transformación del Estado», *Nuestra bandera*, 102, pp. 9-20.
- Jüngling, Andreas (2017), *Alternative Außenpolitik. Der Freie Deutsche Gewerkschaftsbund der DDR und Franco-Spanien (1947-1975)*, Berlín, Dreiviertelhaus.
- Jüngling, Andreas (2022). «¿"España en el corazón"? Las relaciones entre la confederación sindical FDGB y Comisiones Obreras durante la dictadura de Franco, 1945-1975», en José M. Faraldo y Carlos Sanz Díaz (eds.), *La otra Alemania. Las relaciones entre España y la República Democrática Alemana (1949-1990)*, Granada, Comares, pp. 99-125.
- Kalinovsky, Artemy M. (2020), «The Soviet Union and the Global Cold War», en Juliane Fürst, Silvio Pons y Mark Selden (eds.), *The Cambridge History of Communism. Vol. III. End-games? Late communism in global perspective, 1968 to the present*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 72-94.
- Kemp-Welch, Anthony (2008), *Poland under Communism. A Cold War History*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Kreienbrink, Axel (2005), «Der Umgang mit Flüchtlingen in der DDR am Beispiel der spanischen „politischen Emigranten“», *Totalitarismus Und Demokratie*, 2, pp. 314-344. Disponible en https://hait.tu-dresden.de/media/zeitschrift/TD_02_02_Kreienbrink.pdf.
- Labanyi, Jo (2010), «Doing things: Emotion, Affect, and Materiality», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11/3, pp. 223-233. Disponible en <https://doi.org/10.1080/14636204.2010.538244>.
- Lavabre, Marie-Claude (1994), *Le fil rouge. Sociologie de la mémoire communiste*, París, Preses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Lenin, Vladimir I. (1981), *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Moscú, Progreso.
- Liguori, Guido (2014), *Berlinguer rivoluzionario. Il pensiero politico di un comunista democratico*, Roma, Carocci.
- Lister Forján, Enrique (1977), *Memorias de un luchador. I. Los primeros combates*. Madrid, G. del Toro.
- Lister Forján, Enrique (1978), *¡Basta! Una oportunidad a la lucha por la recuperación del partido*. Madrid, G. del Toro.
- Lister Forján, Enrique (1983), *Así destruyó Carrillo el PCE*. Barcelona, Planeta.
- Llona, Miren (2012), «Historia oral: la exploración de las identidades a través de la historia de vida», en Miren Llona (coord./ed.), *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, Euskal Herriko Unibertsitatea.
- Lo Cascio, Paola (2008), *Nacionalisme i autogovern. Catalunya, 1980-2003*, Catarroja-Barcelona, Afers.
- Lomellini, Valentine (2012), «A Window of Opportunity? Eurocommunism(s) and Détente», en Elena Calandri et al. (eds.), *Détente in Cold War Europe. Politics and Diplomacy in the Mediterranean and the Middle East*, Londres-Nueva York, I.B. Tauris, pp. 89-102.
- López Raimundo, Gregorio y Gutiérrez Díaz, Antoni (1981), *El PSUC y el eurocomunismo*, Barcelona, Grijalbo.
- Magri, Lucio (2010), *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX. Hechos y reflexiones*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Maravall, Héctor y Álvarez, Enedina (1982), «Militancia comunista y democracia sindical», *Nuestra bandera*, 113, pp. 8-13.
- Márquez, Fabián (2012), *José María Cuevas o la aventura de la CEOE. A modo de crónica, 1975-2011*, Madrid, Ediciones Cinca.
- Martín Ramos, José Luis (2011), «Los orígenes de una nueva formación», en José Luis Martín Ramos (ed.), *Pan, trabajo y libertad. Historia del Partido del Trabajo de España*, Vilassar de Dalt, El Viejo Topo, pp. 19-72.
- Martín Ramos, José Luis (2021), *Historia del PCE*, Madrid, Catarata.
- Mateos, Abdón (2017), *Historia del PSOE en transición. De la renovación a la crisis, 1970-1988*, Madrid, Sílex.
- Mayayo, Andreu (2017), «Militants a la Transició: “Mis manos, mi capital. PSUC: mi partido”», en Josep Puigsech Farràs y Gaiame Pala (eds.), *Les mans del PSUC. Militància*, Barcelona, Memorial Democràtic de Catalunya, pp. 224-237.

- McLellan, Josie (2004), *Antifascism and Memory in East Germany. Remembering the International Brigades 1945-1989*, Oxford, Clarendon Press.
- Meroño, Pere (2005), *Román, l'home que va organitzar el PSUC*, Barcelona, Fundació Pere Ardiaca.
- Molinero, Carme (2007), «La política de reconciliación nacional: su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición», *Ayer*, 66, pp. 201-225. Disponible en <https://revistaayer.com/articulo/558>.
- Molinero, Carme e Ysàs, Pere (2008), «La izquierda en los años setenta», *Historia y Política*, 20, pp. 21-42. Disponible en <https://recyt.fecyt.es/index.php/Hyp/article/view/44517>.
- Molinero, Carme e Ysàs, Pere (2010), *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*, Barcelona, L'Avenç.
- Molinero, Carme e Ysàs, Pere (2017), *De la hegemonia a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica.
- Morán, Gregorio (1986), *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta.
- Morán, Gregorio (1991), *El precio de la transición*, Barcelona, Planeta.
- Morán, Gregorio (2017), *Miseria, grandeza y agonía del PCE. 1939-1985*, Madrid, Akal.
- Moreno Seco, Mónica (2019), «Entre la disciplina y la transgresión. Pilar Brabo, dirigente y diputada comunista en la Transición», *Spagna Contemporanea*, 55 (2019), pp. 83-102. Disponible en <http://hdl.handle.net/10045/102854>.
- Moreno Seco, Mónica (2022), «Militar en el “Partido de la liberación de la mujer”. Las comunistas, el PCE y el feminismo en la transición», en Francisco Erice (dir.), *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*, Madrid, Akal, 2022, pp. 367-397.
- Moreno, David (2019), «De rupturas y reconciliaciones: CCOO de Cataluña en la pacificación y recomposición del espacio comunista (1980-1987)», *El Viejo Topo*, 378-379, pp. 86-94.
- Mota Muñoz, José Fernando (2010), «La huelga de los 21 días de 1977: conflictividad en la construcción de Barcelona durante la transición», *Historia, trabajo y sociedad*, 3, pp. 29-52. Disponible en <https://1mayo.ccoo.es/524b46db1576e265c353685bfd541fdb000001.pdf>.
- Njølstad, Olav (2010), «The Collapse of Superpower Détente, 1975-1980», en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War. Vol. III. Endings*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 135-155.
- Nuti, Leopoldo (2009), «The origins of the 1979 dual track decision», en Leopoldo Nuti (ed.), *The Crisis of Détente in Europe. From Helsinki to Gorbachev, 1975-1985*, Nueva York, Routledge, pp. 57-71.
- Pacheco Pereira, José (1986), «O PCUS e os “partidos paralelos”. O caso español», *Estudos sobre o comunismo*, 7 (especial).
- Paczkowski, Andrzej y Byrne, Malcolm (eds.) (2007), *From Solidarity to Martial Law: The Polish Crisis of 1980-1981. A Documentary History*, Budapest, Central European University Press.
- Pala, Giaime (2008), «El PSUC hacia dentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)», en Giaime Pala (ed.), *El PSU de Catalunya. 70 anys de*

- lluita pel socialisme. Materials per a la història*, Vilassar de Dalt, Ediciones de Intervención Cultural/ACIM, pp. 183-206.
- Pala, Giaime (2009), *Teoría, práctica militante y cultura política del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1968-1977)*, tesis doctoral, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
- Pala, Giaime (2011a), *El PSUC. L'antifranquisme i la política d'aliances a Catalunya (1956-1977)*, Barcelona, Base.
- Pala, Giaime (2011b), «Madrid-Barcelona-Roma-Moscú. El PCE, l'eurocomunisme i la crisi del PSUC (1968-1978)», *Recerques. Història, economia i cultura*, 60, pp. 151-177. Disponible en <https://raco.cat/index.php/Recerques/article/view/326121>.
- Pala, Giaime (2011c), «Una semilla de discordia. La entrada de Bandera Roja en el PSUC», *Revista HMiC: Història Moderna i Contemporània*, 9, pp. 140-162. Disponible en <https://raco.cat/index.php/HMiC/article/view/245035>.
- Pala, Giaime (2013), «El militante total. Identidad, trabajo y moral de los comunistas catalanes bajo el franquismo», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 10. Disponible en <http://ccec.revues.org/4642>.
- Pala, Giaime (2015), «El partido y la ciudad. Modelos de organización y militancia del PSUC clandestino (1963-1975)», *Historia Contemporánea*, 50, pp. 195-222. Disponible en <https://doi.org/10.1387/hc.14149>.
- Pala, Giaime (2016), *Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*, Granada, Comares.
- Pala, Giaime (2017) «El PSUC davant la qüestió nacional (1949-1980)», en Josep Puigsech Farràs y Giaime Pala (eds.), *Les mans del PSUC. Militància*, Barcelona, Memorial Democràtic de Catalunya, pp. 202-221.
- Pala, Giaime (2021), «Movimiento sociopolítico y sindicato. El PSUC y el debate sobre el destino de Comisiones Obreras (1969-1976)», *Historia del Presente*, 38, pp. 107-126.
- Pala, Giaime y Nencioni, Tommaso (2008), «La nueva orientación de 1968. El PCE/PSUC ante la Primavera de Praga», en Giaime Pala y Tommaso Nencioni (eds.), *El fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga*, Vilassar de Dalt, El Viejo Topo, pp. 139-201.
- PCE (1975), *Manifiesto programa del Partido Comunista de España*. París, Ebro.
- PCE (1978a), *Noveno Congreso del Partido Comunista de España, 19-23 abril de 1978*, Barcelona, Crítica.
- PCE (1978b), *Noveno Congreso del Partido Comunista de España. Informes, debates, actas y documentos. Madrid, 19-23 de abril de 1978*, Madrid, Ediciones PCE, 1978.
- PCE (1980), *Los comunistas en el movimiento obrero. Reunión de militantes obreros comunistas. Madrid 17-18 de mayo*, Madrid, Comisión de Propaganda del PCE.
- Pecourt, Juan (2008), *Los intelectuales y la transición política. Un estudio del campo de las revistas políticas en España*, Madrid, CSIC.
- Peña González, Víctor (2018), «Los partidos prosoviéticos ante la transición. El ejemplo de la OPI-PCT», en VV. AA., *Las otras protagonistas de la transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales*, Madrid, Fundación Salvador Seguí-Madrid, pp. 1035-1044.

- Peña González, Víctor (2020a), «El movimiento de Células Comunistas y la recuperación del PC, 1974-1984», *Investigaciones Históricas. Épocas Moderna y Contemporánea*, 40, pp. 733-762. Disponible en <https://doi.org/10.24197/ihemc.40.2020.733-762>.
- Peña González, Víctor (2020b), «¡"Por la República Democrática!" Los prosoviéticos españoles en la Transición española», en Ana Sofia Ferreira y Joao Madeira, *As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados*, Lisboa, Colibrí, pp. 57-68.
- Peña González, Víctor, Rosano Alloza, Mario y Pérez Serrano, Julio (2023), «"Comunistas y punto". Una aportación al debate de la ortodoxia en el comunismo español, 1968-1989», *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 23/1 pp. 423-445. Disponible en <https://doi.org/10.51349/veg.2023.1.15>.
- Pérez Ledesma, Manuel y Saz, Ismael (2014), «Presentación de la obra», en Miguel Ángel Cabrera y Juan Pro (coords.), *La creación de las culturas políticas modernas, 1808-1833*, Zaragoza, Marcial Pons y Pressas Universitarias de Zaragoza, pp. 9-21.
- Pérez Serrano, Julio (2019), «Los proyectos revolucionarios en la Transición española: cuestiones teóricas e historiografía», en Zoraida Carandell, Julio Pérez Serrano, Mercè Pujol y Allison Taillot (dirs.), *La construcción de la democracia en España (1868-2014). Espacios, representaciones, agentes y proyectos*, París, Presses universitaires de Paris Nanterre.
- Pillon, Therry (2016), «Working-class virility», en Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello (eds.), *A History of virility*, New York, Columbia University Press, pp. 515-536.
- Pinilla García, Alfonso (2017), *La legalización del PCE. La historia no contada, 1974-1977*, Madrid, Alianza.
- Pitarch, Ismael Elies; Botella, Joan; Capó, Jordi y Marcet, Joan (1980), *Partits i parlamentaris a la Catalunya d'avui (1977-1979)*, Barcelona, Edicions 62.
- Polo, Gabriele y Sabattini, Claudio (2000), *Restaurazione italiana. FIAT, la sconfitta operaia dell'autunno 1980: all'origine della controrivoluzione liberista*, Roma, Manifestolibri.
- Pons, Silvio (2006), *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi.
- Pons, Silvio (2012), *La rivoluzione globale. Storia del comunismo internazionale*, Turín, Einaudi.
- Priestland, David, *Bandera roja: historia política y cultural del Comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010.
- PSUC (1976), *PSUC: una proposta democràtica i socialista per a Catalunya*, Barcelona, L'Avenç.
- Puigsech Farrás, Josep (2008), «El PSUC, una nueva sección oficial de la Internacional Comunista», *Ayer*, 72, pp. 215-240. Disponible en <https://revistaayer.com/articulo/491>.
- Quaggio, Giulia (2021), «Walls of Anxiety: The Iconography of Anti-NATO protests in Spain, 1981-6», *Journal of Contemporary History*, 56/3, pp. 693-719. Disponible en <https://doi.org/10.1177/0022009420940004>.
- Ramiro Fernández, Luis (2004), *Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000)*, Madrid, Siglo XXI.
- Ramos Diez-Astrain, Xavier María (2019), «El PCE y la política exterior de Franco: oposición y alternativa», en Jara Cuadrado Bolaños (ed.), Xavier María Ramos Diez-Astrain, Itziar Reguero Sanz, Marta Requejo Fraile, Sofia Rodríguez Serrador y Lucía Salvador Esteban

- (coords.), *Las huellas del Franquismo: pasado y presente*, Granada, Comares, pp. 431-454. Disponible en https://www.academia.edu/39353252/El_PCE_y_la_pol%C3%ADtica_exterior_de_Franco_oposici%C3%B3n_y_alternativa_cap%C3%ADtulo_de_libro.
- Ramos Diez-Astrain, Xavier María (2021a), *A través del Telón de Acero. Historia de las relaciones políticas entre España y la RDA (1973-1990)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Ramos Diez-Astrain, Xavier María (2021b), «Comisiones Obreras y el Freier Deutscher Gewerkschaftsbund, entre la ideología, la estrategia y la solidaridad (1975-1989)», *Segle XX: Revista Catalana d'història*, 14, pp. 72-90. Disponible en <https://revistesub.edu/index.php/segleXX/article/view/38186>.
- Ramos Diez-Astrain, Xavier María (2021c), «Las relaciones PSOE-SED (1977-1989): un canal informal de las relaciones España-RDA», *Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea*, 41, pp. 1301-1326. Disponible en <https://doi.org/10.24197/ihemc.41.2021.1301-1326>.
- Ramos Diez-Astrain, Xavier María (2022), «La normalización diplomática entre España y la RDA (1973): un salto desde la nada aparente», *Historia Actual Online*, 57, pp. 81-96. Disponible en <https://doi.org/10.36132/haov.57.2149>.
- Reig, Ramir (1980), «La crisi orgànica del moviment obrer (balanç de tres anys de legalitat)», *Trellat. Crítica cultural i política*, 1, pp. 14-24.
- Robin, Régine (1990), «Literatura y biografía», *Historia y Fuente Oral*, 1, pp. 73-90.
- Rodríguez-Flores, Vega (2018), *Fer país. Comunismo valenciano y problema nacional (1970-1982)*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim.
- Rosenwein, Barbara (2006), *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca & London, Cornell University Press, 2006.
- Rosenwein, Barbara (2010), «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in Context*, 1/1, pp. 1-32.
- Rouso, Henry (1998), *La hantise du passé. Entretien avec Philippe Petit*, París, Textuel.
- Rueda Laffond, José Carlos (2013), «¿Un pasado que no cesa? Discurso patrimonial y memoria pública comunista en el franquismo y la transición española», *Revista de Estudios Sociales*, 47, pp. 12-24. Disponible en <https://doi.org/10.7440/res47.2013.01>.
- Rueda Laffond, José Carlos (2015), «Perder el miedo, romper el mito: reflexión mediática y representación del Partido Comunista entre el Franquismo y la Transición», *Hispania. Revista española de historia*, 75, 251, pp. 833-862. Disponible en <https://doi.org/10.3989/hispania.2015.026>.
- Rueda Laffond, José Carlos (2016), «El PCE y el uso público de la historia (1956-1978)», *Ayer*, 101, 2016, pp. 241-265. Disponible en <https://revistaayer.com/articulo/239>.
- Rueda Laffond, José Carlos (2018), *Memoria Roja: Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1936-1977*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
- Rueda Laffond, José Carlos (2020), «El futuro del pasado. Prolepsis y memoria en el discurso comunista (1939-1975)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 21, pp. 155-178. Disponible en <https://doi.org/10.14198/PASADO2020.21.06>.

- Rueda Laffond, José Carlos (2022), «El peso de la historia. Memoria colectiva y repertorios simbólicos en un siglo de comunismo», en Francisco Erice (dir.), *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*, Madrid, Akal, pp. 39-60.
- Sagardoy, José Antonio y León, David (1982), *El poder sindical en España*, Barcelona, Planeta/IEE.
- Sánchez Rodríguez, Jesús (2004), *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas.
- Satrustegi, Imanol (2022), «Unitary unionism in the transition: a general approach from Navarre», *Labor History*. Disponible en <https://doi.org/10.1080/0023656X.2022.2156990>.
- Sempere, Joaquim (1981), «Un malestar en busca de coordenadas», *Nuestra bandera*, 106, pp. 29-31.
- Semprún, Jorge (1977), *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta.
- Seng, Sebastian (2009), *Die Beziehungen der SED zur KP Spaniens PCE (1971-1978)*, Mainz, Grin Verlag.
- Seng, Sebastian (2022), «¿Estado y/o partido? Las repercusiones de las relaciones oficiales RDA-España en las relaciones entre el SED y el PCE en los años 70», en José M. Faraldo y Carlos Sanz Díaz (eds.), *La otra Alemania. Las relaciones entre España y la República Democrática Alemana (1949-1990)*, Granada, Comares, pp. 68-88.
- Serradell (Román), Josep (1995), *Clandestinos. Una historia que no se borrará*, Barcelona, PCC.
- Setién, Julio (1982), «La nueva relación Partidos-Sindicatos», *Nuestra bandera*, 111, pp. 16-18.
- Sjursen, Helene (2003), *The United States, Western Europe and the Polish Crisis*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Taboadela, Obdulia (1993), *La afiliación sindical*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Tafalla, Joan (2017), «Les conseqüències de la Transició en el PSUC», en Josep Puigsech Farràs y Gaiame Pala (eds.), *Les mans del PSUC. Militància*, Barcelona, Memorial Democràtic de Catalunya, pp. 258-278.
- Tébar Hurtado, Javier (ed.) (2012), *Conversaciones en Colomers. Reflexiones sobre sindicalismo y política durante la transición a la democracia en España*, Valencia, Germania.
- Tébar Hurtado, Javier y Babiano Mora, José (2022), «The question of trade union unity in CCOO: antinomies and paradoxes», *Labor History*. Disponible en <https://doi.org/10.1080/0023656X.2022.2156991>.
- Tébar Hurtado, Javier y Gimeno i Igual, Joan (2022), «Crisis y moderación en el movimiento obrera durante el cambio político en España: ¿Relato o correlato?», *Historia del presente*, 39, pp. 9-27.
- Treglia, Emanuele (2011), «Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español», *Historia del presente*, 18, pp. 25-41. Disponible en <http://www.historiadelpresente.com/sites/default/files/revista/articulos/18/historiapresente18-2011.pdf>.
- Treglia, Emanuele (2015), «El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 37, pp. 225-255. Disponible en https://doi.org/10.5209/rev_CHCO.2015.v37.50993.

- Treglia, Emanuele (2016), «La última batalla de la transición, la primera de la democracia. La oposición a la OTAN y las transformaciones del PCE (1981-1986)», *Ayer*, 103, pp. 71-96. Disponible en <https://revistaayer.com/articulo/211>.
- Treglia, Emanuele (2021), «Convergencia, colapso soviético y *sorpasso* quimérico. Los comunistas durante la época socialista (1983-1996)», en Francisco Erice (dir.), *Un siglo de comunismo en España I. Historia de una lucha*, Madrid, Akal/Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 325-381.
- Uhl, Michael (2004), *Mythos Spanien. Das Erbe der Internationalen Brigaden in der DDR*, Bonn, Dietz.
- Vázquez Montalbán, Manuel (2010, 1985), *Crónica sentimental de la transición*, Barcelona, Debolsillo.
- Vázquez Montalbán, Manuel, *Asesinato en el Comité Central*, Barcelona, Planeta, 1981.
- Vega, Pedro y Erroteta, Peru (1982), *Los herejes del PCE*, Barcelona, Planeta.
- Vilanova, Francesc (2019), «Rellegir *Taula de canvi*: una esquerra perplexa en un país en transició (1976-1980)», *Segle XX*, 12, pp. 110-138. Disponible en <https://revistes.ub.edu/index.php/segleXX/article/view/30994>.
- Vittoria, Albertina (2006), *Storia del PCI*, Roma, Carocci.
- Wilhelmi, Gonzalo (2016), *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición (1975-1982)*, Madrid, Siglo XXI.
- Wolle, Stefan (2008), *Der Traum von der Revolte. Die DDR 1968*, Bonn, Bundeszentrale für politische Bildung.
- Ysàs, Pere (2011), «Movilización y desmovilización obrera. Del franquismo a la democracia», en Javier Tébar Hurtado (ed.), *El movimiento obrero en la gran ciudad. De la movilización sociopolítica a la crisis económica*, Vilassar de Dalt, El Viejo Topo, pp. 273-297.
- Zubok, Vladislav (2007), *A Failed Empire. The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.



Las recientes conmemoraciones del centenario de la Revolución Rusa, la conformación del Movimiento Comunista Internacional y la fundación en nuestro país, a raíz de ello, del Partido Comunista de España han sido el catalizador de una expansión cuantitativa y metodológica de la historiografía sobre un fenómeno que ha determinado el siglo XX.

El equipo de nueve investigadores que compone este libro, coordinado por los profesores Eduardo Abad García y Xavier María Ramos Diez-Astrain, ha aportado un conjunto de estudios que analizan las vertientes endógenas y exógenas de la crisis que afectó al comunismo español durante los años ochenta, poco tiempo antes del derrumbe del Campo Socialista y de la crisis internacional del movimiento. Así, se muestra en sus ocho capítulos la complejidad del comunismo español en una etapa de contradicciones atendiendo a sus aspectos sociales, las emociones de su militancia, su trabajo en el movimiento obrero, sus disputas ideológicas o sus conexiones transnacionales.



EDICIONES
Universidad
Valladolid